# VIDA

## DE

# NAPOLEON BONAPARTE

1255 AT
7-1656201

# VIDA

DE

# NAPOLEON BONAPARTE.

---

TOMO IX.

# VIDA

DE

# NAPOLEON BONAPARTE,

PRECEDIDA

DE UN BOSQUEJO PRELIMINAR DE LA REVOLUCION FRANCESA.

ESCRITA EN INGLES

Por sir Walter Scoth,

TRADUCIDA LIBREMENTE AL ESPAÑOL

*Por M. L.*

i adornada con dos láminas.

TOMO NONO.

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

BARCELONA: 1016 v
POR JUAN I JAIME GASPAR.

1830.

*Con las licencias necesarias.*

Es propiedad de los EDITORES.

Se halla venal,

En Barcelona, librería de OLÍVA.
Madrid, en las de PEREZ i CUESTA.
Cádiz, en la de HORTAL i COMPAÑÍA.

# VIDA

DE

# Napoleon Bonaparte.

## CAPITULO I.

### RESUMEN DEL CAPITULO I.

PREPARATIVOS DE GUERRA.—POSICIONES DE LAS TROPAS ALIADAS: ASCIENDEN Á UN MILLON.—LAS DE BONAPARTE NO PASAN DE DOSCIENTOS MIL HOMBRES.—NO SE ATREVE Á RENOVAR LA CONSCRIPCION.—GUARDIA NACIONAL.—SU REPUGNANCIA EN SERVIR.—MALA DISPOSICION DE MUCHAS PROVINCIAS EN FAVOR DE LA CAUSA DE NAPOLEON.—UN INFORME DE FOUCHÉ HACE CONOCER LA DESAFECCION GENERAL.—REPRÍMESE LA INSURRECCION DEL VENDEÉ.—RECURSOS MILITARES DE LA FRANCIA.—PLAN DE CAMPAÑA DE NAPOLEON.—PARÍS PUESTO EN ESTADO DE DEFENSA.—FORTIFÍCANSE IGUALMENTE LAS CIUDADES I LOS PASOS DE LAS FRONTERAS.—GENERALES QUE ACEPTAN EL MANDO Á LAS ÓRDENES DE NAPOLEON.—ANUNCIA EL PROYECTO DE MEDIRSE PÉRSONALMENTE CON WELLINGTON.

## CAPITULO I.

Vamos á considerar ahora los preparativos para la invasion de la Francia en toda la frontera oriental, los medios de resistencia que los talentos del emperador oponian á sus numerosos enemigos, i la situacion interior del mismo país.

Mientras sucedian en Francia los acontecimientos de que acabamos de hablar, hacian los aliados los preparativos mas agigantados para renovar la guerra. El canciller del echiquier de Inglaterra habia hecho un préstamo de treinta i seis millones de libras esterlinas con condiciones moderadas en lo general, i aquel tesoro habia servido á la coalicion con mucha actividad.

Se habia trasladado el congreso de Viena á Francfort, para estar mas cerca del teatro de la guerra. Los emperadores de Rusia i Austria, como así mismo el rey de Prusia, se habian vuelto á poner á la cabeza de sus ejércitos respectivos. Toda la frontera oriental estaba amenazada por fuerzas inmensas: podian entrar en Francia, por la Suiza, ciento i cincuenta mil austriacos, desembarazados de Murat, habiendo accedido los cantones á la coalicion. Un ejército igual amenazaba el Alto Rhin; Schwartzenberg mandaba en gefe á los austriacos, teniendo á sus órdenes Bellegarde, Frimont, Bian-

chi i Vincent. Doscientos mil rusos avanzaban ácia las fronteras de la Alsacia. El gran duque Constantino fué nombrado, generalísimo; Barclay de Tolly, Sacken, Langeron, etc. tuvieron mandos particulares. Ciento i cincuenta mil prusianos, á las órdenes de Blucher, ocupaban la Flandes, i se reunieron á ochenta mil hombres de tropas inglesas, ó al sueldo de la Inglaterra, bajo el mando del duque de Wellington. Tambien se hallaban alli los contingentes de los diferentes príncipes de la Alemania; de modo que se evaluaron las fuerzas aliadas en mas de un millon de hombres. A pesar de todo, no debe suponer el lector que estaban ó podian estar reunidas aquellas fuerzas inmensas; estaban necesariamente dispuestas sobre diversas líneas, segun los medios de subsistencia, i traídas sucesivamente para sostenerse una á otra.

Para hacer cara á aquellos inmensos preparativos, habia encontrado todavia Napoleon admirables recursos, con su talento i su celeridad ordinaria. El ejército regular, reducido por los Borbones, habia sido aumentado mediante el llamamiento de los oficiales retirados i de los soldados licenciados, con algo mas que cien mil hombres, para doblar el número de las tropas ejercitadas: pero esto era aun muy poco en la balanza. Estaba la conscripcion tan intimamente ligada con las guerras de las conquistas i de los desastres de Napoleon, que no se atrevió á proponer, i la cámara de los representantes no hubiera consentido recurrir á aquel antiguo i odioso modo de reclutar, con cuyo medio contaba no obstante Bonaparte que

podria hallar todavia en el mes de junio trescientos mil hombres. A pesar de todo se propuso poner en movimiento, para un servicio activo, doscientos batallones escogidos de la guardia nacional, los que hubieran formado una fuerza de ciento i doce mil hombres. Pero esta fuerza se resistió á marchar, i cuando se vió forzada á hacerlo, aprovechó todas las ocasiones de desertarse i volverse á sus casas; como igualmente sucedia á menudo que un batallon de seiscientos hombres disminuía de un tercio antes de haber caminado dos leguas.

En los departamentos del Gard, del Marne i del Loira inferior, se enarboló la bandera blanca, i se arrancó el arbol de la libertad, que se habia vuelto á plantar en muchos parages despues de la regeneracion política de Bonaparte: en la mayor parte de las provincias se manifestó el espíritu público altamente poco favorable á Napoleon.

Un informe de Fouché describia vivamente aquel desafecto general. Napoleon consideró siempre aquella memoria como publicada con la intencion de hacerle mala obra; i como aquel hombre de estado voluble estaba ya en correspondencia secreta con los aliados, es muy probable en efecto que lo hiciese con intencion de fomentar á los realistas i desanimar á los partidarios de Napoleon. Aquel archi-intrigante, á quien, segun una espresion de Junius, no podia confiarse la traicion misma, estuvo al punto de ser cogido en sus mismos lazos; i aunque se valió de una maña infinita, Napoleon le hubiera puesto en un encierro ó hubiera hecho que le fusilaran á no mediar Carnot, quien le

dijo que no duraria su reinado una hora despues. *

---

* Las particularidades de aquella intriga hacen ver con que osadía i á que riesgos nadaba el ministro Fouché, ó se sumergia en las aguas turbias de la política, que eran su elemento. Habíase enviado á París un agente del príncipe Metternich para entrar en comunicacion con Fouché, de parte del gobierno austriaco. Se hizo sospechosa aquella persona, fué denunciada á Bonaparte, i arrestada por su policía interior, la cual, por que no pueden tomarse demasiadas precausiones en un estado bien administrado, vigilaba i espionaba la política general de Fouché. Fué llevado el agente á la presencia de Bonaparte, quien le amenazó con mandarle quitar la vida inmediatamente, si no le decia la verdad. Entonces confesó aquel hombre que Metternich le habia dirigido á Fouché, para decirle que enviase á Basilea un agente seguro, que se avocase con una persona de confianza del ministro austriaco, á quien el enviado de Fouché deberia reconocer con una señal particular, que indicó tambien. »¿Ha cumplido vmd. con su comision en lo que concierne á Fouché?" dijo el emperador. »Ya he cumplido con ella" respondió el agente austriaco. »¿I ha enviado alguien á Basilea?—No puedo decirlo" Púsose al agente sin comunicacion. Inmediatamente se despachó á Basilea al baron Fleury de Chaboulon, que se hallaba presente, para que representase al agente que Fouché debia enviar, i ver hasta donde podia llegar aquella intriga entre los ministros frances i austriaco. Bien pronto descubrió Fouché que estaba preso el agente de Metternich, conjeturó su suerte é hizo pedir una audiencia al emperador. Despues de haber hablado de otras cosas, pareció acordarse, i pidió perdon con una indiferiencia afectada, de no haber hablado primero de un asunto de alguna consecuencia, que por lo tanto habia olvidado en medio de tantos otros. »Le habia llegado un agente del gobierno austriaco, para que enviase alguno de su confianza á Basilea, á un corresponsal de Metternich, i venia en la actualidad á preguntar á S. M. si seria de su agrado que se aprovechase de aquella apertura para saber las intenciones secretas del enemigo." No se dejó engañar Napoleon con aquel artificio, habia muchos espejos en el cuarto, por los cuales podia apercibir i gozar del embarazo mal oculto de su pérfido ministro. »Señor Fouché, le dijo, podria ser peligroso tratarme como un tonto; tengo vuestro agente bajo mi custodia; i he penetrado toda la

De este modo estaba ya Bonaparte casi reducido al empleo de generalísimo, i no faltaban personas que se atrevian á suplicarle que curase las heridas de la patria con una segunda abdicacion en favor de su hijo; medida que creía el partido popular que podria desviar el peligro presente de una invasion.

En el ínterin estalló una insurreccion en el Vendeé, en los dias del mes de mayo, estando á la cabeza de ella Autichamp, Suzannet, Sapineau, i particularmente el valiente Larochejacquelein. La guerra no fué ni larga ni sangrienta, porque se dirigió contra los insurgentes una fuerza irresistible, á las órdenes de Lamarque i Travot. Se hallaba el pueblo

---

intriga; ¿ha enviado vmd. alguien á Basilea? — No señor. — Es una dicha para vmd.; pues si lo hubiese hecho, estaba vmd. muerto." Fleury no pudo sacar nada de importante de Werner, el hombre de confianza de Metternich, que halló en Basilea. Parecia que el austriaco esperaba las comunicaciones de Fouché, sin estar dispuesto á hacerselas él. Fleury tocó el proyecto de asesinar á Bonaparte, que Werner rechazó con horror, como muy lejos del pensamiento de Metternich i de los aliados. Se convinieron en una segunda entrevista, pero en el intérvalo hizo Fouché advertir al austriaco, i cuando el baron Fleury efectuó su segundo viage á Basilea, ya no encontró á M. Werner.

Bonaparte hizo casi la misma relacion de aquella intriga, en las conversaciones de Santa Elena, que Fouché en sus *Memorias*; pero Napoleon no hace mencion de la intervencion de Carnot para salvarle. "Podeis hacer fusilar hoy á Fouché, dijo el viejo jacobino, pero mañana cesaréis de reinar. El pueblo de la revolucion no os permite conservar el trono sino con la condicion de que respetaréis sus libertades; cuenta á Fouché como una de sus mas seguras garantías; si es culpable, debe juzgársele legalmente." No adquiriendo, pues, Bonaparte ninguna prueba contra Fouché por la mision de Fleury, se vió precisado á cerrar los ojos sobre lo que veia demasiado claro.

mal preparado para resistir, i el gobierno le amenazaba con la mayor severidad. Las instrucciones militares de Carnot se resintieron de su antigua educacion en la escuela del terror. No obstante, la cámara de los representantes no sancionó, bajo todos los aspectos, los rigores del gobierno. Cuando un individuo llamado Leguevel hizo una mocion para castigar á los realistas del oéste, la asamblea le oyó con paciencia i aprobacion proponer que fuesen confiscados los bosques i las tierras de los alborotados (á quienes calificaba de salteadores, clérigos i realistas); pero cuando añadió que fuesen declarados fuera de la ley no solamente los amotinados, sino tambien sus parientes en línea directa, un grito general de horror arrojó al orador de la tribuna.

Despues de una batalla cerca de la Roche Serviere, que costó la vida al valiente Larochejacquelein, el resto de los gefes firmó una capitulacion, en cuya virtud despedian sus soldados i rendian las armas, cuando habiéndose tenido firmes algunos dias mas, hubieran sabido la batalla de Waterloo. Libre Napoleon de la guerra civil, no pensó mas que en prepararse para la estrangera.

Los medios que empleó el gobierno frances, i de los que ya hemos hablado, habian puesto á Carnot en estado de presentar las fuerzas nacionales bajo un punto de vista imponente. Por su informe á las dos cámaras, establecia que el dia 1º de abril de 1814 constaba de cuatrocientos cincuenta mil hombres, el ejército que los Borbones habian reducido á ciento setenta i cinco mil. Desde la vuelta de

Napoleon, se habia aumentado el número hasta trescientos setenta i cinco mil combatientes de todas armas; i se esperaba que antes del 1º de agosto, ascenderia á quinientos mil hombres. La guardia imperial, citada como el mas hermoso ornamento de la patria durante la paz, i su mejor baluarte durante la guerra, era de cuarenta mil hombres.

Esfuerzos admirables habian reparado, decia el informe, las pérdidas de la artillería durante los tres desgraciados años de 1812, 1813 i 1814. Víveres, municiones, armas de toda especie, todo estaba abundante. Se habia remontado la caballería de un modo que sorprendia: en fin, tenian por cuerpo de reserva toda la guardia nacional sedentaria, llamada así, porque no estaba comprendida en los batallones movibles; pero la masa era ó incapaz de servir, ó no queria servir, i no podia contarse con ellos mas que para asegurar la tranquilidad pública; se habian organizado cuerpos de federados en todos los departamentos, donde se les habia podido llamar á las armas.

Entre todas aquellas fuerzas escogió Napoleon un ejército grande para obrar bajo sus órdenes inmediatas: púsose el mayor esmero en elegir los hombres, en su equipo i material. El número total podia ascender á ciento i cincuenta mil hombres, cuerpo de tropas el mas considerable quizás á que pudiese hacerse obrar sobre un plan uniforme de operaciones, ó someterle á un generalísimo. No obstante, es necesario hacer una deduccion considerable para llegar al cálculo exacto de su fuerza activa.

Segun aquellos preparativos, no se dudó que abriria Napoleon la campaña por la ofensiva. No convenia ni á su carácter ni á las circunstancias esperar que hubiese reunido el enemigo todas sus fuerzas en las fronteras; valía mas en el interes de su sistema i de sus disposiciones, caer sobre algunos cuerpos separados del ejército de los aliados, sorprenderlos, segun su propia espresion, en fragante delito, i con su dispersion ó destruccion, reanimar el valor de la Francia, empeñarla á pelear de nuevo en su favor, intimidar á las potencias confederadas, i ganar tiempo, para introducir entre ellas las semillas de las divisiones.

El emperador deseaba llegar á una accion decisiva con los gefes mas emprendedores de los ejércitos enemigos; conocia á Blucher i la reputacion de Wellington; resolvió, pues, marchar contra aquellos generales, mientras que oponia las murallas i plazas fuertes á los movimientos mas comedidos i prudentes del general austriaco Schwartzenberg, con la esperanza de que la distancia inutilizaria los progresos de los rusos.

Segun su sistema general, se puso á París, por el lado del norte, i bajo la direccion del general Hajo, en un estado de defensa completo por una línea doble de fortificaciones, de tal modo que si era forzada la primera línea, pudieran retirarse los defensores á la segunda, en vez de verse precisados, como el año anterior, á abandonar las alturas i volver á caer sobre la ciudad. Bien pronto estuvo fortificado Montmartre: la parte meridional de París, sobre la orilla opuesta del

Sena, se cubrió solamente con algunos trabajos, que el tiempo i el terror no permitieron llevar mas adelante. Pero se consideraba el Sena como una barrera, como lo habian probado en 1814.

Iguales precauciones se observaron en las fronteras; se construyeron atrincheramientos en los cinco pasos principales de los Vosges, i se pusieron en el mejor estado posible de defensa todos los desfiladeros naturales i los fuertes de la Lorena. Se fortificaron con el mayor esmero las plazas de la línea interior. A fuerza de muchos gastos i trabajos se mejoró la hermosa posicion militar bajo los muros de Lyon: en los Brotteaux se levantó una cabeza de puente; el arrabal de la Guillotiere estaba protegido con un puente levadizo i una empalizada; se levantaron reductos entre el Saona i el Ródano, i sobre las alturas de Pierre Encise i del cuartel de San Juan. Guise, Vitry, Soissons, Chateau Thierry, Langres i todas las ciudades capaces de alguna defensa, fueron fortificadas, cuanto fué posible, con apostaderos, palizadas, reductos i obras de campaña. A pesar de su marcha forzada, no habia llegado todavia el ejército ruso sobre la línea de las operaciones, i Napoleon esperaba sin duda que aquellas plazas detendrian los progresos de los austriacos, puesto que la táctica bien conocida de sus generales consiste en no dejar atrás fortalezas ó ciudades que posea el enemigo, cualquiera que sea su poca importancia ó la debilidad de su guarnicion, ó aun cuando fuesen bastante numerosos para cubrirlas completamente.

Antes de principiar Napoleon sus operaciones, llamó á su lado á sus mejores generales. Soult, ministro de la guerra en tiempo de Luis XVIII, fué nombrado mayor general. »Obedeció, dice, no como enemigo del rey, sino como un ciudadano i un soldado cuyo deber era obedecer al gefe del gobierno, cualquiera que fuese." Del mismo modo se sometia en espíritu el vicario de Bray á cada gefe de la Iglesia *pro tempore*. Ney recibió la órden de ir al ejército de Lila, »si deseaba, segun la espresion de la misma órden, ser testigo de la primera batalla." Se solicitó con muchas instancias á Macdonald para que aceptase un mando, pero se negó con desden. Davoust, ministro de la guerra, emprendió destruir sus escrúpulos, i le habló de lo que exigia su honor. »¡No es de vmd., respondió el mariscal, de quien debo aprender los sentimientos del honor!" i persistió en su negativa. Erlon, Reille, Vandamme, Gerard i Mouton Dubernet obraron como tenientes generales. La caballería se puso al mando de Grouchy (á quien Napoleon habia creado mariscal); Pajol, Excelmans, Milhaud i Kellerman fueron sus segundos en el mando. Flahault, Dejean, Labedoyere i demas oficiales de distincion obraron como edecanes del emperador. La artillería se componia de trescientas piezas; la caballería se aproximaba á veinte i cinco mil hombres; la guardia ascendia á igual número, i es bastante probable que el ejército entero ascendiese á la fuerza efectiva de ciento i treinta mil soldados, en el estado mas completo de armas i equipo. Aquellos soldados marchaban

á una guerra que habian hecho nacer ellos mismos, á las órdenes de un emperador que habian proclamado, i todos llevaban en su corazon la resolucion de morir ó vencer.

Para proteger el resto de la frontera, durante la campaña de Napoleon en Flandes, fué investido Suchet con el mando de las fronteras de la Suiza, con instrucciones de atacar á Montmelian tan pronto como fuese posible, despues del 14 de junio, dia fijado por Bonaparte para empezar las hostilidades. Massena recibió la órden de irse á Metz para tomar el gobierno de aquella importante fortaleza, i el mando de las tercera i cuarta divisiones. Hechos de este modo todos los preparativos, Napoleon anunció por último lo que por tanto tiempo habia ocupado sus pensamientos secretos. »Voy, dijo metiéndose en su coche para reunirme al ejército, voy á medirme con Wellington."

Pero aunque las espresiones de Napoleon espresasen la confianza i el desafío, sus sentimientos interiores eran de una naturaleza distinta. »No sentia yo, decia mas tarde en su destierro, aquella entera confianza en un éxito final, que acompañaba mis primeras empresas, fuese porque habia llegado á aquella edad de la vida en la cual los hombres no tienen ya derecho á los favores de la fortuna, fuese porque el impulso de mi carrera parecia detenido á mis propios ojos i á mi propia imaginacion; es cierto que sentia un abatimiento de espíritu. La fortuna que tenia costumbre de seguir mis pasos para colmarme de sus dones, se habia vuelto una divinidad severa, descontenta, á la que solo podia arrancar muy

pocos favores, por los que exigia una retribucion rigurosa; apenas habia acabado de alcanzar una ventaja cuando era seguida de un reves." Con semejantes presentimientos, fundados en circunstancias del momento, i que no desmintieron los acontecimientos, principió Napoleon su corta i última campaña.

# CAPITULO II.

## RESUMEN DEL CAPITULO II.

CUBRE Á BRUSELAS EL EJÉRCITO DE WELLINGTON. — EL DE BLUCHER SE RECONCENTRA EN EL SAMBRA I EL MOSA. — EL DIA 14 DE JUNIO PASA NAPOLEON LA REVISTA DE SU EJÉRCITO GRANDE. — AVANZA SOBRE CHARLEROI. — SE FRUSTRA SU PLAN PARA SEPARAR LOS EJÉRCITOS DE LOS DOS GENERALES. — ENTREVISTA DE WELLINGTON I BLUCHER EN BRIE. — SE RECONCENTRA EL EJÉRCITO INGLES EN CUATRO BRAZOS. — PLAN DE ATAQUE DE NAPOLEON. — BATALLA DE LIGNY I DERROTA DE BLUCHER EN 16 DE JUNIO. — ACCION DE CUATRO BRAZOS EN EL MISMO DIA. — QUEDAN LOS INGLESES DUEÑOS DEL CAMPO DE BATALLA. — BLUCHER EVITA EL PERSEGUIMIENTO DE LOS FRANCESES. — NAPOLEON SE REUNE Á NEY. — RETIRADA DE LOS INGLESES SOBRE WATERLOO, DONDE EL DUQUE DE WELLINGTON SE DECIDE Á HACER UN ALTO. — DESCRIPCION DE ESTE CÉLEBRE SITIO.

## CAPITULO II.

Mientras que Napoleon se ocupaba por los medios que hemos referido, en reunir un ejército suficiente, el duque de Wellington, que

llegaba de Viena á Bruselas, á principios de abril tuvo tiempo para abastecer las plazas fuertes de Ostende, Amberes i Nieuport, que los franceses no habian desmantelado, guarnecerlas, i fortificar á Ipres, Tournay, Mons i Ath. Tambien tuvo tiempo para recibir refuerzos de Inglaterra, i reunir los contingentes aleman, holandés i belga.

El ejército del duque de Wellington podia contener cerca de treinta mil hombres de tropas inglesas. No eran estos á pesar de todo aquellos veteranos que habian servido á sus órdenes durante la guerra de la Península, cuya flor habia sido segada en la espedicion de América. La mayor parte eran segundos batallones, ó regimientos que se habian renovado recientemente con jóvenes reclutas. Las tropas estrangeras se componian de quince mil hanoverianos, con la célebre legion alemana, fuerte de ocho mil hombres, que se habia distinguido tan amenudo en España; cinco mil del ducado de Brunswick, bajo el mando de su valiente príncipe, i cerca de diez i siete mil de la Bélgica, la Holanda i el condado de Nassau, mandados por el príncipe de Orange.

El ejército prusiano se habia puesto al completo del estado de guerra en un espacio de tiempo muy corto, desde que se habia hecho pública la vuelta de Bonaparte.

El príncipe Blucher llegó á Lieja con el ejército prusiano, que se reconcentró en las orillas del Sambra i Mosa, ocupando á Charleroi, Namur, Givet i Lieja. El duque de Wellington cubrió á Bruselas, donde habia fijado su cuartel general, comunicando por su izquierda

con la derecha de los prusianos. Se creía generalmente que la marcha de Napoleon se dirigiria sobre Namur; hubiera encontrado probablemente menos oposicion en aquella ciudad desmantelada.

A pesar de todo, el 12 de junio, avanzaba Napoleon ácia Vervins con su guardia, que habia llegado de París. Las otras divisiones de su ejército se habian reunido en la frontera, i subiendo el total á cinco divisiones de infantería i cuatro de caballería, se reconcentró en Beaumont el 14 del mismo mes, con un secreto i una actividad que dieron á conocer el genio ordinario de su comandante. Napoleon en persona pasó la revista de las tropas, les trajo á la memoria que aquel dia era el aniversario de las grandes victorias de Marengo i Friedland, i las indujo á que se acordasen que los enemigos que derrotaron entonces eran los mismos que tenian que combatir. »Ellos i nosotros, preguntó, ¿no somos los mismos hombres?" Esta proclama produjo el mayor efecto sobre el espíritu de los soldados franceses, siempre sensibles á la gloria nacional i militar.

El 15 de junio se puso en movimiento el ejército frances en todos los puntos; su vanguardia echó los cuerpos aliados en observacion ácia la orilla occidental del Sambre; en seguida avanzó sobre Charleroi. Esta ciudad se hallaba defendida por los prusianos á las órdenes del general Ziethen, que se halló al fin precisado á retirarse sobre el gran pueblo de Gosselies. Alli le cortó su retirada la segunda division del ejército frances, i Ziethen tomó

el camino de Fleurus, por el cual se reunió al ejército prusiano cerca de los pueblos de Ligny i San Amando. El general prusiano habia sin embargo seguido sus órdenes, haciendo una resistencia bastante prolongada para dar tiempo de tomar la alarma. En el ataque i retirada perdió cuatro ó cinco cañones i un número considerable de hombres muertos.

Este movimiento descubrió el plan de Napoleon, que era á la vez bien combinado i arriesgado. Sus fuerzas no iguales para sostener un combate con los ejércitos reunidos de Blucher i Wellington; pero abriéndose paso para separar uno de sus enemigos del otro, tendria la ventaja de obrar contra cada uno de ellos individualmente con todas sus fuerzas mientras que él podria reservar bastantes tropas destacadas para tener al otro estrechado. Para completar aquella hábil maniobra, era necesario avanzar sobre una parte de la vanguardia inglesa, que ocupaba la posicion de Cuatro Brazos, i sobre el puesto todavia mas avanzado de Frasnes, en donde estaban apostadas algunas tropas de Nassau. Pero la estrema rapidéz de las marchas forzadas de Napoleon habia en cierto modo precavido la ejecucion de su plan, dispersando de tal modo sus tropas, que en un tiempo en que se contaban los minutos, se vió forzado á quedarse en Charleroi hasta que hubiera reunido su ejército fatigado con una larga marcha.

No obstante envió á Ney contra Frasnes i Cuatro Brazos; pero las tropas de Namur guardaron su puesto la tarde del 15.

De aquel modo se malogró la maniobra meditada por Napoleon, á pesar de que estuvo

muy cerca de lograrse. Insistió sin embargo en su intencion de separar, si era posible, el ejército ingles del de los prusianos.

El general ingles tuvo conocimiento de la marcha de los franceses en Bruselas el dia 15 á las seis de la tarde; pero esta noticia no era bastante cierta para obligarle á poner su ejército en movimiento, cuando una medida falsa hubiera podido tener consecuencias irreparables. La misma noche, ácia las once, relaciones seguras anunciaron en Bruselas que la vanguardia de los franceses estaba sobre la línea del Sambra. Inmediatamente se dirigieron refuerzos sobre Cuatro Brazos; el duque de Wellington llegó alli en persona el 16 muy de mañana, i desde esta posicion se fué inmediatamente á Brie, donde tuvo una conferencia con Blucher. Pareció entonces que el ejército frances todo entero iba á dirigirse contra los prusianos.

Blucher estaba preparado para recibirle: tres de sus divisiones, en número de ochenta mil hombres, habian ganado una posicion sobre una cadena de alturas poco elevadas, estendiéndose desde Brie hasta Sombref; delante de su línea estaban los pueblos del grande i pequeño San Amando, i el de Ligny, que todos estaban fuertemente defendidos. Por la estremidad de su ~~izquierda~~ derecha, podia Blucher comunicar con los ingleses en Cuatro Brazos, donde estaba el duque de Wellington, reconcentrando su ejército cuanto lo permitia la distancia. La cuarta division prusiana, la de Bulow, apostada entre Lieja i el Hainaut, estaba á una gran distancia para llegar á tiempo, aunque se hiciesen todos los esfuerzos. Resolvió Blucher,

no obstante la ausencia de Bolow, esperar la batalla en aquella posicion, contando con que le sostendria el ejército ingles, el cual debia marchar á su socorro por un movimiento de flanco sobre la izquierda.

Napoleon habia en el ínterin resuelto su plan de batalla; se determinó á dejar á Ney con una division de cuarenta i cinco mil hombres, é instrucciones para arrojar á los ingleses de Cuatro Brazos, antes que se reconcentrase i reforzase su ejército, é impedir con esto su cooperacion con Blucher, mientras que él mismo, con el cuerpo entero del ejército, atacaría la posicion prusiana en Ligny. Estando asi Ney á la izquierda de los franceses en Frames i Cuatro Brazos, i Bonaparte sobre la derecha de Ligny, una division mandada por de Erlon, en número de diez mil hombres, servia como de centro del ejército, i se colocó cerca de Marchiennes, donde estaba próxima para marchar al socorro de Ney ó de Napoleon, cualquiera que fuese el que necesitase de su socorro. Como el 16 de junio hubo dos batallas, es necesario dar una idea distinta de cada una de ellas.

La principal fué la de Ligny. El emperador de los franceses se halló imposibilitado de reconcentrar bastante sus fuerzas para principiar el ataque de los prusianos antes de las tres de la tarde. Entonces se arrojó sobre toda la línea prusiana con un furor estraordinario; despues de un ataque prolongado de dos horas, los franceses no habian podido apoderarse mas que de una parte del pueblo de San Amando. Halló Napoleon tan dudoso el resultado de la accion,

que hizo avanzar á la division de Erlon, que, volvemos á repetirlo, estaba acantonada cerca de Marchiennes, á mitad de camino de Cuatro Brazos i de Ligny. Habiendo notado al mismo tiempo que Blucher reunia sus reservas sobre San Amando, cambió su punto de ataque, i dirigió todas sus fuerzas contra Ligny, del cual se apoderó despues de una resistencia larga i desesperada. La guardia imperial, sostenida por la gruesa caballería, subió la altura, i atacó la posicion prusiana detras de Ligny. Habiéndose mandado á San Amando las reservas de la infantería prusiana, no tuvo Blucher mas recurso para rechazar el ataque, que el de la caballería; se puso á su cabeza, i cargó con la mayor resolucion, pero sin éxito feliz. Aquella caballería de Blucher fué puesta en derrota.

Dirigiendo su retirada el príncipe mariscal, fué envuelto en una carga de caballería, muerto su caballo de un cañonazo, i derribado él mismo. Su edecan se arrojó cerca del veterano, determinado á participar de su suerte. Tuvo la precaucion de echarle una capa para impedir que le reconociesen los franceses. Los coraceros enemigos pasaron por encima de él; pero fueron rechazados i perseguidos á su vez por la caballería prusiana; hasta entonces no pudo levantarse i volver á montar aquel intrépido anciano. La muerte ó la prision de Blucher, en aquel momento importante, hubiera tenido funestos resultados sobre el éxito de la campaña, porque puede dudarse que despues de aquella desgraciada jornada, nada hubiera podido persuadir al ejército prusiano, privado de la influencia personal i de las operaciones de aquel

general, á combatir el 18 de junio. Socorrido i vuelto á montar, dirigió Blucher su retirada sobre Tilly, i la concluyó sin ser inquietado por el enemigo, que no continuó su perseguimiento mas allá de las alturas que los prusianos se habian visto obligados á abandonar.

Tal fué la batalla de Ligny, en la cual, como lo ha dicho con verdad Blucher, perdieron los prusianos el campo de batalla, pero guardaron su honor. Se cree que perdieron los prusianos en aquella sangrienta accion diez mil hombres por la parte mas corta. El emperador de los franceses habia dado un gran golpe, aterrado un enemigo tenaz é incansable, i abierto por último la campaña bajo auspicios favorables. A pesar de todo, la ventaja que Napoleon podia haber sacado de la retirada de los prusianos, se disminuyó sobre manera con los sucesos enteramente diferentes de Ney contra las fuerzas del lord Wellington. Vamos á dar algunos pormenores sobre aquella segunda accion.

Frasnes habia sido evacuado por los ingleses, quienes en la mañana del 16 se hallaban establecidos en Cuatro Brazos, punto importante, porque salen de él cuatro caminos en diferentes direcciones, de modo que el general ingles podia comunicar por su izquierda con la derecha prusiana en San Amando, i ademas tenia á sus espaldas una calzada abierta para retirarse. A la izquierda de la calzada, que conduce de Charleroi á Bruselas, hay un bosque, llamado *bosque del Giboso*, que durante toda la mañana fué vivamente disputado por los tiradores de ambos lados, pero tomado por

último por los franceses, que se mantuvieron en él un momento. A eso de las tres de la tarde principió el ataque principal, pero fué rechazado; á pesar de toda la infantería inglesa, i particularmente el regimiento nº 42 de los Higlanders sufrió mucho de una carga inesperada de lanceros. Entonces emprendió Ney una carga general de caballería; pero fué recibido con un fuego, tan bien sostenido por parte de la infantería inglesa, juntamente con una batería de dos cañones, que no pudo sufrirle. Toda la calzada estaba llena de hombres i caballos, i los fugitivos que se salvaron en la retaguardia, anunciaron la pérdida de una accion que estaba lejos de estar decidida, en atencion á que los ingleses tenian poca infantería i artillería, á pesar de que estaban para llegar refuerzos de una i otra.

Los franceses, como ya se ha dicho, se habian apoderado, á eso de las tres, del bosque del Giboso, i habian echado á los belgas. Ellos mismos fueron echados á su vez por los guardias ingleses, que resistieron sucesivamente á todas cuantas tentativas hicieron los franceses para penetrar en el bosque durante el dia.

Como los refuerzos ingleses llegaban unos tras otros, conoció Ney la necesidad de aumentar sus fuerzas, i envió á pedir socorro á la division de Erlon, apostada, como se ha dicho cerca de Marchiennes; pero aquellas tropas habian precisamente recibido órden de socorrer el propio ejército de Bonaparte. La batalla de Cuatro Brazos se concluyó á la entrada de la noche. Los ingleses quedaron due-

ños del terreno que habian defendido con tanta tenacidad, porque el duque de Wellington, persuadido de que Blucher mantendria su puesto en Ligny, deseaba que los ejércitos guardasen la línea de comunicacion que habian ocupado por la mañana.

Pero abandonando los prusianos todos los pueblos que poseían en las inmediaciones de Ligny, habian concentrado sus fuerzas para retirarse sobre el rio Dyle, en las cercanías de Wavres. Por este movimiento retrógado, se hallaban colocados á unas seis leguas á espaldas de su primera posicion, i se habian reunido á la division de Bulow, que no habia tomado parte en la accion de Ligny. Blucher habia efectuado su retirada, no solamente sin ser perseguido por los franceses, sino aun sin que supiesen durante algun tiempo la direccion que habia tomado.

Aquella incertidumbre de los movimientos de Blucher ocasionó en los de los franceses una vacilacion á que se siguieron funestas consecuencias. Napoleon, ó el general Gourgaud bajo su nombre, no teme afirmar que la causa de aquel retardo fué el mariscal Grouchy, á quien habia confiado el cuidado de perseguir la retirada de los prusianos. »Si el mariscal Grouchy, dice la acusacion, hubiera estado en Wavres el 17, i en comunicacion con mi izquierda (es Napoleon el que habla), no se hubiera atrevido Blucher á enviar un solo destacamento de su ejército contra mí el 18; si lo hubiera osado le habria batido." Grouchy echó la culpa de aquel retardo á Excelmans i Gerard que mandaban bajo sus órdenes. En resumidas cuen-

tas, no se movió su cuerpo hasta el 17 á las tres de la tarde.

Una vez principiada su marcha, no podia dirigirse sobre Wavres con la certeza de encontrar á Blucher. Las primeras huellas que pudo sorprender de los prusianos, hacian creer por el contrario que se habian retirado ácia Namur, lo que obligó á Gouchy á dirigir su persecucion en aquella última direccion, i ocasionó la pérdida de algunas horas. Hasta que encontró á los ingleses resueltos á detenerse en Waterloo, i á los prusianos determinados á comunicar con ellos, no echó de ver Napoleon el plan convenido entre Wellington i Blucher, de reconcentrar los ejércitos prusianos é ingleses en Waterloo.

Despues de haber destacado á Grouchy en perseguimiento de los prusianos, Napoleon en persona se dirigió por un movimiento oblicuo ácia Frasnes, i alli se reunió con el cuerpo que mandaba el Mariscal Ney. Era su ánimo atacar al duque de Wellington, á quien esperaba hallar todavia en su posicion de Cuatro Brazos.

Pero habiendo recibido el duque, á eso de las siete de la mañana el aviso de la retirada de príncipe mariscal á Wavres, principió por su parte á retirarse sobre Waterloo, á fin de recobrar su comunicacion con los prusianos, i volver á tomar la ejecucion del plan de cooperacion que se habia desconcertado, hasta cierto punto, con la irrupcion repentina de los franceses, i la pérdida de la batalla de Ligny por los prusianos. Se habian esparcido entre las filas las noticias de la batalla de Ligny; i los mas

atrevidos no hubieran podido esperar que fuesen capaces los prusianos de renovar la accion. El tiempo era terrible, la lluvia caía á torrentes, lo cual hizo impracticables para la caballería las tierras labradas; circunstancia favorable para los ingleses, porque de este modo se halló su marcha al abrigo de los ataques de la caballería francesa, que no pudo hacer ninguna operacion fuera de la calzada.

No obstante, la retaguardia inglesa sufrió un ataque en Gennapes, pequeña ciudad donde hay un puente sobre el Dyle al cual no se puede acercar mas que por una calle vecina, que no logró rechazar la caballería ligera, mas habiendo entrado en línea la caballería pesada, rechazó á los franceses, que no inquietaron mas en aquel dia á la retaguardia del ejército.

A las cinco de la tarde llegó el duque de Wellington á la memorable llanura de Waterloo, que habia fijado mucho tiempo antes como la posicion en que queria detenerse para cubrir á Bruselas, en el caso de ciertos acontecimientos.

La escena donde se representó aquel célebre drama, debe ser familiar á la mayor parte de los lectores, sea por descripcion, sea por recuerdo. El ejército ingles ocupaba una cadena de alturas estendiéndose desde una hondonada i un pueblo llamado Merke-Braine sobre la derecha, hasta un lugarcillo nombrado Ter-la-Haye sobre la izquierda. En frente de estas alturas hay otra cadena paralela, en la cual estaban apostados los franceses. Entre estas dos cadenas se estiende un pequeño valle, cuya anchura varia, pero

no escede generalmente de media milla. Por ambos lados varía igualmente la cuesta que conduce al valle, pero es siempre suave, aunque diversificada con las desigualdades del terreno. El campo está entrecortado por dos grandes caminos ó calzadas que conducen á Bruselas, el uno de Charleroi por Cuatro Brazos i Gennape, que acababa de servir para la retirada del ejército ingles, el otro de Nivelles. Estos caminos atraviesan el valle i se reunen cerca del pueblo de Monte de San Juan, donde estaba la retaguardia del ejército ingles. El cortijo de Monte de San Juan, que debe distinguirse bien del lugarcillo, estaba mucho mas cerca de la vanguardia inglesa que aquel último. Sobre la calzada de Charleroi, á la cabeza de la línea, hay otro cortijo llamado la Haye-Sainte, situado al pie de la cuesta por la cual se baja al valle. Sobre la cadena de eminencias que está en frente, da su nombre á toda la línea de alturas un pueblo llamado la Bella Alianza. Está precisamente en frente de Monte de San Juan; estos dos puntos formaban los centros respectivos de las posiciones francesa é inglesa.

En medio del valle habia una casa de campo flamenca, de antigua construccion, llamada Goumont ó Hougomont. Dicho valle estaba rodeado de jardines, de casitas, i de un bosque de hayas muy altas, que tenia una estension de cerca de dos fanegas de tierra. Detras de las alturas de Monte de San Juan se inclina el terreno todavia en una hondonada que sirvió como de asilo á la segunda línea de los ingleses; á espal-

das de aquella segunda línea está el grande i vasto bosque de Soignes, que atraviesa la calzada por donde se va á Bruselas. En este camino, á dos millas detrás del ejército ingles, está situado el pueblo de Waterloo.

# CAPITULO III.

## RESUMEN DEL CAPITULO III.

CONFIA NAPOLEON EN QUE SE DISOLVERÁ LA SANTA ALIANZA EN EL CASO DE QUE TRIUNFASE DE LOS INGLESES EN LA BÉLGICA. — EL 17 DE JUNIO TOMA SUS POSICIONES EL EJÉRCITO INGLES, I LOS FRANCESES AL DIA SIGUIENTE. — FUERZA DE AMBOS EJÉRCITOS. — PLANES DE SUS GENERALES. — BATALLA DE WATERLOO PRINCIPIADA EL 18 DE JUNIO DESPUES DE L MEDIO DIA. — DIRIGEN LOS FRANCESES SU ATAQUE CONTRA EL CENTRO DEL EJÉRCITO INGLES. — CARGAS DE LOS CORACEROS; I MODO CON QUE SON RECIBIDOS. — LLEGADA DE LOS PRUSIANOS. — CARGA DE NEY Á LA CABEZA DE LA GUARDIA IMPERIAL. — ES RECHAZADO. — NAPOLEON MANDA LA RETIRADA. — ENCUENTRO DE LOS GENERALES VICTORIOSOS EN LA BELLA ALIANZA. — CONDUCTA DE NAPOLEON DURANTE LA ACCION. — BLUCHER PERSIGUE Á LOS FRANCESES. — PERDIDA DE LOS INGLESES; DE LOS FRANCESES. — REPRENSIONES MAL FUNDADAS QUE HACE AL GENERAL GROUCHY.

## CAPITULO III.

El haber ganado Napoleon la batalla de Ligny no habia tenido resultados notables; todavia los tuvo menos la accion indecisa de Cuatro

Brazos; pero si á estos encuentros se hubiesen seguido la retirada del ejército ingles á Amberes, i la toma de Bruselas, ciudad principal de los Países Bajos, hubiera podido habérseles puesto en la clase de las victorias mas decisivas.

Napoleon veía en una victoria semejante resultados todavia mas brillantes, i no esperaba nada menos que la disolucion de la alianza europea, como precio de la derrota total de los ingleses en la Bélgica. Mientras que no se trataba de los medios que habrian determinado aquella disolucion, las personas que no tenian menos confianza en las intrigas de Napoleon que en sus talentos militares, debieron suponer que habia preparado ya entre las potencias estrangeras algun plan bien profundo, dirigido á minar los cimientos de su alianza, i pronto para ejecutarse tan pronto como hubiesen crecido hasta cierto punto las ventajas de Bonaparte. Pero aunque hubiera sufrido el duque una simple derrota, caso de que asi hubiera debido ser, tenia á su retaguardia la fortaleza casi inespugnable de Amberes, i el puerto de aquella ciudad, por el cual podia esperar socorros de la Inglaterra. Blucher habia hecho ver muy á menudo cuan poco se dejaba desanimar por una derrota; peor hubiera sido que se hubiese replegado sobre un ejército ruso de doscientos mil hombres que iba avanzando. Las esperanzas de que si hubieran ganado los franceses la batalla de Waterloo, pondria fin á la guerra, debian abandonarse como quiméricas. No obstante, no puede negarse que si Napoleon hubiera alcanzado al-

gunos éxitos favorables en aquella primera campaña, habrian aumentado mucho su influencia, tanto en Francia como en los demas países, i comprometido quizás la posesion de la Flandes. El duque de Wellington formó, pues, la resolucion de proteger á Bruselas, si era posible, aunque fuese arriesgando una accion general.

El ejército frances iba á comenzar su movimiento en tres grandes columnas contra los pruso-sajones, á quienes Napoleon habia resuelto atacar los primeros, cuando un oficio del general conde Gerard notició á Bonaparte, que el teniente general conde de Bourmont, i los coroneles Clouet i Villoutreys, empleados en el cuarto cuerpo de ejército acababan de pasarse al enemigo. Napoleon, dirigiéndose con este motivo al mariscal Ney: »¡I bien! le dijo; vuestro protegido Bourmont de quien saliais garante, i á quien coloqué por intercesion vuestra, se ha pasado al enemigo." El mariscal procuró escusarse diciendo: Que aquel general le habia parecido tan adicto que hubiera respondido de él con su cabeza. »Basta, basta, señor mariscal, le interrumpió Napoleon, los que son azules siempre quedan azules; i los que son blancos siempre serán blancos." El emperador de los franceses hizo en el acto mismo á su plan de ataque las variaciones que eran necesarias, á causa de dicha desercion.

Dirigiéndose desde Cuatro Brazos á Waterloo, habia restablecido el duque su comunicacion con Blucher, quien se habia desordenado con la retirada de los prusianos á Wavres. Cuando se estableció allí, Blucher estuvo

otra vez en la misma línea que los ingleses, no hallándose separadas el ála derecha prusiana i la izquierda inglesa mas que por un espacio de cerca de cinco leguas i media. El terreno que hay entre los dos puntos estremos, llamado las alturas de San Lamberto, era muy áspero i lleno de árboles, i formando los caminos que allí se cruzaban el único medio de comunicacion entre los ingleses i los prusianos se habia puesto intransitable con los últimos malos tiempos.

El duque dió conocimiento al príncipe Blucher de su posicion delante de Waterloo, dándole parte al mismo tiempo de su resolucion de presentar á Napoleon la batalla que parecia desear, con tal que el príncipe quisiese concurrir á ella con dos divisiones del ejército prusiano. La respuesta fué digna de aquel infatigable é indómito veterano, que nunca estaba bastante desconcertado por una derrota para que dejase de estar siempre pronto para combatir el dia siguiente. Respondió, pues, que no vendria al socorro de Wellington con dos divisiones solamente, sino con todo su ejército, i que, para prepararse á aquel movimiento, no pedia mas que el tiempo que se necesitaba para distribuir á sus soldados pan i cartuchos.

Eran las tres de la tarde del 17 cuando llegaron los ingleses á la llanura, i tomaron sus bivaques para la noche en el órden de batalla segun el cual debian combatir al dia siguiente. Napoleon en persona no llegó sino mucho mas tarde á las alturas de Bella Alianza, i su ejército no desplegó todas sus fuerzas hasta la mañana del 18. Una gran parte de los franceses

habian pasado la noche en el pequeño pueblo de Gennapes, i el mismo cuartel de Napoleon, habia estado en el cortijo de Caillou, á una milla escasa sobre la espalda de la Bella Alianza.

Por la mañana, luego que Napoleon hubo formado su línea de batalla, su hermano Gerónimo, á quien atribuía grandes talentos militares, recibió el mando del ala derecha; los condes de Erlon i Reille mandaron el centro, i el conde Lobau el ala derecha. Los mariscales Soult i Ney debian obrar como tenientes generales á las órdenes del emperador. La fuerza de los franceses en el campo de batalla debia componerse de cerca de setenta i cinco mil hombres. El ejército ingles escedia bastante de aquel número: cada ejército estaba mandado por un gefe bajo cuyas órdenes hubiera desafiado á todo el universo.

El ejército ingles, estaba dividido en dos líneas: la derecha de la primera línea consistia en la segunda i la cuarta division inglesa, la tercera i la sesta division hanoveriana, i el primer cuerpo de tropas belgas mandadas por el lord Hill. El centro se componia del príncipe de Orange, con las tropas de Brunswich, las de Nassau, los guardias, á las órdenes del general Cooke, á la derecha, i la division del general Alten á la izquierda. El ala izquierda se componia de las divisiones de Pieton, Lambert i Kempt. La segunda línea estaba formada principalmente con tropas que se creían las menos dignas de confianza, ó que habian sufrido demasiado en la accion del 16, para esponerlas todavia, á menos de tener necesidad: aquella línea estaba colocada sobre el

pendiente de las alturas i por detrás, á fin de estar al abrigo del cañoneo, pero perdió mucha gente durante la accion por la metralla; la caballería se colocó á retaguardia, distribuida á lo largo de la línea, pero sobre todo inclinada á la izquierda del centro, al éste de la calzada de Charleroi. El cortijo de la Haye-Sainte, sobre el frente del centro, estaba guarnecido de soldados. La casa de campo, los jardines i el patio de Hougomont, formaban un puesto avanzado i fortificado ácia el centro de la derecha. Toda la posicion inglesa figuraba una especie de curva, cuyo centro era el mas inmediato al enemigo, i las estremidades, particularmente á la derecha, se alejaban considerablemente.

Eran estremamente sencillos los planes de aquellos dos grandes generales; el objeto del duque de Wellington era mantener su línea de defensa hasta que llegando los prusianos le diesen una superioridad de fuerza bien decidida; las esperaba ácia las once ó las doce; pero los caminos, que estaban sumamente malos con motivo de una tempestad violenta, los retuvieron algunas horas mas.

No era menos sencillo i preciso el plan de Napoleon; contaba con la impetuosidad ordinaria de su ataque romper el ejército ingles i destruirle antes que llegasen los prusianos al campo de batalla; i despues pensaba bien tener la ocasion favorable de destruir á los prusianos, deteniendo su marcha por en medio del terreno desigual que los separaba de los ingleses. Estaba tan persuadido de que todo le saldria asi, que creyó suficiente la division de Grou-

chy, que se habia destacado el 17 para perseguir á Blucher, para retardar ya que no para detener completamente la marcha de los prusianos. Adoptó demasiado pronto sus razones para concebir aquella última opinion, como lo demostrarémos despues.

Principiando Napoleon la accion segun su sistema ordinario, puso la guardia de reserva, á fin de servirse de ella para cargar á su tiempo, cuando los ataques multiplicados de columnas sobre columnas, de escuadrones sobre escuadrones, reducirian á su enemigo fatigado á manifestar algunas señales de irresolucion: pero no fueron muy rápidos los movimientos de Napoleon, su ejército habia sufrido con la tempestad mucho mas que los ingleses, que estaban en sus bivaques el 17 de junio despues del medio dia, mientras que los franceses estaban en marcha todavia, i no habian entrado en línea sobre las alturas de la Bella-Alianza, antes de las diez ó las once del siguiente dia 18. El ejército ingles tuvo asi algun tiempo para comer i preparar sus armas antes de la accion, i Napoleon perdió muchas horas antes de hallarse en estado de principiar el ataque. El tiempo era de un precio inapreciable para ambos partidos, i las horas, los minutos i los instantes eran de mucha importancia: en esto puso Napoleon menos atencion que el duque de Wellington.

Por la mañana se sosegó la tempestad que toda la noche se habia desencadenado con una violencia estraordinaria; pero el tiempo fué tempestuoso todo el dia. Entre once i doce de la mañana principió aquella accion terrible, que

debia ser tan decisiva, por un cañoneo por parte de los franceses, seguido inmediatamente de un ataque mandado por Gerónimo, sobre el puesto avanzado de Hougomont. Las tropas de Nassau, que ocupaban las arboledas al rededor del palacio, fueron arrojadas de allí por los franceses; pero los mayores esfuerzos de los que acometian no lograron forzar la casa, el jardin i los patios, que defendian una parte de los guardias con el valor mas indomable. Redoblaron los franceses sus esfuerzos i se precipitaron sobre la calle esterior que protege la tapia de los jardines, sin preveer quizás que aquella misma tapia defendia el interior; cayeron en gran número de aquel lado bajo el fuego de los sitiados, al cual se hallaban espuestos en todas las direcciones. A pesar de todo, el número de sus tropas les permitió hacerse dueños de las arboledas, i con esto cubrió á Hougomont por un momento, i marchó adelante con su caballería i artillería contra la derecha inglesa, que se formó en batallones cuadrados para recibirlos. No cesó el fuego; pero sin haber habido ninguna ventaja sensible por ambos lados. Ultimamente fué rechazado el ataque, i tan completamente, que los ingleses volvieron á abrir su comunicacion con Hougomont, i aquella importante guarnicion se halló reforzada con el coronel Hepburn i un cuerpo de guardias inglesas.

Habiéndose hecho general el fuego de la artillería á lo largo de la línea, se trasladó el principal ataque de los franceses sobre el centro ingles. Cuatro columnas de infantería i un grueso considerable de coraceros que tomaron

la delantera, asaltaron el cortijo de San Juan; los coraceros siguieron con una intrepidez admirable la calzada de Gennapes, en donde los encontró i cargó la gruesa caballería inglesa; i entonces principió un combate á la punta de la espada, que duró hasta que fueron rechazados los franceses sobre su misma posicion, donde los protegió su artillería. Las cuatro columnas de infantería francesa empeñadas en el mismo ataque, se abrieron un paso hasta el cortijo de la Haye-Sainte, i despues de haber dispersado un regimiento belga, se preparaban á establecerse en el centro de la posicion inglesa, cuando fueron atacadas por la brigada del general Pack, que habia sido conducida de la segunda línea por el general Picton, mientras que al mismo instante una brigada de caballería inglesa hizo sus evoluciones al rededor de su misma infantería, i atacó á los franceses en flanco en el momento en que estos estaban rechazados por el fuego de la fusilería. El resultado fué decisivo; las columnas francesas fueron rotas con una gran carnicería, i se tomaron dos águilas con mas de dos mil hombres, que inmediatamente se mandaron á Bruselas.

A pesar de todo la caballería inglesa prosiguió demasiado lejos su ventaja; cercada en medio de la infantería francesa, i de un cuerpo de caballería enemiga que se habia destacado para sostenerla, se vió precisada á retirarse con una pérdida considerable. En aquel momento encontró la muerte el valiente general Picton, tan distinguido por sus talentos i su valor, como igualmente el general Ponsomby, que mandaba la caballería.

Entonces fué cuando los franceses se hicieron dueños del cortijo de la Haye-Sainte á pesar de la gloriosa defensa de los regimientos escoceses; pero no tardaron en tener que abandonar los franceses aquella posicion, á causa del horroroso fuego de la artillería enemiga.

Poco despues de aquel acontecimiento, se renovó todavia el combate sobre la derecha, en donde la caballería francesa hizo un ataque general sobre los cuadros, particularmente ácia el centro de la derecha de los ingleses, ó entre aquella posicion i la calzada. Se arrojó con la resolucion mas intrépida, á pesar del fuego continuo de treinta piezas de artillería colocadas á la cabeza de línea, i forzó los artilleros que las servian á retirarse á los cuadros. Durante esta pelea encarnizada, Napoleon recorrió la línea de infantería del primer cuerpo, la de caballería del general Milhaud i la de la guardia imperial colocada en tercera, en medio de la metralla. El general Devaux, comandante de la artillería de la guardia, fué muerto al lado del gefe supremo del ejército, i el general Lallemand que le sucedió fué herido poco despues. Comenzaba á introducirse el desórden en el centro del ejército anglo-holandes; los bagages, los carros, los heridos; todos, viendo á los franceses acercarse al monte de San Juan i á la principal entrada del bosque de Soignes corrian en tropel para verificar la retirada. Un gran número de fugitivos ingleses, belgas i alemanes, que habian sido acuchillados por la caballería francesa huyeron precipitadamente ácia Bruselas. Las tropas inglesas quedaron tan maltratadas que

perdieron entre muertos ó heridos mas de diez mil hombres.

Las filas estaban claras con la pérdida de los fugitivos, i con la ausencia de los que habian abandonado la llanura sangrienta con el designio de sacar los heridos; i muchos de estos, como era natural, no se apresuraron á volver á una escena tan fatal.

Pero habiendo perdido tambien los franceses mucha gente, particularmente de su caballería quedando destruida una gran parte de ella en sus esfuerzos inauditos, principiaron á ser inquietados por las operaciones de los prusianos sobre su flanco derecho. Blucher fiel á su empeño, habia puesto en movimiento por la mañana muy temprano la division de Bulow, que no habia entrado en accion en Ligny, para comunicar con el ejército ingles, i obrar una diversion sobre el flanco derecho i la retaguardia de los franceses. Pero, á pesar de que solamente habia doce ó quince millas entre Wavres i la llanura de Waterloo, no obstante se retardó mucho la marcha por circunstancias inevitables. La aspereza del país i el mal estado de los caminos ofrecian sérios obstáculos á los progresos de los prusianos, sobre todo porque arrastraban consigo una artillería considerable. Ademas, un incendio que se manifestó en Wavres en la mañana del 18, impidió al cuerpo de Bulow pasar por aquella ciudad, i le obligó á seguir un camino penoso i estraviado. Despues de haber atravesado Bulow con una gran dificultad el camino cerca de Chapelle-Lambert, con la cuarta division prusiana que Wellington habia espe-

rado ácia las once, anunció su llegada á las cuatro i media con una descarga á lo lejos de artillería. La segunda division hizo un movimiento lateral en la misma direccion que la cuarta i la primera, pero mas cerca del flanco ingles, por el pueblecillo de Ohain. El emperador opuso inmediatamente á Bulow, que se presentó mucho tiempo antes que los demas, el sesto cuerpo que habia guardado en reserva para aquel servicio; i como solo habia llegado la vanguardia, logró tener estrechados á los prusianos por un momento. El primero i el segundo cuerpo prusiano parecieron en la llanura todavia mas tarde que el cuarto. El tercer cuerpo se habia puesto en movimiento para seguir la misma direccion, cuando fué atacado con ímpetu por los franceses mandados por el mariscal Grouchy, que fué destacado, como ya lo hemos dicho, para llamar la atencion de Blucher, creyendo tener todas las fuerzas delante de él.

En vez de sorprenderse, como lo hubiera hecho un general ordinario, por aquel ataque sobre su retaguardia, se contentó Blucher con enviar á Thielman, que mandaba el tercer cuerpo, la órden de defenderse él mismo como pudiera, sobre la línea del Dyle. En este intérvalo, sin debilitar el ejército que mandaba, destacando una parte para sostener á Thielman, el viejo general aceleró mas bien que suspendió su marcha ácia el campo de batalla, donde preveía que iba á concluirse la guerra de un modo tan decisivo, que la victoria ó la derrota, sobre todos los demas puntos, se subordinaria á lo que sucediera en aquel punto principal.

A eso de las seis i media, sobre poco mas ó menos, principió la segunda gran division del ejército prusiano á entrar en comunicacion con la izquierda inglesa por el pueblo de Ohain, mientras que Bulow avanzaba desde Chapelle-Lambert sobre la derecha i cola del ejército frances por un camino hondo ó valle, llamado Frischemont. Entonces no quedó duda que los prusianos iban á tomar una parte seria en la batalla, i con fuerzas considerables. Todavia tenia Napoleon los medios de resistirles i hacer su retirada, cierto sin embargo de ser atacado al siguiente dia por los ejércitos combinados de Inglaterra i Prusia. Todavia no habia tomado parte en el combate su célebre guardia, i habria estado en situacion de protegerle despues de una batalla en la que hasta entonces no habia tenido ventaja ninguna, pero sin ser derrotado. Las circunstancias críticas en que se hallaba envuelto debian confundirse en su espíritu; ya no tenia socorros que esperar; reunirse con Grouchy era el único recurso que podia aumentar sus fuerzas; los rusos avanzaban sobre el Rhin á marchas forzadas; en París formaban los republicanos sus planes contra su autoridad; parecia que todo debia decidirse en aquella jornada i en aquellos parages. Turbado con tantas circunstancias de funesto presagio, se imaginó que un esfuerzo desesperado, forzando la victoria antes que pudiesen obrar efectivamente los prusianos, arrojaria tal vez á los ingleses de su posicion, i resolvió arriesgarse á aquella atrevida prueba.

A eso de las siete se formó la guardia imperial en dos columnas á presencia del empe-

rador, al pie de la cuesta de la Bella Alianza; estaba mandada por el intrépido Ney. Bonaparte dijo á los soldados i sostuvo la misma ficcion á su comandante, que los prusianos que veían sobre la derecha se retirarian delante de Grouchy. Tal vez lo pensó asi él mismo. La guardia respondió, por la última vez, con los gritos de ¡*Viva el emperador*! i se arrojó con resolucion, teniendo por apoyo cuatro batallones de la guardia vieja en reserva, que estaban todos prontos á sostener á sus camaradas. Habia habido un cambiamento progresivo en la línea de batalla inglesa, á consecuencia de los reiterados ataques i siempre rechazados de los franceses. La derecha, que al principio del combate presentaba un segmento de círculo convexo, habia tomado en la actualidad la forma cóncava, porque se habia traido adelante el estremo derecho, despues de haberle rechazado; de modo que el fuego de la artillería, de la infantería, caía sobre el flanco de los franceses, cuya cabeza tenia que sostener ademas el fuego de las alturas. Los ingleses estaban dispuestos sobre una línea profunda de cuatro hombres para recibir las columnas avanzadas de la guardia francesa, sobre las cuales hicieron caer un granizo de fusilería que no cesaba un instante. Los soldados tiraron á voluntad, cargando i descargando cada uno su arma tan pronto como podia. Por último los ingleses hicieron un movimiento adelante como para rodear las cabezas de las columnas, i al mismo tiempo continuaban tirando sobre los flancos del enemigo. Los franceses tentaron valerosamente el desplegarse; pero el esfuerzo que hicieron bajo

un fuego tan mortal no tuvo buen resultado. Se les vió detenerse, vacilar, huir, desordenarse, mezclarse, ceder por último, retirándose, ó mas bien huyendo en una estrema confusion. Este fué el último esfuerzo del enemigo, i Napoleon dió las órdenes para hacer la retirada. No le quedaban mas tropas para protegerla, á escepcion de los cuatro últimos batallones de la guardia vieja. Detrás de las columnas de ataque, se formaron por sí mismos en batallones cuadrados, i se mantuvieron firmes. Pero en aquel momento, hizo avanzar Wellington toda la línea inglesa, de modo que por el valor ejercitado de aquellos intrépidos veteranos, fueron tambien desordenados i arrastrados en la derrota general, á despecho de los esfuerzos de Ney, quien habiendo tenido muerto el caballo, combatió con espada en mano i á pie, hasta el último instante al frente mismo de la línea. Aquel mariscal, cuyas calidades militares estan por lo menos fuera de toda disputa, ha desmentido con su conducta en la accion dos circunstancias esparcidas por los amigos de Bonaparte. Una de aquellas ficciones se encuentra en su propio boletin, que atribuye la pérdida de la batalla á un terror pánico causado por la perfidia de algunas voces desconocidas que levataron el grito de ¡*Sálvese el que pueda*! Otra relacion, acreditada en París, decia que los cuatro batallones de la guardia vieja que conservaron los últimos una apariencia de órden, intimados de rendirse, hicieron esta respuesta magnánima: ¡*La guardia muere i no se rinde*! Una edicion de aquella historia añade que en aquel momento

hicieron los batallones una media vuelta ácia dentro, i descargaron sus fusiles los unos sobre los otros á fin de no morir á manos de los ingleses. Ni la réplica, ni el fingido sacrificio de la guardia tienen el menor fundamento. Cambrone, en cuya boca se ha puesto aquella respuesta, entregó él mismo su espada i quedó prisionero. Ademas, la noble conducta de la guardia vieja recibió un homenage mas digno de la declaracion unánime, pues combatió hasta la estremidad con un valor inalterable, que de aquellos que la atribuyen una especie de suicidio militar en el campo de una batalla perdida. Todos aquellos soldados combatieron como unos valientes, i no es alabarlos el representarlos como unos insensatos. Que Cambrone haya ó no proferido aquellas palabras, la guardia imperial ha merecido con razon que se inscribiesen sobre su monumento.

Durante aquel movimiento decisivo, Bulow, que habia reconcentrado sus tropas, i que por último se halló en fuerza para obrar, quitó el pueblo de Planchenoit á la retaguardia francesa, é bizo un fuego tan activo sobre su derecha, que el cañoneo incomodó el seguimiento de los ingleses, i se suspendió en su consecuencia. Los ejércitos ingles i prusiano avanzando en líneas oblicuas, se reunieron en las alturas que tan recientemente habian ocupado los franceses, i celebraron su victoria con gritos de mutua felicitacion.

El ejército frances estaba en aquel momento en una completa derrota; i cuando se encontraron los generales victoriosos en el cortijo de la Bella Alianza, se convino que los pru-

sianos perseguirian al enemigo, porque los ingleses estaban aniquilados con las fatigas de una batalla de ocho horas.

Napoleon conservó una gran serenidad mientras duró la accion. Se mantuvo en las alturas de la Bella Alianza, i bastante cerca del centro. Desde aquella posicion abrazaba su vista toda la llanura, que no tiene mas de dos millas de estension. En mucho tiempo no manifestó ninguna inquietud sobre la suerte de la batalla; observó la conducta de cada regimiento, alabó mas de una vez á los ingleses, pero hablando siempre de ellos como de una presa asegurada. Cuando se dispuso su guardia al último esfuerzo, que le fué tan fatal, bajó él mismo á la mitad del camino de la calzada de la Bella Alianza, á fin de hacerla el último exhorto. Siguió con atencion su marcha con un anteojo, i no quiso escuchar uno ó dos edecanes que venian en aquel momento de la derecha para informarle de la aparicion de los prusianos. Por último, viendo las columnas de ataque vacilar i confundirse, nos ha dicho la persona que nos ha dado estos datos que se volvió pálido como un cadáver; que se dijo á sí mismo i á los que le rodeaban: »Ahora todo está perdido." Entonces abandonó el campo de batalla sin detenerse hasta Charleroi, en donde se quedó por un momento en un prado, i ocupó una tienda de campaña que le habian preparado.

En tanto no cesó Blucher de perseguir el ejército frances en derrota. Apresuró la marcha de la vanguardia prusiana, i envió toda su caballería siguiendo las huellas de los fran-

ceses fugitivos. En Gennapes intentaron una especie de defensa, parapetando el puente i las calles. Pero los prusianos los forzaron en un momento; i aunque los franceses fuesen bastante numerosos para oponerles una resistencia, era tan grande el desórden, i estaba tan completamente abatida su fuerza moral por el momento, que la mayor parte fueron degollados como carneros, i arrojados de bivaque en bivaque, sin manifestar siquiera la sombra de su valor acostumbrado. Ciento i cincuenta cañones quedaron abandonados á los ingleses, i los prusianos tomaron otros tantos. Estos últimos se apoderaron tambien de todo el bagage de Napoleon i de su coche, en donde, entre otros objetos de curiosidad, se encontró una proclama que debia publicarse en Bruselas al siguiente dia.

La pérdida de los ingleses en aquella terrible batalla, fué inmensa, como lo dice el duque de Wellington, que nunca ha usado de frases exageradas. Cien oficiales muertos, quinientos heridos, entre los cuales muchos mortalmente, i quince mil hombres muertos ó heridos (además de la pérdida de los prusianos en Wavres), cubrieron la mitad de la Inglaterra de luto. Perecieron muchos oficiales de distincion. Es necesario toda la gloria i todas las ventajas sólidas de aquella jornada inmortal, para consolarse del precio con que se compró. El comandante en gefe, precisado á hallarse en todas partes, estuvo continuamente en el mas grande peligro. El duque i un oficial de su numeroso estado mayor fueron los únicos que no salieron heridos, ni ellos ni sus caballos.

Difícil será calcular la estension de la pérdida de los franceses. Ademas de los que perecieron en el combate i en la huida, desertó un gran número. No creemos que de los setenta i cinco mil hombres quedasen la mitad sobre las armas.

Habiendo concluido la relacion de aquella memorable i sangrienta batalla nos creemos obligados á hablar de lo que el mismo Napoleon ha dicho, á fin de encontrar nuevas luces sobre este asunto, pero sobre todo sobre su carácter.

La relacion de la batalla de Waterloo, dictada por Napoleon á Gourgaud, i que el general Grouchy trata de romance lleno de suposiciones, de disfraces i de falsedades, acusa á los generales que pelearon bajo las órdenes de Bonaparte, de haber degenerado. Son señalados con mas particularidad Ney i Grouchy; el primero por su nombre, el segundo por una alusion evidente. Dícese en ella que habian perdido aquella energía i genio atrevido que les distinguian otras veces, i á los cuales la Francia debió sus triunfos; se habian hecho tímidos i circunspectos en todas sus operaciones; i á pesar de su valor personal, su objeto importante habia sido el de esponerse lo menos posible. Aquella observacion general, hecha de intento, para trasladar el emperador á sus tenientes la culpa del mal éxito de aquella campaña, es al mismo tiempo injusta é ingrata. ¿Habian perdido su energía aquellos que en el campo de Waterloo combatian todavia mucho tiempo, despues que el emperador le habia abandonado? ¿Estaba Grouchy irresoluto en

sus operaciones, él, que trajo su division á París, á pesar de todos los obstáculos que le opuso un ejército victorioso, tres veces mas fuerte que el suyo? Aquellos dos gefes habian abandonado por Napoleon su alta consideracion i su fortuna que hubieran podido guardar pacificamente bajo el reinado de los Borbones. ¿Manifestaron la repugnancia en esponerse de que se les acusa, cuando por reunirse á él en su carrera arriesgada, olvidaron no solamente su interes i seguridad, sino tambien su honor, á la faz de la Europa, esponiéndose á una muerte cierta, si los Borbones quedaban victoriosos? Los que pelearon con el dogal al cuello, i tales eran ciertamente Ney i Grouchy, obraban, segun nos parece, como unos desesperados. ¿Es creíble que en semejantes circunstancias hayan quedado atrás aquellos individuos cuya fortuna i vida dependian de la victoria, valientes ademas como es público i notorio, cuando su suerte estaba en uno de los platos de la balanza?

Casi no podia esperarse que el que era injusto con los suyos fuese mas verdadero con respecto á un enemigo. En ninguna ocasion ha negado el duque de Wellington á los talentos militares de Napoleon aquella justicia que un espíritu generoso desea tributar á un adversario, i ha declarado voluntariamente que la conducta de Napoleon i de su ejército en aquella memorable batalla fué digna de su gran reputacion. Se dirá tal vez que es fácil al vencedor conceder alabanzas al vencido, pero que es necesario un grado mas alto de candor al vencido para hacer justicia al ven-

cedor. Parece que Napoleon no tuvo aquella noble grandeza de alma, porque él mismo i las diferentes personas por cuyo medio hacia circular sus palabras, estaban de acuerdo en el frívolo espediente de escusar la derrota de Waterloo con una multitud de justificaciones fundadas en gran parte en falsas esposiciones.

# CAPITULO IV.

## RESUMEN DEL CAPITULO IV.

LLEGA BONAPARTE Á PARÍS. — JÚNTANSE LAS DOS CÁMARAS, I ADOPTAN MEDIDAS QUE MANIFIESTAN QUE DESEAN LA ABDICACION DE NAPOLEON. — BONAPARTE TIENE UN GRAN CONSEJO. — FOUCHÉ PRESENTA Á LOS REPRESENTANTES EL ACTO DE ABDICACION DE NAPOLEON, QUE ESTIPULA QUE SU HIJO LE SUCEDERÁ. — INFORME EXAGERADO DE CARNOT Á LA CÁMARA DE LOS PARES SOBRE LOS MEDIOS DE DEFENSA. — NEY LE CONTRADICE. — DEBATES ACALORADOS EN LA CÁMARA DE LOS PARES SOBRE EL ACTO DE ABDICACION. — LAS DOS CÁMARAS ELUDEN EL RECONOCER Á NAPOLEON II. — NOMBRAMIENTO DE UN GOBIERNO PROVISIONAL. — RUEGAN Á NAPOLEON QUE SE RETIRE Á LA MALMAISON. — OFRECE SUS SERVICIOS PARA LA DEFENSA DE PARÍS; NO SE LE ADMITEN. — SE LE PONE BAJO LA VIGILANCIA DEL GENERAL BECKER. — MEDIDAS TOMADAS EN ROCHEFORT PARA SU MARCHA Á LOS ESTADOS-UNIDOS. — LLEGA Á ROCHEFORT EL DIA 3 DE JULIO. — EL GOBIERNO PROVISIONAL PROCURA VANAMENTE TRATAR CON LOS ALIADOS, Ó ESCITAR LOS FRANCESES Á LA RESISTENCIA. — LOS ALIADOS AVANZAN SOBRE PARÍS; SE CONCLUYE UN ARMISTICIO, I ENTRAN EN LA CAPITAL EL DIA 7 DE JULIO. — DISPÉRSASE LA CAMARA DE LOS PARES, I LOS MIEMBROS DE LA OTRA SON ESCLUIDOS DEL SALON DE SUS SESIONES. — LUIS XVIII VUELVE A ENTRAR EN PARÍS EL DIA 8 DE JULIO.

## CAPITULO IV.

Por grandiosas que fuesen las consecuencias directas de la batalla de Waterloo, pues que no eran menos que la pérdida total de la campaña i la destruccion completa del bello ejército de Napoleon, los acontecimientos, aun los mas lejanos, á que dió lugar fueron de tanta importancia que puede dudarse si jamas en la historia ha habido una gran batalla seguida de tantos i tan grandes resultados.

La parte del ejército frances que habia escapado del desastre de la batalla de Waterloo se retiró ácia la frontera de Francia en el mas completo desórden. El mismo Bonaparte continuó su fuga, i desde Charleroi en cuyas inmediaciones se habia detenido se dirigió apresuradamente á Filippeville. Su intencion era, segun dicen, irse á poner á la cabeza del ejército de Grouchy; pero no tenia reunida ninguna especie de tropa; i como los prusianos ocuparon casi inmediatamente á Charleroi, corrió la voz de que la tal division estaba destruida i el mismo Grouchy prisionero. Napoleon continuó pues su fuga, dejando la órden, que no se ejecutó, de reunir los restos de su ejército en Avesne: pero solo en Laon consiguió Soult reunir algunos miles de hombres: entretanto Bonaparte habia tomado la posta i llegado á París, en donde él mismo llevó la noticia de su derrota.

El dia 19 de junio cien cañonazos habian ensordecido á los habitantes de la capital para anunciar la victoria de Ligny, i los papeles públicos estaban llenos de relaciones las mas enfáticas i mentirosas sobre el paso del Sambra, la accion de Charleroi i la batalla de Cuatro Brazos. Los bonapartistas estaban locos de contento, los republicanos indecisos, i los realistas consternados. El 21 por la mañana, tres dias despues de la fatal batalla de Waterloo, empezó á decirse por de pronto al oído i luego abiertamente, que Napoleon habia vuelto del ejército, solo, la noche antes, i que estaba entonces en el palacio del Eliseo Borbon. No se tardó en traspirar la espantosa verdad. Habia perdido una batalla formal, una batalla terrible i decisiva, i el ejército frances que habia salido de la capital tan orgulloso, tan determinado, tan lleno de confianza i esperanza, estaba enteramente destruido.

Muchas razones se han alegado para justificar á Napoleon de no haberse quedado en su ejército en aquella ocasion, i de no haber por lo menos intentado organizarlo de nuevo; pero el secreto parece claramente esplicado por el temor que le inspiraban los republicanos i los constitucionales de París. Debió recordarse que Fouché i otros del mismo partido le habian aconsejado, aun antes que se pusiese al frente del ejército, que terminase las desgracias de la Francia abdicando la corona. Conocia que una cosa que habian tenido la osadía de insinuarle en la época de su poder, no dudarian en pedirla, i aun exigirla, despues de su derrota, i que la cámara de los repre-

sentantes procuraria hacer la paz sacrificándole. »Se sabe, dice un autor ya citado i partidario de Bonaparte, se sabe que dijo, despues del desastre de la campaña de Rusia, que confundiria á los parisienses con su presencia, i caeria en medio de ellos como el rayo. Pero hay cosas que salen bien por que nunca se habian hecho, i por la misma razon, nunca debe ensayarse segunda vez. Su quinta fuga del ejército le hizo perder los partidarios que le quedaban, i separó de su causa á todos los que hubieran podido perdonarle sus desgracias pero querian que por lo menos fuese el primero en levantarse del golpe que le habia herido.

Una prueba curiosa del espíritu público que dominaba entonces en París, se encuentra en que con la noticia de aquella horrorosa catástrofe subieron los fondos públicos en cuanto pasó la primera admiracion que habia causado aquella noticia, es decir, en cuanto hubo tiempo para examinar las consecuencias probables de aquella victoria de los aliados. Hubiérase dicho que el crédito público renacia á la primera noticia, aunque terrible de por sí, i que hacia esperar la conclusion del reinado de Bonaparte.

Las conjeturas de Napoleon no le habian engañado. Era claro que por mucha deferencia que los jacobinos le hubiesen manifestado en su poder, le tratarian sin piedad en sus desgracias. Conocieron que la ocasion era favorable para desembarazarse de él, i no procuraron ocultarle que estaban resueltos á no dejar perder la ocasion.

Se reunieron apresuradamente las dos cámaras. Lafayette tomó la palabra en la de los

representantes, i su lenguage fué el de un amigo viejo de la libertad: habló de los rumores siniestros que circulaban, é invitó á todos los diputados á reunirse en torno del estandarte tricolor que era el de la libertad, de la igualdad i del órden público, i á declarar: 1º que la independencia de la nacion se hallaba amenazada; 2º que las cámaras se constituían permanentes, i que cualquiera tentativa para disolverlas seria un crímen de alta traicion; 3º que las tropas habian servido bien á la patria; 4º que se convocaba la guardia nacional; 5º que se invitaba los ministros para que se presentasen inmediatamente á la asamblea.

Estas proposiciones indicaban bastantemente que la cámara de los representantes temia verse disuelta segunda vez por la fuerza, i al mismo tiempo anunciaban que estaba determinada á ponerse al frente de los negocios sin hacer caso del emperador. Se adoptaron todas, á escepcion de la cuarta relativamente á la guardia nacional, que se consideró como prematura. Regnault de Saint Jean d'Angely intentó leer un boletin que contenia una relacion inexacta é imperfecta de lo que habia pasado en las fronteras; pero los representantes le interrumpieron á voces i pidieron los ministros; por fin, despues de una espera de tres á cuatro horas, Carnot Caulaincourt, Davoust i Fouché entraron en la sala con Luciano Bonaparte.

Habiéndose formado la cámara en junta secreta, los ministros hicieron conocer toda la estension del desastre, i anunciaron que el emperador habia nombrado á Caulaincourt, Fouché i Carnot comisarios para tratar de la paz

con los aliados. Los del partido republicano, i particularmente Enrique Lacoste, dijeron á la faz de los ministros que no se podia entablar ninguna negociacion en nombre del emperador Napoleon, puesto que las potencias aliadas le habian declarado la guerra; i algunos dijeron entonces en términos precisos, que no habia mas obstáculo que su persona entre la paz i la nacion. Por todos los lados de la sala resonaron aplausos unánimes, i Luciano ya no pudo dudar que los representantes tenian la intencion de separar su causa de la de su hermano. Empleó todos los medios de conciliacion, i mas elocuente en prosa que en verso, hizo un llamamiento á su amor de la gloria, á su generosidad, á su fidelidad i á los juramentos que tan recientemente habian prestado. » Hemos sido fieles, respondió Lafayette; hemos seguido á vuestro hermano en las arenas del Egipto, en las nieves de la Rusia; los huesos de los franceses, diseminados en todos los países, atestiguan nuestra fidelidad." Parecia que todos no tenian mas que una opinion, cual era, que la abdicacion de Bonaparte era una medida indispensable. Davoust, ministro de la guerra, se levantó i protestó que nunca emprenderia nada contra la libertad de la cámara: en el hecho esto era abrazar su causa. Se nombró una comision de cinco individuos para ponerse de acuerdo con los ministros, quienes, aunque nombrados por Napoleon, no pasaban por serle muy adictos. Carnot i Fouché eran los gefes naturales del partido popular, i se suponia que Caulaincout no corria muy bien con Napoleon, de suerte que los ministros parecian mas dis-

puestos á defender los intereses de la cámara que los suyos. Luciano vió que la autoridad de su hermano estaba concluída si no conseguia mantenerla con la violencia. Acaso la cámara de los pares hubiera sido mas favorable á la causa imperial; pero tal era su construccion que tenia tan poca confianza en sí misma, como influencia en el espíritu publico. Adoptó las tres primeras resoluciones de la cámara baja i nombró una comision de seguridad pública.

La regla de conducta que los representantes querian seguir entonces era muy clara; se habian esplicado, habian dicho cual era el sacrificio que exigian de Bonaparte, que no era nada menos que su abdicacion. Faltaba saber si el emperador intentaria resistir ó si se someteria á esta usurpacion sobre su autoridad. Si pudiese discutirse un punto de derecho entre dos partidos cuando es evidente que ninguno de ellos tiene razon, el derecho ciertamente favorecia á Napoleon. Aquellos mismos representantes eran vasallos suyos; lo eran voluntariamente, cuanto los juramentos i las promesas pueden unir á los hombres; habian sido convocados en su nombre; solo tenian existencia política como haciendo parte de su nuevo gobierno constitucional. Por grandes que fuesen sus culpas para con el pueblo frances, no habia cometido ningunas contra aquellos hombres, cómplices de su usurpacion, que solo eran legisladores con el mismo título que Napoleon era su emperador. Su derecho de separarle i humillarle porque era desgraciado, solo consistia en el poder que tenian para hacerlo; i la precipitacion que manifestaron en

ejercer este poder hacia tan poco honor á la fé de sus juramentos como á su generosidad. Al mismo tiempo nuestra conmiseracion para la grandeza humillada se desvanece en el sentimiento de la justicia, que quiere que los fautores i los cómplices de un usurpador sean los primeros instrumentos de su ruina.

Cuando Bonaparte llegó á París, la primera persona que vió fué á Carnot, á quien pidió, con aquel tono de autoridad que acostumbraba, dinero al instante mismo, i una leva de trescientos mil hombres. El ministro respondió que no podia darle ni lo uno ni lo otro; entonces Napoleon mandó llamar á Maret, duque de Bassano, i otros varios consejeros suyo íntimos; pero cuando estos hablaron de defensa, esta palabra le arrancó la esclamacion amarga: »¡Ah! ¡antigua guardia mia! ¡si supiesen solamente defenderse como vosotros!" Hacia de este modo la confesion penosa de que el baston del mando, el emblema del poder que preferia, se le habia roto entre las manos. Luciano instó á su hermano para que conservase su autoridad, i disolviese las cámaras con la fuerza; pero Napoleon, que no ignoraba que la guardia nacional podria muy bien abrazar el partido de los representantes no quiso valerse de una medida tan arriesgada. Sin embargo se sondeó á Davoust para saber si podria contarse con él en caso que fuese necesario obrar contra las cámaras, pero se negó positivamente á ello. Fouché sugirió al punto á Napoleon la idea de hacerse nombrar dictador; pero esto no era evidentemente mas que una proposicion adelantada para distraerle.

En este momento llegó la noticia del resultado de la cesion de los representantes en junta secreta.

La suerte estaba echada: era preciso que Napoleon resistiese abiertamente ó cediese; que se declarase soberano absoluto i pronunciase la disolucion de las cámaras, ó bien que abdicase la corona que tan recientemente habia vuelto á tomar. Luciano, viéndole todavia indeciso, no dudó en decirle que el humo de la batalla de Mont Saint Jean le habia trastornado la cabeza. Realmente su conducta en este momento de crísis no fué la de un grande hombre. No tuvo valor de aventurar las medidas desesperadas que solas hubieran podido sostener todavia algun tiempo su poder, ni de tomar el noble partido de hacer una abdicacion que hubiera podido creerse voluntaria.

En la noche del 21, tuvo Bonaparte un consejo especial al cual habian llamado á todos los ministros, el presidente i cuatro individuos de la cámara de los pares, el presidente i cuatro vice-presidentes de la cámara de los representantes, bien asi como varios consejeros de estado i otras personas de distincion. El emperador espuso ante aquella asamblea el estado de la nacion, i pidió su opinion. Regnault, que ordinariamente era el orador imperial, tomó entonces la palabra para proponer que se hiciese una leva de héroes para reclutar el ejército heróico í socorrer á los que, por una frase felizmente escogida, llamaba el *águila atónita*. Opinó, pues, que las cámaras hiciesen un llamamiento al valor frances, mientras que el emperador trataria de la

paz »de una manera noble i firme." Lafayette espuso que la resistencia no haria mas que agravar los males de la Francia: habia un sacrificio particular que los aliados se habian empeñado en pedir desde el principio de la guerra; i no era probable que renunciasen á él despues de una victoria tan decisiva. No veía mas que una sola medida que pudiese preservar al país de una lucha sangrienta i ruinosa, i no dudaba que el alma grande i generosa del emperador dudase en adoptarla. Maret, duque de Bassano, desde mucho tiempo el amigo mas íntimo de Bonaparte (amistad tanto mas funesta cuanto que, mejor cortesano que hombre de estado, mas bien procuraba calmar su humor que guiarle con sus consejos), Maret se electrizó al oir esta valerosa insinuacion. Pidió medidas severas contra los realistas i los descontentos; una policía i penas como en tiempo de la revolucion. »Si se hubiese empleado antes este recurso, esclamó, uno de los que me escuchan (queriendo hablar sin duda de Fouché) no se reiria en este momento de las desgracias de su país, i Wellington no marcharia ácia París." Este discurso fué recibido con señales de desaprobacion que no pudo contener la presencia misma del emperador, en cuyo favor Maret manifestaba tanta vehemencia. Carnot, que tenia miras mas acertadas sobre la fuerza militar, ó mas bien sobre la debilidad de la Francia en aquel momento, deseaba, demócrata como era, conservar á su partido los talentos de Napoleon. Dicen que vertió lágrimas oyendo insistir en la necesidad de la abdicacion. Lanjui-

nais i Benjamin Constant apoyaron la opinion de Lafayette; pero el emperador tenia un aire sombrío, descontento é indeciso, i el consejo se separó sin haber tomado ninguna determinacion.

Otra noche se pasó en la misma perplejidad, sin que Bonaparte se hubiese decidido. Si la nacion ó los ministros hubiesen tomado unanimamente la resolucion de defenderse, i Napoleon hubiese querido defender la lucha, es muy cierto que la Francia hubiera estado espuesta á todos los azares de una guerra disputada hasta el estremo; aunque si se considera en cuan poco tiempo introdujeron ochocientos mil hombres de tropas efectivas en el territorio frances, es difícil creer que la resistencia, en ningun caso, hubiera podido tener un resultado feliz. Seria injusto negar á Napoleon el sentimiento natural de compadecerse de los males que hubiera acarreado á la nacion una lucha tan prolongada, i debemos suponer que, por conservar la corona algunos instantes mas, no hubiera querido ser causa de la ruina del hermoso país que tanto tiempo habia gobernado. Recibió mas consejos que ofrecimientos de servicios, como sucede á los mas de los hombres que se encuentran atollados. Acaso el mejor consejo que recibió fué el de un americano, que le incitó á que se embarcase en el instante mismo para ir á los estados de la América del norte, en donde ciertamente no disfrutaria de las prerogativas reales i del vano ceremonial de las cortes, al cual estaba apegado mas de lo que permite la filosofía, pero allí seria el objeto del respeto

general que sus talentos superiores i las vicisitudes de su carrera estraordinaria merecian. Pero entonces, como en Moscou, titubeó demasiado antes de abrazar un partido, pues aunque las importunaciones de sus amigos i de sus adversarios le hubiesen exigido el acto de abdicacion que de todas partes se le pedia desaforadamente, con todo, este acto tenia condiciones que solo podia haberlas dictado la esperanza de conservar una influencia suprema en el gobierno que debia suceder al suyo.

El 22 de junio, solo cuatro dias despues de la derrota de Waterloo, la cámara de los representantes se reunió á las nueve de la mañana, i manifestó la mayor impaciencia de recibir el acto de abdicacion. Duchesne hacia una mocion para que se le pidiese perentoriamente al emperador, cuando la llegada del mensage tan vivamente esperado inutilizó aquella medida violenta. Fouché era el portador, Fouché cuyas intrigas le salian todas á medida de sus deseos. El acto estaba concebido en estos términos.

»¡Franceses! al empezar la guerra para sostener la independencia nacional, contaba con la reunion de todos los esfuerzos, de todas las voluntades i el concurso de todas las autoridades nacionales. Estaba fundado en esperar un buen éxito, i habia arrostrado todas las declaraciones de las potencias contra mí.

»Las circunstancias parecen cambiadas. Me ofrezco en sacrificio al ódio de los enemigos de la Francia. ¡Ojala sean sínceros en sus declaraciones i que su animosidad se limite á mi persona! He terminado mi carrera política, i

clamo á mi hijo, bajo el título de Napoleon II, emperador de los franceses.

» Los ministros actuales formaron provisionalmente el consejo del gobierno. El interés que profeso á mi hijo me mueve á invitar á las cámaras para que sin retardo organicen la regencia por medio de una ley.

» Unios todos para la salvacion pública i para permanecer siendo una nacion independiente.

*Está firmado* » Napoleon"

Habiendo el partido republicano obtenido esta victoria, propuso en el instante mismo fijar las bases de una nueva constitucion, en lugar de la que tres semanas antes habian jurado en el campo de Mayo. Esta propuesta pareció un poco prematura, i se resolvió que por el momento se limitarían á nombrar un gobierno interino, compuesto de cinco individuos encargados de ejercer el poder ejecutivo, dos de los cuales se tomarían de la cámara de los pares de Bonaparte, i tres de la cámara de los representantes.

Al mismo tiempo, para conservar la atencion debida al ex-emperador, la cámara nombró una comision encargada de presentarle un oficio dándole las gracias, en el cual se evitaba con mucho cuidado hacer mencion de su hijo ó reconocerle. Napoleon recibió por la última vez la comision con su vestido imperial, i rodeado de sus guardias i de sus grandes oficiales: estuvo pálido i pensativo, pero firme i resignado, i oyó con la mayor indiferencia los elogios que se daban á su sacrificio patriótico.

En su respuesta encargó la union, insistió en la necesidad de preparar medios de defensa con la mayor premura; mas tuvo mucho cuidado, al concluir, de recordarles que su abdicacion era condicional, i que conservaba todos sus derechos á su hijo.

Lanjuinais, presidente de la cámara, respondió con un profundo respeto que la cámara no le habia dado instrucciones sobre este particular. »Ya os habia dicho, dijo Napoleon volviéndose á su hermano Luciano que no harian nada. »Decid á la asamblea, añadió dirigiéndose al presidente, que recomiendo mi hijo á su justicia. Solo en favor suyo he abdicado."

El reconocimiento de Napoleon II se hizo, pues, entonces un punto de discusion entre el ex-emperador i las cámaras. Es cierto que este reconocimiento nunca hubieran podido aprobarlo los aliados, i la influencia que Bonaparte i sus partidarios probablemente hubieran tenido en una regencia, era un argumento irresistible en favor de los que se resistian á sus esfuerzos, i que se reunian para separar su familia i su dinastía.

En aquel mismo dia 22 de junio, hubo una escena muy estraordinaria en la cámara de los pares. El gobierno habia recibido la noticia de que el mariscal Grouchy, que hemos dejado en las orillas del Dyle, cerca de Wavres, i que continuó sosteniendo el combate contra Thielman hasta mitad de la noche, cuando supo la pérdida de la batalla de Waterloo habia operado hábilmente su retirada por Namur, que se habia defendido contra varios

ataques, i que por último habia conseguido llegar á Laon. Animado Carnot con estas buenas noticias, hizo á la cámara una brillante esposicion del estado de los negocios: Grouchy, decia, se hallaba á la cabeza de un ejército intacto de mas de sesenta mil hombres (al paso que en Wavres nunca habia tenido mas de treinta i dos mil); Soult reunía en Mezieres veinte mil hombres de la guardia antigua; i diez mil hombres de la nueva leva, desde el interior iban á dirigirse sobre aquel punto, i á mas doscientos cañones. Ney no pudo oir estas relaciones exageradas sin un violento acceso de cólera, i con el corazon ulcerado de la injusticia con que Napoleon le habia tratado en sus boletines, se levantó repentinamente i habló como si hubiese subido en el trípode de la sibila: en su manera de contradecir á los asertos del ministro, reinaba una especie de desesperacion que no admitia reflexion alguna. Hubiérase dicho que anonadándole, hubiera querido al mismo tiempo anonadar el universo. » Esta relacion es falsa, dijo, falsa en todos puntos. Grouchy no puede tener á sus órdenes sino unos veinte i cinco mil hombres cuando mas; si su ejército hubiese sido mas numeroso, hubiera podido cubrir la retirada, i el emperador tendria aun un ejército en las fronteras á cuya cabeza podria ponerse. Ya no se puede reunir un solo hombre de su guardia, añadió; yo la mandaba i la he visto perecer enteramente antes de abandonar el campo de batalla: nada hay de cuanto se dice. El enemigo está en Nivelles con ochenta mil hombres, i puede estar en París en seis dias. No hay otro medio de

salvacion para la Francia que hacer al instante proposiciones de paz." El general Flahaut quiso contradecirle, pero Ney reprodujo su siniestra esposicion, todavia con mas vehemencia, i por último entablando repentinamente el asunto que todos tenian en la punta de la lengua pero que nadie se atrevia á tocar, dijo en voz baja, bien que distinta: »Si, lo repito, no hay otro medio que la negociacion: es necesario volver á llamar á los Borbones. En cuanto á mí, me retiraré á los Estados-Unidos."

Estas últimas palabras acarrearon sobre Ney las mas amargas reconvenciones; Lavallette i Carnot principalmente parecian indignados contra él. Ney respondió con un desden taciturno á los que vituperaban su conducta: »No soy uno de aquellos hombres que no tienen mas móvil que el interes. ¿Qué voy á ganar con el regreso de Luis sino ser arcabuceado por crímen de desercion? pero debo la verdad á mi patria." Esta escena estraordinaria causó una profunda impresion en el espíritu de los hombres que reflexionan, i que desde aquel momento se inclinaron á mirar los tumultuosos debates de las cámaras i todas aquellas medidas que tanto se preparaban, como un rumor vano que no podia producir ningun resultado puesto que no quedaba ningun recurso á la nacion.

Despues de esta discusion en la cámara de los pares sobre la situacion del ejército, se suscitó otra que no fué menos tempestuosa, cuando se leyó el acto de abdicacion. Luciano Bonaparte entabló la cuestion de la sucesion al trono, é insistió para que, consecuente á la

constitucion, fuese reconocido al instante su sobrino. El conde de Pontecoulant interrumpió al orador preguntándole ¿con qué derecho, Luciano, estrangero, príncipe romano, se atrevia á dar un soberano á la Francia, cuando él mismo no estaba naturalizado frances? Esta objecion ciertamente era estraordinaria si se reflexiona que salia de la misma boca que veinte i dos dias antes habia prestado juramento á una constitucion, por la cual Luciano era reconocido no solo como ciudadano, sino tambien como príncipe de la sangre real. Luciano respondió que era frances por sus sentimientos i en virtud de las leyes. Pontecoulant presentó entonces otra objecion, diciendo que era imposible reconocer por soberano á un niño que residia en un reino estrangero. A estas palabras, observando Labedoyere que habia perplexidad en la asamblea, se levantó con una especie de furor, i manifestó aquel mismo afecto ciego que en Grenoble le habia conducido á dar el ejemplo de la defeccion.

»El emperador, dijo, solo abdicó en favor de su hijo. Su abdicacion seria nula si su hijo no se proclamase al instante. ¿I quién se opone á esta resolucion generosa? los mismos hombres que estaban postrados á los pies del emperador en su prosperidad, i que ya estaban impacientes para llevar el yugo estrangero. Si, continuó aquel impetuoso joven, acompañando sus palabras con ademanes los mas violentos, i cubriendo con su voz sonora los murmullos de la asamblea: si acaso os negais á reconocer á Napoleon II, preciso es que el emperador desenvaine de nuevo la espada, pre-

ciso es que nuevamente la sangre empiece á correr. Al frente de los valientes franceses que estan cubiertos con las heridas que han recibido para defenderle, nos reunirémos al rededor suyo, i, ¡ay de los generales pérfidos que en este momento mismo meditan nuevas traiciones! Pido que sean perseguidos i condenados como desertores del estandarte nacional; que sus nombres sean tachados como infames, sus casas arrasadas, sus familias proscriptas i desterradas. No sufrirémos traidores entre nosotros. Napoleon abdica la corona para salvar la nacion, ha hecho lo que se debia á sí mismo; pero la nacion no es digna de él, puesto que le ha precisado segunda vez á abdicar despues de haber jurado defenderle tanto en la prosperidad como en los reveses." Los gritos *al órden*, que se levantaron de todos los rincones de la sala cubrieron al fin la voz de aquel entusiasta, que en el fondo solo espresaba los sentimientos de la mayor parte del ejército frances. »Joven, no seais descomedido, dijo Massena; ¿Creeis estar todavia en el cuerpo de guardia? dijo Lameth." Labedoyore quiso levantar de nuevo la voz, pero la sofocaron los murmullos de toda la asamblea que terminaron esta escena escandalosa.

Habiendo eludido tanto los pares como los representantes el reconocimiento formal de Napoleon II, ambas cámaras procedieron á nombrar los individuos para el gobierno interino. Estos fueron Carnot, Fouché, Caulaincourt, Grenier i Quinette. Anunciaron en su proclama que Napoleon habia abdicado, i que su hijo habia sido proclamado, lo que (digámoslo de

paso) no era verdad: invitaban á los franceses á vivir unidos i á no evitar esfuerzos ni sacrificios para el triunfo de la causa nacional, i prometian, sino una nueva constitucion, como siempre se habia usado en casos semejantes, por lo menos una revision i un revoltijo completo de la que tenia ya tres semanas de existencia, i que bajo todos los aspectos la harian tan buena como otra nueva.

Esta proclama produjo poco efecto en las tropas i en los federados, que pensaban, como Labedoyore, que la abdicacion de Napoleon solo podia recibirse con las condiciones que él mismo habia impuesto. Los federados estaban armados; se formaban en grupos é iban á desfilar debajo de las ventanas de Bonaparte delante del palacio del Eliseo Borbon. Se les hacian distribuciones de vino i de dinero, con lo que redoblaban sus gritos de ¡*Viva Napoleon*! ¡*viva el emperador*! Insultaron á la guardia nacional, i parecia que querian atacar la casa de Fouché. De otro lado, los guardias nacionales, en número de treinta mil hombres, generalmente estaban dispuestos á mantener el órden, i muchos de ellos se inclinaban á Luis XVIII. Una convulsion esterior parecia inevitable, pues decian que si Napoleon II no era reconocido al instante, Bonaparte disolveria la cámara al frente de sus tropas.

En la sesion del 24 de junio se decidió la cuestion importante de la sucesion, ó por mejor decir se eludió de esta manera; Manuel, que pasaba generalmente por ser el órgano de Fouché en la cámara de los representantes

hizo un largo discurso para demostrar que no era necesario reconocer formalmente á Napoleon II, puesto que por la constitucion estaba ya en posesion del trono. Cuando el orador hubo hecho este profundo raciocinio, de que su soberano no podia ser reconocido ni proclamado, unicamente porque *era ya* su soberano, todos los individuos de la asamblea se levantaron gritando: ¡*Viva Napoleon II*! pero cuando se hizo la proposicion de prestar juramento al nuevo emperador, una voz general *No queremos juramento*! ¡*no queremos juramento*! se hizo oir por todas partes como si la cámara hubiese estado enteramente convencida de que habia sido demasiado pródiga de juramentos tan á menudo violados, i que les repugnaba abrir un nuevo manantial de perjurios.

Si este reconocimiento aparente i en cierto modo negativo de los derechos del jóven Napoleon á la corona no satisfizo á los bonapartistas, por lo menos con este medio la cámara de los representantes les impuso silencio, mientras que al mismo tiempo, declarando que el gobierno interino era necesario para la garantía de los intereses de la nacion, impedia que ni Napoleon ni alguno de sus adherentes pudiese intervenir en la administracion del país. Sin embargo, á pesar de la poca franqueza con que admitian la condicion especial que Napoleon habia puesto á su abdicacion, la comision de gobierno i las cámaras exigieron del ex-emperador la estricta ejecucion del contrato, con tanto rigor como si por su parte hubiesen pagado el precio estipulado en dinero contante i de ley, i no en moneda falsa. De

esta suerte le arrancaron una proclama dirigida en su nombre al ejército para confirmarle el hecho de la abdicacion, que las tropas no querian creer si no se lo aseguraba él mismo. Sin embargo, en esta proclama habia algunas espresiones que prueban que sentia vivamente la sujecion que se le habia impuesto. Despues de haber exortado á los soldados á que siguiesen siempre la carrera del honor, i haberles asegurado que no dejaría nunca de interesarse en sus hazañas, les dijo: »Vosotros i yo hemos sido calumniados; hombres incapaces de apreciar nuestros trabajos han visto en las señales de afecto que me habeis dado un zelo cuyo objeto era yo solo. Háganles ver vuestras proezas futuras que obedeciéndome á mí serviais ante todo á la patria; i que si alguna parte me cabia en vuestro afecto, lo debia unicamente á mi ardiente amor á la Francia, nuestra madre comun."

Estas espresiones disgustaron vivamente á la cámara de los representantes, que al mismo tiempo consideraba la presencia de Napoleon en la capital como muy peligrosa para la tranquilidad pública, i sospechosa para la conservacion de sus prerogativas. La agitacion empezó á reinar entre los feroces habitantes de los arrabales; i algunos soldados, tristes restos de la batalla de Waterloo se reunian todos los dias dentro de los muros de París, i furiosos de su reciente derrota pedian á voces á su emperador que les condujese á vengarse. Poco le faltó, segun parece, para que Napoleon se pusiese todavia á la cabeza de un ejército poco numeroso pero temible. Para alejarle de esta

tentacion, el gobierno interior le indujo á que se retirase al palacio de la Malmaison, cerca de Saint Germain en Laye, que habia sido tanto tiempo la residencia favorita de la esposa que habia repudiado, la desgraciada Josefina. Apenas habia un dia que Napoleon estaba allí rodeado de la policía de Fouché, cuando se advirtió que el hombre que un mes antes disponia de la vida de millones de hombres, ya no era dueño de sus propios movimientos. Se espiaban i censuraban sus menores acciones, aunque sin valerse de violencia; i por la primera vez conoció entonces lo que era perder esta libertad de que su despotismo durante tantos años habia privado á una gran parte del género humano. Sin embargo, parecia estar sometido á su suerte i no manifestaba ninguna impaciencia sino cuando le sitiaban sus acreedores personales, que sabiendo que no era probable que permaneciese mucho tiempo en Francia, se daban prisa para que les ajustase sus cuentas. Esta pequeña persecucion la incitaba ruinmente el gobierno, i era uno de los espedientes que empleaba para abreviar su permanencia en Francia. Si ninguno salia bien, siempre quedaba el recurso de valerse de la fuerza.

Las tropas inglesas i prusianas se acercaban entonces rapidamente de la capital. Cada una de las ciudades con las cuales se habia contado para retardar su marcha, abria inmediatamente las puertas á su llegada. En el momento en que la capital iba á verse rodeada de nuevo de ejércitos enemigos, un sentimiento honorífico podia hacer esperar á Napoleon

que los representantes estarian dispuestos á dejar á un lado toda animosidad personal para servirse de sus talentos estraordinarios, i de su influencia en el espíritu de las tropas i de los federados, que solos podian defender á París, i que le permitirian tomar de nuevo la espada para proteger la capital. Ofreció mandar el ejército por su hijo, en calidad de general en gefe, ó cooperar á la defensa como simple ciudadano; pero la discordia habia hecho demasiados progresos en el interior. El partido popular, que dominaba entonces, temia aun mas el triunfo de Napoleon que el de los aliados, que esperaba conciliarse por medio de un tratado; pues conocia con razon que no tenia medios de resistirles. Pero si esta resistencia Napoleon la hubiese organizado con buen éxito, se temia su supremacía como comandante militar, por lo menos tanto como la dominacion de los aliados: desecharon, pues, el ofrecimiento de sus servicios.

Los componentes del gobierno interino, como pescadores hábiles, habian tendido gradualmente sus redes en torno de Napoleon, i creyeron que ya era tiempo de sacarlas á tierra. Comenzaron poniéndole, en cierto modo, en una especie de arresto, encargando al general Becker, que tenia motivos personales de queja de Napoleon, de vigilarle, i aun en caso necesario sujetar sus movimientos, de manera capaz de precaver toda posibilidad de evasion i emplear medidas para decidirle á abandonar la Malmaison, i marchar á Rochefort, en donde todo estaba preparado para su salida de Francia. Al mismo tiempo se dió la órden á

dos fragatas para que estuviesen prontas á trasportar á los Estados-Unidos al ex-emperador, que debia permanecer bajo la vigilancia del general Becker i de la policía, hasta el momento de su embarque. Las instrucciones prevenian que debian tomarse todas las precauciones posibles para la seguridad de Napoleon. Davoust trasmitió igual órden, que por uno de aquellos compromisos cómodos por medio de los cuales se procuran conciliar nuestros sentimientos con nuestros deberes ó intereses, se negó á firmarla pero mandó á su secretario que lo hiciese por él, diciendo que era lo mismo.

Napoleon se sometió á su suerte con resignacion i dignidad. Recibió al general Becker sin sujecion i aun con afabilidad; i este, por un sentimiento que le hace mucho honor, encontró la mision que le habian encargado tanto mas penosa cuanto que habia esperimentado la enemistad psrsonal del hombre que se confiaba á su guardia. Unas cuarenta personas de todas clases i condiciones, hicieron la oferta generosa de acompañar en sus desgracias al hombre á quien habian servido en su prosperidad.

Sin embargo, en medio de todos estos preparativos de marcha, Bonaparte conservaba todavía un resto de esperanza. Oía el estruendo de los cañonazos lejanos como el caballo de batalla que oye la trompeta guerrera. Ofreció de nuevo marchar contra Blucher, como simple voluntario, prometiendo que despues de haber rechazado la invasion continuaria su camino para espatriarse. En tal manera esperaba que se le concederia su demanda, que hacia tener

sus caballos ensillados, para poder partir al primer aviso para juntarse al ejército; pero el gobierno interino desechó de nuevo una oferta cuya aceptacion hubiera efectivamente destruido toda especie de trato con los aliados. Dicen que Fouché oyendo la proposicion de Bonaparte esclamó »¿Acaso se burla de nosotros?" Es cierto que si se hubiese visto otra vez á la cabeza de sus tropas, pronto hubiera sido dueño del gobierno interino, cualquiera que de otra parte fuese el resultado de su empresa.

El dia 29 de junio partió Napoleon de la Malmaison, i el 3 llegó á Rochefort. Le acompañó el general Becker, i no sucedió cosa notable durante el viage. En todos los pueblos que pasó, le recibieron las tropas con grandes aclamaciones; los habitantes respetaban las desgracias de un hombre que casi se habia visto dueño de todo el mundo, i no pudiendo aplaudir, guardaban silencio.

Asi dió fin para siempre el reinado del emperador Napoleon. Pero antes de seguirle en su nuevo destino, es necesario que acabemos en pocas palabras lo que nos falta decir de las consecuencias de la abdicacion, i presentar algunas observaciones sobre las circunstancias que concurrieron para facilitarla.

El gobierno interino habia enviado comisarios al duque de Wellington, á pedirle un pasaporte para Napoleon, á fin de que pudiese pasar á los Estados-Unidos; á lo que respondió el duque, que su gobierno no le habia autorizado para concederlo. Los generales ingles i prusiano no quisieron dar oidos á ninguna de cuantas proposiciones se les hicieron

para el establecimiento, ó para el reconocimiento, ya del gobierno interino, ya de cualquiera otro plan de administracion que se les pudiese sugerir, que no fuese el restablecimiento de los Borbones en el trono. Los miembros de la comision de gobierno procuraron dispertar el espíritu nacional, pero sin ningun resultado: habian perdido toda su influencia con las tropas, pues en el ejército todas las ideas de patriotismo eran inseparables de la persona i de los talentos de Napoleon. Vanamente los diputados hicieron pomposas declaraciones de principios, vanamente apelaron á todos los antiguos alicientes de la revolucion para reanimar el espíritu de 1793; los soldados i los federados respondian con un aire taciturno: »¿Por quien nos batiríamos aun? Ya no tenemos emperador.

Entre tanto el partido realista recobraba ánimo, se manifestaba armado en varios departamentos, dirigia la opinion pública en otros i hacia grandes reclutas en las filas de los constitucionales. Es muy cierto que si entre estos últimos existian todavia algunos que temiesen el regreso de los Borbones, era por el recelo de que los realistas triunfantes se entregasen á un sistema de reaccion i de represalias.

Entre tanto los ejércitos de Soult i de Grouchy se habian retirado bajo los muros de París, en donde pronto les siguieron los ingleses i los prusianos: el valor natural de los franceses les inspiró entonces una resistencia que al paso que les cubrió de gloria no tuvo ningun resultado. Los aliados en vez de tentar nuevamente los eventos de un ataque contra

Montmartre, atravesaron el Sena i amenazaron á París por el lado que estaba indefenso: no tenian, como en 1814, ejército enemigo que les amenazase de cortarles sus comunicaciones por las espaldas. Los franceses no por esto dejaron de desplegar un gran valor en dos tentativas que hicieron, la una para defender á Versalles i la otra para volver á ganar esta misma ciudad en un ataque repentino que dirigió el general Excelmans. Pero al fin por consecuencia de un consejo de guerra que se tuvo en París en la noche del dos al tres de julio, se concluyó un armisticio en virtud del cual la capital se rendia á los aliados, i el ejército frances debia retirarse detras del Loira.

Los aliados suspendieron sus operaciones hasta que se hubiese conseguido que las tropas francesas efectuasen su retirada; medida que un esteril entusiasmo les hacia desechar con indignacion. Para darles tiempo de calmarse se defirió la ocupacion de París hasta el dia 7 de julio que debia estar enteramente evacuado. Los ingleses i los prusianos tomaron posesion de la ciudad, en el mayor órden; pero los sentimientos que se manifestaron de una i otra parte eran muy diversos de los que habian estallado en 1814, cuando á su primera entrada habian desfilado por los baluartes. El gobierno interino continuó en sus funciones, aunque Fouché que era su gefe, intrigaba desde bastante tiempo (i desde la batalla de Waterloo con una apariencia de sinceridad) para negociar el segundo regreso de los Borbones, con ciertas condiciones. El dia seis de julio se recibió una declaracion de los soberanos alia-

dos, diciendo que consideraban toda autoridad que emanase de la usurpacion de Napoleon Bonaparte como nula i de ningun efecto, i que Luis XVIII que se hallaba entonces en San Dionisio, el dia siguiente ó el otro inmediato haria su entrada en la capital i volveria á tomar su autoridad real.

El dia 7 de julio la comision de gobierno cesó en sus funciones; la cámara de los pares en cuanto oyó la lectura del acto de capitulacion se separó en silencio; pero la de los representantes continuó reunida votando i discutiendo. El presidente suspendió entonces la sesion hasta la mañana siguiente á las ocho, á pesar de las representaciones de varios diputados que pretendian que habiéndose declarado la cámara permanente debia ejecutarse puntualmente esta decision. Por la mañana siguiente los diputados que se presentaron en la cámara, encontraron en el patio un destacamento de la guardia nacional, que les rehusó la entrada sin dar oidos á sus quejas i reconvenciones: ademas los legisladores, frustradas sus esperanzas i rebentando de cólera, se vieron espuestos á la risa de los espectadores, que recibieron á cada miembro á su llegada i salida con grandes carcajadas de risa en proporcion al grado de mortificacion que manifestaban en su semblante. El dia 8 de julio Luis entró en su capital precedido de un crecido número de guardias nacionales i de voluntarios realistas, no menos que de las tropas de la casa real: detrás de estos soldados seguia un numeroso estado mayor en el cual se distinguian los mariscales Victor, Marmont, Mac-

donald, Oudinot, Gouvion Saint Cyr, Moncey i Lefebre. Un concurso inmenso de ciudadanos recibió al soberano legítimo con vivas aclamaciones, i particularmente se hizo notar el entusiasmo con que las mugeres manifestaron su alegria: de esta suerte Luis volvió á entrar al palacio de sus abuelos, en el cual se vió enarbolar nuevamente el pabellon blanco. Aqui se termina este corto espacio de tiempo, tan fecundo en acontecimientos que apenas puede creerse, periodo de cien dias que parece incluir los acontecimientos de un siglo.

# CAPITULO V.

## RESUMEN DEL CAPITULO V.

DISPOSICION DE LA ESCUADRA INGLESA EN LAS COSTAS OCCIDENTALES DE FRANCIA PARA IMPEDIR LA EVASION DE BONAPARTE. — *EL BELEROFONTE* ESTÁ ESTACIONADO EN LA ALTURA DE ROCHEFORT. — ÓRDENES EN VIRTUD DE LAS CUALES SE CONDUCE EL CAPITAN MAITLAND. — PROYECTOS FORMADOS PARA LA EVASION DE NAPOLEON. — CIRCUNSTANCIAS QUE PRUEBAN QUE SI NAPOLEON ADOPTABA EL PARTIDO DE RENDIRSE, ES PORQUE NO LE QUEDABA OTRO RECURSO. — SAVARY I LAS CASAS ENTABLAN UNA NEGOCIACION CON EL CAPITAN MAITLAND. — RELACION DE ESTE, DE LO QUE PASÓ EN SUS ENTREVISTAS. — RELACION DE LAS CASAS. — AMBAS RELACIONES COMPARADAS ENTRE SÍ. — PREFERENCIA DADA Á LA DEL PRIMERO. — CARTA DE NAPOLEON AL PRÍNCIPE REGENTE. — EL DIA 15 DE JULIO SE EMBARCA EN EL *BELEROFONTE*. — SU CONDUCTA DURANTE LA TRAVESÍA. — SU LLEGADA Á LA ALTURA DE TORBAY. — Á LA DE PLYMOUTH. — GRAN CURIOSIDAD DE LOS INGLESES PARA VERLE. — SE PROHIBE TODA COMUNICACION CON EL NAVÍO. — EL GOBIERNO INGLES DECIDE QUE BONAPARTE SEA ENVIADO Á SANTA ELENA. — PROTESTA I RECONVENCIONES DE ESTE.

## CAPITULO V.

Volvamos ahora al hombre que forma el principal asunto de nuestra historia. Napoleon llegó á Rochefort el dia 3 de julio, tan corto habia sido el intérvalo que habia mediado entre el instante en que habia arriesgado la sangrienta batalla de Waterloo, i aquel en que se veía desterrado; i con todo, estos quince dias habian sido suficientes para dificultar su retirada, sino imposibilitarla. Es cierto que se habian tomado medidas para su traslacion. Dos fragatas francesas *la Saale i la Medusa*, una corbeta de tres palos *la Bayadere* i un fuerte brick *el Gabilan* esperaban la llegada de Bonaparte, i fondeados en la isla de Aix, estaban prontos para dar á la vela para América; pero como Napoleon lo dijo poco despues él mismo, en todas partes en donde habia agua para sostener un navío estaba cierto de tropezar con el pabellon ingles.

La noticia de la derrota de Waterloo, habia sido para el almirante ingles una señal de establecer un crucero en la costa occidental de Francia, para quitar á Napoleon toda posibilidad de escaparse por mar, de ningun puerto. El almirante, el lord Keith, oficial no menos activo que esperimentado, que entonces mandaba en gefe la escuadra de la Mancha, habia dispuesto los buques que estaban á sus órdenes de una manera muy juiciosa; estableciendo una primera línea de navíos á la altura de los principales

puertos, entre Brest i Bayona; al paso que una segunda línea esterior, necesariamente mucho mas estensa, bloqueaba todos los pasages entre Ouesant i el cabo de Finisterre. Los capitanes de estos navíos tenian órdenes las mas rigurosas de no dejar pasar ningun buque sin visitarlo. No eran menos de treinta buques de diferentes especies los que estaban ocupados en mantener este bloqueo. Segun estas disposiciones, el navío de línea el *Belerofonte* cruzaba á la altura de Rochefort, teniendo algunas veces consigo *el Slaney*, *la Fæbe*, i otros buques menores que de cuando en cuando se destacaban para las necesidades del servicio. El capitan Maitland, que mandaba el *Belerofonte*, es un hombre bien nacido, de mucha firmeza, de un carácter exento de toda reconvencion, i que disfruta de una gran reputacion en la marina. Es necesario hacer mencion de estas circunstancias porque los hechos que vamos á contar no interesan solamente al honor del capitan Maitland, sino mas bien de toda la Inglaterra.

Las diferentes instrucciones segun las cuales este oficial arregló su conducta prevenian que no descuidase ningun medio ni esfuerzo para impedir que Bonaparte se escapase, i para apoderarse de su persona: especificaban todos los medios que podia emplear para sustraerse á su vigilancia. En un oficio posterior se le encargaba que vigilase las fragatas que estaban en rada en la isla de Aix, i le decian á que servicio se presumia que estaban destinadas. Por último, el dia 8 de julio de 1815, el almirante Hotham le dió las instrucciones siguientes:

» Los lores comisarios del almirantazgo tienen fundadísimos motivos para creer que Napoleon Bonaparte medita escaparse de Francia para pasar á América con su familia: se os encarga i prescribe por la presente, consecuente á las órdenes emanadas de sus señorías que se me han trasmitido por el muy honrado vizconde Keith, almirante, que ejerzais la mas activa vigilancia para cerrarle todos los pasos, i hagais las mas estrictas indagaciones á bordo de cuantos buques encontreis. Si teneis la felicidad de interceptar su buque, transferireis á Bonaparte i su familia á bordo del navío que mandais, donde lo guardareis bien custodiado, i luego pasareis al puerto de Inglaterra que sea mas inmediato (yendo á Torbay con preferencia á Plymouth). A vuestra llegada debereis prohibir toda comunicacion con tierra, escepto en el caso de que luego se hablará, i vigilareis bajo vuestra responsabilidad personal, el que se guarde el mas profundo secreto sobre todo el negocio hasta que recibais órdenes ulteriores de sus señorías.

» Si se encuentra un gefe de escuadra en el puerto donde llegaréis, le escribiréis para informarle de cuanto haya pasado, i encargaréis formalmente al oficial portador de vuestra carta que no divulgue su contenido. Si no lo hay, mandaréis una carta por correo estraordinario al secretario del almirantazgo i otra al almirante Keith, con la prevencion mas estricta á los oficiales portadores de las cartas de que guarden el mas profundo silencio."

Copiamos literalmente estas instrucciones para manifestar que no dejaban al capitan Maitland

la facultad de prometer ni estipular nada, en el caso en que Napoleon se rindiese, ni de tratarle de otra manera que como un prisionero de guerra.

El capitan Maitland se puso en deber de ejercer toda la vigilancia que exigia una mision de tanta importancia; i muy luego se hizo evidente que la presencia del *Belerofonte* era un obstáculo invencible para que Napoleon pudiese escaparse en una de las fragatas, á menos que tentase abrirse paso á viva fuerza. En este último caso, el oficial ingles habia formado el plan de arrojarse sobre la primera que se presentaria, no hacer fuego, echarle á bordo cien hombres escogidos de su tripulacion, correr inmediatamente á todas velas detrás de la otra fragata, i de esta suerte apoderarse de ambas. Tambien tenia dos buques menores el *Slaney* i la *Foche* que podia emplear en darlas caza para no perderlas de vista. La casualidad podia hacer salir mal este plan; pero estaba combinado con tanto arte, que todo parecia deber asegurar el buen resultado. Ademas, no parece que los comandantes de las fragatas hayan incitado á Napoleon á arriesgar este medio tan desesperado para escaparse de sus enemigos.

Luego se trató de una fuga secreta. Un quechemarin, especie de barco que solo sirve para el comercio de las costas, debia hallarse pronto á dar á la vela, tripulado con algunos jóvenes guardias marinas. Se creía que podria engañar la vigilancia de los cruceros ingleses que estaban inmediatos á las costas; pero una vez en alta mar se hubiera hecho

sospechoso, i ademas, era por lo menos dudoso que pudiese ir hasta América. Se compró entonces una corbeta dinamarquesa; i como se tenia certeza de que en cuanto saldria del puerto, los ingleses la precisarian á arriar bandera, i la visitarian, se pensó hacer un escondite para ocultar á Napoleon, que consistia en una barrica arrimada entre el lastre i guarnecida con unos tubos destinados á introducir en ella el aire. Pero el rigor estraordinario con que sin duda se haria el reconocimiento, i la gordura de Bonaparte que no le permitiria permanecer tanto tiempo tan estrechamente encerrado i en una posicion tan incómoda, hicieron renunciar á este espediente, no menos que á otros muchos que una especie de desesperacion sucesivamente les sugeria.

Es muy cierto que en aquella época, el ejército que retirado del otro lado del Loira estaba todavia sediento de venganza i del deseo de recobrar su honor, le hizo proponer varias veces que volviese á ponerse á su cabeza, i es fuera de duda que le hubieran recibido con el mayor entusiasmo; pero si en 1814, cuando todavia le quedaba un ejército numeroso i una estension considerable de territorio, no habia querido tomar un partido desesperado, con mayoría de razon no debia tomarlo en 1815 que sus fuerzas eran mucho mas desproporcionadas todavia, que no lo habian sido nunca, i cuando sus mejores generales habian abrazado la causa de los Borbones, ó habian salido de Francia. Adoptar semejante medida hubiera sido ponerse en la posicion del gefe de una compañía errante de partidarios, que

infelices ellos mismos i causando la infelicidad de las comarcas que recorren, prolongan con luchas i combates continuos su triste existencia, hasta que al cabo se ven abrumados i destruidos por el número.

Abandonado este espediente, no le quedaba otro arbitrio que rendirse, ora fuese á las potencias aliadas en masa, ora á una de ellas en particular. El primer medio no hubiera sido fácil de ejecutarse, á menos que Napoleon no lo hubiese puesto antes en práctica, i no lo habia ejecutado con la esperanza de escaparse por mar. Ya no tenia tiempo de negociar con ninguno de los soberanos aliados, i no hubiera sido prudente pensar en volver á París con esta mira, pues los realistas entonces eran superiores en todos los pueblos, i algunos generales suyos habian perecido á sus manos.

Estaba, pues, bloqueado en Rochefort, i la bandera blanca estaba en vísperas de enarbolarse; ya el comandante le daba á entender con todo el respeto posible, que era forzoso pensar en su marcha. Napoleon debió prever que muy luego no le protegerian las baterías de la isla de Aix. Es tambien muy cierto, aunque este hecho es muy poco conocido, que el 13 de julio, el lord Castlereagh escribió al almirante sir Enrique Hotham, cuya escuadra cruzaba en la altura del cabo de Finisterre, para aconsejarle que atacase, con parte de sus fuerzas, á las dos fragatas que estaban en la rada de la isla de Aix, informando previamente al comandante que lo hacia como aliado de la Francia, i que le hacia responsable de las consecuencias, si las baterías de la isla hacian fuego

contra sus navíos. Ciertamente Napoleon no podia tener ninguna certeza de que se hubiese proyectado un plan de esta naturaleza, i que aun estuvo en vísperas de ejecutarse; pero debió suponerlo viendo que el partido realista triunfaba en todas partes, i que la bandera blanca estaba enarbolada en la ciudad vecina de La-Rochela. En vano quisiera, pues, suponerse que la conducta subsiguiente de Bonaparte fué solo el resultado de la confianza voluntaria que puso en el honor de la Gran-Bretaña. Se encontraba exactamente en la misma posicion que el comandante de una ciudad sitiada, que tiene la eleccion de rendirse ó correr los riesgos de un asalto. I no le quedaba ni tan siquiera el recurso de protestar que elegia la Inglaterra, con preferencia á las demas potencias, para tratar con ella en esta ocasion. Como el comandante que acabamos de citar solo podia rendirse á sus inmediatos sitiadores, se vió pues precisado á dirigirse al único que tenia el poder directo de concederle su demanda, es decir, á Federico Maitland, capitan del *Belerofonte*.

Napoleon entró en conferencias con este oficial el 10 de julio, por el intermedio de dos servidores suyos, el general Savary i el conde Las Casas, que mandó á bordo del *Belerofonte*, so pretesto de preguntar si habian recibido el salvo conducto que Napoleon suponia esperar de Inglaterra, que se le habia prometido, segun decia, sin especificar por quien *; despues

* El conde de Las Casas dice en su *Diario* que era el gobierno interino. (*Editor.*)

de este aserto osado, que no tenia el menor fundamento, Savary i Las Casas desearon saber si el capitan Maitland dejaria pasar las fragatas, una de ellas con Bonaparte á bordo, ó por lo menos si le permitiria marchar en un buque neutral. El capitan Maitland respondió sin vacilar que no permitiria que ningun buque de guerra que saliese de Rochefort tomase el mar.

»Tampoco estaba en su poder, añadió, dejar salir al emperador á bordo de un buque neutral sin que para ello le autorizase su gefe, el almirante Hotham." Sin embargo, ofreció someterle esta pregunta, i habiendo consentido en ello los oficiales de Bonaparte, escribió delante de ellos al almirante, para darle parte de la visita que habia recibido i pedirle sus órdenes. Todo esto no era mas que el preludio del verdadero motivo de la negociacion. El duque de Rovigo (Savary) i el conde de Las Casas, estuvieron dos ó tres horas á bordo, i dijeron cuanto pudieron para persuadir al capitan Maitland que Napoleon se decidia á irse de Europa de su propia voluntad i de ninguna manera por precision, i que era de interés de la Inglaterra consentir que se trasladase á América, medida que, decian, solo se la inspiraba la humanidad, i el deseo de evitar la efusion de la sangre humana. El capitan Maitland les hizo esta pregunta muy natural, que copiarémos literalmente.

»Suponiendo que el gobierno ingles se decidiese á conceder á Bonaparte un pasaporte para América ¿quién asegurará que no volverá un dia, i que la Inglaterra, bien asi como

toda la Europa, no se verá precisada á prodigar de nuevo su sangre i sus tesoros, como acaban de hacerlo?"

El general Savary le dió la respuesta siguiente: »Cuando el emperador abdicó la pripera vez, le derribó del trono una faccion, á cuya cabeza estaba Talleyrand, sin haber consultado la opinion pública; pero esta vez ha renunciado voluntariamente al poder. La influencia que en otro tiempo ejercia sobre el pueblo frances ya pasó; se ha hecho un gran cambio en los sentimientos que le profesaban desde su marcha para la isla de Elba, i nunca podria volver á recobrar el ascendiente que tenia en los ánimos: por cuya razon preferia acabar tranquilamente sus dias en algun retiro obscuro i pacífico, i aun cuando se le brindase otra vez con el trono lo rehusaria.

—Si es así, dijo el capitan Maitland, ¿porqué no pide un asilo en Inglatera?" Savary respondió. »Hay muchas razones para que no desee fijar allí su residencia; el clima es demasiado húmedo i muy frio; la Inglaterra está demasiado cerca de la Francia: estaria en cierto modo en el centro de todos los cambiamientos i de todas las revoluciones que en ella pudiesen acaecer, i seria el blanco de todas las sospechas. Siempre ha considerado á los ingleses como sus mas inveterados enemigos; i solo se les ha enseñado á ver en él á un monstruo despojado de todas las virtudes de la humanidad.

El capitan Knight comandante del *Falmouth*, estuvo presente durante toda esta conversacion, de la cual el capitan Maitland,

como hábil diplomático, sacó una consecuencia enteramente contraria á lo que se queria inculcar en su espíritu; pues le convenció de que la posicion de Bonaparte debia ser desesperada.

El dia 14 de julio volvió el conde de Las Casas á bordo del Belerofonte: esta vez iba acompañado del general Lallemand. El pretesto de esta visita era saber si el capitan Maitland habia recibido la respuesta del almirante. El capitan le hizo observar que si este era el objeto de su visita, era enteramente inutil, porque no hubiera dejado de enviarle la respuesta en cuanto la hubiese recibido. Añadió que no aprobaba las comunicaciones frecuentes bajo pabellon parlamentario, procurando de esta suerte alejarles mas bien que atraerles. La conferencia volvió á entablarse despues del almuerzo; el capitan Maitland, en el intérvalo, habia enviado á buscar al capitan Sartorius, comandante del *Slaney*, para que fuese testigo de lo que pasase. Puesto que referimos una conversacion tan importante, seria injusto no servirnos de las mismas espresiones del capitan Maitland, cual las hemos copiado de su diario, cuyo manuscrito hemos tenido en nuestro poder.

»Cuando hubimos almorzado, pasamos al camarote de detrás. El conde de Las Casas dijo entonces: El emperador ha tomado tan á pechos evitar una nueva efusion de sangre que se irá á América de la manera que prefiera el gobierno ingles, ya sea en un buque de guerra frances, en un buque armado en urca, en un buque mercante, ó en un buque de guerra

ingles. — Yo respondí: No me hallo autorizado para condescender con ningun arreglo de esta naturaleza, i no creo tampoco que mi gobierno consienta en ello; pero creo poder tomar á mi cargo el recibirle á bordo de este navío i conducirle á Inglaterra. *Sin embargo, añadí, si adopta este plan, yo no puedo obligarme á nada relativamente á la acogida que podrá recibir, puesto que, aun en el caso que acabo de suponer, obraria bajo mi propia responsabilidad, i no puedo tener la certeza completa de que el gobierno ingles aprobará mi conducta.*

» Hablóse largo rato sobre este asunto: se citó el nombre de Luciano Bonaparte; se recordó la manera como habia vivido en Inglaterra, pero yo no dejé de declarar á Las Casas, en los términos mas positivos, que yo no tenia ninguna autoridad para arreglar las condiciones de ninguna especie de recepcion de Napoleon en Inglaterra; i lo cierto es que no podia yo obrar diferentemente, puesto que á escepcion de la órden (inserta mas arriba), no tenia ninguna instruccion para guiarme; i por consiguiente, ignoraba cuales podian ser las intenciones de los ministros de S. M., i de qué manera contaban disponer de la persona de Bonaparte. Una de las últimas observaciones que hizo Las Casas antes de salir del navío fué: En todo caso, casi no dudo que vmd. verá al emperador á bordo del *Belerofonte*." En efecto, Bonaparte debia haberse determinado á tomar este partido, antes que Las Casas viniese á bordo, pues que su carta á su alteza real el príncipe regente es de fecha del 13 de julio, víspera del dia que pasó esta conversacion.

El conde de Las Casas cuenta las cosas poco mas ó menos de la misma manera, solo el colorido que da á su relacion es forzado, i el arreglo de las fechas evidentemente equivocado. Tambien debe observarse que el conde de Las Casas fingió no entender el ingles, i que por consiguiente, si habia habido alguna equivocacion entre él i el capitan Maitland, que se esplicaba dificilmente en frances, él mismo tenia la culpa. Despues de haber contado de la misma manera que el capitan Maitland, la visita que hizo á bordo del *Belerofonte*, para pedir el salvo conducto, el conde añade: »Se nos sugirió que fuésemos afirmándonos que no podíamos temer ningun mal trato."

El dia 14, fecha de su segunda visita, dijo que se reiteró la invitacion de pasar á Inglaterra, i aun cuenta los términos en que estaba concebida. »El capitan Maitland me aseguró, dice, que si el emperador queria embarcarse en el instante para Inglaterra, tenia autoridad para recibirle i conducirle." Esta frase está presentada de una manera que hace creer al lector que el capitan Maitland hablaba asi por consecuencia de algunas nuevas instrucciones que tenia, ó que suponia haber recibido, relativamente á Bonaparte. Esta induccion seria enteramente errónea. El capitan Maitland no habia recibido nuevas órdenes i era incapaz de querer hacer creer que las hubiese recibido. Sus únicas instrucciones estaban circunscritas en los citados oficios del almirante Hotham, que le recomendaban que si tenia la felicidad de prender á Bonaparte, pa-

sarle á bordo de su navío, i dar la vela para el puerto de Inglaterra mas inmediato, i á su llegada dar cuenta inmediatamente al almirante del puerto, ó al almirantazgo.

El conde de Las Casas dice en seguida que el capitan Maitland le aseguró, bien asi como á Savary, que »segun su opinion privada, no habia la menor duda que Napoleon hallaria en Inglaterra todos los miramientos i acogida á que podia aspirar; que en aquel país, el príncipe regente i los ministros no ejercian la autoridad arbitraria del continente; que el pueblo ingles tenia una generosidad de sentimientos i una liberalidad de opinion superior á la misma soberanía." El mismo conde de Las Casas dice que respondió á este panegírico de la Inglaterra con otro en honor de Bonaparte, que pintaba como retirándose de una lucha que todavia tenia medios de sostener, para que su nombre i sus derechos no sirviesen de causa ni de pretesto á la guerra civil. El conde, segun su relacion, concluyó diciendo »que seria posible que el emperador se embarcase á bordo del Belerofonte, i fuese á Inglaterra con el capitan Maitland á fin de tomar su salvo conducto para América." El capitan Maitland deseó que se entendiese bien que el no aseguraba que se le concediese.

»En mi interior, dice Las Casas, tampoco creía yo que quisiesen concedérnoslo; pero el emperador ya no deseaba mas que vivir tranquilo, i estaba resuelto á no mezclarse en adelante en los acontecimientos políticos: veíamos, pues, sin mucha inquietud la probabilidad de que no nos dejasen salir de Inglaterra, pero

á esto se limitaban todos nuestros temores i suposiciones; á esto se fijaba tambien ciertamente la creencia de Maitland: Le hago la justicia de creer que era síncero i de buena fé, bien asi como los demas oficiales, en la pintura que nos habian hecho de los sentimientos de Inglaterra.

Los enviados volvieron cerca de Napoleon, el cual segun dice Las Casas, tuvo una especie de consejo, en el que se discutieron todos los eventos: la fuga en el buque dinamarques pareció inpracticable; ya no se trataba del quechemarin; no podia forzarse el cruzero ingles, no quedaba otro recurso que volver á tierra, emprender la guerra civil, ó aceptar los ofrecimientos del capitan Maitland, i presentarse á bordo del *Belerofonte*. Se adoptó este último partido, i entonces, dice el conde de Las Casas, Napoleon escribió al príncipe regente la carta que luego copiarémos; pero debe observarse que omite la fecha. He ahí, sin duda, porque el conde de Las Casas no descubrió que su memoria le engañaba, puesto que esta fecha le hubiera recordado que la carta habia sido escrita *antes*, i no *despues* de la conferencia del 14 de julio.

Dos cosas se desprenden de esta relacion: 1º que el capitan Maitland no concedió ningun artículo de capitulacion; 2º que el conde de Las Casas procura hacer creer que por consecuencia de los argumentos que empleó el capitan Maitland, apoyados por los oficiales ingleses que se hallaban presentes, aconsejó á Napoleon, i este resolvió pasar á bordo del *Belerofonte*. Pero bastan dos pequeños guarismos

para destruir toda esta armazon tan laboriosamente construida, es decir de esta fecha de 13 de julio que está en la carta dirigida al príncipe regente i, que por consiguiente en el órden natural de las cosas no podia haber sido escrita despues de una conferencia entre Las Casas i el capitan Maitland, i un consejo tenido entre Napoleon i los oficiales, cuya conferencia i consejo no se tuvieron hasta el 14 de julio. Así pues, la resolucion fué tomada i la carta escrita la víspera del dia en que se ponen en boca del capitan Maitland todas aquellas frases sobre el carácter del pueblo ingles; i la confianza de Napoleon no tenia otro fundamento que una simple indicacion de que pasase á Inglaterra, indicacion que ni siquiera le era personal puesto que se dirigió á Las Casas i á Savary cuando su primera visita á bordo del *Belerofonte*. La conferencia del 14 no hizo mas que confirmarle en la resolucion que habia adoptado la víspera.

No hubo ningun retardo; el mismo dia 14 de julio, el general Gourgaud fué enviado con la carta tan célebre i tantas veces citada, que Napoleon dirigia al príncipe regente, la cual estaba concebida en los términos siguientes:

*Rochefort 13 de julio de 1815.*

Alteza Real,

»Espuesto á las facciones que dividen mi país i á la enemistad de las primeras potencias de Europa, he concluido mi carrera política. Cual otro Temístocles vengo á tomar un asilo en los hogares del pueblo británico; póngome

bajo la proteccion de sus leyes que reclamo de V. A. R. como la del mas poderoso, mas constante, i mas generoso de mis enemigos.

» *Napoleon.*"

El capitan Maitland dijo al conde de Las Casas que inmediatamente hacia marchar el general Gourgaud para Inglaterra, con el Slaney, i que iba á tomar sus disposiciones para recibir á Napoleon i su séquito. El general Gourgaud pidió entonces que se le dejase escribir al general Bertrand para informarle de todo, i en el momento en que iba á tomar la pluma en presencia de los capitanes Sartorius i Gambier, el capitan Maitland manifestó de nuevo cuanto deseaba evitar toda equivocacion en un asunto tan importante.

» Señor conde de Las Casas, dijo, tened presente que yo no estoy autorizado para estipular nada en cuanto concierne á la recepcion de Bonaparte en Inglaterra, pero que debe considerarse como enteramente á la disposicion de S. A. R. el príncipe regente." Las Casas respondió: » Lo sé perfectamente, ya he informado al emperador de lo que habeis dicho sobre este particular."

El capitan Maitland hace seguidamente esta observacion tan justa como natural:

» Acaso hubiera valido mas dar á esta declaracion un carácter oficial haciéndola por escrito, i si yo hubiera podido prever las discusiones que despues han ocurrido, como luego se verá, no hubiera dejado de hacerlo; pero como lo habia reiterado repetidísimas veces

delante de testigos, no se me ocurrió que fuese necesario. ¿I qué prueba mas fuerte podia darse, de que no se hizo ninguna estipulacion para la recepcion de Bonaparte en Inglaterra que el hecho mismo de que no se pusieron por escrito? Cosa que ciertamente se hubiera ejecutado si el señor Las Casas hubiese pedido algunas condiciones ventajosas, i yo las hubiese aceptado."

Para el conjunto de los hechos relativos á este asunto, copiamos la carta del capitan Maitland, dirigida al secretario del almirantazgo el dia 14 de julio:

»Os ruego que anuncieis á los lores comisarios del almirantazgo que el conde de Las Casas i el general Lallemand han venido hoy á bordo del navío que mandó á traerme una carta del general Bertrand, en la cual me propone que reciba á Napoleon Bonaparte que quiere confiar su persona á la generosidad del príncipe regente. Creyéndome autorizado á ello por la órden secreta de sus señorías, he accedido á esta proposicion i debe embarcarse á bordo de este navío mañana por la mañana. A fin de que no pueda haber ninguna mala inteligencia, he declarado clara i esplícitamente al conde de Las Casas que yo no tenia ninguna autoridad para conceder ninguna especie de condicion, pero que todo lo que podia hacer era trasladar á Bonaparte i su séquito á Inglaterra para que se le recibiese allí de la manera que Su Alteza real pudiese juzgar conveniente."

¿Está en la naturaleza humana el suponer que un oficial ingles que tenia por testigos de

toda la negociacion á dos militares del mismo grado, hubiese cambiado un parte que no fuese exactamente conforme á lo que habia pasado en una circunstancia que no podia dejar de provocar el examen mas riguroso?

El dia 15 de julio de 1815 dejó Napoleon definitivamente la Francia, á cuya historia habia añadido tantas victorias i tantos reveses; este país que su elevacion habia salvado de la discordia civil i de la invasion estrangera, i que su caída abandonaba de nuevo á estos dos azotes; en una palabra, este bello país para el cual durante tanto tiempo habia sido una especie de divinidad, i en donde, en lo venidero, iba á tener menos importancia que el último aldeano del campo. Le acompañaban cuatro generales suyos, Bertrand, Savary, Lallemand i Montholon, i el conde de Las Casas designado siempre como consejero de estado. Las condesas Bertrand i Montholon estaban con sus maridos; la primera tenia consigo sus tres niños, i madama Montholon uno: el hijo de Las Casas estaba agregado al servicio del emperador en calidad de page. Habia nueve oficiales de un grado inferior i treinta i nueve criados. Los principales personages fueron recibidos á bordo del *Belerofonte*, i los demas en la corbeta.

Bonaparte salió de la rada de Aix á bordo del *Gavilan*; el viento i la marea eran contrarios. El capitan Maitland envió el bote del *Belerofonte* para trasladarle á bordo de este navío. La mayor parte de los oficiales i marineros del *Gavilan* derramaban abundantes lágrimas i continuaban saludando á su empera-

dor con grandes aclamaciones mientras su voz pudo hacerse oir. Se le recibió á bordo del *Belerofonte* con respeto, pero sin hacerle honores. En el momento en el que el capitan Maitland salió á recibirle en la cubierta, Napoleon se quitó el sombrero i dirigiéndole la palabra con voz firme le dijo: » Vengo á ponerme bajo la proteccion de vuestro príncipe i de vuestras leyes." Sus modales eran muy afables, i con mucho arte se aprovechaba de todas las ocasiones que se le presentaban para decir alguna espresion lisongera á los que deseaba conciliarse.

De la misma manera que cuando estaba á bordo del buque del capitan Usher, Bonaparte hizo muchas preguntas sobre la disciplina del navío, i manifestó una gran sorpresa de que los buques ingleses triunfasen tan facilmente de los franceses que eran mas pesados i mas grandes, i tenian sus tripulaciones mas bien organizadas. El capitan Maitland lo atribuyó á la superioridad de los marineros i de los oficiales ingleses en la práctica. El ex-emperador pasó tambien en revista á los soldados de marina; i satisfecho de su bello porte, dijo á Bertrand: » ¡Cuantas cosas podrian hacerse con cien mil hombres como estos!" En las diferentes maniobras del navío lo que mas le admiraba era el silencio i el órden con que la tripulacion las ejecutaba en comparacion de los navíos franceses, » en donde todos, dijo, hablan i mandan á un tiempo." En el momento de dejar el *Belerofonte* volvió á hablar del mismo asunto diciendo que menos ruído habia oído á bordo de este navío en donde habia seiscientos hombres durante todo el tiempo que habia estado

embarcado en él, que á bordo del *Gavilan*, durante la travesía de la isla de Aix á la rada de los Bascos á pesar de que no tenia mas que cien hombres de tripulacion.

Tambien habló del ejército ingles con los mismos elogios, i sus oficiales hicieron otro tanto. Habiendo observado uno de ellos que la caballería inglesa era soberbia, respondió el capitan Maitland que en Inglaterra se hacia mas caso de la infantería. »Tiene vmd. razon, dijo el frances, no conozco igual en el mundo. No hay medio de hacerles menear; tanto valdria atacar contra un muro, i en fuego es terrible.

Durante toda la travesía, á pesar de su situacion i de la penosa incertidumbre en que se hallaba sumergido, Napoleon estuvo siempre tranquilo i con humor igual, manifestando algunas veces alegria. Habló con mucho afecto de su muger i de su hijo, se quejaba de estar separado de ellos, i se le caían las lágrimas enseñando sus retratos al capitan Maitland. Su salud parecia escelente, pero estaba propenso á adormecerse, lo que provenia sin duda de la estenuacion de una constitucion que habia recibido tan furiosos ataques.

El dia 23 de julio pasó el navío cerca de Ouessant. Bonaparte estuvo largo rato sobre cubierta, i mas de una vez miró tristemente la costa de Francia. El 24 al amanecer hallándose el *Belerofonte* á la altura de Darmouth se admiró Napoleon del aspecto atrevido de la costa, i entrando en la rada de Torbay, de la hermosura del sitio que es célebre, »i que le recordaba, decia, á Porfo Ferrayo, en la isla de

Elba," asociacion de ideas que en aquel momento debieron dispertar estraordinarios recuerdos en el corazon del emperador destronado.

Apenas el navío hubo echado el ancla que el capitan Maitland recibió órdenes del lord Keith, i muy luego del almirantazgo previniéndole que no permitiese á ninguna persona de cualquier rango i condicion que fuese, que entrase á bordo del *Belerofonte*, á escepcion de los oficiales i marineros de su tripulacion. El dia 26, el navío recibió la órden de pasar á la rada de Plymouth.

Entre tanto los papeles públicos que habian traído á bordo eran de naturaleza capaz de infundir inquietud i consternacion entre los desgraciados fugitivos. Estas publicaciones periódicas relataban el rumor generalmente estendido de que Bonaparte no tendria permiso para desembarcar, sino que se le iba á mandar á Santa Elena, parage el mas seguro para detenerle como prisionero de guerra. El mismo Napoleon entró en recelos i pidió con instancia una entrevista con el lord Keith que habia parecido sensible á algunas atenciones que el emperador habia tenido con su sobrino, el capitan Elfinstone, del séptimo de húsares, cuando fué herido i cayó prisionero en Waterloo. Esta entrevista entre el noble almirante i el ex-emperador se verificó el 28 de julio, pero no produjo ningun resultado porque el lord Keith aun no habia recibido la decision del gobierno ingles.

Aquella curiosidad popular parecida á un furor que domina en todos los estados libres, pero que en Inglaterra parece llevarse al últi-

mo esceso, fué causa de que el mar se cubrió de tanta multitud de barcas en derredor del Belerofonte, que no obstante las órdenes perentorias del almirantazgo, i á pesar de los esfuerzos de las lanchas de guardia, era casi imposible tenerlas á la distancia prescripta del navío que era de dos cables. Las personas que iban en aquellos barcos corrian el riesgo de hacerse hechar á pique i de hacerse matar (por lo menos podian temerlo, pues se hicieron varias descargas para intimidarles); en una palabra se esponian á todos los riesgos de un combate naval, mas bien que perder la ocasion de ver al emperador de quien habian oído hablar con tanta frecuencia. Cuando se asomaba, se le recibia con aclamaciones á que contestaba saludando; pero no pudo menos de manifestar su sorpresa del esceso de una curiosidad que nunca habia visto manifestarse con tanto entusiasmo.

En la tarde del 30 de julio, el mayor general sir Enrique Bunbury, uno de los subsecretarios de estado, llegó de Lóndres; era portador de las intenciones definitivas del gobierno ingles con respecto á Bonaparte i su séquito. El 31, el lord Keith, i el sir Enrique fueron á hablar al ex-emperador á bordo del *Belerofonte*, para comunicarle estas desagradables noticias. Iban acompañados de M. Meike, secretario del lord Keith, cuya presencia se juzgó necesaria para que fuese testigo de cuanto pasara. Napoleon recibió al almirante i al subsecretario de estado con la calma i dignidad que convenia. Se leyó al ex-emperador la carta del lord Melleville, primer lord del

almirantazgo, que le anunciaba su destino futuro.

La carta decia que »los ministros ingleses faltarian á sus deberes para con su soberano i sus aliados, si dejasen al *general Bonaparte* los medios ó la ocasion de conmover de nuevo la paz de la Europa. Que se habia elegido la isla de Santa Elena para su futura residencia, porque su situacion local permitia dejarle mas libertad que no podria concedérsele en otra parte sin riesgo. Que á escepcion de los generales Savary i Lallemand, podia el *general* elegir tres oficiales, los cuales con su cirujano tendrian permiso de acompañarle en Santa Elena, que tambien le seria libre llevarse consigo doce criados." El mismo documento prevenia »que las personas que le seguirian estarian sometidas á ciertas restricciones i no podian salir de la isla sin la autorizacion del gobierno británico." En fin, se decia »que el contra almirante sir Jorge Kockburn nombrado comandante en gefe del cabo de Buena Esperanza, no tardaria en dar á la vela para conducir al general Bonaparte á Santa Elena, i que por consiguiente, era de desear que eligiese lo mas pronto posible las personas que debian acompañarle."

Sir Enrique Bunbury leyó la carta á Bonaparte en frances. Este escuchó sin interrumpir i sin dar ninguna señal de impaciencia ni de conmocion. Cuando le preguntaron si tenia algo que responder comenzó declarando con mucha sangre fria que protestaba solemnemente contra el decreto que acababa de leérsele, que el ministerio ingles no tenia derecho de dis-

poner de esta suerte de su persona; que apelaba al pueblo ingles i á las leyes, i preguntó á que tribunal debia dirigir la apelacion. »He venido, añadió, á confiarme voluntariamente á la hospitalidad de vuestra nacion; no soy prisionero de guerra, i aun cuando lo fuese, tendria derecho á ser tratado segun la ley de las naciones. He venido como pasagero en uno de vuestros navíos, despues de una negociacion previa con el comandante. Si este me hubiese dicho que yo debia ser prisionero no hubiera venido. Le pregunté si queria recibirme á bordo i conducirme á Inglaterra. El *almirante* Maitland respondió que si, habiendo recibido ó suponiendo haber recibido órdenes precisas de su gobierno con respecto á mi. Luego esto era un lazo que se me tendia. He venido á bordo de un navío ingles, como hubiera entrado en una de vuestras ciudades, un navío ó un pueblo todo es lo mismo. En cuanto á la isla de Santa Elena, esto seria una sentencia de muerte. Pido que se me admita á ser ciudadano ingles. ¿Cuantos años se necesitan para tener domicilio?

Sir Enrique Bunbury respondió que creía que se necesitaban cuatro. »Pues bien, repuso Napoleon, que durante este tiempo el príncipe regente me haga vigilar como mejor le convenga; que me ponga en una casa de campo, en el centro de la isla, á treinta leguas de todo puerto de mar, i que mande un oficial cerca de mi para examinar mi correspondencia i vigilar mis acciones; ó bien, si quiere aun, que exija mi palabra de honor, quizás se la daré. Entonces disfrutaré de un cierto grado de

libertad personal i podré ocuparme de literatura. En Santa Elena no podria vivir tres meses; con mis hábitos i mi constitucion, esto seria matarme. Yo que estoy acostumbrado á andar veinte millas cada dia ¿qué haria en aquel peñasco al cabo del mundo? No, Botany Bay es preferente á Santa Elena. ¿Qué ventaja sacariais con mi muerte? ya no soy soberano. ¿Qué peligro puede haber en que yo viva como un simple particular en Inglaterra, sometido á las restricciones que el gobierno juzgará conveniente?

Repitió varias veces que habia venido voluntariamente á bordo del Belerofonte, que habia sido perfectamente libre en su eleccion, i que habia preferido confiarse á la hospitalidad i á la generosidad de la nacion inglesa.

»De lo contrario, dijo, ¿porqué no me hubiera ido con mi suegro, ó con el emperador Alejandro que es mi amigo personal? Hemos reñido porque queria añadir la Polonia á sus estados i porque mi popularidad con los polacos le incomodaba; pero de lo contrario era mi amigo, i no me hubiera tratado de esta suerte. Si vuestro gobierno se conduce asi os afrenterá á los ojos de la Europa. Vuestro mismo pueblo le vituperará. Ademas, no sabeis la sensacion que mi muerte causaria tanto en Italia como en Francia. En ambos países ahora se tiene una idea muy elevada de la Inglaterra: si me matais, quedará destruida, i se inmolarán muchos ingleses. ¿Quién podia precisarme á dar el paso que he dado? La bandera tricolor todavia estaba enarbolada en Burdeos, en Nantes i Rochefort: el ejército

todavia no estaba sometido. O bien si hubiese preferido quedarme en Francia, quién me impedia vivir allí oculto años enteros en medio de un pueblo que me adoraba?"

Luego volvió á su negociacion con el capitan Maitland, i habló de los honores i atenciones que le habian prodigado este oficial i el almirante Hotham. » Y al cabo, dijo, todo esto no era mas que un lazo." Estendióse nuevamente sobre la vergüenza que amancillaria el nombre ingles. » Proporciono, dijo, al príncipe regente la página mas brillante de su historia, poniéndome de esta suerte á su discrecion. Os he hecho la guerra durante veinte años i os doy la mayor prueba de confianza poniéndome voluntariamente en manos de mis enemigos mas inveterados i mas constantes. Acordáos, continuó, de lo que he sido, i cual era mi lugar entre los soberanos de la Europa. *Este* solicitaba mi proteccion, *aquel* me daba su hija, *todos* procuraban mi amistad. Era reconocido emperador por todas las potencias de Europa, escepto la Gran-Bretaña, i esta me habia reconocido como primer consul. Vuestro gobierno no tenia ningun derecho para llamarme general Bonaparte," añadió señalando con el dedo el epiteto injurioso que contenia la carta del lord Melleville. » Soy príncipe ó cónsul; debo ser tratado como tal i no de otra manera. Cuando estaba en la isla de Elba, tan soberano se me reconocia de aquella isla como á Luis de la Francia. Ambos teniamos nuestras banderas respectivas, nuestra armada, i nuestro ejército. Este, dijo con una especie de sonrisa, estaba ciertamente en una escala mucho mas disminuta,

porque tenia seis cientos soldados i él doscientos mil. Al fin, le hize la guerra, le vencí, le destroné; pero en todo esto no hay nada que deba hacerme perder mi alta clase como uno de los soberanos de Europa."

Durante esta escena interesante, habló Napoleon sin que le interrumpiesen casi el lord Keith i sir Enrique Bunbury, que no quisieron responder á sus reconvenciones, no hallándose autorizados á entrar en discusiones semejantes; su único deber era hacer conocer á Napoleon las intenciones del gobierno ingles, i trasmitir su respuesta si les encargaba de ella. Repitió varias veces que su determinacion era de no ir á Santa Elena, i que deseaba que se le permitiese residir en Inglaterra.

Sir Enrique Bunbury dijo entonces que era muy cierto que se habia elegido Santa Elena para su residencia, porque su situacion permitia que se le concediese mas libertad que no pudiera hacerse en ninguna parte de la Gran-Bretaña.

»No, no, repitió Bonaparte, con vehemencia, no iré allá. Si os hallaseis vos en mi posicion no quisierais ir; ni vos tampoco milord." El lord Keith se inclinó i respondió que ya habia estado cuatro veces en Santa Elena. Napoleon continuó protestando que no debia ser prisionero ni enviado á Santa Elena. »*No quiero ir*, repitió; no soy un Hércules, dijo sonriendo, pero no me llevaréis á Santa Elena. Prefiero la muerte en este mismo lugar. Me habeis encontrado libre, despedidme, volvedme á poner en la situacion en que me encontraba, ó dejadme ir á América."

Insistia mucho en su resolucion de morir, mas bien que ir á Santa Elena; no tenia muchas razones, decia, para desear la vida. Rogó al almirante que no tomase ninguna medida para hacerle pasar al *Northumberland*, antes que el gobierno estuviese informado de lo que él habia dicho, i hubiese hecho saber su decision. Pidió encarecidamente á sir Enrique Bunbury que comunicase sin retardo su respuesta al gobierno ingles, diciendo que confiaba en sir Enrique que la trasmitiria en debida forma. Despues de varias preguntas hechas apresuradamente i con algunos breves intérvalos de silencio, volvió á entablar este asunto importante, é hizo valer los mismos argumentos que ya habia empleado. Habia confiado, decia, en que hubiera tenido la libertad de desembarcar, i permanecer en el país bajo la vigilancia de un comisario nombrado á este efecto, que le hubiera sido de mucha utilidad durante un año ó dos para enseñarle lo que hubiera debido hacer. »Podiais elegir, dijo, algun hombre respetable, pues en el ejército ingles debe haber oficiales distinguidos por su probidad i honor, i no ponerme al lado un intrigante que representase el papel de espía i tramase maquinaciones." Declaró otra vez su firme resolucion de no ir á Santa Elena; i esta entrevista, digna de escitar un vivo interes, se terminó en este estado.

Despues que el almirante i sir Enrique Bunbury hubieron dejado á Napoleon, volvió á llamar al lord Keith, que podia considerar como mas favorable á su persona, á causa de

la atencion que habia manifestado al capitan Elfinstone, pariente de su señoría.

Napoleon entabló la conversacion preguntando al lord Keith su opinion sobre el modo como debia conducirse. El lord Keith le respondió que era oficial, que habia cumplido su deber entregando á Napoleon las instrucciones de que estaba encargado: que si le parecia conveniente entablar de nuevo la discusion debia llamarse á ella á sir Enrique Bunbury: Bonaparte dijo que no era necesario. »¿Puede vmd., continuó, guardarme despues de lo que ha ocurrido, hasta que yo reciba noticias de Lóndres?" El lord Keith le respondió que esto dependia de las instrucciones que se hubiesen dado al otro almirante, las cuales le eran enteramente desconocidas. »¿Hay aqui algun tribunal al cual pueda yo apelar?" preguntó Bonaparte. El lord Keith respondió que no era jurisconsulto, pero que creía que no habia alli ningun tribunal cualquiera que fuese; i añadió que estaba convencido de que el gobierno ingles tomaría todas las disposiciones que pudiesen hacer la situacion de Napoleon tan suave como la prudencia lo permitia. »¿Como se haria esto?" dijo Napoleon, tomando el papel que estaba encima de la mesa; i hablando con un tono animado sobre la observacion que le habia hecho el lord Keith, que Santa Elena era seguramente de preferir á una reclusion en un parage muy retirado de Inglaterra, ó á ser enviado á Francia: ó acaso á Rusia. »¡A Rusia! esclamó Bonaparte; ¡Dios me libre!"

Durante esta escena, los modales de Napoleon eran enteramente tranquilos, su voz igual

i firme, i sus inflexiones muy agradables. Solo una ó dos veces habló mas rápidamente i con un tono duro. Hizo pocos gestos, i su aire no tenia gracia; pero el modo de sostener la cabeza tenia dignidad, i su aspecto tenia una suavidad i una calma notables, sin ninguna señal de severidad. Parecia que su espíritu estuviese resignado, i que, previendo lo que debian anunciarle, ya tenia preparada la respuesta. Espresando su firme determinacion de no ir á Santa Elena, dejaba decidir á sus oyentes si pensaba evitar su traslacion por medio de un suicidio, ó resistir por el de la fuerza.

# CAPITULO VI.

## RESUMEN DEL CAPITULO VI.

PLAN FORMADO PARA HACER SALIR Á NAPOLEON DEL *BELEROFONTE*, CITÁNDOLE COMO TESTIGO EN UN PROCESO POR LIBELO. — NAPOLEON AMENAZA DE MATARSE; SUS AMENAZAS, BIEN ASI COMO LAS DE LOS INDIVIDUOS QUE LE HAN SEGUIDO NO TIENEN OTRO OBJETO QUE INTIMIDAR AL GOBIERNO INGLES. — NAPOLEON PASA Á BORDO DEL NORTHUMBERLAND QUE DA Á LA VELA PARA SANTA ELENA. — SU CONDUCTA DURANTE EL VIAGE. — COMO LE TRATA SIR JORGE COCKBURN. — LLEGA Á SANTA ELENA I DESEMBARCA EL 16 DE OCTUBRE.

## CAPITULO VI.

La multitud de embarcaciones que continuamente iban i venian con gentes á ver á Napoleon, i cuyo número no era menor de mil á la vez, dificilmente podia hacerse mantener á la distancia prescripta del *Belerofonte* (trescientos metros) á pesar de los esfuerzos de las lanchas, que para impedir que se pasase la distancia debian valerse de la fuerza en caso necesario. Esta afluencia se hizo tanto mas

temible cuando Napoleon hubo asegurado que no iria nunca á Santa Elena, pues llegó á temerse que pensase escaparse. Se destinaron pues dos fragatas para guardar i vigilar el *Belerofonte*, i las centinelas se doblaron i triplicaron de dia i de noche.

Un incidente singular cual no podia suceder mas que en Inglaterra (pues aunque los caprichos estraordinarios pueden entrar en la cabeza de cualquier individuo, raramente nadie los ejecuta sino los ingleses), hizo doblar las precauciones de los que estaban encargados de guardar aquel prisionero importante. Un papel público, al cual faltaba un hombre versado en la jurisprudencia para redactarlo en las formas legales, habia sugerido (suponemos que para complacer la curiosidad pública) la idea de que Napoleon Bonaparte seria conducido á tierra apoyado en el *habeas corpus*. Este rescripto mágico del *Old Bailey*, * como le llama Smollet, pierde su influencia sobre un estrangero prisionero de guerra; i por consiguiente una proposicion tan absurda no tuvo consecuencia. Pero un individuo perseguido por un libelo dirigido contra un oficial de marina, concibió la idea de citar á Napoleon, como testigo, al tribunal, para determinar, pretendiendo ser necesario á su defensa, cual era el estado de la marina francesa. La órden debia dirigirse directamente contra el lord Keith; pero este desconcertó al procurador no dejando acercar su bote mientras estaba á bordo, i luego por la rapidéz de su

---

* *Old Bailey* es un tribunal criminal de Lóndres. (*Editor.*)

lancha, con doce remos que los remeros del causídico nunca pudieron alcanzar. Aunque esta amenaza fué un mero absurdo i solo digno de la risa que ocasionó generalmente la anécdota de la persecucion del procurador i la fuga del almirante, sin embargo podia producir algun inconveniente sugiriendo á Napoleon la idea de que tenia derecho, por medio de discusiones judiciales, de invocar las leyes civiles de Inglaterra, i resistir á dejarse sacar del *Belerofonte*.

Para poner un término á estos inconvenientes que podian resultar de semejante estado de cosas, el dia 4 de agosto el *Belerofonte* recibió la órden de salir al mar i cruzar á la altura del Stard, en donde debia encontrar la escuadra destinada para Santa Elena, cuando Napoleon i su sequito pasasen á bordo del *Northumberland*.

Parecia entonces que Napoleon habia concebido algun proyecto funesto, i aunque no hablaba de suicidio ante el capitan Maitland, sino solo manifestando la mas firme resolucion de no ir á Santa Elena, sin embargo, delante de Las Casas dijo, en términos muy claros, que queria morir como un romano. Poco tememos que semejantes resoluciones las ejecuten hombres dotados de su cabal juicio, sobre todo los que toman la precaucion de consultar sobre ello á un amigo inteligente. Causa maravilla el ver con cuanta facilidad cede la voluntad mas tenaz al amor de la vida, aun en los pechos mas animosos i en las circunstancias mas desesperadas. No nos sorprende, pues, el ver que los argumentos filosóficos de Las Casas hayan

determinado á Napoleon á conservar su existencia i escribir su historia. Si hubiese cónsultado á los militares que le seguian, le hubieran dado otros consejos, i le hubieran ayudado á ejecutarlos con sus brazos en caso necesario. Lallemand, Montholon i Gourgaud aseguraron al capitan Maitland que el emperador se mataría antes que ir á Santa Elena, i que aun, si podia consentir en dejarse conducir, estaban resueltos á darle la muerte mas bien que verle degradarse de esta suerte. El capitan Maitland les respondió dándoles á entender, que si se realizaba semejante proyecto, la recompensa seria un cadalso.

Savary i Lallemand se hallaban verdaderamente en una posicion muy crítica. Estaban comprendidos en la lista de los esceptuados de la amnistía que habia concedido el gobierno real de Francia, i ahora el gobierno ingles les prohibia que acompañasen á Napoleon á Santa Elena. Esperimentaban, no sin motivos, la mayor congoja sobre su suerte, i temian, bien que infundadamente, verse entregados al gobierno frances. Tomaron la resolucion de resistir con la fuerza á cuantos quisiesen separarles de su emperador; pero felizmente tuvieron bastante presencia de espíritu para consultar al sabio jurisconsulto i hombre de estado, sir Samuel Romilli. El medio que sir Samuel encontró mas eficaz para servir á aquellos infelices, fué personarse con el lord canciller i recibir de él la seguridad de que no tenia la menor idea de entregar sus clientes al gobierno frances; entonces pudo tranquilizarles completamente sobre este particular. En cuanto á su proyecto de resis-

tencia i su legalidad, sir Samuel Romilli les dijo que un negocio de esta naturaleza, la ley inglesa consideraria como asesinados á cuantos por este medio quitasen la vida. Es cierto que no debia temerse mas el gran peligro de un ataque armado, declarado legal por la opinion de un sabio letrado, que un suicidio arreglado con la opinion de un consejero de estado; i debemos suponer que Napoleon i sus partidarios no tenian otro objeto, anunciando proyectos tan violentos, que conmover la resolucion del gobierno ingles. Pero no lo consiguieron, i sus amenazas intempestivas no produjeron otro resultado que hacerles quitar sus armas, escepto á Napoleon, que le dejaron su espada. Esta medida, espresion señalada de la poca confianza que en ellos se tenia, les afrentó sensiblemente, no menos que á Napoleon, i debió de ser muy dura para los oficiales ingleses que ejecutaron la órden, aunque se previno á los franceses que esto era solo una medida de precaucion, i que sus armas se guardarian cuidadosamente i les serian restituidas. En el último dia que Napoleon estuvo á bordo del *Belerofonte* se ocupó en escribir una protesta, que no contiene nada mas que su elocucion al lord Keith i á sir Enrique Bunbury: tambien escribió otra carta al príncipe regente.

El 4 de agosto dió á la vela el *Belerofonte*, i por la mañana siguiente encontró el *Northumberland*, bien asi como la escuadra destinada para Santa Elena, i el *Tonante*, en el cual ondeaba el pabellon del lord Keith.

Entonces fué cuando Napoleon hizo entender al capitan Maitland que se sometia á su

suerte, pidiendo que se diese permiso á M. O'Meara, cirujano del *Belerofonte*, para seguirle á Santa Elena, en lugar de su propio cirujano, cuya salud no le permitia continuar el viage. Esto probaba claramente que no queria oponer ninguna resistencia; i en efecto, en cuanto vió Napoleon que sus amenazas no producian ningun efecto, se sometió con la tranquilidad de espíritu que le era propia. Dió órdenes para hacer entregar sus armas: su equipage se sometió á una especie de exámen, pero sin que se desordenase nada, ni se abriese ningun paquete. El tesoro de Bonaparte que ascendia á 4,000 napoleones de oro, se puso en reserva, para quitarle este poderoso medio de fugarse. Se le dieron recibos de él, en nombre del gobierno ingles, que se constituía responsable de esta suma, i se permitió á Marchand, ayuda de cámara favorito del emperador, que tomase todo el dinero que juzgase necesario.

El dia 7 de agosto, á las once de la mañana, el lord Keith vino con su bote para trasportar á Napoleon del *Belerofonte* al *Northumberland*. A la una, habiendo hecho anunciar Bonaparte que estaba pronto, se envió un guardia del capitan para prevenirle; el bote del lord Keith estaba preparado; i cuando Napoleon atravesó el entrepuentes, los soldados le presentaron las armas, mientras que los tambores hicieron tres redobles, especie de saludo que se hace á los oficiales generales. Su paso era firme i medido; su despedida del capitan Maitland fué cortés i amistosa. Este oficial, ciertamente, algo podia perdonar á

Napoleon, que habia procurado hacer recaer sobre él la vergüenza de haberle querido tender un lazo; i con todo, la confesion noble i sincera de los sentimientos que prevalecieron en el espíritu del capitan, cuando se separó de Napoleon, merece consignarse aquí; estos sentimientos darán todavia mayor peso, si cabe, á su relacion sencilla franca i sin rodeos.

»Seria de estrañar que hubiese un solo oficial ingles que mirase favorablemente al hombre que causó tantos daños á la Inglaterra; pero Napoleon poseía hasta un grado tan eminente el arte de agradar, que pocos hombres habrá que habiendo estado sentados como yo á su mesa durante cerca de un mes, no hubiesen esperimentado un sentimiento de piedad i al mismo tiempo de duelo, viendo á un hombre dotado de cualidades tan seductoras, i que habia ocupado un puesto tan elevado en el mundo, reducido á la condicion en que le veía."

Napoleon fué recibido á bordo del *Northumberland* con los mismos honores que le habian hecho al salir del *Belerofonte*. Sir Jorge Cockburn, almirante ingles, á quien estaba confiado el ex-emperador, bajo todos los aspectos, era á propósito para cumplir con delicadeza el encargo que se le habia impuesto, observando, sin embargo, con la mayor escrupulosidad las instrucciones que habia recibido. Bien nacido, acostumbrado á la primera sociedad, buen mozo, i de un trato muy agradable, tenia, no obstante, toda la entereza que exige su profesion para hacer las cosas desagradables cuando son necesarias. En todo

lo que escedia del círculo que le limitaban sus instrucciones, era afable, atento i complaciente: en lo demas era inflexible. Esta mezcla de cortesanía i entereza era indispensable, atendido á que Napoleon, i todavia mas las personas de su séquito, se esmeraban, en varias ocasiones, á hacer considerar como soberano al que solo era prisionero; i este era un título que las instrucciones de sir Jorge Cockburn le prohibian espresamente que le concediese por razones que muy luego esplicarémos. Cuanto podia, lo hacia enteramente con un zelo enteramente benévolo i cortés; pero, temiendo que sus concesiones sirviesen de precedente á otras mas allá de los límites prescriptos, hizo sentir á sus huéspedes franceses que ni el mal humor, ni la cólera, en nada podrian influir sobre su conducta.

De ello resultó que aunque Napoleon pasando al *Northumberland*, debió quedar privado, por órden del almirantazgo, de ciertas señales de deferencia que se le habian tributado á bordo del *Belerofonte* (no habiendo recibido el capitan Maitland ninguna órden precisa sobre este particular, su resistencia solo hubiera sido una humillacion injusta), sin embargo, la menor disputa, i aun menos el menor ódio, no dividió á Napoleon i el almirante. Este ocupaba en su mesa el puesto principal, i en la cubierta despues de los saludos regulares estaba con el sombrero puesto, i no observaba ninguna de las ceremonias de etiqueta que se usan delante de las testas coronadas; todas estas omisiones no causaron mas que una frialdad momentánea: como el almi-

rante parecia no apercebirse del disgusto de sus huéspedes, esta frialdad cedió muy pronto á la inclinacion natural de los franceses para la sociedad; i sir Jorge Cockburn (dejando entonces de ser el *Tiburon*, como dice Las Casas que le llamaban, cuando estaban de mal humor), volvia á ser aquella mezcla de hombre obsequioso i oficial severo, que Napoleon reconoció en él cada vez que hablaba francamente sobre este particular.

Debe mencionarse aqui como una prueba de que sir Jorge Cockburn no se separaba del plan de conducta que habia formado, lo que sucedió en el momento en que el *Northumberland* pasó la línea. El emperador queriendo manifestar su munificencia á los marineros, quiso hacerles dar cien luises de oro, so pretesto de pagar la patente acostumbrada; pero el almirante, encontrando este tributo á Neptuno escesivamente considerable, no permitió que recibiesen mas que la décima parte: ofendido Napoleon de esta restriccion no dió nada. En otra ocasion, al principio del viage, una diferencia en los usos nacionales hizo nacer una de aquellas desavenencias que hemos notado. Napoleon estaba acostumbrado, como todos los franceses, á levantarse de la mesa inmediatamente despues de haber comido, i sir Jorge Cockburn, i los oficiales ingleses se quedaban sentados, pues ya que permitian á los franceses que hiciesen su gusto, el almirante no reconocia en Napoleon el derecho de mudar sus hábitos, particularmente en su propia mesa; esto dió lugar á algun descontento. A pesar de estos leves motivos de mal humor, Las Casas

nos dice que el almirante, que en un principio habia parecido predispuesto contra ellos, cada dia se iba haciendo mas amistoso. El emperador acostumbraba tomarle el brazo, cada tarde, sobre cubierta, i hablaba largo rato con él sobre asuntos relativos á la marina i tambien sobre los acontecimientos pasados.

Mientras que estuvo á bordo del *Northumberland*, el ex-emperador ocupaba las mañanas en leer ó escribir, i por las tardes se paseaba i jugaba á los naipes. Su juego favorito era el veinte i uno; pero cuando este juego le cansaba, le sustituia el aljedrez. Por muy gran táctico que fuese Napoleon, no era maestro en este juego militar, i no sin pena su antagonista Montholon evitaba el solecismo de batir á su emperador.

El santo de Napoleon, que tambien era dia de su cumpleaños, acaeció durante el viage, pues era el dia 15 de agosto. Celebró su fiesta á bordo de un navío ingles que le conducia al lugar de su destierro, que tambien debia ser el de su sepultura. Sin embargo, Napoleon estuvo alegre i contento todo el dia, i vió con gusto que era feliz en el juego, lo que le pareció de buen agüero.

El dia 15 de octubre llegó el *Northumberland* á la vista de Santa Elena, cuyo aspecto pareció muy poco agradable á los que debian residir en aquella isla, aunque muchas veces la han saludado con grandes demostraciones de alegría los marinos cansados del mar. El hombre cuyo destino era habitarla subió á cubierta i la estuvo observando con su anteojo marino. El pequeño pueblo de San James estaba de-

lante de él ocupando un valle angosto i como encajonado en medio de peñascos escarpados de una elevacion prodigiosa; cada plataforma, cada salida, cada garganta estaba guarnecida de cañones. Las Casas que estaba cerca de Bonaparte, no notó la mas leve alteracion en su cara. Las órdenes del gobierno ingles prevenian que Napoleon permaneceria á bordo hasta que se le hubiese preparado una residencia apropiada al género de vida que debia seguir en lo venidero; pero como esto necesariamente exigia mucho tiempo, sir Jorge Cockburn tomó inmediatamente bajo su responsabilidad hacer desembarcar á sus pasageros, i se ocupó de la seguridad personal de Napoleon, hasta que se hubiese preparado la habitacion que se le destinaba. En consecuencia, Napoleon desembarcó el dia 16 de octubre, i el emperador de Francia, ó por mejor decir el de toda la Europa, no fué mas que el cautivo de Santa Elena.

# CAPITULO VII.

## RESUMEN DEL CAPITULO VII.

CAUSAS QUE JUSTIFICAN AL GOBIERNO INGLES DE HABER ADOPTADO LA MEDIDA DE DESTERRAR Á NAPOLEON, PUES HABIA HECHO VER VIOLANDO EL TRATADO DE FONTAINEBLEAU, QUE NO PODIA TENERSE NINGUNA CONFIANZA EN ÉL.—EL DESEO DE NAPOLEON DE RETIRARSE Á INGLATERRA PROVENIA DE QUE, ESTANDO CERCA DE LA FRANCIA, HUBIERA PODIDO INTERVENIR EN LOS ASUNTOS DE AQUEL PAÍS. — MOTIVOS PARA QUITARLE EL TÍTULO DE EMPERADOR. — VENTAJAS DE SANTA ELENA COMO PARAGE DE DESTIERRO. — INSTRUCCIONES DE SIR JORGE COCKBURN PARA SU CONDUCTA CON NAPOLEON. — SE ESCOGE Á LONGWOOD PARA LUGAR DE RESIDENCIA DEL EX-EMPERADOR. — ESTABLECIMIENTO INTERINO DISPUESTO POR ÉL EN BRIARS. — VA Á LONGWOOD. — PRECAUCIONES TOMADAS PARA LA SEGURIDAD DEL PRISIONERO.—REGLAMENTO CONCERNIENTE Á LOS NAVÍOS ADMITIDOS Á ENTRAR EN EL PUERTO.

## CAPITULO VII.

Ahora debemos reproducir en este lugar los argumentos que justifican al gobierno ingles de

haber adoptado, para con Napoleon Bonaparte, las medidas que hicieron retener su persona, i anular los privilegios de una dignidad que reclamaba tan tenazmente. Esto nos conduce á hacer observar el cambiamento que produjo en los sentimientos de los hombres el espacio de doce años. En 1816, cuando el autor de aquella obra, por incapaz que fuese para semejante encargo, ensayó tratar el mismo asunto, habia entonces en Inglaterra un partido muy numeroso que opinaba que el gobierno ingles habria cumplido mejor su deber para con la Francia i la Europa entera, entregando á Napoleon al gobierno de Luis XVIII, para que le tratase como él habia tratado al duque de Enghien. Al presente seria enteramente inútil discutir aquel asunto, ó demostrar que Napoleon tenia á lo menos el derecho de conservar la vida rindiéndose al pabellon ingles.

Su violacion del tratado de Fontainebleau cambió enteramente sus relaciones con la Inglaterra i la Europa; ella le colocó en la condicion de un hombre sobre el que no se podia contar, i cuya libertad individual es incompatible con las libertades de la Europa. Se habia tentado la prueba de fiarse en su palabra: el hombre prudente puede ser engañado una vez; solo los locos lo son muchas veces de un mismo modo.

Puede objetarse en favor de Napoleno, que lo que le arrastró á volver de la isla de Elba fué la mas fuerte tentacion que pudo ofrecer el universo á un espíritu tan ambicioso como el suyo: la perspectiva de una empresa estraordinaria, i el trono imperial por precio del buen éxito. Pue-

de tambien admitirse que los Borbones, negándose á pagarle la renta que habia sido estipulada, le proporcionaron en cuanto á ellos, un motivo de provocacion. Sin embargo estas mismas razones prueban todavia que no se le podia conceder ninguna confianza mientras quedase espuesto á semejantes tentaciones. La Francia estaba entonces violentamente agitada; los restos de un ejército que le queria aumentaban la fermentacion de una poblacion inconstante; á fin de cumplir sus empeños con los aliados se veía precisado Luis XVIII á imponer enormes contribuciones i cobrarlas con rigor; todas estas causas reunidas podian hacer nacer alguna ocasion en que Napoleon, fuese para hacer castigar agravios personales, fuese para servir al descontento de la nacion francesa, podria renovar su memorable empresa del 28 de febrero. El ministerio ingles debia impedir que todo esto pudiese suceder. El 20 de abril, pocos meses antes, los miembros de la oposicion habian pedido á los ministros que diesen cuenta á la cámara de los comunes porque no habian tomado las precauciones necesarias para impedir á Bonaparte que abandonase la isla de Elba; de cuanto no se hubieran los ministros hecho responsables, si le hubiesen puesto en una posicion que le permitiese escaparse una segunda vez? Hubieran sido responsables de los desórdenes i muertes que hubieran producido un acontecimiento semejante. La justicia i la necesidad hacian legal que se pusiese fin á la libertad de Bonaparte, libertad que él mismo habia hecho dependiente de la voluntad de Inglaterra constituyéndose su prisionero.

En esta conclusion hemos evitado recurrir al argumento *ad hominem*. No hemos hecho mencion del castillejo de Tousaint Lauverture en la frontera de los Alpes, ni de la detencion en el palacio de Valencey de Fernando, aliado de buena fé i engañado. No hemos recordado los ejemplos de oficiales que prisioneros bajo su palabra en Inglaterra i habiendo quebrantado su juramento, eran recibidos en las Tullerías con favor i promovidos á los honores i dignidades del imperio. Tampoco hemos hecho alusion á la gran máxima de estado que da á la necesidad ó á las conveniencias políticas una fuerza superior á la ley moral. Si la Inglaterra defendiese sus actos con semejantes argumentos, renunciaria á aquella regla de conducta cristiana que nos dice que obremos con nuestro enemigo como querriamos que obrase con nosotros, i no como él ha obrado realmente con respecto á nosotros; esto seria seguir una política tortuosa i criminal bajo pretesto de que nuestro adversario nos ha dado el ejemplo.

Sin embargo, las acciones anteriores de Bonaparte debieron considerarse entonces bajo la relacion del grado de confianza que debia tenerse en él; i si aquellas acciones acusaban su mala fé, los ministros hubieran sido inescusables de poner el reposo de la nacion en la dependencia de la buena fé de Bonaparte. Parece tambien que Las Casas habia pensado que en el momento mismo en que el ex-emperador proponia retirarse á Inglaterra, tenia la esperanza de mezclarse todavia en los negocios de la Francia. El ejemplo de sir Niel Champbell

habia hecho ver que la presencia de un comisario embarazaba bien poco á aquel hombre estraordinario; i su resurreccion, cuando hubo abandonado la isla de Elba, habia demostrado ardientemente que no debia fiarse nada en la segunda muerte política á la que proponia someterse, habitando en Inglaterra como un individuo aislado.

Se ha hecho valer sin embargo que si las circunstancias i su propio carácter habian exigido aquel acto de una severa necesidad, á lo menos debia dulcificarse la cautividad de Napoleon con los testimonios de una honrosa distincion; i que era una crueldad inútil herir su amor propio i el de sus servidores que le habian seguido, negándole el título de emperador, como igualmente el ceremonial de que habia gozado en su prosperidad, i al que estaba tan unido en los dias de mala fortuna.

Se convendrá generalmente en que, si alguna cosa hubiera podido evitar sin riesgo á Napoleon desgraciado una sola pesadumbre, no se hubieran rehusado á ello; pero no habia ninguna razon para que la Inglaterra, por cortesía i compasion, diese á su prisionero un título que le habia negado *de jure*, aun en la época en que gobernaba el imperio frances *de facto*; i sobre todo cuando motivos, que haremos patentes bien pronto, se oponian fuertemente á que se hubiera tenido por él una condescendencia semejante.

El sitio de destierro del emperador ha sido tambien el objeto de una censura severa; pero esta cuestion depende del derecho de tenerle prisionero. Si este derecho es nulo, no

hay necesidad de llevar mas adelante el argumento; porque un lugar de destierro, para llenar su mira, debe reunir muchos medios de seguridad y reclusion, agravando cada uno de ellos hasta cierto punto los sufrimientos de la persona desterrada, é infligiendo aquella pena que debe ser el patrimonio de un prisionero legal. Pero si se concede que una persona tan formidable como Napoleon, debia hallarse privada de los medios de hacer un segundo *avatar* (desembarco) sobre la tierra, no habia quizás ningun parage en el mundo que ofreciese como Santa Elena una seguridad tan grande, i permitiese al mismo tiempo dejar al cautivo tanta libertad personal. La salubridad del clima de aquella isla está suficientemente probada por el informe que en 1820 hizo el doctor Tomas Shortt, médico del ejército ingles; parece, segun aquel informe, que entre las tropas que residian entonces en Santa Elena, ocupadas constantemente en un servicio penoso, i espuestas á la influencia de la atmósfera, la proporcion de los enfermos era solamente de uno sobre treinta, aun comprendiendo los casos eventuales, i los soldados enviados al hospital por castigo. El doctor Shortt atribuye aquel grado estraordinario de salubridad, superior al de ningun otro sitio del mundo, á que la isla está colocada sobre el paso de los vientos alisios, cuyo soplo continuo impide el demasiado gran calor, i se lleva consigo todas las emanaciones dañosas á la salud humana. Atrayendo la misma causa del Océano una gran cantidad de vapores que se condensan é interceptan los rayos del sol, evitan aquellas enfermedades

violentas i rápidas que causan generalmente tantos estragos bajo los trópicos. Indica lá traspiracion suprimida como una causa de enfermedad, pero que cuando está bien curada, no es funesta sino para aquellos individuos cuya constitucion se ha debilitado ya con una larga residencia en los países cálidos. Tambien se hará observar que el clima de aquella isla no varia nunca de mas de nueve ó diez grados en el discurso del año, i esta igualdad de temperatura es otra gran causa de salubridad. La atmósfera es cálida, es verdad, pero como Napoleon habia nacido en un clima caliente, i que se ha dicho que aun hubiera temido el frio de la Inglaterra, no debe hacerse valer esto como una circunstancia poco ventajosa.

En cuanto al trato personal de Napoleon, sir Jorge Cockburn principió desde su llegada á arreglarle bajo el sistema que sus últimas instrucciones le prescribian seguir; á saber:

»Confiando á los oficiales ingleses una funcion tan importante, está persuadido el príncipe regente de que no es necesario repetirles que su mas ardiente deseo es que no se emplee una mayor severidad, en lo que concierne el destierro i las restricciones impuestas al prisionero, que lo que exige el fiel cumplimiento de aquel deber que tanto el almirante como el gobernador de Santa Elena deben tener siempre presente en su pensamiento, la perfecta seguridad de la persona del general Bonaparte. No duda su alteza real que se conceda al general todo el buen trato compatible con el objeto importante que se propone; i confia con el zelo tan bien conocido de sir Jorge Cock-

burn i en la energía de su carácter, para estar persuadida de que no se permitirá la menor imprudencia que pueda hacer traicion al deber que se le impone."

Con motivo de conformarse con el espíritu de estas instrucciones escogió sir Jorge Cockburn el parage de la residencia de aquel importante prisionero, i al mismo tiempo consultó los deseos de Napoleon en todo cuanto le estaba permitido concederle.

La isla no ofrecia todas las comodidades que podian desearse en aquellas circunstancias. No habia en ella mas que tres casas que perteneciesen á la administracion, i de ningun modo eran convenientes para un huesped semejante. Dos de ellas, las casas del pueblo, del gobernador i del teniente gobernador de la isla, no eran á propósito para servir de habitacion á Napoleon, en atencion á que estaban situadas en James Town, i que aquella posicion, por razones fáciles de comprender, no podian convenir de ningun modo. La tercera era una casa de campo, llamada Plantation House, que pertenecia al gobernador, i la mejor habitacion de toda la isla. El ministerio ingles habia prohibido escoger aquella casa para el sitio de residencia del ex-emperador. Somos sobre este punto de una opinion contrario á la suya, porque seguramente era muy acreedora la grandeza decaida á la habitacion mas cómoda, i salvo el respeto que debe tenerse por el gobierno, Napoleon debia ser necesariamente, en el estado á que se hallaba reducido, la última persona de la isla que se pensase privarla de lo que le podia ser mas

cómodo. No dudamos que esto se hubiese arreglado asi, sin la disposicion en que se hallaban el ex-emperador i su comitiva de autorizarse con las condescendencias i complacencias que les manifestaban, para llevar mas lejos sus pretensiones. Asi, la urbanidad que manifestaron el almirante Hotham i el capitan Maitland, mandando la maniobra cuando pasó Napoleon de un navío á otro, sirvió para establecer la prueba que estos oficiales habian reconocido su libertad i su título de emperador; i no queda duda ninguna que si hubieran señalado para su uso la mejor casa de la isla, hubiera servido aquella deferencia, segun el mismo modo de raciocinar, para probar que Napoleon no tenia ningun superior en Santa Elena. Sin embargo habia muy bien medio para impedir aquel espíritu de usurpacion, si se hubiera manifestado, i pensamos que hubiera valído mas arriesgar las consecuencias i escoger Plantation House para la residencia de Bonaparte, puesto que era la mejor habitacion que podia ofrecer la isla. Algunas circunstancias de su localidad habian, segun se cree, hecho nacer el temor de que no se pudiese guardar perfectamente bien aquella casa. Es verdad que este era un cálculo hecho en Inglaterra, sobre planes que indicaban tal vez bastante mal el estado actual de la isla; pero, de cualquier modo que fuese, atado sir Jorge Cockburn por sus instrucciones, no tenia la eleccion en aquel negocio.

Ademas de Plantation House, habia otra casa de campo, llamada Longwood, i que la ocupaba el sub-gobernador; despues de haber

examinado bien todas las habitaciones que contenia la isla, escogió sir Jorge Cockburn aquel sitio para la residencia futura de Napoleon. Separado enteramente de las demas habitaciones, i casi escueto en aquella parte de la isla, Longwood no estaba frecuentado sino por aquellas personas que realmente tenian algun asunto. Aquel sitio está por otra parte bastante separado de los parages de la playa accesible á los barcos, i que era preciso defender suficientemente antes de esponerlos á la observacion de Napoleon i de sus compañeros de destierro. Ofreciendo el terreno que rodea á Longwood una superficie plana, permitia que se colocasen útilmente las centinelas para la seguridad del sitio, i dejaba tambien la facilidad de pasear, ya fuese á caballo, ya fuese en coche. Ocupando aquel sitio una llanura bastante elevada, goza de un aire mas fresco que los valles estrechos que se encuentran en las cercanías. Estaba la casa tambien arreglada por sí misma (aunque esto sea decir poco), como ninguna otra de la isla, escepto Plantation House.

Para concluir por último, visitó Napoleon á Longwood, aprobó aquella eleccion, i pareció tan satisfecho que fué dificil obtener de él que le abandonase. Inmediatamente se hicieron los preparativos necesarios para añadir lo que faltaba, i para hacer aquella habitacion, no tal como se hubiera deseado, pero á lo menos tan cómoda como lo permitian las circunstancias. En efecto se podia, con la ayuda de trabajadores i materiales enviados de Inglaterra, agrandar Longwood convenientemente. Hasta que

estuviesen hechas las reparaciones mas necesarias, se colocaron el general Bertrand i el resto de la comitiva de Napoleon en una casa de James Town, mientras que él mismo se alojó segun su deseo, en Briars, casa muy pequeña, ó, por mejor decir, cabaña colocada en un sitio pintoresco á alguna distancia de la ciudad, donde no habia mas que una sola pieza. Sir Jorge Cockburn no pudo decidirle á venir á habitar la mejor casa de la ciudad que se habia preparado para él. Napoleon reusó aquella proposicion alegando su aversion natural de esponerse á las miradas del público. Ademas, la soledad que reinaba en Briars, el paisage agradable que le rodeaba, ofrecia á Bonaparte un género de placeres que esperimentan siempre vivamente todos los que han estado encerrados mucho tiempo en un navío, i cuyos ojos no han visto mas que el vasto Océano en el espacio de meses enteros.

Durante su permanencia en Briars, se mantuvo Napoleon en unos límites mas estrechos de lo que era necesario; daba por escusa las centinelas que le vigilaban, i que divisaba desde las ventanas de la casa, i la apoyaba con mucha mas razon en el número de los visitadores: encerróse, pues, en un pequeño pabellon que consistia en un solo cuarto i en dos pequeños áticos, que estaban á unas diez toesas del pabellon. A menos que no fuese acompañado de un oficial ingles, no tenia, como debe presumirse, el permiso de pasearse mas que en el pequeño jardin de la cabaña, guardando las centinelas el resto del terreno. Sir Jorge Cockburn, sensible á la posicion de su

prisionero, buscaba medios de hacer apresurar los preparativos de Longwood, á fin de que pudiese ir allí Napoleon. A este efecto empleó los carpinteros de su escuadra i todos los trabajadores que pudo proporcionarle la isla. »Longwood, dice el doctor O' Meara, ofreció durante cerca de dos meses un cuadro tan animado que jamas ofrecieron los astilleros de su magestad, cuando se construían en ellos durante la guerra las escuadras bajo la direccion de nuestros mejores almirantes. Infatigable en su zelo, sir Jorge llegaba á menudo á Longwood despues de puesto el sol, para estimular con su presencia el valor de los trabajadores de Santa Elena; aquellos hombres indolentes miraban con admiracion la actividad de los carpinteros de la tripulacion que hacia un contraste tan fuerte con su pereza natural."

Durante la residencia del ex-emperador en Briars, no recibia casi á nadie, pasaba sus mañanas en el jardin, i por la noche jugaba al whist, por confites, con M. Balcombe, el propietario i su familia. El conde Las Casas cuya instruccion parecia mas variada i estensa que la de las demas personas de la comitiva de Napoleon, era naturalmente el principal, sino el único compañero de sus estudios i recreaciones de la mañana. En semejantes ocasiones, el ex-emperador se manifestaba ordinariamente afable, dócil i aun seductor por sus modales.

Luchando los esfuerzos de sir Jorge Cockburn contra todas las dificultades que hacia nacer la falta de materiales, de medios de

trasporte i de todo cuanto puede facilitar semejantes operaciones, lograron por fin transformar Longwood en una casa habitable, que bien que muy inferior de la alta dignidad con que habia estado investido su nuevo huesped, estaba sin embargo arreglada convenientemente para un cautivo de una clase tal como que el que el gobernador ingles reconocia en Napoleon.

El 9 de diciembre recibió Longwood á Napoleon i una parte de su casa: el conde i la condesa de Montholon con sus hijos, el conde de Las Casas i su hijo, el general Gourgaud i el doctor O' Meara, que habia sido admitido como su médico; i las demas personas de su comitiva, que no podian alojarse en la casa, se colocaron durante algun tiempo en tiendas de campaña. El conde i la condesa Bertrand, mientras se les levantaba una casa, se alojaron en una pequeña cabaña, situada en un parage llamado Hut's Gate, que formaba poco mas ó menos los límites de lo que podria llamarse el territorio privilegiado de Longwood. Pero aunque nada se descuidó para hacer á Longwood House tan cómodo para el prisionero como lo permitian el tiempo i los medios, sin embargo, bien considerado todo, aquel retardo, seguramente inevitable, debe haber sido muy penoso al ex-emperador, confinado entonces en la cabaña de Briars; i la casa de Longwood, aunque tan bien arreglada como lo permitieron las circunstancias, estaba todavia lejos de ofrecer todos los recreos i dulzuras de la vida, de que los ingleses hubieran querido hacer gozar á aquel ilustre prisionero,

mientras estaba entregado á la guardia de la Inglaterra.

Para remediar la pequeñez del alojamiento de Longwood, se habia propuesto construir una casa de madera de una estension conveniente, cuyas piezas hubiesen sido enviadas de Inglaterra todas hechas, i que no hubiera habido necesidad mas que de juntarlas sobre el terreno; único medio que pudo emplearse para esperar el objeto que deseaba Napoleon, no produciendo la isla casi ningunos materiales á propósito para edificar. Sin embargo, las circunstancias impidieron poner en ejecucion aquel plan en los primeros meses, i una série de desgraciadas disputas entre el gobierno i su prisionero aumentaron los años á aquel retardo, lo que nos hace otra vez esplicar nuestro sentimiento de que no se escogiese desde luego Plantation House para la residencia de Napoleon.

Ya hemos dicho que al rededor de la casa de Longwood se encontraba la mas vasta estension de terreno abierto que habia en la isla, i enteramente conveniente, ya para el paseo, ya para el ejercicio á caballo. Se dejó libre un espacio de doce millas de circunferencia para que Napoleon pudiera pasearse sin que nadie le acompañára. Una cadena de centinelas rodeaba aquel espacio, que Bonaparte no podia traspasar sin estar acompañado de un oficial ingles. Si deseaba estender sus paseos, podia ir por todo el interior de la isla, con tal que hubiese un oficial que observase sus movimientos. Siempre habia allí uno de servicio que estaba pronto á seguirle cada vez que

deseaba alejarse. En el espacio arriba mencionado se habian establecido dos campos; el regimiento cincuenta i tres estaba en Deadwood, á cosa de una milla de Longwood, i otros en Hut's Gate, donde se hallaba una guardia de oficiales, siendo este parage la entrada principal de Longwood.

Ahora debemos considerar los medios á que se recurria para la mayor seguridad de aquel importante prisionero. El viejo poeta ha dicho »toda isla es una prision;" pero por la dificultad de escaparse, no hay ninguna que pueda compararse con Santa Elena, i esto fue sin duda ninguna la principal razon que la hizo escoger como el lugar de detencion de Napoleon.

El doctor O' Meara, testigo de ningun modo amigo, nos hace saber que á fin de no herir el amor propio de Napoleon i vigilar sin embargo á la seguridad de su persona, se habian colocado las guardias del modo siguiente:

»Una guardia subalterna estaba colocada en las cercanías de Longwood, á unos seiscientos pasos de la casa, i un cordon de centinelas i piquetes formaba el límite. A las nueve se acercaban i comunicaban las centinelas entre ellas, rodeando la casa de modo que nadie podia entrar ni salir sin que ellas lo apercibieran ó observasen. A la entrada de la casa se colocaba una centinela doble, i las patrullas pasaban continuamente por delante i detrás. Despues de las nueve, ya no podia salir Napoleon de la casa, á menos que no fuese acompañado de un oficial, i nadie podia entrar sin

una órden por escrito. Este estado de cosas duraba hasta la mañana del dia siguiente. Cada parage á propósito para un desembarco, ó que pareciese tal, estaba ocupado por un piquete de soldados, é igualmente estaban colocadas las centinelas en las sendas mas pequeñas que conducen á la mar; aunque á la verdad los obstáculos que ofrece la naturaleza de los sitios, en casi todos los caminos que guian sobre la playa, hubiesen sido suficientes por sí mismos para una persona de tan poca agilidad como Napoleon."

Eran tan rigurosas las precauciones que tomó sir Jorge Cockburn para servirse con ventaja de la localidad i particularidades de la isla, é impedir que el nuevo habitante pudiera escaparse por el lado del mar, que aun sin el socorro de una guardia mas cerca de la persona de Bonaparte, era imposible no solamente que se escapára, sino aun que pudiera llegar á tener comunicacion por la costa con las personas de su comitiva.

Frecuentemente se descubre desde la costa, i hasta veinte i cuatro leguas de distancia, los barcos que se aproximan á Santa Elena, i siempre se les ve mucho tiempo antes que estén cerca de la orilla. Continuamente cruzaban dos navíos de guerra, el uno bajo el viento, i el otro contra el viento, i se les hacian señas inmediatamente que se descubria desde la costa un navío en el mar. Cada embarcacion, escepto los navíos de guerra ingleses, estaba entonces escoltada por uno de los cruceros, hasta que le fuese permitido echar la áncora, ó que hubiese doblado la isla. No se permitia

á las embarcaciones de las demas naciones anclar] sino en los momentos de un grande apuro; entonces nadie de la tripulacion podia desembarcar, i se enviaba á bordo un oficial i un destacamento de uno de los cruceros, á fin de tener cuidado de ellos mientras permaneciesen, é impedir al mismo tiempo toda comunicacion con la isla.

Se contaban todos los barcos pescadores que pertenecian á la isla, i todas las noches se anclaban bajo la vigilancia de un teniente de marina. Ninguna chalupa podia meterse en el mar despues de puesto el sol, escepto las de los navíos de guerra, que rodaban al rededor de la isla toda la noche. El oficial de guardia debia tambien verificar la presencia real de Napoleon dos veces al dia; deber que se cumplia con toda la delicadeza posible. En fin, se tomaban todas las precauciones humanas para prevenir su huída sin encarcelarle ni encadenarle.

# CAPITULO VIII.

## RESUMEN DEL CAPITULO VIII.

EXAMEN DE LOS AGRAVIOS DE BONAPARTE. — DERECHO QUE TENIA LA GRAN-BRETAÑA PARA REPRIMIR SU LIBERTAD. — CONVENIENCIA EN NEGARLE EL TÍTULO DE EMPERADOR. — HUBIÉRASE PODIDO DISPENSAR EL EXAMEN DE SU CORRESPONDENCIA. — REGLAMENTO PARA QUE UN OFICIAL INGLES VISITASE Á NAPOLEON Á CIERTAS HORAS DEL DIA. — LÍMITES CONCEDIDOS Á NAPOLEON PARA SUS PASEOS. — QUEJAS DE LAS CASAS CONTRA SIR JORGE COCKBURN. — MEDIDAS ADOPTADAS POR TODAS LAS POTENCIAS DE EUROPA PARA ASEGURAR LA CUSTODIA DE NAPOLEON. — NOMBRAN Á SIR HUDSON LOWE GOBERNADOR DE LA ISLA. — SUS CALIDADES PARA ESTE EMPLEO. — INFORME DADO AL GOBIERNO POR EL GENERAL GOURGAUD. — PLANES DIVERSOS FORMADOS PARA LA EVASION DE BONAPARTE — ESCRITOS SOBRE LA RESIDENCIA DE NAPOLEON EN SANTA ELENA. — IRRÍTASE ESTE DEL MODO CON QUE LE TRATA SIR HUDSON LOWE.

## CAPITULO VIII.

Segun el modo con que hemos llenado nuestro empeño, se ha visto que hasta aqui los acontecimientos de cada año han producido por

sí solos un fragmento de historia harto difícil de estrecharse en los límites á que los hemos circunscrito, i estamos persuadidos de que en esta necesaria compresion ha padecido alguna vez la importancia del asunto.

Pero á pesar de que los años de cautiverio trascurren con una lentitud mortal para el prisionero, ocupan por su triste uniformidad un espacio muy reducido en las páginas de la historia; i la de los cinco años pasados en Santa Elena, si no presenta otros sucesos que los acaecidos en aquella época, debe ser mucho menos larga que la relacion de una sola de las batallas de Bonaparte, aun de las que tuvieron una suerte prontamente decidida. Sin embargo, estos años se señalaron dolorosa i aun amargamente por las continuas disputas entre el prisionero i el oficial encargado de la mision importante i delicadísima de reprimir su libertad, i quitarle toda esperanza de fuga, cuyos deberes exigian que á una vigilancia indispensable, uniese tanta urbanidad i aun tanto agasajo como Napoleon gustase admitir.

Hemos tenido una ocasion muy favorable para tomar informaciones preciosas sobre este particular, porque el lord Bathust, secretario de estado i del despacho de las colonias, ha tenido á bien confiarnos la correspondencia de sir Hudson Lowe con los ministros de su magestad. Esta comunicacion nos ha puesto en estado de hablar con certeza de los principios generales que guiaron al gobierno ingles en las instrucciones que dió á sir Hudson Lowe, i aun del tenor de estas mismas instrucciones. Nos proponemos, pues, discutir en primer lu-

gar los agravios alegados por Napoleon, pues que tienen su orígen en las instrucciones del gobierno ingles, reservándonos para segundo punto de discusion el examen de las quejas que se hicieron sobre el supuesto modo agravante con que se ejecutaron las mismas instrucciones por el gobernador de la isla. Aqui es menos perfecto nuestro conocimiento: la distancia á que se hallaba sir Lowe de la Europa impedia toda pesquisa personal, i era imposible obtener un testimonio imparcial sobre tantos incidentes minuciosos, de los cuales el menor pedia una investigacion completa i hubiera podido ser un objeto de inculpacion i defensa. Sin embargo poseemos datos para decir algo sobre esta materia. Si la nacion inglesa hubiera atraído i engañado á Napoleon por medio de una capitulacion que ofreciese las mismas condiciones que tan mal habia él cumplido, se habria hallado en la posicion de Toussaint á quien hizo encerrar en una torre. Si, convidado á visitar al príncipe regente como aliado, hubiese sido recibido por éste con una hospitalidad llena de cortesía i encerrado en seguida como prisionero, su suerte se habria parecido á la de Fernando de España cuando fué atraído á la emboscada de Bayona: pero nos avergonzaríamos de disculpar nuestro país citando las sinrazones de nuestro enemigo. La verdad i la falsedad son invariables é irreconciliables, i el criminal mayor no debe ser inculpado ni corregido segun el ejemplo inicuo que él mismo dió, sino segun las reglas generales de justicia. Sin embargo, nuestra compasion se escita debilmente con las quejas,

cuando el que las profiere se ha conducido habitualmente con los otros, con la misma poca medida i justicia que él vitupera en aquellos bajo cuya dependencia ha caído.

Siendo, pues, Napoleon prisionero de guerra, i estando como tal á la libre disposicion de la Inglaterra, sobre cuyo punto no se podria contradecirnos, creemos haber probado aun mas de lo que se necesita, que su residencia en el territorio de la Gran-Bretaña no podia verificarse sin turbar el reposo de la Europa. Entregarle á una de las potencias aliadas cuyo gobierno era semejante al suyo, hubiera sido ciertamente muy reprensible, porque obrando de este modo la Inglaterra, hubiera faltado á su fé ácia él i habria perdido la facultad de proteger su persona: esto era á lo que se habia comprometido irrevocablemente la nacion á que él se habia confiado. Solo restaba poner á este importante prisionero en tal estado de seguridad que no le quedase medio ninguno de tentar escaparse segunda vez, para encender la Francia i la Europa entera en una guerra sangrienta i dudosa. Entonces se eligió Santa Elena para lugar de su destierro, eleccion que nos parece muy prudente, porque la posicion de esta isla solitaria i la naturaleza del sitio proporcionaban escelentes medios de seguridad, i permitian dar mayor desahogo al ilustre prisionero. Las ólas i los peñascos remplazaban á las murallas, los fosos, las cortaduras i los cerrojos de una ciudadela, i al menos podia pasearse libremente en un espacio de muchas millas en vez de verse reducido á los estrechos límites de una fortaleza.

Concedido i sobre todo probado el derecho de aprisionar á Napoleon, justificada la eleccion de la isla de Santa Elena para su residencia, ya no dudamos en declarar este principio, que se debió hacer todo lo posible por aligerar las sensaciones penosas que debia producir en un hombre como Napoleon un cambio de fortuna tan grande. Desde aquel momento no hubiéramos querido acordarnos de que tantos centenares de compatriótas nuestros habian visto frustradas sus esperanzas, destruida su fortuna, i perdido su vida en Francia; que jurisconsultos ingleses que viajaban por instruirse habian sido hechos prisioneros contra todas las leyes de la guerra. No nos habríamos creído con derecho para vengar sobre Napoleon en desgracia los tratamientos crueles que su política si no su carácter, habia hecho sufrir á otros. No habríamos permitido que su prision fuese tan horrible como la del desgraciado gefe de los negros, que perecia de hambre entre las nieves de los Alpes. Mientras que estaba prisionero no le habríamos rodeado de espías como se hizo con el conde de Elgin. Habríamos olvidado todos estos hechos, ó si no hubiesemos podido desterrarlos enteramente de la memoria, considerando lo mucho que estas falsedades i una conducta tan innoble pudiese disminuir el ingenio i hacer el poder odioso, habríamos conservado estos hechos como ejemplos, no para seguirlos, sino para evitarlos. Impedir que el prisionero pudiese recobrar un poder de que tan mal habia usado, nos hubiera parecido un deber impuesto no solo á la Inglaterra, sino á la Europa i al mundo en-

tero. Acompañar su detencion de todo alivio que permitiese la seguridad de su persona, era una deuda que imponian si no sus méritos personales, al menos nuestra propia grandeza. Despues de haber declarado nuestro sentir sobre este punto en general, procederémos por órden al exámen de las quejas mas importantes que Bonaparte i sus abogados han dirigido contra la administracion inglesa por el trato que se ha dado al ilustre confinado.

El primer punto de queja i sobre el cual ya hemos hablado, era que no se daba á Napoleon el título de emperador i que se le trataba solamente con el respeto debido á un oficial de primera clase. Napoleon era estremamente obstinado en este punto: no era del número de aquellos príncipes de que habla Horacio *, los cuales en la pobreza i el destierro, conformaban sus títulos i su lenguage con su condicion. Al contrario, asi que llegó delante de Portsmouth no cesó de sostener con el mayor empeño que debia ser tratado como testa coronada; i esto fué un orígen contínuo de discordias entre él i las personas de su comitiva, de una parte, i el gobernador de la otra, reclamando obstinadamente Napoleon por los honores que queria se le diesen, i el ceremonial que se debia observar al dirigirse á su persona, al paso que las órdenes del gobierno británico prohibian al gobernador el

---

* *Et tragicus plerumque dolet sermone pedestri.*
*Telephus et Peleus, cum pauper et exul uterque,*
*Proficit ampullas et sesquipedalia verba....*
Hor. Ars poetica.

ceder sobre estos puntos: Bonaparte, conociendo los deberes de un soldado no habría debido insistir. Pero prescindiendo de las instrucciones que tenia el gobernador, el derecho de Bonaparte á la distincion de príncipe podia ponerse en discusion tanto por lo que respecta al partido que insistia sobre este título como por lo que hace al gobierno de quien se reclamaba.

No se puede negar que Napoleon no solo habia sido emperador, sino acaso el mas poderoso de cuantos han existido, i por tal habia sido reconocido por todos los soberanos del continente. Pero en 1814 se habia visto obligado á abdicar la corona de Francia, recibiendo en cambio el título de emperador de la isla de Elba. Su violacion del tratado de París era de hecho una renuncia al imperio de la isla de Elba. Tan lejos estaban los aliados de reconocer que él tenia derecho á ocupar otra vez el trono de Francia, que el congreso de Viena le declaró fuera de la ley. Y en efecto, si esta segunda ocupacion del trono de Francia pudiese en algun modo restablecer su derecho á la corona imperial, de que le habia desposeído su audacia, se deberia recordar que abdicó segunda vez, renunciando á la dignidad en que habia vuelto á entrar por una funesta inspiracion. Asi, despues de su segunda abdicacion, no tenia Napoleon pretension alguna fundada al título imperial, ni aun acerca de los que antes le habian reconocido como emperador de Francia, i menos podia hacer valer ningun derecho con respecto á una nacion que jamas habia consentido en que tomase aquel tí-

tulo. No hubo época ninguna en que la Gran-Bretaña le reconociese como emperador de los franceses, i el lord Castlereagh se habia negado espresamente á consentir el tratado de París, solo porque en él se nombraba á Napoleon, emperador de la isla de Elba. Es cierto que Napoleon halló ó trató de hallar un argumento plausible en que el tratado de Amiens habia sido concluído con él como primer cónsul de Francia. Pero él mismo habia destruido el gobierno consular de que era gefe, i su título de primer cónsul no le daba mas derecho á ser emperador, que las funciones directoriales de Barras hubieran podido dar á éste el título de director. En ninguna ocasion, directa, ni implicitamente, habia reconocido la Gran-Bretaña que su prisionero debiese ser considerado como un príncipe soberano, i era ciertamente demasiado tarde para esperar que se adhiriese á unas pretensiones que no habia hallado válidas aun cuando él era dueño de la mitad del mundo.

Podria alegarse, confesando que el derecho de Napoleon á llamarse emperador carecia de fundamento, que sin embargo, pues habia ocupado el trono durante muchos años, debieran los ministros ingleses concederle esta calidad que ciertamente habia poseído *de hecho* pero no *de derecho*. Estas pequeñas concesiones sobre el ceremonial habrian debido concederse, segun los principios que tratamos de manifestar, á la gloria eclipsada i á la grandeza decaída.

A esto puede responderse, que si esta concesion no hubiese tenido otras consecuencias que

la de suavizar la pena de Napoleon, si él hubiese podido hallar algun consuelo en el vano sonido de los títulos, ó si la observancia de la etiqueta hubiese podido reconciliarle con la triste condicion de ex-emperador sin cambiar por lo demas el estado de la cuestion, una concesion semejante no debia negársele.

Pero la verdadera causa que le hacia desear el título i los honores de soberano, i que empeñaba al gobierno ingles á persistir en su negativa, tomaba su orígen mucho mas lejos: es verdad que era un flaco de Bonaparte, procedente acaso de que él era un *hombre de fortuna* entre las testas coronadas de Europa, el mostrarse en todas ocasiones muy zeloso é inquieto porque se observase la mas rigurosa etiqueta en su córte i ácia su persona. Concediendo que su vanidad, asi como su política, se interesasen en la conservacion de estas fórmulas rígidas de que se dispensan á veces los soberanos venidos de una larga série de reyes, i cuyo título es indisputable, no por esto se deducirá que una persona de tanto discernimiento i luces pudiese hallarse satisfecha de la influencia esterior que se concede al Gran Mogol, en una condicion en que asi como los últimos descendientes de Timur debia vivir en estrecha cautividad. El designio de Bonaparte al reclamar porfiadamente el nombre de soberano era de establecer su derecho á los privilegios pertenecientes á este título. Habia ya esperimentado en la isla de Elba cuan útil era que la etiqueta pusiese una barrera entre su persona i todo visitador que le desagradase. Una vez reconocido emperador, se-

guíase necesariamente que debia en todo ser tratado como tal; asi hubiera sido imposible dar mayor fuerza á los reglamentos exigidos para la seguridad de su persona. Un tal *status*, habiendo sido acordado, habria subministrado á Napoleon un argumento general contra todas las precauciones que se hubiesen tomado para impedir su evasion. ¿Quién oyó nunca decir que un emperador fuese reprimido en sus paseos, ó sujeto en ciertos casos á la vigilancia de un oficial, i que no pudiese pasar de los límites marcados por un cordon de centinelas? ¿I cómo habrian podido tomarse estas medidas necesarias para impedir que se fugase, sin faltar al respeto que es debido á una persona real, bien que en las circunstancias en que se hallaba Napoleon todas las precauciones fuesen urgentes?

Entre nuestros lectores, aquellos que convengan en que no podia Napoleon gozar de toda su libertad, deben confesar que el gobierno ingles hubiera obrado imprudentemente revistiéndole gratuitamente de una dignidad que le habia negado hasta entonces, i eso en el momento mismo en que una cortesía semejante aumentaba las dificultades de guardarle con seguridad.

I aun no concluye aqui la cuestion, pues no solo era libre la Gran-Bretaña de negar á Bonaparte un título á que nunca le habia reconocido derecho, no solo el reconocimiento de este título hubiera producido una multitud de inconvenientes, sino que ademas de todo esto, no podia subscribir á semejante deseo, sin dar á su aliado el rey de Francia un grave motivo

de queja. Si se nombraba emperador á Napoleon, este título solo podia aplicarse á la Francia, i si era reconocido por emperador de los franceses, ¿de qué país sería entonces rey Luis XVIII? Un gran número de guerras han tenido por única causa estos títulos dados á un pretendiente por un gobierno estrangero; esta es una de las leyes del derecho de gentes. Es verdad que las circunstancias hubieran podido impedir que Luis viese en el reconocimiento supuesto de un título de rey dado á su rival, una injuria tan grave como la que recibió la Inglaterra cuando Luis XIV reconoció por soberanos de la Gran-Bretaña á los Estuardos desterrados. Sin embargo habria sido este un motivo de agravios fundados, porque si la Inglaterra en su conducta hubiese manifestado su consentimiento al título imperial que reclamaba Napoleon, habria despertado recuerdos muy peligrosos i animado facciones en el seno de la Francia que la habrian arruinado.

A pesar de todo lo que acabamos de decir, conocimos que existia cierto inconveniente en acercarse á un individuo poco antes tan poderoso con aquella familiaridad que le hubiera sido correspondiente, si no se hubiese elevado sobre los otros mas que cuando era el general Bonaparte. Sir Hudson Lowe ofreció emplear la palabra Napoleon dirigiéndose al prisionero como que era de un estilo mas noble. Quedábale á éste una alternativa todavia preferible: no tenia mas que imitar á los otros soberanos de la Europa cuando viajan en país estrangero, ó cuando otras circunstancias lo exigen, quienes regularmente adoptan un nombre de

convenio, sin renunciar por esto á ninguno de sus derechos, ni á los honores debidos á los monarcas, pero que permite á los que tienen relaciones con ellos, que nieguen esta concesion si lo tuviesen por conveniente. Cuando Luis XVIII en las córtes estrangeras se hacia llamar conde de Lila, no dejaba de ser rey legítimo de Francia. Tambien ocurrió esta idea á Napoleon, pues hablando una vez de las condiciones de su residencia en Inglaterra dijo que no tendria ninguna repugnancia en tomar el nombre de Muiron, uno de sus edecanes que murió á su lado en la batalla de Arcole. Mas parece que como Napoleon se interesaba mucho en la etiqueta de un príncipe educado en medio del ceremonial de las córtes, creyó que ocultando asi su dignidad hacia demasiada gracia al gobernador de Santa Elena. Deseando sir Hudson Lowe poner fin á este rídiculo motivo de disputas, se manifestó dispuesto á dar á Napoleon el título de escelencia debido á un capitan general de ejército; pero tampoco se le admitió este tratamiento. Napoleon estaba resuelto á hacerse reconocer como emperador por el gobierno ó á guardar su agravio en toda su estension, i no se pudo hallar ninguna modificacion que hiciese este agravio mas soportable.

Esta obstinacion en reclamar un título que su situacion hubiera hecho parecer ridículo, ¿era producida por un sentimiento que le hacia dudar de su propia grandeza, cuando ya no resonaba en sus oídos un lenguage lisonjero? ó ¿era que las consideraciones políticas de que ya hemos hablado le hacian rehusar

todo epiteto que no fuese el en que podia fundar los privilegios é inmunidades que confiere un título tan elevado i que son inseparables de él? Esto no lo podemos determinar. Acaso su vanidad i su política estaban conformes en mantener su idea con tanta perseverancia. Mas por su propio interés hubiera debido abandonar una querella cuyo resultado no podia ser en su favor entre él i el gobernador, pues aun cuando este hubiese querido satisfacer los deseos del prisionero, sus instrucciones le prohibian formalmente el hacerlo. Continuar una lucha inútil era atraerse la humillacion de muchas repulsas i de una derrota. Sin embargo Napoleon i las personas que le habian seguido conservaban un vivo resentimiento de estas negativas, aunque debian saber que sir Hudson Lowe solo empleaba las fórmulas de lenguage prescriptas por su gobierno, i en efecto no se atrevia á servirse de otra alguna. La desgraciada espresion de *general Bonaparte* se presentaba tan á menudo en su correspondencia, que toda tentativa de conciliacion era un motivo de insulto, asi como un paño grosero que lastima la herida que encubre, mas bien que la protege.

En fin, de cualquier lado que estuviese la razon entre Bonaparte i el ministerio ingles, es constante que ni sir Hudson Lowe, ni sir Jorge Cockburn, tenian parte alguna en las resultas de la disputa. Sus instrucciones prevenian que Napoleon, su prisionero, debia ser tratado como el general Bonaparte prisionero de guerra, i que serian culpables si le daban títulos mas altos, ó si tenian por él mas considera-

cion de la que se debe á un general. Nadie mejor que Napoleon podia saber cuan comprometido se halla un soldado por su consigna, i tenia tan poca razon en vituperar á sir Hudson Lowe de falta de generosidad i humanidad, porque no desobedecia á su gobierno, como en esperar que sus reprobaciones produjesen otro efecto que el de importunarle é irritarle. Napoleon debia conocer que persistiendo en manifestar con términos ofensivos lo muy picado que estaba de que un oficial le negase un título que su gobierno no le permitia dar, provocaba al que hubiera sido mejor conciliar, i que este modo de obrar no le haria adelantar un paso ácia el fin que tan vivamente deseaba.

En verdad este punto de controversia, tan poco importante, i sin embargo tan desagradable, era de una naturaleza tan sutil que deslizándole en todas las comunicaciones que existian entre Napoleon i el gobernador, emponzoñaba todas las tentativas de este último para conservar algunas relaciones que pareciesen corteses i amistosas: este funesto obstáculo de la etiqueta paralizaba todos los efectos de la urbanidad. Mientras que sir Jorge Cockburn estaba en la isla, dió varios bayles á que fueron convidados el *general Bonaparte* i su comitiva. En circunstancias semejantes un Enrique IV ó un Cárlos II hubiesen aceptado el convite, i á buen seguro que hubieran bayladó con la muger mas hermosa que hubiesen encontrado, sin acordarse de que derogaban sus pretensiones fundadas en su origen antiguo real. Bien al contrario Bonaparte i Las Casas se ofen-

dieron de esta familaridad, i la inscribieron en sus notas como una sangrienta injuria que les habia hecho el almirante. Estos sentimientos no eran de un hombre convencido de su propia dignidad, sino de un desgraciado que cree que los honores no consisten en haber poseído ó en gozar todavia de una alta calidad producida por la superioridad de talentos, sino en llevar las ricas vestiduras de ella, i oirse dar los pomposos títulos que la pertenecen.

En la posicion en que se halla Bonaparte, hay alguna cosa que nos afecta mas que la pérdida de su título; esto es, la cortina que se habia interpuesto entre él i el resto del mundo á traves de la cual no podia hacer pasar una carta ni aun á sus parientes i amigos mas queridos, sin que fuese comunicada al gobernador de la isla.

Este es sin duda uno de los inconvenientes á que estan sujetos todos los prisioneros de guerra sin escepcion; i no conocemos nacion alguna en la cual la palabra de aquellos se crea bastante sagrada para renunciar el gobierno al derecho de registrar su correspondencia. Observaremos que la vigilancia de la policía de los países estrangeros, dirigida particularmente sobre las cartas que venian de Santa Elena, dejaba poco temor de que se emplease el correo para tramar alguna conspiracion. Suponiendo, pues, que el desterrado tuviese permiso para escribir con toda libertad, habria tenido demasiado recelo de frustrar sus proyectos sirviéndose de semejante medio para concertar su fuga, siempre habria tenido que recurrir á una correspondencia secreta, i esta bien pronto hu-

biera sido sospechosa á los ojos de toda persona de buen criterio; pues estando espeditos para el prisionero los medios ordinarios de comunicacion, no podia tener ningun pretesto plausible para valerse de vias indirectas para sacar sus cartas de la isla. Mas aunque manifestemos aqui nuestra opinion personal, no pretendemos deducir que tuviese Napoleon fundamento alguno para exigir el ser tratado de este modo: su situacion de prisionero de guerra, i prisionero muy importante, daba indudablemente á la Gran-Bretaña derecho para imponerle todas las restricciones que se requieren en tales casos.

Otro motivo de queja para Napoleon i sus abogados proviene de un reglamento sobre su custodia, el cual exigia que Bonaparte se dejase ver dos veces, ó al menos una cada dia, del oficial ingles que estaba de servicio. Si el exemperador se hubiese sometido con calma á este reglamento, se hubiera tenido con él la garantía mas segura contra la posibilidad de su evasion. Desde la hora en que le viese el oficial de guardia hasta aquella en que debia volver á verle, no se hubiera permitido á ningun buque salir de la isla; i suponiendo que á la hora convenida no le encontrase el oficial, seria la alarma general, i sea que se hubiese ocultado en la ciudad ó en los barcos de la rada, necesariamente se le hallaria pronto.

Ya hemos visto que se habia dejado á Napoleon un espacio de doce millas de circunferencia para que pudiese pasearse libremente. Ningun estrangero entraba en este recinto sin

pase dado por el general Bertrand, i el emperador podia entregarse á ejercicios de su agrado, sin presencia de otras personas que las de su eleccion. No podia salir de aquellos límites sin ser seguido de un oficial ingles; pero asi acompañado podia visitar toda la isla. Napoleon manifestó todavia mayor repugnancia por este arreglo que por el de certificar su presencia una vez al dia.

Aun habia otros agravios; pero como procedian principalmente de las discusiones particulares que Bonaparte tenia con sir Hudson Lowe, de las ordenanzas impuestas por este oficial i de las restricciones de menos importancia, nos contentarémos por ahora con señalar aquellos agravios que tenian un carácter mas general, i que aunque desagradables, nacian naturalmente de la condicion del prisionero, i eran semejantes á las cadenas de un cautivo que se hacen mas ligeras cuando se somete con resignacion, que cuando forcejea para arrancarlas de sus brazos. Estamos bien distantes de decir que la opresion i el peso de las cadenas sean males llevaderos; sentimos vivamente cuan penosa debe ser la cautividad para aquel que no solo ha gozado de su libertad, sino tambien del derecho ilimitado de ordenar la de los otros; i sin embargo, ni en esta ocasion como en otras muchas, la impaciencia solo ha servido á redoblar el mal. Nada nos manifiesta que en las horas largas de meditacion que dejaba á Bonaparte su residencia en Santa Elena, haya reflexionado una sola vez que su desgraciada situacion se debia mucho menos á la influencia inmediata de

los que solo eran ministros de su cautividad, que á aquella desmedida ambicion, que sin perdonar ni las libertades de la Francia ni la independencia de la Europa entera, habia hecho al fin que su libertad personal fuese incompatible con los derechos de las naciones. Sentia toda la pena de su posicion, pero no raciocinaba ó no podia raciocinar sobre las causas que la habian producido. Es imposible pensar en él sin representársele como un leon intrépido que hacia en otro tiempo temblar las selvas, i que aprisionado en una jaula sombría i estrecha, ejerce sus furores contra las rejas i cerrojos, los cuales aunque insensibles parece que desafian su fuerza natural i le retienen cautivo.

Con riesgo de que se nos acuse de abusar de la paciencia de nuestros lectores, recapitularémos aqui los agravios de que se queja Las Casas, quien confiesa francamente que el mal humor que les daba su situacion podia en algun modo haber influido en el juicio que hizo sobre la conducta de sir Jorge Cockburn; i añadirémos á cada uno de estos agravios la respuesta que nos parece merecen.

1º Se acusa al almirante de haber llamado al emperador Napoleon, *general Bonaparte*; i de haber pronunciado estas palabras con un aire de satisfaccion que manifestaba lo mucho que le agradaba esta designacion.

Se contestará que las instrucciones de sir Jorge Cockburn exigian que emplease este epiteto: en cuanto al comentario hecho sobre el tono ó el mirar con que se habia acompañado es una critica exagerada.

2º Que Napoleon estuvo dos meses confinado en Briars, mientras el almirante residia en Plantation House.

Se responderá que las órdenes del gobierno eran de que se mantuviese á bordo Napoleon hasta que estuviera preparada su habitacion; pero viendo que esto pedia mas tiempo del que se habia supuesto, tomó sir Jorge Cockburn sobre su responsabilidad el hacerle desembarcar i dejarle ocupar Briars, que él habia elegido para su residencia.

3º Que el almirante colocó centinelas bajo las ventanas de Napoleon.

Este es un uso establecido para la seguridad de los prisioneros de importancia especialmente cuando ellos no ofrecen prestar su palabra de honor de que no harán tentativas por evadirse.

4º Que sir Jorge no permitió á nadie visitar á Napoleon sin un previo permiso suyo.

Se replicará que esta era una consecuencia necesaria de su situacion, á fin de que pudiese admitir solamente las visitas que convenia dejar llegar á un prisionero tan importante como Bonaparte.

5º Que habiendo convidado á Napoleon para un bayle, lo hizo bajo el nombre de *general Bonaparte*.

Harto está ya discutido el empleo de esta denominacion, i no era mayor ofensa el poner en un billete de convite el título que las instrucciones mandaban darle.

6º Que estrechado sir Jorge Cockburn por las notas que le enviaba Bertrand, en las cuales calificaba de *emperador* al prisionero de San-

ta Elena, replicó con un tono irónico que no conocia en la isla ningun emperador, ni habia oído decir que alguno de los emperadores europeos viajase en aquel momento.

Se responderá refiriéndose á las instrucciones del almirante, i representando la máxima de que si un emperador puede abdicar su título, ciertamente no era ya nada Napoleon.

7º Que sir Jorge Cockburn influyó en este particular sobre la opinion de los habitantes de la isla, é hizo arrestar algunos subalternos que se habian servido del título de emperador.

Se dirá como mas arriba, que tenia órden de su gobierno para no sufrir que Bonaparte fuese tratado como emperador, i que era de su deber hacerla ejecutar. Y aun no se mostró muy riguroso, pues que el mismo señor Las Casas nos dice que los oficiales del regimiento nº 53, se sirvieron del nombre Napoleon como *mezzo término*, sin que el gobernador se opusiese á ello.

En fin, el octavo agravio es que se habia nombrado un oficial para que acompañase á Napoleon siempre que queria salir de ciertos límites: esta especie de precaucion es muy útil, sino indispensable, cuando se ha recomendado la mayor vigilancia sobre el prisionero.

Por la esposicion de estos agravios advertirá facilmente el lector, que el resentimiento de Las Casas i su gefe se dirigía menos sobre sir Jorge Cockburn personalmente que contra los deberes de su encargo, i que el almirante hubiera parecido escelente si hubiese podido descuidar su obligacion hasta el punto

de tratar á Napoleon como emperador i como hombre libre, sufriendo asi, como sir Niel Champbell, que se le admitiese en su presencia ó se le escluyese de ella cuando la etiqueta de una córte imperial lo exigiera, i corriendo asi el peligro de hallarse, por recompensa de su condescendencia, con que Napoleon habia hecho vela para la América ó acaso para la Francia.

Mientras que pasaban estas cosas en Santa Elena, se ocupaba el gabinete ingles en procurar todavia mas seguridad para la detencion del ex-emperador, mediante un acto del parlamento que prohibia toda relacion i comercio con Santa Elena, si no es por los buques regulares de la compañía de Indias. La tripulacion de los barcos que entrasen en el puerto, ó las personas que visitasen la isla, podian enviarse á bordo siempre que le pareciese al gobernador; i eran culpables los que tratasen de ocultarse en lo interior del país. Los buques podian acercarse á la isla cuando se hallasen en peligro, pero era necesario que probasen que era el caso urgente, i se les observaba inmediatamente todo el tiempo que permanecian en Santa Elena. En este acto se insertó una cláusula que absolvia al gobernador i demas comisarios, de todo lo que pudiesen hacer mas allá del espíritu de esta ley, desde que tenian la guardia de Napoleon. Este acto que es el cincuenta i seis bajo Jorge III, capítulo 23, legalizó la porcion de Napoleon en Santa Elena.

Ya se habia dispuesto la suerte de Napoleon en otra convencion concluida en París en

20 de agosto de 1815 entre las principales potencias de la Europa. En ella se establecia: 1º que á fin de imposibilitar toda tentacion ulterior de Napoleon Bonaparte contra el reposo de la Europa, seria considerado como prisionero de las grandes potencias contratantes, el rey de la Gran-Bretaña, el emperador de Austria, el de Rusia i el rey de Prusia; 2º que la guarda de su persona se confiaba al gobierno ingles, dejando á su cuidado el elegir el lugar i los medios mas seguros para guardar el prisionero; 3º que las córtes de Austria, Rusia i Prusia nombrarian comisarios que habitasen el lugar elegido para residencia de Napoleon, los cuales, sin ser responsables de su persona certificarian su presencia. Su magestad cristianísima podia tambien enviar un comisario; 4º el rey de Inglaterra se obligaba á cumplir fielmente las condiciones que se le fijaban en esta convencion.

De las potencias arriba nombradas solo tres usaron del poder ó privilegio de enviar comisarios á Santa Elena. Fueron estos el conde de Belmain por parte de la Rusia; el baron de Sturmer por parte del Austria; i por la de Francia, el marques de Montchenu, emigrado antiguo. Parece que la Prusia halló superfluo el gasto de un comisario residente en Santa Elena; i en realidad no parece que ninguno de ellos haya tenido que hacer un papel importante durante su mansion en la isla. Sin embargo, su presencia era necesaria para certificar que nada pasaba en Santa Elena sin conocimiento de los representantes de las grandes potencias que habian firmado el tratado de

París. El encierro de Bonaparte no era ya una obra de solo la Inglaterra, sino de la Europa, i habia sido decretado por las potencias mas poderosas, como una medida indispensable para la tranquilidad pública.

Algunos meses antes de la llegada de los comisarios, fué remplazado sir Jorge Cockburn en sus enojosas funciones, por sir Hudson Lowe, nombrado gobernador de Santa Elena, el cual estuvo encargado de su persona hasta su muerte. Se ha censurado con tal amargura la conducta de este oficial, en varios escritos de los publicados sobre el destierro de Santa Elena, que el mismo esceso de las quejas destruye en cierto modo sus efectos, i nos hace dudar de la verdad de las acusaciones dadas contra sir Hudson: estas parecen mas bien ser efecto de una animosidad personal.

Sir Hudson Lowe habia hecho sus ascensos en las filas del ejército, principalmente sirviendo en un cuerpo estrangero al servicio de la Inglaterra i empleado en el Mediterráneo. Esta circunstancia le procuró medios de adquirir el uso familiar de las lenguas francesa é italiana, lo que le hacia particularmente idóneo para el empleo que se le confió. Durante la campaña de 1814, habia servido en el ejército de los aliados i habia mantenido con el gobierno ingles una correspondencia en la cual describia los sucesos de la campaña: habíase publicado una parte de dicha correspondencia, en testimonio del ingenio del escritor. Sir Hudson recibió de varios soberanos aliados i de sus generales muestras honoríficas de los servicios que habia pres-

tado: habia tenido ocasion de ver personas distinguidas i habia tomado la costumbre de manejar asuntos de importancia; ademas habíanse tomado informes bien seguros de su reputacion como hombre de honor, antes de firmar su nombramiento. Fácil era comprobar estos puntos, i las noticias que se recibieron fueron todas en favor de sir Hudson.

Mas era necesario reunir otras calidades no menos importantes que solo en la prueba se podian descubrir. Aquella presencia de espíritu tan necesaria en semejante posicion, solo podia apreciarse con el tiempo. Lo mismo puede decirse de aquella firmeza i pronta decision que señalan á un funcionario la línea de su deber, previenen toda perplejidad, i le dan, cuando ha llenado sus funciones la cierta ciencia de que ha hecho lo que debia hacer; i poniéndole en estado de resistir á todas las importunidades que pudiesen emplearse para desviarle de su camino, le hacen despreciar las calumnias con que quisiesen ostigarle.

Es oportuno decir que los franceses que habian acompañado á Bonaparte, tanto por honor como por suavizar su infortunio con su sociedad i el interes que le manifestaban, no estaban unidos entre sí por otro lazo que el de su comun respeto ácia un gefe desgraciado. No estando esclavizados por la amistad ó no teniendo los mismos sentimientos ó los mismos proyectos, no es estraño que, entregados al enfado i á la dureza de humor que produce naturalmente semejante posicion, hayan tenido estos oficiales varios altercados i aun querellas, no solo con el gobernador, sino tambien entre ellos.

En estas circunstancias el general Gourgaud por su conducta se distinguió de los otros. Despues de la paz de París, habia sido este oficial edecan del duque de Berri, cuyo puesto dejó cuando volvió Bonaparte en la época de los cien dias. Como se hallaba junto al emperador en el momento de su caída, creyó que era de su deber el acompañarle á Santa Elena. En la isla tomó menos parte en las quejas i las querellas de Napoleon con el gobernador que los generales Bertrand, Montholon i el conde de Las Casas. Evitó toda apariencia de intriga con los habitantes i fué mirado por sir Hudson como un leal i bravo soldado que habia seguido á su emperador en la adversidad, sin meterse en las discusiones que el gobernador consideraba como perjudiciales á su propia autoridad. De este modo habla de él constantemente sir Hudson en sus oficios al gobierno.

Dicho oficial habia dejado en Francia su madre i una hermana, á quienes amaba tiernamente, i que le profesaban igual cariño. Por amistad por ellas, i por satisfacer el deseo que tenian de verle, solicitó el general Gourgaud regresar á su patria; dando mayor fuerza á esta resolucion los zelos i la poca inteligencia que reinaban entre él i el conde Bertrand. Pidió i obtuvo del gobernador permiso para ir directamente á Londres. Antes de salir de Santa Elena, habló con sir Hudson Lowe i con el baron Sturmer, comisario austriaco, de las secretas esperanzas i de los planes que se formaban en Longwood. No fué menos sincero con el gobierno, cuando llegó á Inglaterra en la primavera de 1818, pues le infor-

mó de los varios proyectos de evasion que se habian propuesto á Napoleon, las facilidades i dificultades que estos planes ofrecian, i las razones que le hacian preferible el estarse en la isla mas bien que intentar fugarse. En aquella época se supuso que el general Gourgaud queria volver á la gracia del rey de Francia: poco importa saber cuales hayan sido sus intenciones particulares; en los archivos se conservan las notas de las informaciones que dió á sir Hudson Lowe, al baron Sturmer, i despues en Lóndres, en la vice-secretaria de la guerra. Estas deposiciones son conformes entre sí, i no podia disputarse su autenticidad. Todos los pormenores están indicados con el mayor cuidado, pero se advierte la mayor reserva en cuanto á los nombres, á fin de que nadie pueda ser inquietado por ninguna de las cosas que alli se dicen: estas notas, en general, segun se podia esperar, tienen un aire de simplicidad i verdad. Tendremos frecuentemente ocasion de referirnos á estos documentos, á fin de que el lector pueda poner los proyectos efectivos de Napoleon en oposicion con el lenguage de que se servia para lograr ejecutarlos. Solo hemos copiado la parte de dichas notas que concernia á Napoleon. Sabemos que el general Gourgaud habiendo regresado al continente ha recobrado toda su ternura por la memoria del emperador, i que aun puede arrepentirse de haber comunicado los secretos de su prision á oídos menos amigos. Pero este cambio de sentimientos en nada puede disminuir la veracidad de su testimonio, ni destruir el derecho que tenemos á pubicar las comunicaciones que hizo.

Teniendo ya indicado el origen de donde tomamos nuestros datos, volvamos á las querellas entre Napoleon i sir Hudson Lowe.

Segun el general Gourgaud, si Napoleon se mantuvo en Santa Elena, no fué por falta de medios de escaparse. Una vez se habia formado el proyecto de sacarle en un cofre de ropa sucia. Suponian á los centinelas ingleses tan estúpidas que propusieron en otra ocasion hacerle salir del campo disfrazado de criado con un plato en la mano. Cuando el baron Sturmer representó la imposibilidad de que ni aun se preparasen unos planes tan estravagantes, respondió Gourgaud que nada habia imposible para los que tenian millones á su disposicion. »*Si, lo repito*, continuó, *puede evadirse solo, é ir á la América cuando quiera.* * ¿I porqué no lo hace? replicó el baron Sturmer." Gourgaud contestó que todos los que le rodeaban le instaban para que intentase evadirse, pero que él preferia quedarse en la isla; que hallaba un secreto orgullo en la importancia que se ponia en guardarle i en el interés que generalmente inspiraba su posicion; que muchas veces decia: »Yo no puedo ya vivir como particular; mas quiero estar aqui prisionero que libre en los Estados-Unidos."

Las comunicaciones del general Gourgaud manifiestan tambien lo que indican otras circunstancias, i es que como Napoleon esperaba obtener su libertad de la opinion pública de

* Esto es sacado de un parte del baron Sturmer al príncipe Metternich, dado á consecuencia de las comunicaciones del general Gourgaud, en 14 de marzo de 1818.

Inglaterra, estaba zeloso porque se olvidase su condicion, i aun mas porque se mantuviese cuidadosamente fijada la atencion en aquella, por medio de una série de publicaciones sucesivas, modificadas segun el carácter i el talento de los escritores, pero teniendo todas ellas un mismo tipo que indicaba que habian sido redactadas, en todo ó en parte, en lo interior de Longwood. En consecuencia, las diferentes obras de Warden, O' Meara, Santini, la carta de Montholon i algunos otros folletos, se publicaron unos tras otros con el fin de fijar los espíritus sobre aquel punto; i aunque todos aquellos escritos parecian hechos por manos distintas, todos se dirigian al mismo blanco, como otras tantas saetas salidas de la misma aljaba. Gourgaud ha mencionado esta especie de fuego por hileras, asi como su objeto; i aun el *Manuscrito de Santa Elena*, compilacion en la cual estan invertidos los hechos i confundido las fechas, fué tambien, segun Gourgaud, obra de Bonaparte, compuesta para embarazar i burlar al pueblo ingles. * Dijo á sir Hudson Lowe, que no debia considerar aquellos folletos como dirigidos á él personalmente, sino como dictados por cálculos políticos con el fin de conseguir alguna templanza en la vigilancia á fuerza de quejarse. Segun la misma autoridad, fue escrita en gran parte por Napoleon la famosa carta de Montholon; sucediendo lo mismo con el es-

* Se sabe generalmente que este hecho es, por lo menos, inexacto.

(*Editor.*)

crito de Santini aunque disfrazado tan groseramente que le negó despues. Otros escritos, dice aquel, debian parecer bajo nombres de capitanes, comerciantes, etc., pues Napoleon estaba poseído de tal manía por escribir que no le dejaba descanso. Es, pues, necesario que el historiador reciba con circunspeccion los partes de aquellos que tomaron un color determinado en esta controversia i siguieron la marcha del partido que habian abrazado. Si es cierto lo que dice el general Gourgaud, el mismo Napoleon ha defendido su propia causa bajo los nombres prestados de O'Meara, Santini, Montholon i otros; i aun cuando los hechos que se mencionan en dichas obras sean evidentemente reales, todavia será necesario desnudarlos de la exageracion que los encubre i ponerlos en claro antes de pronunciar sobre ellos.

El testimonio de O'Meara, tal cual se manifiesta en su *Una voz venida de Santa Elena*,* es de un hombre incomodado i exasperado en sumo grado contra sir Hudson Lowe, á quien atribuía la causa del trastorno de sus esperanzas. No necesitaba que su resentimiento fuese escitado por Bonaparte; pero es de presumir que su animosidad se fortificó una con otra.

El conde de Las Casas, por lo que hace á su imparcialidad, no debe considerarse muy superior á O'Meara. Idólatra del trono, habia emigrado muy jóven, i por consiguiente despues habia cambiado de ídolo, pero no de religion. Cuando sustituyó Napoleon á los Bor-

---

* Título de la publicacion original del doctor O'Meara.

bones en el objeto de su culto, abrazó los intereses de su gefe con una obediencia pasiva; i no pudo ver nada malo en lo que Napoleon hallaba bueno. Era tambien enemigo personal de sir Hudson. No tenemos intencion de acusar su veracidad: solo podemos dudar de la fidelidad de su memoria cuando encontramos espresiones é incidentes insertos en su *Diario* mucho despues de la época en que este *Diario* fue escrito originariamente. Sir Hudson Lowe habia tenido en su poder durante algun tiempo el *Memorial*, i nosotros poseemos un ejemplar del mismo *Diario de Santa Elena* en el cual sir Hudson ha marcado de su letra las adiciones que se han hecho despues que él le habia visto en su estado primitivo. Es de notar que todas ó la mayor parte de estas adiciones consisten en frases sumamente injuriosas contra sir Hudson Lowe, de las cuales ninguna existia en el manuscrito original. Estas añadiduras han debido ser hechas bajo la influencia de un recuerdo acibarado por las pasiones vengativas, pues que no habian parecido antes bastante importantes para conservarlas. Cuando se pone la memoria en agitacion por la cólera ó la prevencion, recuerda cosas estrañas, i asi como un testigo que puesto en tortura, confiesa á veces cosas que jamas han existido.

No hay para que hablar mucho del doctor Antomarchi: como legatario de Bonaparte, pensionista de su viuda, i muy deseoso ademas de asegurarse la proteccion de la rica familia de Napoleon, jamas habla de sir Hudson Lowe sin animosidad.

Por la recepcion que Napoleon hizo á sir Hudson Lowe, parece que concibió aversion desde su primera visita, i antes que el gobernador pudiese darle la menor causa de queja. Citamos este hecho porque sirve para hacer ver que el espíritu del prisionero estaba exaltado hasta el punto de provocar é insultar á sir Hudson sin que él diese el menor pretesto.

La primera agresion del gobernador (asi está establecido el agravio) es que pidió *al general Bonaparte* permiso para llamar á sus criados á fin de tomarles la declaracion requerida por el gobierno, i que les obligaba á observar las reglas establecidas para la seguridad de Bonaparte. Negósele este permiso con términos muy altaneros: Napoleon no hubiera podido recibir peor aquella intimacion, cuando habitaba en las Tullerías. Sin embargo, los criados vinieron i dijeron que se conformaban en declarar; mas la injuria no podia olvidarse: sir Hudson habia puesto el dedo entre Napoleon i su ayuda de cámara; esto pasaba el 27 de julio de 1816.

El 30 del mismo volvió el gobernador á Longwood á rendir sus respetos á Napoleon, i fué recibido de éste con uno de aquellos ímpetus estudiados para esperimentar el ánimo é irritar los nervios de aquellos sobre quienes se quiere adquirir influencia. Habló de protestar contra la convencion, i preguntó que derecho tenian los soberanos entonces aliados para disponer de él que habia sido siempre igual i á veces superior á ellos. Intimaba al gobernador que le diese la muerte ó le restituyese la libertad, como si estuviese en estado ó en po-

der de sir Hudson el darle ni uno ni otro. Este apoyó sobre las comodidades que le procuraria la casa de madera que le traían de Inglaterra; mas Bonaparte desechó con furor este consuelo, diciendo que no necesitaba sino la muerte: que esto solo seria un favor para él, i lo demas un insulto. No pudo sir Hudson responder otra cosa sino que creía no haber cometido ninguna ofensa personal; i habiéndole echado en cara la revista que habia hecho de los criados escuchó i se mantuvo en profundo silencio.

En fin, cada tentativa de conciliacion de parte de sir Hudson, parecia producir nuevos motivos de irritacion. Una vez habiendo enviado caza á Longwood, Napoleon hizo responder que era un insulto enviarle adonde no se cazaba; i sin embargo Santini pretende haber alimentado á los habitantes de Longwood por medio de su escopeta. Sir Hudson hizo venir de Inglaterra vestiduras i otros objetos de que suponian necesitarian los confinados; el agradecimiento fué decir que se les trataba como pordioseros, i que el respeto exigia que aquellos efectos se hubiesen guardado en los almacenes del gobernador, en tanto que se prevenia al mayordomo de la casa del emperador que aquellas cosas se hallaban á su disposicion en caso necesario. En otra ocasion resolvió sir Hudson Lowe ser mas circunspecto: queriendo dar un baile, preguntó al doctor O'Meara si Napoleon llevaria á bien el ser convidado. Observó el doctor que el mote fatal al *general Bonaparte*, haria que su convite fuese mal recibido. El gobernador se propuso salvar este obstáculo,

convidándole él mismo verbalmente á Napoleon; pero por mas comedidas que fueron las espresiones de que se valió, no pudo hacer que se admitiese el convite. Un gobernador de Santa Elena, segun observaba el mismo Napoleon, debia ser persona de mucha urbanidad, i al mismo tiempo de gran firmeza.

En fin, en 18 de agosto, hubo una querella decisiva. Sir Hudson Lowe fué admitido á una audiencia en la cual se encontraba sir Pulteney Malcom, almirante que mandaba la escuadra de estacion en Santa Elena. El doctor O'Meara ha conservado los pormenores de esta reunion dados al dia siguiente por Napoleon mismo á las personas de su comitiva.

»Este gobernador, dice Napoleon, vino ayer espresamente para fastidiarme. Me habia visto pasear en el jardin i por consiguiente no pude negarle la entrada. Tenia necesidad de tratar conmigo algunos puntos relativos á la reduccion de gastos del establecimiento. Tuvo la audacia de decirme que las cosas estaban tales cual él las habia hallado, i que venia á justificarse; que se habia presentado dos ó tres veces para hacerlo, pero que yo estaba en el baño. Respondile: No, señor, no estaba en el baño; pero lo hice decir asi, por no veros. Tratando de justificaros poneis las cosas en peor estado. Díjome que yo no le conocia, que si le conociese mejor cambiaria yo de opinion. — ¡Conoceros, yo! le dije, ¿i como podria conoceros? Los hombres se hacen conocer por sus acciones, mandando ejércitos; vos no habeis tenido nunca el mando en un dia de batalla, ni habeis mandado sino algunos desertores cor-

sos i brigantes piamonteses i napolitanos. Yo conozco el nombre de todos los generales ingleses que se han distinguido, pero nunca he oído hablar de vos sino como secretario de Blucher, ó como gefe de bandidos. Jamas habeis mandado á hombres de honor, ni aun vivido con ellos. — Me dijo que no habia pretendido su destino. Yo le contesté, que semejantes empleos no se solicitan, pues siempre los dan los gobiernos á aquellos que se han deshonrado. — Me opuso que cumplia su deber i que no debia yo acusarle, pues que obraba en virtud de las órdenes que le habian dado. Yo le repliqué: Asi hace el verdugo, obra en virtud de sus órdenes; pero cuando me echa la cuerda al cuello para marchar, ¿tengo yo motivo para amar al verdugo porque obra segun la órden que le han dado? Ademas que no creo que un gobierno sea tan vil, que dé órdenes como las que haceis ejecutar. Tambien le dije que si queria, podia no enviarnos nada para comer que yo pasaria tambien por ello i me iria á comer á la mesa de los valientes oficiales del regimiento nº 53; que estaba seguro no habia entre ellos uno solo que no se tuviera dichoso en dar un plato de su mesa á un antiguo soldado; que no habia un soldado en todo el regimiento que no tuviese mejor corazon que él, que en el inicuo bill del parlamento se habia decretado que debia tratárseme como prisionero, mas él me trataba peor que un criminal condenado á galeras, pues estos al menos podian recibir papeles públicos i libros de que yo estaba privado. Luego le dije: Vos teneis todo poder sobre

mi cuerpo, pero ninguno sobre mi espíritu: esta alma es tan altiva, tan elevada, tan determinada en este momento, como cuando mandaba la Europa. Díjele que era un esbirro siciliano i no un ingles; que deseaba yo no verle mas, á no ser que viniese con órden de quitarme la vida, i que entonces hallaria todas las puertas abiertas para recibirle."

No es estraño que esta estrema violencia escitase el mal humor de sir Hudson Lowe. Dijo éste á Napoleon que su lenguage era enteramente descortés, indigno de un caballero i que no queria escucharle mas; i en efecto partió inmediatamente de Longwood sin hacer ni aun los saludos de costumbre.

Nos parece evidente que en estas ocasiones fué Bonaparte el agresor i esto con intencion i porfía, sea que su conducta procediese de un orgullo ofendido, ó de un plan calculado que le hacia preferir estar antes bien que mal con sir Hudson. Por otra parte qusiéramos que el gobernador se hubiese abstenido de entrar con Napoleon en discusion alguna relativa á los gastos de la detencion. El motivo era mal elegido i no podia producir resultado favorable. Lejos de poder despues manifestarse benevolencia, no pudieron ni aun guardar comedimiento alguno.

Dados ya los pormenores de esta última querella, solo nos resta señalar de un modo general los numerosos motivos de discusion enojosa que hubo entre ellos, poniéndoles en una posicion desagradable con respecto uno de otro, i les determinaron á no rendirse á ningun razonamiento ni á conveniencia alguna.

# CAPITULO IX.

## RESUMEN DEL CAPITULO IX.

INSTRUCCIONES DADAS Á SIR HUDSON LOWE CON RESPECTO Á NAPOLEON. — SUMA DECRETADA POR EL GOBIERNO INGLES PARA LOS GASTOS DEL EX-EMPERADOR. — QUEJAS SOBRE LA INSUFICIENCIA DE SU MESA. — EXAMEN DE ESTAS QUEJAS. — NAPOLEON PROPONE SATISFACER SUS GASTOS. — VENTA DE SU PLATA. — SU OBJETO ES DAR UNA FALSA IDEA DEL ESTADO Á QUE SE VE REDUCIDO. — PRUÉBASE QUE TENIA ENTONCES UNA GRAN SUMA DE DINERO EN SUS COFRES. — LA CASA DE MADERA CONSTRUIDA EN INGLATERRA PARA BONAPARTE LLEGA Á SANTA ELENA. — ENTREVISTA, CON ESTE MOTIVO, DE NAPOLEON I SIR HUDSON. — TARDANZAS EN SU CONSTRUCCION. — CUANDO ESTUVO CONCLUIDA, LA MALA SALUD DE BONAPARTE LE IMPIDIÓ HABITARLA. — REGLAMENTO POR EL CUAL DEBIA ACOMPAÑAR Á BONAPARTE UN OFICIAL INGLES EN SUS PASEOS Á CABALLO. — HÁLLASE EN ESTO UN GRAN MOTIVO DE DISGUSTO. — REGLAMENTO TOCANTE LAS RELACIONES DE NAPOLEON CON LOS HABITANTES DE LA ISLA. — REFLEXIONES GENERALES SOBRE LAS DISPUTAS ENTRE NAPOLEON I SIR HUDSON.

## CAPITULO IX.

Antes de entrar en la rápida discusion que los límites de esta obra nos imponen sobre

la conducta del nuevo gobernador ácia Napoleon, es necesario dar á conocer cuales eran las instrucciones que aquel habia recibido del gobierno ingles con respecto al ex-emperador.

Downing Street, 12 de setiembre de 1816.

» Tendreis entendido que el deseo de su magestad es conceder al general Bonaparte todo lo que puede ser compatible con la seguridad de su persona. Vuestro continuo cuidado debe ser el impedir que pueda hallar medio de escaparse ó de comunicar con nadie si no es por conducto vuestro. Asegurados estos puntos, todos los medios de distraccion ó placer que conduzcan á reconciliarle con su destino son permitidos. "

Algunas semanas despues escribió el secretario de estado con el mismo objeto la carta siguiente á sir Hudson Lowe:

26 de octubre de 1816.

» Creo inútil daros instrucciones mas ámplias en cuanto al general Bonaparte; estoy persuadido de que vuestra propia inclinacion os escitará á prevenir los deseos de su alteza real el príncipe regente i á tener indulgencia por los efectos que no puede menos de producir una mudanza tan súbita de fortuna, en una persona de carácter tan irritable. Sin embargo, no permitireis que vuestra generosidad ácia él cambie nada en los reglamentos que se hallan establecidos para prevenir su fuga ó que pudiereis, en lo sucesivo, juzgar necesarios para mayor seguridad de su persona."

El principio justo i honorífico manifestado aqui por el gobierno, es evidente: pero la mision confiada á sir Hudson Lowe era dificil i una de las mas delicadas, pues debia tener prisionero á un hombre, que acaso entre todos sus semejantes era el mas impaciente en el yugo, i al mismo tiempo debia tratarle con una benéfica delicadeza, que le disfrazase á él mismo su posicion, ya que no pudiese reconciliarle con ella. Si no salió bien en su tentativa, se podrá objetar en su favor que pocas personas lo hubieran conseguido. Asi es que las quejas recíprocas entre él i Napoleon fueron amargas i muy ruidosas.

El primer agravio de los vecinos de Longwood recaía sobre la cuota asignada para sus gastos por el gobierno ingles, cuota que juzgaban insuficiente para sus necesidades. No era este un punto sobre el cual Napoleon juzgase oportuno manifestar su sentir particular. Su atencion se fijaba á lo que parecia, en varias concesiones relativas á ciertas reglas de etiqueta, que pudiesen sacarle de aquella condicion tan incómoda para él, i en la cual no podia confesar que habia caído, que es la de prisionero de guerra. No obstante, de modo alguno se abandonó el tema sobre insuficiencia de rentas porque se sabia muy bien que no habia queja que fuese mas directamente al corazon del pueblo ingles, que aquella que tuviese por objeto la falta de cantidad ó de cualidad en el alimento dado á los desterrados. La carta de Montholon reclamaba contra esta insuficiencia, i Santini afirma que habria pasado el emperador muchas veces sin

probar la carne, á no haber sido dichoso en la caza.

He aquí la verdad: el gobierno inglés había decidido que la mesa de Bonaparte fuese provista como la de un general de primera clase con su familia. Segun las disposiciones comunicadas á sir Hudson con fechas 15 de abril i 22 de noviembre de 1816, se suponia que el gasto de aquel establecimiento debia ascender á ocho mil guineas anuales, con autorizacion para estenderlo hasta doce mil, si fuese necesario. Mas segun la opinion de sir Hudson no bastaban las ocho mil guineas, i concedió doce mil pagaderas por mes al proveedor M. Balcombe, que estaba encargado de los gastos del establecimiento. No obstante, si esta cantidad de doce mil guineas, señalada en la opinion del gobierno como máximum probable, se hallase insuficiente, á causa de la escasez de víveres, para subvenir liberalmente á los gastos de la casa de un general, tenia sir Hudson toda libertad de su gobierno para ensanchar sin límites el crédito abierto al proveedor. Pero si, por otra parte, los franceses querian añadir á la manutencion de su casa alguna cosa que al gobernador pareciese superflua, atendido al rango señalado á la persona principal, debian ellos solos soportar aquellos gastos estraordinarios.

No se puede pedir que el gobierno inglés hiciese mas por Napoleon, que dar al gobernador toda latitud para proveer liberalmente á su mantenimiento, tomando por base lo que se concede á un oficial general de primera clase. Y á pesar de esto, las cosas fueron dispuestas de tal modo

que el resultado no fué tan honorífico para la Gran-Bretaña, como lo habian querido las intenciones del gobierno. El hecho es que las virtudes, asi como los vicios, tienen sus dias de moda en Inglaterra; i cuando la nacion, harta de victorias adquirió la paz, entonces comenzaron los hombres á disputarse por las cuentas, á la manera de los epicúreos despues de un festin. Todos sintieron la influencia del *cuarto de hora de Rabelais*: esta influencia penetró hasta en las cámaras del parlamento, i la economía fué la cuestion del dia. No hay duda que una juiciosa reserva en los gastos es la fuente mas duradera de la riqueza nacional, pero la economía asi como las demas virtudes, llevada á lo estremo, tiene en muchos casos todas las pequeñeces de la avaricia. El regateo de algunas libras de carne, de algunas cargas de leña i de algunas botellas de vino, no debia producir ni aun sombra de objecion entre la Inglaterra i Napoleon. Mas hubiera valído cerrar los ojos sobre la prodigalidad de personas que ningun motivo tenian para economizar, que meterse á discutir aquellas pequeñeces domésticas ante el gran consejo de la nacion, sentándose como jueces entre la Inglaterra i su prisionero. Hubiérase podido responder á aquellos que en este caso hubieren acusado de pródigo al gobierno, que la detencion de Bonaparte en Santa Elena ahorraba todavia sumas inmensas; pues hay gran diferencia entre el gasto que necesita la manutencion de algunos veinte individuos por dispendiosa que sea, i el que exigiria la de un ejército de trescientos mil hombres.

Aunque proviniesen tales disputas, segun creemos, de que el gobernador se equivocó sobre las intenciones del gobierno ingles, i aunque él descendiese, si realmente lo hizo, hasta entrar en pormenores sobre la cualidad de la sal i el azucar que se consumia en Longwood, no hay razon para creer que los prisioneros tuviesen ninguna de las privaciones de que se lamentaban. No obstante, bien podia suceder que en Santa Elena no se hallasen objetos de primera cualidad tan facilmente como en París. La compañía de las Indias orientales enviaba al proveedor todas las provisiones i entre ellos un gran número de manjares raros i delicados, de tal modo que todo lo que hasta entonces habia faltado en Santa Elena, podia conseguirse con el dinero. El vino era, en general, de escelente calidad i del mas subido precio; * i á pesar de lo que se traficó sobre la cantidad consumida en Longwood, fué sin embargo subministrada mas allá de todo el consumo probable, segun lo veremos pronto. Efectivamente, aunque los oficiales franceses, buscando motivos de agravio se quejasen de que su mesa estaba mal servida, é hiciesen circular en folletos tales como el de Santini, las mas groseras injurias sobre este particular, no pudieron menos de hacer justi-

* El vino de Burdeos por ejemplo, era del de Carbonnelli, á seis libras esterlinas la docena de botellas, sin derechos. Cada criado superior recibia una botella de este vino, que ciertamente era tan bueno como cualquiera de los que se sirven en la mesa de los soberanos. Cada jornalero i cada soldado tenia por dia una botella de Tenerife de segunda calidad.

cia al gobernador cuando se acudió á su legalidad para que hiciesen conocer la verdád.

El general Bertrand, en una carta dirigida á sir Hudson Lowe, se esplica asi: »Os aseguro que estamos persuadidos de las buenas intenciones del gobernador en proporcionarnos todo lo necesario; i en que en cuanto á las provisiones no habrá jamas quejas, ó si las hubiese, se dirigirian contra el gobierno i no contra el gobernador de quien nada depende. Tales son los sentimientos del emperador; el cual efectivamente se halló escaso antes de hacer fundir su plata, pero desde entonces no le ha faltado nada ni tiene que hacer ninguna queja." Tal es el testimonio que el conde Bertrand dió voluntariamente del gobernador.

Sir Hudson manifestó su deseo de que los gastos del establecimiento no pasasen de doce mil guineas. Con este motivo hubo una conferencia entre el general Montholon, encargado de la casa de Napoleon, i el mayor Gorrequer, del estado mayor de sir Hudson, á nombre de este. Parece que sir Hudson habia entendido mal las intenciones de su gobierno, i se creía obligado á limitar los gastos de Longwood á doce mil guineas anuales, sin reflexionar que se le habia dado facultad para pasar de esta cuota. Puede ser tambien que considerase que todo el aumento de gasto sobre mil guineas al mes, consistiria en superfluidades que debian pagar por sí mismos los franceses, segun la rigurosa interpretacion del reglamento, como estando fuera de los límites de la mas bien servida mesa de un oficial superior. El general Montholon sentó que la casa de Napoleon no

podia tener lo que necesitaba, aun haciendo muchas reducciones, menos de quince mil ciento noventa i cuatro guineas, i que este era el mínimum mas reducido. Ofreció que el emperador libraria contra un banquero la suma escedente, con tal que se permitiese enviar una carta cerrada. El mayor Gorrequer se negó, i entonces declaró el conde de Montholon que pues el gobernador ingles no permitia al emperador tocar á los fondos que tenia en Europa, no le quedaba otro arbitrio que el de vender lo que le pertenecia en Longwood; i que si habia de suplir los gastos del establecimiento que escediesen de la cantidad señalada por la Inglaterra, dispondria de su plata.

Demasiado precipitadamente consintió sir Hudson Lowe á esta proposicion, pues que su instruccion de 22 de noviembre le daba medios de prevenir esta circunstancia, muy propia para dar crédito á todo lo que se habia dicho i escrito sobre el modo sórdido i bajo con que se trataba á Napoleon. Éste entonces, sacrificando algunas piezas de vajilla vieja, tuvo ocasion de divertir sus momentos de languidez, riéndose de las incompatibles cualidades de la nacion inglesa, i ridiculizándola de que al mismo tiempo que le enviaba una casa con sus muebles, por valor de sesenta á setenta mil libras esterlinas, le obligaba á vender su plata i á despedir sus criados, por economizar unas libras de carne i algunas botellas de vino. No debió sir Hudson Lowe esponer su país á semejante acusacion; i aun cuando sus instrucciones no hubieran sido bastante claras, debiera haberlas interpretado de modo que se

pagasen todos los gastos, i no dar lugar á un escándalo tan grande como el de precisar á Napoleon á que vendiese su plata.

Pero si el gobernador consideró su deber de un modo muy mezquino en aquella ocasion, ¿qué diremos de la conducta de Napoleon, que mientras tenia en sus cofres tres veces mas oro del que necesitaba para restablecer la balanza prefirió recurrir á aquella venta miserable, á fin de aparecer ante la Europa *in forma pauperis*, i escitar la compasion ácia un hombre que parecia reducido á tal estremidad para procurarse los alimentos necesarios? Bien conocia que se hubiera tenido poca piedad de él, al considerar que tenia bastante dinero para suplir á cuanto podia faltarle, despues del asignado considerable de la Inglaterra; i que la idea que se formase de su pobreza haria mayor impresion, cuando fuese comprobada por un sacrificio que no hace ni un particular en su mayor necesidad. La compasion que se esperimentó se habria convertido en un sentimiento bien contrario, si se hubieran conocido las verdaderas circunstancias.

Las confidencias que hizo el general Gourgaud á sir Hudson al separarse de él, revelaron á éste los curiosos pormenores de este hecho, i que la venta de la plata solo fué una comedia á que habia recorrido para producir una fuerte impresion en Inglaterra i en toda Europa, pues en aquella época no faltaba dinero en Longwood. Sir Hudson Lowe creía que el general Gourgaud hablaba de los fondos pertenecientes á Las Casas, que éste adicto

partidario habia puesto á la disposicion de Napoleon; mas el general Gourgaud le respondió: »No, no, antes de eso ya habian recibido 240,000 francos casi todo en doblones de España." Dijo ademas que el príncipe Eugenio era quien habia dado el dinero á los cambistas. Las mismas declaraciones hizo en Lóndres dicho general, i aun copiarémos aqui los términos en que las depuso ante el lord Bathurst.

»Habia yo notado, dice el general Gourgaud, que el general Bonaparte habia recibido una suma considerable en doblones de España, es decir diez mil luises en el momento en que se preparaba á vender la vajilla. Habiéndole yo preguntado con instancia quienes eran las personas que habian entrado en aquella transaccion, se contentó Napoleon con asegurarme que el modo de trasmision habia sido puramente occidental, i que siendo asi el caso, esperaba que yo no trataria de hacer un descubrimiento que perjudicaria á los que le habian servido, sin otro efecto que hacerlos castigar, é impedir que se pudiera hacer otro tanto en lo venidero. No necesitaba de esta posesion de dinero para añadir medios de corromper la fidelidad de los que creyese útil seducir; pues se sabía á no dudarlo, que cuantas letras de cambio, de cualquier importe que fuesen, que Napoleon tirase sobre el príncipe Eugenio ó cualquiera otra persona de su familia, serian pagadas escrupulosamente." Dijo además el general Gourgaud que Napoleon habia tenido política de crearse *un medio* para la ejecucion de sus planes, poniendo sumas de dinero á disposicion del mismo Gourgaud, i que tuvo que

sufrir el mal humor de Napoleon i las importunidades de Bertrand porque no se habia prestado á facilitar una correspondencia secreta.

Por mucho interés que Bonaparte pueda inspirar por las penas que esperimentó en Santa Elena, es evidente que ninguna le ocasionó la falta de dinero. No lo es menos que la venta de la plata fué un ardid que prueba que su sistema era un sistema de fraude, i que todos los testimonios dados por sus acciones ó palabras, deben recibirse con circunspeccion cuando deban servir para establecer un hecho.

Cuando el parte de sir Hudson Lowe hizo saber al ministerio ingles que los gastos de Longwood escedentes de doce mil guineas habian sido pagados por Napoleon, no aprobaron los ministros esta medida. Volvieron á prevenir al gobernador de la distincion que debia hacer entre los gastos necesairos en la casa de oficial general, i los de una persona de distinta clase, ó que escediesen á lo que una persona de aquel grado podia reclamar: luego, solo estos últimos debian pagarse por los franceses.

Esta órden de fecha 24 de octubre de 1817, dice lo siguiente: » Por la cuenta remitida con vuestro oficio nº 84, advierto que el gasto de la casa del general Bonaparte escede de doce mil guineas por año, i que el esceso, hasta aquella fecha, ha sido pagado de sus propios fondos. Creo conveniente recordar i fijar vuestra atencion sobre aquella parte de mi oficio nº 15, de 22 de noviembre último, en que al paso que se limitaban dichos gastos á doce mil guineas al año, os dejaba libertad para

escederlos, si lo juzgaseis conveniente al bien estar del general Bonaparte. Repito pues, *que si juzgais que la cantidad de doce mil libras esterlinas no es proporcionada á lo que exige un establecimiento de oficial general de distincion, no tengais dificultad alguna por el tanto que hallaseis conveniente añadir.* Pero por otra parte, si los gastos que el general Bonaparte ha pagado por sí mismo se hallan fuera de lo que la mayor liberalidad posible concede á un oficial general, no os opondreis á que continue satisfaciéndolos con sus propios caudales."

Estas instrucciones positivas i reiteradas sirven para probar que la Inglaterra no tenia gana de mostrarse avara con Bonaparte; i por otro lado las confesiones del general Gourgaud prueban que si el gobernador fué demasiado rígido en el capítulo de gastos, poseía el prisionero suficientes medios de suplir á las privaciones que podia imponerle la modicidad de la suma de doce mil libras.

De este modo continuaba la residencia de Napoleon produciendo grandes motivos de queja i de discordia. Ya hemos dicho que en nuestra opinion era Plantation House la mejor habitacion i que desde un principio se debió elegirla para él; i si algun obstáculo existia sobre esta vivienda, hubiera sido mas fácil i acaso mas económico el construir una casa con los pocos materiales que proporcionaba la isla, que la gran máquina de madera que se preparó en Lóndres para trasladarla á Santa Elena, adonde llegó con todo su amueblamiento en mayo de 1816. No era esta una *casa paraguas*, como la llamaron; eran solo materiales para emplear-

los segun Napoleon eligiese, en construir una casa separada ó en hacer adicciones vastas i cómodas á la habitacion que ya ocupaba. Por cortesía se quiso saber cual de los arreglos convendria á Napoleon. Ya hemos hablado de la entrevista que tuvo con este motivo el gobernador con Napoleon, segun los términos de este último que O'Meara nos ha conservado: ahora darémos la narracion que hizo de ella sir Hudson en un oficio dirigido al lord Bathurst con fecha 17 de mayo 1816.

» Siendo necesario venir á una decision cualquiera en cuanto á la casa i muebles enviados de Inglaterra para el general Bonaparte i su comitiva, determiné ir á verle, para anunciarle la llegada de aquellos objetos i pedirle su parecer sobre el modo de emplearlos antes que yo dispusiera de ellos. Vi primero al general Bertrand para preguntarle si Bonaparte podia recibirme i sobre su respuesta afirmativa pasé á Longwood House. Allí encontré al conde de Las Casas i le pedí llevára mensage al general para saber si gustaba recibirme; su respuesta fué que el emperador me veria.

» Entré del comedor á la sala: estaba solo en pie, i con el sombrero debajo del brazo, del modo que se presenta cuando toma su dignidad imperial; i guardó silencio esperando que yo abriese la conversacion. No viéndole dispuesto á comenzar, le hablé en estos términos: Sin duda habeis visto en nuestros papeles ingleses, ó sabido por otro conducto, la intencion del gobierno ingles de enviar aqui los materiales necesarios para la construccion de una casa para vuestra morada, i lo que es menes-

ter para amueblarla. Acaban de llegar estos diversos objetos. Al mismo tiempo informado el gobierno del estado en que se halla el edificio que ocupais, me ha dado instrucciones para emplear dichos artículos del modo mas conveniente, sea haciendo una casa nueva, sea añadiendo dependencias á la que ya teneis. Antes de tomar disposicion alguna, espero me digais si teneis algun deseo que comunicarme sobre el particular. — Se mantuvo en la misma actitud i no me dió respuesta alguna.

» Viendo que perseveraba en guardar silencio, continué así: He pensado, señor, que el aumento de dos ó tres piezas, i algunas reparaciones, podrian proporcionaros comodidad en mucho menos tiempo del que pediria la construccion de una casa entera. — Entonces se puso á hablar con tal rapidez, con tanto fuego i tan poco miramiento, que me es imposible repetir todas sus espresiones; i como si no hubiera dado oidos á lo que yo le habia dicho comenzó de este modo: » No comprendo nada de la conducta de vuestro gobierno. ¿Quiere matarme? ¿Venis vos aqui para ser mi verdugo, asi como mi carcelero? La posteridad juzgará del modo con que me tratais; todos los males que aqui sufro recaerán sobre vuestra nacion. No, señor, jamás sufriré que nadie entre en el interior de mi casa ni penetre en mi alcoba, como lo habeis mandado. Cuando supe vuestra llegada á la isla creí, que siendo un oficial del ejército de tierra, tendriais un carácter mas cortés que el almirante, quien como oficial de marina, podia tener modales duros. No tengo motivos de quejarme de su

corazon; pero vos, ¿cómo me tratais? Es un insulto el convidarme á comer bajo el nombre del general Bonaparte; yo no soy el general Bonaparte, soy el emperador Napoleon. Preguntoos de nuevo; ¿habeis venido aqui para ser mi carcelero i mi verdugo?"

»En tanto que hablaba de esta manera, solo con su brazo derecho gesticulaba; su cuerpo estaba inmovil, su mirar i actitud eran cuales pueden suponerse en una persona que quiere intimidar ó irritar á otra.

»Le dejé continuar, no sin pena en contenerme, hasta que estuvo sin aliento; cuando se detuvo le dije: Yo no he venido aqui á ser insultado, sino á tratar de un negocio que os toca mas que á mí: si no estais dispuesto á hablar de ello.....

»—No tengo ninguna intencion de insultaros; pero de que modo me habeis tratado ¿es este un proceder digno de un militar?— Yo le respondí: Yo soy un militar, segun el uso de mi país, para cumplir mis deberes con él i á su modo, i no al modo de los estrangeros. Asi pues, si creeis tener alguna razon para quejaros de mí, podeis escribir vuestra acusacion, i yo la remitiré á Inglaterra, con la primera ocasion que se presente.

—»I á que fin? me dijo; mis quejas no seran alli mas públicas de lo que lo son aqui.

—»Yo las haré publicar en todas las gacetas del continente, si lo deseais asi, le repliqué. Cumplo con mi deber, i lo demas me es indiferente.

»Entrando entonces por primera vez en el asunto que me habia llevado, me dijo: Vuestro

gobierno no me ha comunicado nada oficialmente sobre la llegada de esa casa. ¿Debe construirse donde yo quiera, ó en el sitio que os acomode?

—»He venido espresamente para anunciaros su llegada: i será fácil responder á vuestra última pregunta. Si hay algun sitio en el cual sea vuestro deseo que la casa se edifique, yo examinaré su posicion i la haré construir, si no viese inconveniente en ello: si halláre alguno os lo haré saber. Para arreglar este punto he venido á veros.

—Entonces hubierais hecho mejor de hablar con el gran mariscal i convenirlo con él.

—He preferido, Señor, dirigirme á vos. La falta de inteligencia es tan frecuente cuando empleo la mediacion de otras personas (como lo veo en esas órdenes que decís he dado yo para forzar la puerta de vuestro aposento), que encuentro mas acertado hablaros á vos mismo.

»No me dió respuesta alguna: se paseó un corto rato, discurriendo sin duda como podria hallar alguna cosa que me causase sorpresa ó espanto; i luego me dijo: ¿Quereis que os diga la verdad? Si Señor.—¿Quereis que os diga la verdad? Creo que habeis recibido órden de matarme; si señor, de matarme; creo que habeis recibido órden de no tener escrúpulo de nada, nada absolutamente.—Me miraba como si esperase una respuesta, i yo le dije; Vos mismo confesasteis en nuestra última conferencia que os habiais equivocado sobre el espíritu del pueblo ingles; permitidme deciros ahora que os equivocais tambien mucho sobre el

espíritu de un soldado ingles.—Aqui concluyó nuestra conversacion, i como si no tuviésemos nada mas que decirnos nos separamos."

Recibió sir Hudson una carta en respuesta á su parte sobre aquella refriega, en la cual se aprobaban su prudencia i su firmeza. Pero si la citamos aqui, es solo porque manifiesta cuales eran las intenciones del gobierno en cuanto á Bonaparte, su consideracion por su estado, i la indulgencia que queria tuviese con él el gobernador de Santa Elena.

» Hay una enorme diferencia entre la conducta que debeis observar ácia el general Bonaparte i la que debeis tener con respecto á los que han seguido su suerte acompañándole á Santa Elena. Seria falta de generosidad no mostrarse indulgente al lenguage inmoderado á que el primero puede dejase llevar (alguna vez). La altura de que ha sido precipitado i las circunstancias que han seguido su caída, son suficientes para trastornar un espíritu menos irritable que el suyo, i es de creer que no hallará consuelo en sus reflexiones sobre los medios que le elevaron al poder, ni sobre el modo con que lo ejerció. Asi pues, en tanto que su violencia se limite á palabras, preciso será suportarla, dándole siempre á entender que cualquiera transgresion por su parte de las medidas que vos tomareis para la seguridad de su persona, os pondria en la necesidad de adoptar un sistema de rigor que os seria muy sensible ejecutar.

» En cuanto á las personas que le han seguido, están en distinta categoria. Se les debe recordar continuamente que su residencia en la

isla es un acto de indulgencia de parte del gobierno ingles. Les diréis que teneis instruccion formal de separarlos de la persona del general Bonaparte i de echarlos fuera de la isla, si no se conducen con el respeto que exige vuestra situacion, i con aquella estricta observancia de los reglamentos, condicion indispensable bajo la cual se les permitió vivir en Santa Elena."

La acalorada disputa ocurrida en 17 de mayo de 1816, dejó todo suspenso en cuanto á la casa, i en efecto se puede conjeturar sin injusticia que Napoleon preferia su vivienda vieja é incómoda, pero que le dejaba derecho de quejarse, á una casa nueva i mas conveniente, cuya posesion le tapase la boca sobre este punto tan fértil en quejas. Varias discusiones inútiles ocurrieron sobre este mismo particular durante dos ó tres años. Napoleon se lamentaba de no tener la casa que se le habia prometido; i el gobernador alegaba que no podia obtener de Napoleon que manifestase una opinion sobre el plan i situacion de la casa, ni aun que dijese si preferia que se mejorase i agrandase la vieja, ocupando la del general Bertrand mientras durasen los trabajos. Algunas veces hablaba Napoleon de cambiar la situacion de la casa, pero segun afirma sir Hudson, nunca precisó sus deseos en esta parte, ni quiso condescender en indicar el sitio donde deseaba se colocase la casa. Mr. Ellis, testigo imparcial ha declarado que la antigua habitacion le pareció cómoda i bien amueblada.

La suerte de la nueva casa fué bastante singular: por fin la edificaron, i se dice que

era vasta i firme; pero la cercaron, segun el plan, de un profundo foso cerrado con una barandilla de hierro. Apenas vió Napoleon aquellos preparativos cuando le volvieron las ideas de fortificacion i de torre, i no fué posible persuadirle de que aquella barrera i aquel foso no eran para añadir medios de tenerle prisionero. Cuando supo sir Hudson Lowe las objeciones que producia aquella forma de construccion, dió órden de nivelar el terreno i de quitar la barrera. Pero antes que concluyesen estos nuevos trabajos, ya la salud de Napoleon iba declinando en términos que no fué posible mudarle de sitio, i murió bajo el mismo techo que le habia recibido cuando salió de Briars.

Uno de los mayores agravios de Napoleon, fué la restriccion de los límites en que podia hacer ejercicio sin ir acompañado de un oficial ingles; límites que en lugar de tener doce millas de circunferencia se redujeron á los dos tercios de este espacio.

El precepto que exigia que Bonaparte se dejase ver todos los dias por el oficial de servicio, fué un objeto de continua discusion, tanto bajo el gobierno de sir Jorge Cockburn como bajo el de sir Hudson Lowe. Napoleon fingió temer que esta medida fuese apoyada por una violencia, i llegó su temor hasta el estremo de hacer cargar sus armas con intento de resistir por la fuerza si el oficial de servicio insistia en llenar su deber. Habló sobre esto con resentimiento en la entrevista que tuvo con sir Hudson el 17 de mayo de 1816. Mas entre todos los reglamentos á que está sujeto un prisionero, este parece el menos susceptible de

reparo, porque certificando de tiempo en tiempo su presencia, es permitido en los intérvalos concederle mayor libertad de la que se le daria de otro modo. Sin embargo sir Hudson Lowe cedió á las violentas amenazas de Napoleon i eludió las órdenes que tenia antes que correr el riesgo de ver perecer su prisionero en la refriega que amenazaba. Acaso en esta circunstancia debe ser mas censurado el gobernador por haber descuidado un punto tan recomendado en las instrucciones, que no lo hubiera sido por haber ejecutado demasiado rigurosamente aquellas órdenes. Solo podemos repetir que si la presencia de Bonaparte hubiese sido exactamente comprobada en momentos convenidos, se le habria podido permitir que recorriese la isla con toda libertad, aun sin la vigilancia de un oficial.

Esta vigilancia es de lo que mas se queja Napoleon; pues miraba la compañía de semejante persona como un recuerdo evidente de su abatimiento i de su cautividad, i en su consecuencia resolvió mantenerse en los límites de Longwood por estrechos que fuesen, antes que esponerse á la necesidad de admitir la presencia de aquel odioso guarda. Se puede decir que no adoptó la opinion mas filosófica ni la mas prudente. Los reveses de la guerra no deshonran, i el ser prisionero ha sido hasta ahora la suerte de los reyes i de los emperadores lo mismo que de cualquiera otro. Los oficiales elegidos para acompañar á Napoleon en sus paseos debian ser hombres instruidos i espirituales, i su conversacion podia dar variedad á los ratos uniformes que pasaba en Santa Elena.

Pero no era capaz el prisionero de recibir distraccion alguna, de donde quiera que viniese; asi como no se podria esperar que el habitante de un calabozo se divirtiese en herborizar las plantas que la humedad hace crecer junto á sí. No podia Napoleon olvidar lo que habia sido i lo que era, i su conducta manifestaba claramente que mas queria morir, que parecer en público resignado con el peso de su desventura.

En 7 de enero de 1818 hizo saber el gobierno ingles que aprobaba la estension dada á los límites en que, por un tiempo, se habia reducido á Napoleon: i á fin de conservarle la facilidad de recibir las personas que le conviniesen, fuese por negocios ó por diversion, se adoptó el reglamento siguiente:

»En cuanto á sus relaciones con los habitantes, no hay ningun obstáculo en poner las cosas segun el pie que habia propuesto el conde Bertrand, puesto que asegura ser el que mejor corresponde á los deseos del general Bonaparte. La proposicion del conde dice, que se haga una lista de un número convenido de personas residentes en la isla, que serán admitidas en Longwood, sobre la sola invitacion del general, i sin que sea necesario dirigirse á vuestra escelencia. En todo caso, sois libre de acceder ó no á las proposiciones del conde Bertrand, i para esto le direis que someta á vuestra aprobacion una lista que no esceda de cincuenta personas habitantes de la isla, que puedan admitirse en Longwood á horas razonables sin otro pase que la invitacion del general Bonaparte; bien entendido, que presentarán su

invitacion i declararán sus nombres á las centinelas de la entrada. Al aprobar la lista, consultareis los deseos de Bonaparte en cuanto se conforme con vuestro deber. Pero hareis entender claramente que os reservais poder para borrar de la lista, en cualquier época que sea, los nombres de los individuos á quienes no juzgareis ya conveniente dejar un libre trato: teniendo un cuidado particular de que el oficial de servicio os dé parte de las personas admitidas en virtud de la invitacion del general Bonaparte."

Hemos indicado estos diversos puntos de queja, no como siendo las únicas causas de disputa entre el ex-emperador de los franceses i el gobernador de Santa Elena; pues hubo otras muchas. No es nuestro intento ni está en nuestro poder el dar la historia precisa de aquellas querellas particulares, sino solo hacer notar cual fué el carácter i el objeto de aquellos debates enfadosos de una i otra parte. De ellos se sigue naturalmente, que habiéndose abierto una especie de guerra entre los dos partidos, cada punto que se suscitaba era un motivo de ofensa, i como tal, vivamente disputado. Asi como cuando dos ejércitos enemigos se acercan el uno al otro, las situaciones i los parages mas apacibles pierden su carácter habitual, convirtiéndose en puntos de ataque i de defensa; asi cada circunstancia de interes ó de etiqueta que se presentaba en Santa Elena, ocasionaba alguna disputa entre Napoleon i sir Hudson Lowe, agravándose con cada una su mutua animosidad. La dignidad de la historia no permite presentar todas aquellas *quisquillas*; siendo ade-

mas imposible á menos de haber sido de ellas, ó de tener minuciosos informes, el juzgar quien tuvo razon ó no.

Pero juzgando con la calma de una parte desinteresada, no podemos menos de decir que las personas de la comitiva de Napoleon hubieran servido á su gefe de un modo mas eficaz, influyendo por arreglar con sir Hudson Lowe todo lo que daba motivo á discusion, mas bien que agravarlo todo con sus propias querellas con el gobernador i sus edecanes i escitar las pasiones de su gefe por las suyas. Aunque esta conducta hubiera sido mas conveniente, es preciso confesar que la otra era mas probable. Los generales Bertrand, Montholon i Gourgaud eran militares de grande reputacion, que habiendo ascendido ante los ojos de Napoleon, habian visto crecer juntos sus laureles. En los dias de la adversidad le habian seguido honrosamente á su destierro, i partian con él su soledad i sus tormentos. No hay, pues, que estrañar que fatigados de la vida aislada i poco libre que llevaban, exasperados á cada nueva contrariedad que parecia empeorar la triste situacion de su gefe, estuviesen mas dispuestos á escitar el espíritu de enemistad que se manifestaba de ambas partes, que á apaciguar con su mediacion unas diferencias que aunque podian irritar mas á Napoleon i agravar su infortunio, no podian procurarle paz ni respeto alguno.

Con mas razon hubiéramos podido esperar que Napoleon, por el gran papel que habia hecho en el mundo, por la estension de sus luces, i por aquel orgullo nacido del conoci-

miento de su talento, se habria manifestado un poco mas indiferente sobre objetos de pura etiqueta i ceremonial; que habria tenido mas confianza de su propia dignidad i un noble desprecio de la mudanza que la fortuna habia producido en cuanto le rodeaba. Debíamos esperar que un hombre cuya superioridad intelectual sobre sus semejantes era tan grande, hubiera sido el último en querer conservar con empeño los restos de los hábitos pomposos de que la adversa fortuna le habia despojado: hubiéramos querido verle renunciar á una etiqueta que á haberla guardado para con él, solo hubiera sido por compasion. Nos parece que este conquistador, tantas veces victorioso, debia parecerle, aun cuando le hubiesen provocado, que era indigno de él sostener una guerra de palabras con el gobernador de una pequeña isla del Atlántico: guerra en la cual todas sus armas eran las invectivas, i que le hizo derogar de tal modo á su noble carácter, que se le vió empeñarse el primero en tan vergonzoso debate. Un personage tan elevado debió prever que no solo la calma i la paciencia en los males inevitables son los medios mas nobles de soportarlos, sino que aun por lo que hace á su libertad, una conducta semejante hubiera sido la mas prudente por ser la mas política. Todos los pueblos de la Europa, i particularmente los ingleses, se habrian reunido mucho mas pronto con el voto de verle salir del lugar de su cautividad, si él la hubiese soportado con una resignacion filosófica; mientras que en la estrecha esfera en que se hallaba colocado, manifestaba todavia aquel carácter de turbulencia é

intriga que despues de haber turbado la Europa tanto tiempo, se aniquilaba en sus últimas hostilidades. Pero el mas orgulloso i vano de los hombres es como la imágen que vió en un sueño el monarca asirio, la cual formada de diferentes metales de los mas viles i de los mas preciosos, reunia lo que es débil i sin resistencia con lo que es mas fuerte i duradero.

# CAPITULO X.

## RESUMEN DEL CAPITULO X.

MODO DE VIVIR DE NAPOLEON.—DE QUE MANERA PASABA SUS DIAS.—SUS VESTIDOS.—FRAGMENTOS DE LAS MEMORIAS QUE DICTABA Á MM. GOURGAUD I MONTHOLON.—SU GUSTO EN LITERATURA LE HACE ADMIRAR Á OSSIAN.—SU PREDILECCION POR EL TEATRO.—PREFIERE RACINE I CORNEILLE Á VOLTAIRE.—NO AMA Á TACITO.—SU APOLOGÍA DEL CARACTER DE CESAR.—SU CONDUCTA PARA CON LAS PERSONAS DE SU CASA.—SUS DIVERSIONES I EJERCICIOS.—SU OPINION SOBRE SIR PULTNEY MALCOM.—SUS RELACIONES CON LOS HABITANTES DE SANTA ELENA I LOS QUE VISITAN LA ISLA.—ENTREVISTA CON EL CAPITAN BASIL HALL, CON EL LORD AMHERST I LOS INGLESES AGREGADOS Á LA EMBAJADA DE LA CHINA.

## CAPITULO X.

Las disputas enfadosas i poco honrosas que hemos citado en el capítulo anterior, forman por desgracia los acontecimientos mas notables de los últimos años de la vida de Napoleon. Durante cinco años i siete meses que pasó en

la isla de Santa Elena, raramente variaron la triste uniformidad de su vida otras circunstancias que las que afectaban su carácter ó su salud. Hemos hablado de las causas generales que influyeron sobre su humor, diremos alguna cosa sobre las demas. El objeto que nos proponemos ahora, es presentar un bosquejo de sus costumbres domésticas, mientras que acupaba su triste i solitaria habitacion.

La vida de Napoleon, hasta el momento en que su salud principió ó vacilar, fué la mas regular i la mas monotona posible. No teniendo un sueño profundo, por efecto tal vez de la costumbre que habia adquirido, cuando tenia el timon del estado, de no dar ningun tiempo fijo al descanso, era muy incierta la hora de levantarse, porque dependia del sueño que habia gustado durante la noche. De esta irregularidad de sueño se seguia que se dormia durante el dia algunos minutos, ya en su sillon, ya en su silla larga. Su ayuda de cámara favorito Marchand, le leía cuando estaba en la cama i hasta que se dormia, el mejor remedio tal vez para aquella especie de pensamientos renacientes sin cesar, que debian turbar tan á menudo una existencia tan singular i triste á un mismo tiempo. Luego que Napoleon salia de la cama, principiaba á dictar á uno de sus generales, fuese Montholon, fuese Gourgaud, i delineaba los pasages de su vida notable, cuyo recuerdo deseaba se conservase, ó si el tiempo lo permitia i le daba la idea de ello, montaba á caballo durante una ó dos horas. Algunas veces almorzaba en su cuarto, con algunas personas de su casa, generalmente ácia las diez, i casi

siempre asado ó frito. Pasaba la mañana ya leyendo, ya dictando á alguno de los suyos, i á eso de las dos ó las tres recibia las personas que tenian permiso para verle. A esto sucedia un paseo en coche ó á caballo, i entonces iba acompañado de todas las personas de su comitiva. Sus caballos, que se habia hecho traer del cabo de Buena Esperanza, eran de buena raza i de hermosa estampa. De vuelta del paseo, leía ó hacia volver á tomar la pluma á su secretario hasta la hora de comer, que ordinariamente solia ser la de las ocho de la noche. Preferia unos alimentos simples, comia poco i con muy buen apetito; bebia algunos vasos de burdeos, principalmente durante su comida. Algunas veces pedia champaña, pero era tal su sobriedad, que un vaso de aquel vino generoso coloreaba inmediatamente su cara. Ningun hombre parece haber estado menos sujeto que Napoleon á la influencia de aquellos gustos desarreglados que degradan el espíritu humano. Jamas tocaba á mas de dos platos, i en seguida tomaba una taza de café. Despues de comer, el aljedrez, los naipes, las poesías sueltas leídas en voz alta para la diversion de su tertulia, ó una conversacion general en la cual tomaban parte alguna vez las damas, servian para abreviar el tiempo hasta las diez ó las once de la noche, hora en la cual se retiraba á su cuarto i se acostaba al instante.

Podemos añadir á este resumen de las costumbres constantes de Napoleon, que se esmeraba mucho en componerse. Por la mañana parecia ordinariamente vestido con una bata blanca, un pantalon largo con pies, un ma-

dras encarnado con rayas en la cabeza, i el cuello de su camisa enteramente abierto. Cuando se vestia llevaba un uniforme verde, ó azul, con solapa blanca, muy sencillo i sin adorno, i parecido á los que hacian distinguir al soberano en medio de los brillantes adornos de Tullerías; un chaleco blanco, pantalones blancos ó de mahon, medias de seda i zapatos con hebillas de oro, cuello negro, sombrero de tres picos, adornado con una escarapelita tricolor, como se le ve representado en muchas estampas i caricaturas. Cuando se vestia de gala, llevaba ordinariamente la cinta i la gran cruz de la Legion de honor.

Tales eran las costumbres de Napoleon, i cuando se tiene una idea general no acierta á detenerse alli mucho tiempo la imaginacion. Los momentos que empleaba en dictar, escitan solos nuestra curiosidad, i nos hacen desear conocer como hallaba medio de llenar tantas páginas i consagrar á ello tantas horas. Los fragmentos sobre asuntos militares que dictó tanto al general Gourgaud, como al general Montholon, no son bastante voluminosos para el tiempo que pasaba dictando; i aun cuando añadiéramos el número de folletos i obras que salieron de Santa Elena, tendríamos aun motivo para creer que existen manuscritos que no se han dado á luz, ó que Napoleon componia despacio, i buscaba con mucho trabajo sus espresiones. Esta última conjetura parece la mas probable, porque los franceses son particularmente escrupulosos sobre este punto, i habiendo sido emperador Napoleon, debia saber muy bien que los críticos le tratarian sin piedad.

Las otras reconocidas por suyas, aunque simplemente unos fragmentos, son estremamente interesantes bajo el punto de vista militar: aquellas en que habla de las campañas de Italia contienen lecciones importantes sobre el arte de la guerra. Está muy lejos de ser tan real el mérito político de aquellos fragmentos. Gourgaud los apreció en su justo valor, cuando, preguntado por el baron Sturmer, si Napoleon escribia su historia, respondió: »Escribe unos fragmentos sin enlace, que no acabará jamas. Cuando le preguntan porque no pone á la historia en posesion de todo el hecho, responde que vale mas dejar alguna cosa para adivinar, que decir demasiado. Parece tambien, que no considerando como cumplido su destino estraordinario, tiene reparo en detallar planes que no han sido ejecutados, i que un dia podria volverlos á emprender con mas éxito." Podria añadirse á estos motivos de los huecos é imperfecciones de su historia, que una narracion fiel i sin reserva habria sido peligrosa para un gran número de actores que habian parecido en las escenas sobre las cuales dejaba de tiempo en tiempo volver á caer el telon. Es evidente que Napoleon ha pintado con los colores mas odiosos á sus enemigos, por sistema, i mas particularmente á los que en otro tiempo habian sido sus adictos á fin de hacerlos criminales á los ojos de las potencias que adulaban entonces; pero que el mismo principio se inclinó á disimular á sus amigos, i á no dar armas contra ellos, recordando los esfuerzos que hicieron en su favor, como á no dar ningun motivo que les quitase en

lo venidero el poder de servirle si estaban en posicion de hacerle.

Estas consideraciones detuvieron la pluma del escritor; puede decirse con verdad que jamás hombre que escribió tanto acerca de su propia vida, i cuya carrera proporcionó tantos acontecimientos singulares é importantes, ha enseñado tan poco sobre sí mismo, que no fuese conocido de antemano por otros conductos. Pero el regalo no es por eso menos precioso, porque á veces se saca tanta instruccion del silencio como de los asertos del que aspira á ser su propio biógrafo; i la apología de una vida notable, bien que escrita con parcialidad, enseña tanto algunas veces al lector, como la sincera confesion de las faltas i errores, confesion que raramente se obtiene de los hombres que escriben su historia ellos mismos.

Las memorias de Napoleon i sus folletos polémicos contra sir Hudson Lowe, parecian haber sido su mas importante ocupacion en Santa Elena, i probablemente tambien su principal distraccion. No podia esperarse que enfermo i desgraciado, pudiese aplicarse al estudio, aun cuando los trabajos de su juventud le hubiese facilitado los medios. Debe traerse á la memoria que hizo toda su educacion en la escuela militar de Brienne, donde manifestó su gusto decidido por las ciencias. Pero aplicó tan pronto á sus miras militares el estudio de las matemáticas i álgebra, que puede ponerse en duda que tuviese nunca la idea de dedicarse á la investigacion de las verdades abstractas por ellas mismas. Los resultados prácticos fueron por tanto tiempo el único objeto de sus investigacio-

nes, que cesó de ocuparse en teorías cuando ya no tuvo sitios que formar, maniobras complicadas que combinar, grande objeto militar que obtener por la ciencia de la guerra; cuando en fin, no se trataba mas para él que de la discusion de un vano problema.

No es fácil ponerse en cuestion el gusto de Napoleon por la literatura; pero no tuvo jamas bastante tiempo para cultivarla, ó para llegar á perfeccionar su dictamen en materias semejantes. La recomendacion que le designó en 1783, como en estado de entrar en la escuela militar de París, le decia medianamente instruido en la historia i geografía, i muy poco adelantado en los demas ramos de la educacion, sobre todo en el latin. A la edad de diez i siete años se incorporó en el regimiento de La Fere, i perdió de este modo toda la suerte de perfeccionar su educacion de un modo regular. Leyó sin embargo mucho, pero como todos los jóvenes, sin hacer eleccion, i mas bien para divertirse que para instruirse. Antes de llegar á aquella época mas avanzada en la que un jóven dotado de los mismos talentos, i sobre todo de una memoria tan prodigiosa, piensa ordinariamente en ordenar en su espíritu todo lo que ha recogido de sus primeras lecturas, las turbulencias de la Córcega, i poco despues el sitio de Tolon, le trasportaron al vasto teatro de la guerra i de la política, que llegaron á ser sus únicos elementos hasta la época de su vida á la cual hemos llegado.

Suplia á la falta de los conocimientos positivos de que hemos hablado ya, como hacen la mayor parte de los hombres de talento, hablan-

do con personas instruidas i capaces de comunicar su instruccion. Nadie fué nunca tan diestro como Napoleon para sacar de los individuos la especie de conocimiento que cada uno de ellos era el mas á propósito para hacerlo; i en muchas ocasiones, mientras obraba así, llegó á ocultar su ignorancia, aun de las cosas que deseaba saber con mas ardor. Apesar de la maña con que adquiria de este modo el conocimiento de los hechos i resultados, era imposible que se hiciese dueño tan facilmente de los principios generales i de sus relaciones con las consecuencias que se derivan de ellos.

Pero, aunque Napoleon pudo adquirir por la conversacion la especie de instruccion que deseaba, i aunque aquel conocimiento asi obtenido le fué de una utilidad inmediata en su vida pública, no bastaba esto para conducirle á aquellos estudios mas ligeros, tan interesantes para la juventud, i en lo que se ocupa con mas dificultad cuando se avanza mas en edad. Jamas habia apurado su gusto por la literatura, pero habia conservado su admiracion por Ossian i algunas otras obras que habian cautivado su primera atencion. El tono declamador, la redundancia de estilo, i el carácter exagerado de las poesías atribuidas al bardo céltico, seducen á los muchachos; pero Napoleon amó aquellos defectos hasta los últimos dias de su vida, i en muchas de sus proclamas i boletines se nota el uso de aquellas espresiones hiperbólicas que pasan por sublimes en la juventud, i que las desecha el gusto luego que le ha formado la razon. Debe decirse, para justificar la pasion de Napoleon por Ossian, que

la traduccion italiana por Cesarotti es uno de los mejores modelos de la lengua toscana, i siempre llevaba consigo esta obra.

Los lectores de Longwood no recurrian casi nunca á los libros de historia, de filosofía ó de moral. Las únicas obras de este género por las cuales manifestaba Napoleon una gran predileccion, eran las de Maquiavelo i Montesquieu, que sin duda no debia preferir para una lectura hecha en alta voz. Tácito, que presenta tan de cerca el espejo á los ojos de los soberanos, casi le inspiraba aversion, i rara vez hablaba de él sin criticarle i mostrar lo poco que le agradaba; del mismo modo que el enfermo detesta á menudo hasta la vista de la medicina mas saludable. Algunas veces trataba de hallar una distraccion en la lectura de los romances franceses; pero las costumbres de órden i decencia de Napoleon los hacian intolerables en una tertulia como aquella, por su falta de substancia i delicadeza.

Carecia de un ramo de literatura, del cual sacaba mas recursos la sociedad de Longwood. Las composiciones teatrales formaban una parte considerable de las lecturas que Napoleon mandaba hacer para encantar las horas penosas de su cautiverio. Esta eleccion manifiesta que habia conservado el gusto dominante de los franceses, que van de buena gana á un teatro cualquiera que sea para llenar el vacio entre la comida i las reuniones de la noche. No pudiendo ver mas á su actor favorito, Talma, se hacia Napoleon leer los modelos que habia visto nacer. Se dice que él mismo leía con gusto i calor, lo que está acorde con las tradiciones que nos le repre-

sentan como apasionado al teatro desde muy jóven. En las discusiones que seguian aquellas lecturas i que M. Las Casas ha conservado con tanto cuidado, era donde Bonaparte desplegaba su talento para la conversacion, i manifestaba su gusto particular i sus opiniones.

Corneille i Racine ocupaban en su espíritu un lugar mucho mas elevado que Voltaire; parece que tenia una buena razon para esto. Corneille i Racine escribieron sus inmortales obras bajo la influencia de la córte, i bajo las órdenes del mas inflexible de los monarcas, Luis XIV. Por consiguiente, nada contienen sus producciones que pueda herir el oído del soberano mas susceptible; i segun la frase del rey de Dinamarca, » no tienen nada que pueda ofender."

Napoleon defendia tambien el carácter de Cesar. El general frances no podia ser indiferente para el dictador romano. Como él, Cesar se habia hecho conocer desde luego por sus victorias contra los enemigos de la república; habia puesto fin á los debates de los patricios i plebeyos, sujetando ambos partidos bajo su sola dominacion; i, como él, se hubiera hecho proclamar su soberano, aun bajo el título proscripto de rey, si no hubiera sido prevenido por una conspiracion; en fin, Cesar luego que hubo conquistado su propio país, no pensaba en nada menos que estender aquel imperio, ya demasiado vasto, en las regiones lejanas de los escitas i parthos. Con respecto á sus personas, habia una gran diferencia; porque Napoleon no se habia entregado jamas al desarreglo i á la sensualidad del dictador, i no hallamos en él

los talentos que distinguian á Julio Cesar como autor, ni aquella dulzura i olvido de las injurias que le hacian amar como hombre.

Sin embargo, aunque Napoleon se entregó algunas veces á resentimientos á los que Cesar se hubiera avergonzado de dejarse arrastrar, estaban mas llenas de amabilidad sus relaciones con las personas que estimaba. Es verdad, que determinado como él lo estaba á quedar emperador en Longwood i su pequeño dominio, exigia que las personas de su comitiva observasen para con él aquella etiqueta severa que distinguia la córte de Tullerías; i por lo tanto, les permitia estender la libertad hasta no ser de su opinion, i contradecirle hasta el punto de no olvidar el respeto que le era debido. Parecia que habia hecho una distincion entre su deber como súbditos, i sus privilegios como amigos. Permanecian todos de pies i descubiertos en su presencia, i hasta la persona que jugaba con él al aljedrez, se quedaba algunas veces asi muchas horas sin sentarse. Pero su manifestacion de pensamientos i sentimientos era el de hombres libres hablando con un superior, i no con un déspota. El capitan Maitland hace mencion de una ligera disputa que hubo entre Napoleon i el general Bertrand. Este se habia imaginado locamente que los terrenos i el establecimiento de Blenheim costaban treinta mil guineas al año, ó alguna otra suma tan estraordinaria. Napoleon mejor calculador, vió que aquello no era posible. Bertrand, insistia en su aserto; Bonaparte respondió con vivacidad: »Va, es imposible.—Oh! dijo Bertrand muy ofendido, si replicais de este modo, eso pone fin á toda

discusion;" i durante algun tiempo no quiso hablar con él. Lejos de picarse Bonaparte, hizo cuanto pudo para suavizarle i volverle su buen humor, lo que no le costó mucho trabajo.

Pero si Napoleon toleraba semejantes libertades hasta el abuso, se reservaba el privilegio real de escoger el asunto de la conversacion i dirigirla; de modo, que por muchos respectos, parecia que habiendo perdido el poder real, se habia encaprichado mas que nunca en la observacion de su ceremonial monotono, cansado i sin provecho. Para esto podia haber otra razon que la de satisfacer su espíritu habitual de dominacion. Las personas que habitaban á Longwood habian seguido á Napoleon por los motivos mas puros, i no habia seguramente ninguna razon para creer que pudiera vacilar su resolucion ni disminuir su respeto; i sin embargo, su mutua situacion colocaba en una familiaridad tan estrecha al soberano destronado i á los que antes eran sus súbditos, que podia tal vez hacer nacer, cuado no el desprecio, á lo menos un cierto grado de libertad inconveniente que no podia evitarse sino oponiéndola la barrera de la etiqueta.

Volvamos á las diversiones de Napoleon: la música no era del número de las que buscaba. Aunque nacido italiano, i teniendo un oído medianamente músico, á lo menos tanto como necesitaba para trinar una aria, no habia cultivado la música, i no parecia haber tenido aquel entusiasmo natural que caracteriza los italianos; se sabe tambien que hizo cesar en Italia los medios crueles hasta entonces en uso en aquel país para adquirir hermosas voces.

En cuanto al ejercicio que Napoleon hacia en Santa Elena, mientras tuvo salud, marchaba á menudo, i no temia los caminos escarpados, ásperos i peligrosos. Aunque habia un poco de caza en la isla, no tomó nunca aficion á la caza. No parece tampoco que amase nunca mucho aquel ejercicio, aunque cuando era emperador, hubiese hecho organizar el establecimiento de las cazas con mas magnificencia i órden que antes. Puede suponerse que tomó aquella diversion de príncipe, como la llaman, mas bien por gusto por su aparato pomposo, que por amor ácia la caza por si misma. Haremos aqui mencion, segun sus propias palabras del peligro que corrió en una caza de javalí. Este cuadro recordará á los aficionados los de Rubens i Schneider.

»Estando un dia en Marly, ocupado en la caza del jabalí, dijo el emperador, me quedé firme en mi puesto, con Soult i Berthier, contra tres enormes jabalies que se arrojaron sobre nosotros hasta el cañon de nuestros fusiles. Todos los cazadores habian huído: era una derrota completa. Matamos los tres jabalies; pero el mio me arañó, i por poco me llevó un dedo (todavia conservaba una profunda cicatriz). Daba gusto ver todos aquellos cazadores rodeados de sus perros, ocultándose detrás de los tres héroes, i gritando con todas sus fuerzas: »¡Al socorro del emperador! ¡Salvad al emperador! pero ninguno se arrimaba."

Mientras hablamos del objeto de los ejercicios de Napoleon, citarémos otro riesgo que le hizo correr una diversion mas comun en Inglaterra que en Francia. Quiso un dia guiar un

coche; se volcó i dió una caída peligrosa. Josefina i algunas otras personas estaban dentro del coche. La única observacion de Bonaparte fué: »Creo que cada uno debe permanecer en su oficio."

El principal recurso de Napoleon en Santa Elena era la sociedad i la conversacion, i casi no podia gozar de ellas sino con las personas de su comitiva; no hubiera sucedido esto si hubiera sido capaz de comandar á su carácter, que las grandes desgracias no habian alterado, i que parecia entonces ceder á las mortificaciones i pequeñas disputas.

El gobernador i las personas sometidas á su autoridad estaban naturalmente escluidas de la sociedad de Longwood, á causa de la mala inteligencia que reinaba entre Napoleon i sir Hudson Lowe. Entre los oficiales de los regimientos que estaban en la isla, debian hallarse hombres instruidos, que habiendo servido en las últimas guerras, habrian seguramente proporcionado alguna distraccion al emperador i su comitiva; pero por lo general no frecuentaban Longwood. El doctor O'Meara dice que el gobernador habia ejercido su influencia para impedir que los oficiales cultivasen el conocimiento de los franceses, inculpacion rechazada por sir Hudson Lowe, como una calumnia que ha sido refutada por las declaraciones de los mismos oficiales del regimiento cincuenta i tres.

El rango i el carácter de sir Pulteney Malcom, que mandaba la escuadra en estacion, le hacian superior á las consideraciones que podian influir en los oficiales del ejército de mar i tierra. Visitó frecuentemente á Napoleon; quien le

alaba mucho. Poseyendo la ventaja de tener en sir Pulteney un verdadero amigo, podemos asegurar que era bien merecido el elogio; i Napoleon le hizo con tanta mas voluntad, cuanto que aquel elogio le proporcionaba la ocasion de descargar su bilis, haciendo contrastar la conducta del almirante con la del gobernador, de un modo muy poco favorable para aquel último. La trascribimos aquí sin embargo, para probar que Bonaparte sabia hacer justicia i aun apreciar el mérito de un ingles, cuando llegaba la ocasion.

Decia que habia visto al nuevo almirante: »¡Ah! vea vmd. un hombre cuyo trato es agradable, abierto, franco i síncero. Esta es la cara de un verdadero ingles; sus facciones hacen adivinar su corazon, estoy seguro de que es un buen hombre; no he visto jamas ninguno de quien me haya formado una buena opinion tan pronto como de este buen viejo."

Lo que igualmente recomendaba á sir Pulteney Malcom cerca de Napoleon i le hacia tener de él una idea muy favorable, era que nada tenia que ver con las restricciones que se habian impuesto al prisionero, i que no tenia poder para cambiarlas ni anularlas. Tambien fué dichoso de ser capaz por su carácter sosegado de rechazar el lenguage violento de Bonaparte, sin concederle que tenia razon en quejarse, ó sin desagradarle contradiciéndole. »¿Tiene vuestro gobierno, dijo un dia Napoleon al almirante ingles, la intencion de tenerme en esta roca hasta que me muera?—Siento tener que deciros, señor, que temo que ese sea su proyecto.—Entonces me moriré muy pronto, dijo

Napoleon. — Espero que no, señor, respondió el almirante; espero que vivireis bastante tiempo para escribir vuestras proezas que son tan numerosas, que este empleo os asegura una larga vida." Napoleon le hizo una cortesía, i en su pecho probablemente quedaron satisfechos el héroe i el escritor. Sin embargo, antes que sir Pulteney Malcom abandonase la isla, i mientras que trataba de justificar al gobierno sobre algunas acusaciones injustas que Napoleon se complacia en reproducir, este apeló de su sentencia. »Vmd. es demasiado ingles, le dijo, para ser imparcial cuando se trata de un ingles." Se separaron en la mejor inteligencia posible, i Napoleon manifestó despues varias veces el placer que le habia proporcionado la sociedad de sir Pulteney Malcom.

Los colonos de Santa Elena no ofrecian, como puede suponerse, un gran número de individuos dignos por su rango ó educacion de ser admitidos en la sociedad del desterrado.

Habria podido esperarse que la sociedad de Longwood se aumentaria con la residencia de tres personajes eminentes, los comisarios del Austria, de Rusia, i de Francia, entre los cuales dos tenian consigo su familia. Pero aqui interpuso el ceremonial una de aquellas barreras que son ó reales ó de convencion, segun la opinion de las personas entre quienes se han levantado. Los comisarios de las potencias aliadas pidieron ser presentados á Napoleon. Se negó á recibirlos bajo su título oficial, recusando el derecho que tenian los príncipes de la Europa de intervenir en la guardia de su persona. Viendo los comisarios desconocer su fun-

cion pública, rehusaron comunicar con Longwood, como particulares. De este modo fueron escluidas de aquella sociedad tres personas á quienes sus costumbres sociales hubieran simpatizado con el desterrado i las gentes de su casa.

La sociedad de Santa Elena recibe momentaneamente un gran aumento, cuando se detienen en ella los navíos que pasan á la India, ó á su vuelta en Europa. Todos los pasageros tenian deseos de ver un personage tan célebre como Napoleon; i podia acontecer algunas veces que él mismo tuviese placer en recibir. El reglamento de aquellas visitas en Longwood parece haber sido del pequeño número de los artículos del sistema general sobre los cuales Napoleon no dió ninguna queja. Le repugnaba naturalmente satisfacer la vana curiosidad de los estrangeros, i los reglamentos le protegian eficazmente contra sus visitas. Todas las personas que deseaban ver á Napoleon estaban obligadas á dirigirse en primer lugar al gobernador; este trasmitia sus nombres al general Bertrand como gran mariscal de la casa de Napoleon, quien le comunicaba la respuesta, i si era favorable, señalaba la hora en que recibiria.

Napoleon deseaba, particularmente en aquellas ocasiones, que se observase la etiqueta imperial, al paso que el gobernador, por el contrario, encargaba estrictamente á los que le visitaban no escederse mas de lo que era debido á un general de distincion. Si pues, como sucedia algunas veces, se verificaba la presentacion en el campo, permanecian descubiertos

los franceses de la comitiva de Bonaparte, al paso que los ingleses se ponian sus sombreros despues de los primeros saludos. Napoleon conoció cuan inconveniente era aquella cosa, i dió las órdenes á sus compañeros de destierro para imitar á los ingleses en aquel punto. Dicen que no obedecieron sin escrúpulos i murmullos.

Los que eran admitidos á cumplir con sus deberes en Longwood eran principalmente personas de gran nacimiento, oficiales distinguidos en el ejército i marina, sabios á quienes daba una gran acogida, ó viajeros de lejanas tierras, que le devolvian, por sus relaciones, el placer que ellos recibian de ser admitidos en la presencia de un hombre tan grande. Muchos de los que gozaron de aquellas entrevistas han publicado la relacion, i hemos visto el manuscrito de otros. Todos estan acordes en alabar la buena gracia, la dignidad, i el aire de benevolencia que Napoleon manifestaba en aquellos recibimientos, i que apenas permitian á los espectadores creer que sorprendido jamas por un acceso de cólera, ó escogiendo alguno para aniquilarle adrede, pudiese ser aquel déspota soberbio i feroz que denunciaban otras narraciones. Establecia generalmente sus cuestiones con mucho tino, atrayendo el objeto que poseía mejor, para darle la ocasion de anunciar alguna idea nueva é interesante sobre el objeto especial de sus conocimientos.

El diario de Basil Hall, capitan de la marina real, bien conocido por sus talentos en su profesion i en las letras, trae un ejemplo interesante de lo que hemos tratado de hacer cono-

cer, i al mismo tiempo da pormenores curiosos sobre la admirable memoria de Bonaparte. Inmediatamente reconoció el nombre del capitan Hall, porque habia visto á su padre el baronet sir James Hall en la escuela de Brienne que aquel caballero habio ido á visitar, conducido por el solo amor de la ciencia. Bonaparte esplicó como habia podido reconocer un simple particular por haberse hallado un instante con su padre: »Eso no es admirable, dijo al capitan; vuestro padre era el primer ingles que habia visto en mi vida; ese es el motivo de haber conservado el recuerdo de él toda mi vida." Hizo muchas preguntas sobre la sociedad real de Edimburgo, de la que sir James habia sido presidente mucho tiempo. Despues habló de la isla de Loo Choo descubierta recientemente. El capitan Hall dió unos detalles tan interesantes sobre todas las preguntas que le hizo Bonaparte, que temeríamos quitarle lo que tienen de curiosas, procurando abreviarlas.

»Despues de haber determinado la situacion de la isla, me hizo una multitud de preguntas sobre los habitantes, con un órden, mejor diré con un rigor de investigacion, de que no habria podido hacerme una idea. Sus preguntas no estaban hechas al aire, sino que cada una tenia una relacion muy precisa con la anterior, ó con la que iba á seguirla. Bien pronto me puse de tal manera al corriente con él, que me hubiera sido imposible disimular ó disfrazar la mas ligera particularidad. Era tal su rapidez en echar mano de los objetos interesantes, i su admirable facilidad en arreglarlo todo en puntos

de vista general, que algunas veces me tomaba la delantera, veía mi conclusion antes que la hubiera manifestado, i se apoderaba él mismo de la relacion que estaba encargado de hacerle.

» Muchos detalles sobre el pueblo de Loo Choo le sorprendieron bastante, i tuve la satisfaccion de verle mas de una vez embarazado, i no pudiendo esplicar lo que le contaba. Lo que mas le admiró, fué que los habitantes de aquella isla no tuviesen armas. — ¡No tienen armas! esclamó ¡es decir, no tienen cañones! ¿tienen fusiles? — No, ni siquiera fusiles, le respondí. — Y bien, pues, ¿lanzas, ó á lo menos arcos i flechas? — Le dije que nada de eso tenian. — ¿Ni puñales? gritó con un acento estraordinario. — Ni puñales le dije. — Pero, volvió á decir Bonaparte cerrando el puño i levantando la voz hasta el mas alto grado, pero ¿como se baten sin armas?

» Solo pude responderle que segun habíamos podido juzgar, no tenian guerra, sino que vivian en un estado contínuo de paz dentro i fuera. — ¡No tienen guerra! esclamó con una espresion desdeñosa de incredulidad, como si un pueblo que existia sin hacer la guerra le hubiera parecido la mas estraña i mas inesplicable escepcion de la naturaleza.

» Igualmente, pero con menos emocion, dió poco crédito cuando le dije que aquellos pueblos no conocian el dinero, i que no daban ningun valor á nuestras monedas de oro i plata. Me oyó esplicar aquellos hechos, i despues soñó algun tiempo hablando á solas. — ¡Como! decia, ¿no conocen el uso de la moneda? ¿Son indiferentes al oro i plata? En el mismo mo-

mento levantó los ojos i me preguntó precipitadamente: ¿Como ha hecho vmd., pues, para pagar los toros i las primeras provisiones que le envió á bordo aquel pueblo, que ciertamente es el mas estraño que hay en el mundo? Cuando le dije que no podiamos lograr del pueblo de Loo Choo que recibiese ninguna especie de pago, manifestó una gran sorpresa de su generosidad, i me hizo repetir dos veces la lista de los objetos de que nos habian surtido aquellos insulares hospitalarios.

» Continuó la conversacion, siempre tan animada, i pude observar la penetracion con que Bonaparte cogia al paso todos los hechos mas curiosos, á pesar del desórden natural de la conversacion." La miserable condicion de los sacerdotes en Loo Choo fué un asunto sobre el cual insistió sin llegar á una esplicacion satisfactoria. El capitan Hall le hizo conocer la ignorancia del pueblo sobre todo lo que pasaba en el mundo, escepto en el Japon i la China, diciéndole, que no sabian nada de la Francia i de la Inglaterra, i que nunca habian oído hablar de su magestad. A esta última prueba del estado de aislamiento del mundo entero, en el que vivia el pueblo de Loo Choo, se echó á reir Napoleon á carcajadas. Durante toda la conversacion esperaba con paciencia que le hubiera respondido á sus preguntas, se informaba con curiosidad de todo lo que ofrecia algun objeto de interés, é hizo naturalmente una impresion muy favorable en el espíritu del inteligente viagero.

Despues de haber hecho la relacion de los principales incidentes que han señalado la estan-

cia de Napoleon en Santa Elena, en el tiempo en que gozaba de una perfecta salud; despues de haber hablado de su modo de vivir, de sus estudios, de sus distracciones, i citado dos conversaciones notables que tuvo con estrangeros instruidos i observadores, nos falta esponer, en el capítulo siguiente, los tristes detalles relativos á la decadencia de su salud, i el pequeño número de incidentes que sobrevinieron entre el principio i fin de su última enfermedad.

# CAPITULO XI.

## RESUMEN DEL CAPITULO XI.

ENFERMEDAD DE NAPOLEON.—CANCER EN EL ESTÓMAGO.—OPINION DEL DOCTOR ARNOTT, DE QUE AQUEL MAL NO ERA EFECTO DEL CLIMA, PERO QUE EL GERMEN ESTABA EN ÉL I HABIA IDO SIEMPRE EN AUMENTO DESDE 1817. — NAPOLEON NO MANIFIESTA NINGUNA DE LAS DISPOSICIONES QUE HUBIERAN PODIDO OBTENER ALGUNA SUAVIDAD EN EL RIGOR DE SU CAUTIVERIO. — LAS CASAS ES SEPARADO DE SU CASA. —DIVERSAS QUEJAS DE MONTHOLON DADAS Á LA CÁMARA DE LOS COMUNES POR EL LORD HOLLAND I REFUTADAS POR EL LORD BATHURST. — SE DESECHA LA MOCION DEL LORD HOLLAND; SUS RESULTAS. — —SÍNTOMAS QUE ANUNCIAN QUE SE AUMENTA EL MAL DE BONAPARTE.—REHUSA HACER EJERCICIO Ó TOMAR REMEDIOS. — EL DOCTOR O'MEARA ES SEPARADO DE NAPOLEON, QUE REHUSA LA VISITA DE CUALQUIERA OTRO MÉDICO INGLES. — DOS SACERDOTES ROMANOS ENVIADOS Á SANTA ELENA SEGUN SU DESEO. — OPINION DE NAPOLEON SOBRE LA RELIGION. — LLEGADA DEL DOCTOR ANTOMARCHI PARA OCUPAR EL EMPLEO DE O'MEARA. — CONTINUAN LAS DISPUTAS ENTRE BONAPARTE I SIR HUDSON LOWE. — PLANES PARA LA EVASION DE BONAPARTE. — PROYECTO DE JOHNSTONE, ATREVIDO CONTRABANDISTA, DE APROXIMARSE Á SANTA ELENA EN UN NAVÍO SUBMARINO, I RECIBIR EL PRISIONERO Á BORDO. — DESCONCERTADO POR LA PRESA DEL NAVÍO. — LOS MOVIMIENTOS QUE HA HABIDO EN ITALIA HACEN NECESARIO REDOBLAR LA VIGILANCIA

PARA GUARDAR Á NAPOLEON. — SE AGRAVA SU ENFERMEDAD. — CARTA DE S. M. BRITÁNICA MANIFESTANDO EL INTERÉS QUE TOMA EN EL ESTADO DE NAPOLEON. — ESTE ÚLTIMO CONSIENTE RECIBIR LAS VISITAS DEL DOCTOR ARNOTT. — SE OCUPA NAPOLEON EN HACER SU TESTAMENTO, I DICTA SUS ÚLTIMAS DISPOSICIONES. — RECIBE LA ESTREMA-UNCION. — SU MUERTE EL 5 DE MAYO DE 1821. — AUTOPSIA DE NAPOLEON. — SUS FUNERALES.

## CAPITULO XI.

Se habia hablado mucho tiempo de la decadencia de la salud de Bonaparte, aun antes de la batalla de Waterloo, i muchas personas estaban dispuestas á atribuir sus reveses en aquella campaña decisiva, menos á la superioridad de sus enemigos que á la decadencia de su actividad. Esta opinion es poco verosímil. La rapidez con que reconcentró su ejército en Charleroi debe haberla desmentido para siempre. Estaba sujeto de cuando en cuando á ligeros accesos de sueño, como lo estan, sobre todo despues de los cuarenta años, la mayor parte de los hombres que duermen mal, se levantan temprano, i trabajan mucho. Cuando desembarcó en Santa Elena, estaba su salud tan lejos de parecer debilitada, que uno de los granaderos ingleses esclamó cuando le vió, i con su juramento nacional: » Nos decian que habia envejecido, todavia tiene cuarenta campañas en el vientre; " palabra que por decirlo de paso, ha sido reclamada por los franceses, como dicha

por un soldado de la guardia vieja. Hemos hecho mencion del informe del capitan Hall sobre el estado en que parecia la salud de Napoleon en el verano de 1817. Está conforme con el de M. Ellis, ácia la misma época; i M. Ellis está persuadido de que Bonaparte no estuvo nunca mas capaz para soportar las fatigas de una campaña que en el momento en que le vió. Sin embargo, en aquella misma época, en febrero de 1817, alegaba Napoleon la decadencia de su salud como una razon para obtener nuevas condiciones, al paso que por otro lado rehusaba hacer el ejercicio que se juzgaba necesario para conservar su salud, á no ser que no se quisiera suavizar el rigor con que estaba vigilado. Es probable, sin embargo, que sentia aun desde aquel tiempo los síntomas de aquella enfermedad interna que consumió su vida. En el dia es bien conocido que estaba atacado de la misma enfermedad de que habia muerto su padre, á saber, de un cancer en el estómago, del cual habia manifestado sus temores en Rusia i en otras partes. Los progresos de aquella enfermedad son sin embargo lentos i obscuros, supuesto que no habia empezado á manifestarse hasta 1817.

No obstante, parece probable que la enfermedad terrible de que murió Napoleon, se apoderaba ya de las partes vitales, aunque ningun síntoma esterior anunciase decididamente su existencia. El doctor Arnott, cirujano del regimiento nº 20, que asistió á Napoleon en sus últimos momentos, ha hecho las siguientes observaciones sobre aquel asunto importante:

»Estamos autorizados para creer, segun una gran autoridad, que aquella afeccion del estómago no podria ser producida sin una fuerte disposicion anterior de los órganos á la enfermedad. No arriesgaré una opinion; pero es bastante notable que Bonaparte repetia á menudo que su padre habia muerto de un esquirro en el piloro; que se abrió su cuerpo despues de muerto, i se reconoció ser cierto el hecho. Sus fieles servidores, el conde i la condesa Bertrand, i el conde Montholon, me han afirmado lo mismo repetidas veces.

»Si, pues, debe admitirse que existia una disposicion anterior de los órganos á la enfermedad, ¿no pudieron obrar las pasiones del alma como causa irritante? Es mas que probable que eran muy crueles los sufrimientos mentales de Napoleon Bonaparte en Santa Elena. El cautiverio debia hacer una terrible impresion en un hombre de una ambicion tan desmedida, i que habia aspirado antes al imperio del mundo.

»El clima de Santa Elena me parece sano; goza de un aire puro i templado, i los europeos gozan de la misma salud i censervan el mismo vigor que en su país natal."

Declara en seguida el doctor Arnott, que á pesar de aquella asercion general, reinaban entre las tropas la disentería i otras enfermedades agudas de las visceras abdominales: lo que atribuye á la intemperancia i al poco cuidado de los soldados ingleses, como tambien al esceso de la fatiga; puesto que los oficiales, que rara vez tenian que ejercer sus funciones de noche, conservaban su fuerza i su salud como

en Europa. »Puedo, pues, afirmar con certeza, añade el doctor, que todo hombre que no hace escesos, que no está espuesto ni á grandes fatigas de cuerpo, ni al aire de la noche, ni á los cambiamentos de la admósfera, como necesariamente lo está un soldado, puede estar exento de enfermedades en Santa Elena, tanto como en otro cualquiera parage de Europa: puedo asegurar, ademas, que la enfermedad de que murió Napoleon no fué el efecto del clima."

En apoyo da la opinion del doctor Arnott, puede hacerse la advertencia, que de toda la casa de Napoleon, que se componia de cerca de cincuenta personas, comprendidos los criados ingleses, no murió mas que una sola durante los cinco años que permanecieron en la isla; i aun aquella persona, antes de salir de Europa (era el mayordomo Cipriani), estaba atacada de la enfermedad que la mató, i que era una especie de consuncion.

El doctor Arnott, cuya opinion es de mucho peso á nuestra vista, tanto á causa de su reputacion merecida como porque nadie mejor que él estuvo mas en estado de tomar informaciones exactas, dijo que el esquirro, ó cancer en el estómago, es una enfermedad obscura, siendo los síntomas que la anuncian comunes á otras enfermedades en la misma region; sin embargo, desde luego tuvo la idea de que se habia obrado alguna altercacion en la víscera del estómago, sobre todo cuando supo que el padre de su enfermo habia muerto de un esquirro en el piloro. Creyó como ya se ha dicho, que existia ya el germen de la en-

fermedad desde fines del año 1817, cuando Bonaparte tuvo dolores de estómago, nauseas, ganas de vomitar, sobre todo despues de la comida; síntomas que jamas le abandonaron desde aquella época, sino que aumentaron progresivamente hasta el dia de su muerte.

Desde entonces se hallaba Bonaparte en una posicion que si se consideran sus grandes acciones i la altura inmensa á que se habia elevado, merecia la compasion de sus mas crueles enemigos, i debia hacer una impresion profunda en el ánimo de todos los que estaban dispuestos á sacar una leccion moral del ejemplo mas estraordinario de las vicisitudes humanas que la historia nos haya ofrecido jamás; i no podemos dudar que semejantes reflexiones hubiesen dejado de traer con el tiempo algun alivio á la severidad con que se vigilaba al prisionero; tal vez puede ser tambien que se hubiera concluído por dejarle una entera libertad. Pero para llegar á aquel fin, hubiera sido necesario que su conducta, cuando estaba sometido á restricciones, hubiese sido muy diferente de la que creyó mas política ó que halló mas natural de adoptar. Por de contado, para obtener los privilegios i miramientos á los cuales tiene derecho un enfemo, habria debido tolerar las visitas de algun médico cuyo testimonio pudiera mirarse como enteramente imparcial. Esto es lo que no podia ser con respecto al doctor O' Meara, que estaba al servicio de Napoleon, á su servicio íntimo i aun secreto, i que ademas estaba muy mal con el gobernador. Napoleon desechando obstinadamente todo otro socorro, parecia confirmar la idea, tan injusta como era,

que fingia estar malo, ó á lo menos que exageraba algunos síntomas ligeros de indisposicion, para obtener que el gobernador aflojara un poco en su vigilancia; i no era de suponerse que el testimonio del doctor Antomarchi, que era el de un hombre que dependia enteramente de Napoleon, pudiese inspirar mas confianza, mientras no estuviese apoyada por algun otro juez competente i al mismo tiempo desinteresado.

En el mes de noviembre de 1816, esperimentó Napaleon una pérdida que debió serle muy sensible, viéndose arrebatar la sociedad del conde de Las Casas. No podia ponerse en duda la profunda adhesion del conde á su persona; i su edad, su carácter, como que habia ejercido las funciones civiles, le impedian tomar mucha parte en aquellos debates i disputas que á pesar de la afeccion que todos tenian á Bonaparte, estallaban alguna vez entre los oficiales de su casa. Le gustaban las letras, i estaba en estado de conversar sobre los principales puntos de la historia i de las ciencias. Habia sido un emigrado, i conociendo todas las maniobras i las intrigas de la antigua nobleza, tenia mil anécdotas que contar, que Napoleon oía con placer. Pero lo que sobre todo le hacia mas precioso, es que recogia i consignaba en un diario todo lo que decia Bonaparte con una fidelidad escrupulosa i un celo infatigable; i, lo mismo que el autor de una de las obras mas divertidas de la lengua inglesa (la *Vida de Johnson*, por Boswell), jamas encontraba el conde de Las Casas trivial nada de lo que podia servir á pintar el hombre. Como Boswell, tambien era tan grande su

admiracion por su héroe, que á veces se hubiera estado tentado para creer que no hay una idea bien exacta del bien i del mal; tan inclinado estaba á hallar invariablemente bien todo cuanto Napoleon decia i hacia. Pero si su afeccion contribuía hasta cierto punto á cegar su juicio, á lo menos salia del fondo del corazon. El conde dió todavia una prueba nada equívoca, consagrando al servicio de su amo una suma de cerca de cuatro mil libras esterlinas, que componia toda su fortuna, que la tenia plazada en los fondos ingleses.

Por nuestra desgracia como tambien por la suya, porque debió ser una para él la de separarse de Bonaparte, el conde de Las Casas habia cedido á la tentacion de arriesgar un paso contrario al empeño que habia tomado, como las demas personas de la comitiva del ex-emperador, de no mantener correspondencia secreta fuera del recinto de la isla. La ocasion de uno de sus criados que se volvia á Inglaterra le determinó á confiarle una carta escrita en un pedazo de seda blanca, á fin de poderse ocultar con facilidad, i que fuese cosida en los vestidos de aquel hombre. Iba dirigida al príncipe Luciano Bonaparte. Como esto era una transgresion directa, i sobre un punto muy importante de las condiciones que el conde de Las Casas habia prometido observar, fué echado de la isla para ser enviado al cabo de Buena Esperanza, i de allí á Europa. Su *Diario* permaneció algun tiempo en manos de sir Hudson Lowe; pero, como ya hemos tenido ocasion de decirlo, se hicieron en seguida cambiamentos i adiciones que son en general mucho mas

desfavorables al gobernador que el manuscrito, tal cual le escribió el conde en el principio. Es tanto mas sensible que no se quedase en Santa Elena, cuanto que su *Diario* presenta la mejor coleccion no solamente de los verdaderos pensamientos de Bonaparte, sino tambien de las opiniones que queria hacer pasar como tales. No hay duda que la marcha de aquel fiel servidor debió aumentar mucho el vacío horrible que esperimentaba el desterrado de Longwood; pero es imposible no hacer al mismo tiempo la observacion, que cuando una de las primeras personas de la comitiva de Napoleon se atrevia á faltar asi á sus promesas en favor de su gefe, sir Hudson Lowe se hallaba autorizado á contar muy poco con las protestas que se le habian hecho, i negarse á aliviar en nada el grado de vigilancia necesaria, para impedir que se escapara su prisionero.

Las quejas de Napoleon i de sus compañeros de infortunio provocaron, como lo debian hacer, una informacion en el parlamento británico sobre el tratamiento del ex-emperador; pero los razonamientos á que hemos hecho alusion, i el modo con que los ministros refutaron las relaciones exageradas que habian sido enviadas de Santa Elena, parecieron tener mucha mas fuerza que los argumentos del abogado elocuente i sensible de Napoleon, el lord Holland.

El 18 de marzo de 1817 se sometió la cuestion á la cámara de los lores. El lord Holland, en un discurso lleno de juicio i moderacion, dijo que no trataba de convencer á la cámara de que debia cambiarse el sistema de política que

seguia con respecto á Napoleon. Dicho sistema se habia adoptado contra su opinion, pero habia merecido la sancion del parlamento, i no esperaba obtener que la cámara se desdijese de su decision. Pero si el cautiverio de Napoleon era, como se habia alegado, una medida de necesidad, de esto se seguia que no debia estenderse mas allá de lo que era estrictamente necesario, i que, por consiguiente, no era menester desplegar contra el prisionero ningun rigor inútil. No pretendia el lord Holland presentar las relaciones que le habian sido dirigidas como hechos incontestables, sino solamente como rumores que exigian una informacion sobre un asunto que interesaba de tan cerca el honor de la Inglaterra. La mayor parte de las alegaciones sobre las cuales fundaba lord Holland su mocion, resultaban de una série de quejas que habia enviado el general Montholon. Ya hemos hablado de la naturaleza de aquellas quejas; pero tal vez es á propósito recordarlas aqui en pocas palabras, como igualmente las respuestas que ha dado el gobierno ingles.

Las representaciones estribaban desde luego sobre que se habia reducido el espacio concedido á Napoleon para pasearse. Lord Holland admitia que el clima de Santa Elena era bueno; pero se quejaba que la parte superior de la isla, donde estaba situado Longwood, era húmeda i mal sana. Otro motivo de agravio era la incomodidad de la casa.

Lord Bathurst, secretario de estado para las colonias, respondió á aquella acusacion, que la mayor parte de las relaciones describian á Longwood como una residencia muy sana. Habia sido

en otro tiempo la casa de campo ordinaria del teniente gobernador, lo que probaba suficientemente que no era una residencia tan desagradable. Aquel sitio habia sido preferido por el mismo Napoleon, que estuvo tan impaciente por tomar la posesion, que aun hizo colocar una tienda de campaña, hasta que estuvo preparada la casa para recibirle. Si se le habian estrechado los límites de sus paseos, era porque Napoleon habia parecido tratar de procurarse inteligencias con los habitantes. Todavia le quedaba un circuito de ocho millas, en el que podia distraerse á su gusto, sin que nadie le siguiese ni vigilase. Si apetecia ir mas lejos, era libre de atravesar la isla con tal que permitiese ir acompañado de un oficial de ordenanza. Si rehusaba hacer ejercicio con estas condiciones, no era la culpa del gobierno ingles; i si llegaba á alterarse la salud de Napoleon, era preciso atribuirlo, no á los reglamentos, que eran tan prudentes i necesarios, sino á su terquedad en rehusar someterse á ellos.

La segunda serie de quejas reproducidas por lord Holland recaía sobre las restricciones duras é injustas, decia, que se habian puesto á las relaciones del desterrado con la Europa. No se le permitia, segun la esposicion del noble lord, hacer venir libros, ni abonarse á los diarios i gacetas. Toda comunicacion por cartas estaba prohibida al ilustre cautivo, aun con su muger, hijos i sus mas caros i cercanos parientes: no podia siquiera enviar una carta cerrada al príncipe regente.

A estos diferentes agravios, respondió lord Bathurst, que Napoleon habia enviado á Ingla-

terra una lista de libros, cuyo valor ascendia de mil cuatrocientas á mil i quinientas libras esterlinas (lo que el general Montholon llamaba un pequeño número de libros); que los ministros habian puesto aquella lista en manos de uno de los primeros libreros franceses, quien habia surtido aquellas obras que habia podido hallar, sea en Lóndres sea en París; pero que entre ellas habia muchas, casi todas relativas al arte militar, que le habia sido imposible procurárselas. Se habian enviado los volúmenes surtidos, con la esplicacion del motivo que hacia que faltasen un cierto número, pero los habitantes de Longwood no habian admitido aquella escusa. En cuanto al permiso de dejar á Napoleon abonarse libremente á todos los diarios, lord Bathurst creía de su deber poner en ello alguna restriccion, en atencion á que se habia intentado establecer una correspondencia con Napoleon por medio de los papeles públicos. Pasando á la correspondencia por cartas con la Europa, declaró lord Bathurst que no le estaba prohibida, con solo la condicion que sir Hudson Lowe tuviese el permiso de leer todas las cartas de asuntos ú otras. Este derecho añadió el noble lord, no le habia ejercido nunca nadie mas que el gobernador en persona, con tanta delicadeza como miramiento; i rechazó, desmintiéndolos formalmente, los asertos de Montholon, que pretendia que el gobernador de Santa Elena habia abierto i detenido las cartas, bajo pretesto de que no habian llegado por el conducto del ministerio ingles. El lord Bathurst dice que sir Hudson Lowe habia desafiado al general Montholon de citar un solo ejemplo de un

acto de tiranía semejante, i que el general frances habia guardado el silencio, siendo la acusacion enteramente falsa. Añadió que todas las cartas que los parientes de Napoleon quisiesen hacerle pasar por el intermedio de sus oficinas serian enviadas al instante, pero que era un preliminar indispensable el que estuviesen escritas. Luego, una carta de su hermano José, recibida en octubre último, i enviada inmediatamente á su destino era la única de los individuos de su familia que habia llegado al ministerio. El noble lord habló en seguida de la disposicion que queria que una carta, aun dirigida al príncipe regente, fuese entregada abierta en las manos del gobernador de Santa Elena. El lord Bathurst esplicó que aquel reglamento no daba al gobernador el derecho de trasmitir ó retener la carta á su antojo; que al contrario se le mandaba la enviase inmediatamente. El reglamento exigia solamente que sir Hudson Lowe conociese el contenido, á fin de que, si contenia algunas quejas sobre su conducta, llegase á Lóndres su justificacion ó su defensa al mismo tiempo que la acusacion; cosa absolutamente necesaria, hizo advertir el noble lord, á fin de que el gobierno pudiese, sin perder tiempo, hacer derecho á las justas quejas, ó rechazar las alegaciones frívolas i sin fundamento. Añadió que si una carta cerrada estaba dirigida al príncipe regente por Napoleon, él, lord Bathurst, no vacilaria en abrirla, si el gobernador no lo habia hecho antes. Sin duda creeria de su deber enviarla al instante tal cual la habia recibido, desde el momento que sabria su contenido, pero estando, como

ministro, responsable de los actos del soberano, se creería obligado á tomar anticipadamente conocimiento del objeto de la comunicacion.

Lord Holland habla, en tercer lugar, de la insuficiencia de la suma destinada para el mantenimiento de Napoleon, sosteniendo que era indigno que se viese precisado á pagar él mismo una parte de los gastos de su casa. Los ministros, decia, despues de haberle puesto en una situacion para la que eran necesarios grandes gastos, pegaban con él, i querian que las soportase en gran parte.

Concluyó declarando que aunque la reina Maria no pudo ser mirada sino como la enemiga mas encarnizada de Isabel, sin embargo, el mayor borron de la memoria de aquella ilustre reina, es el tratamiento, no injusto, porque en cuanto á *injusto* no lo era, pero duro é inhumano que habia hecho sufrir á su rival. Recordó á la cámara que la posteridad no examinaria si Bonaparte habia sido justamente castigado por sus crímenes, sino si la Gran-Bretaña habia manifestado la generosidad que convenia á una gran nacion. Entonces hizo la mocion de que los ministros pusiesen sobre la mesa los papeles i la correspondencia entre Santa Elena i el gobernador ingles, que podian suministrar alguna luz sobre el tratamiento personal de Napoleon.

Puede advertirse que en el modo franco i liberal con que lord Holland presentó su mocion, se dejó arrastrar á una comparacion que probaba contra su mismo argumento. Quiso establecer un paralelo entre el tratamiento impuesto por María (tratamiento cuya injusticia ad-

mitia), i el de Napoleon. Pero, para que fuese exacta la aproximacion, faltaban dos circunstancias esenciales. La primera, que lejos de estar María en guerra con Isabel, estaba en la apariencia en la mejor inteligencia con aquella reina, cuando se refugió á Inglaterra; la segunda, que el ministerio ingles no manifestó de ningun modo la intencion de poner término al cautiverio de Bonaparte cortándole la cabeza.

Lord Darnley, que se habia unido con lord Holland para desear una informacion, dijo entonces que le parecia que lord Bathurst habia refutado todas las alegaciones con tanta destreza como franqueza, i que no era de opinion que lord Holland insistiese mas. El marques de Buckingham fundó su opinion en la multiplicacion de los agravios que la Europa, i en particular la Inglaterra, tenia contra Napoleon. Pensaba que debian emplearse rigurosamente todas las medidas restrictivas necesarias para impedir su evasion. »El estrecho i severo cautiverio á que estaba sometido el general Bonaparte, dice el noble lord, no era un acto de venganza, sino una medida de seguridad. Era un acto de justicia política que debiamos á la Europa, i del que no podia volverse atrás sin esponer el mundo á nuevas convulsiones."

No pareció haber estado apoyada la mocion de lord Holland, i fué desechada á pluralidad de votos.

Casi nos es permitido dudar que el poco éxito de aquella tentativa en el senado británico, dejase de hacer una profunda impresion en el espíritu de Napoleon, i que agravase tal vez aque-

lla disposicion á una enfermedad de estómago que se suponia existia ya.

El médico de Bonaparte no habia tenido hasta entonces mucho trabajo en llenar sus funciones. El ex-emperador disfrutaba de una salud naturalmente robusta, i como muchas personas que gozan de este bien inapreciable, no tenia una gran confianza en el arte al que jamas habia tenido necesidad de recurrir. La dieta fué su principal remedio contra los males de estómago, cuando principió á resentirse de ellos, i usó frecuentemente de los baños, cuando los dolores se hicieron mas agudos. Creía tambien deber cambiar su género de vida, cuando esperimentaba alguna indisposicion. Si habia estado sedentario, hacia corridas forzadas á caballo, i tomaba mucho ejercicio; i si, por el contrario, habia hecho mas ejercicio que lo acostumbrado, se condenaba á un descanso absoluto. Pero mas recientemente, no gustaba de montar á caballo, ni de hacer ningun ejercicio cualquiera que fuese.

Ácia el 25 de setiembre de 1818, la salud del emperador pareció alterada sensiblemente. Tenia náuseas continuas, sus piernas estaban hinchadas; en fin, muchos otros síntomas desfavorables determinaron al médico á decirle que era de un temperamento que requeria hiciese un uso casi continuo de sus facultades, tanto físicas como morales, i que, sin aquel doble ejercicio del espíritu i del cuerpo, nunca se hallaria bien. Inmediatamente declaró Bonaparte que sabía que le era necesario el ejercicio, pero que no tomaria tanto que se espusiese al insulto de los centinelas. El doctor O' Meara le

propuso llamar á M. Barter, médico distinguido agregado al estado mayor de sir Hudson Lowe. »No podrá menos de ser de vuestro dictamen, dijo Napoleon, i me prescribirá tomar el ejercicio á caballo. Pero estoy bien decidido; no saldré, mientras esté en vigor el sistema actual." Algunos dias despues, manifestó de nuevo la misma resolucion, i rehusó tomar una medicina. El doctor O' Meara respondió que sino hacia uso del ejercicio á tiempo, podria dañarle mucho. Su respuesta fué muy singular. »A lo menos tendré este consuelo: que mi muerte será un deshonor eterno para la nacion inglesa, que me ha enviado á este clima, para hacerme morir á manos de un ***". El doctor le hizo presente de nuevo que no debia apresurar su muerte rehusando tomar los remedios necesarios. »Lo que está escrito, está escrito allá arriba, dijo Napoleon dirigiendo sus miradas al cielo; están contados nuestros dias."

Aquel sistema deplorable, i que no podia tener mas que fatales consecuencias, parece haber sido sugerido, tanto por las ganas de mofarse de sir Hudson Lowe, como por una especie de abatimiento é indolencia, resultado de su posicion; i tambien era quizás en parte el efecto de la misma enfermedad, que debia necesariamente hacerle hallar penosa toda especie de movimiento. Napoleon podia lisonjearse tambien que haciendo temer no alterase su salud con sus continuas negativas para salir, forzaria al gobernador á ceder en algunos puntos que eran entre ellos un motivo de disputa.

La despedida del doctor O' Meara del empleo que ocupaba al lado de Bonaparte, lo

que éste miró como un horrible ultrage, fué el primer incidente de alguna importancia que vino á romper la monotonia de su vida.

Parece ser que el doctor O'Meara no se habia limitado á tomar el partido de Bonaparte en sus disputas con el gobernador, sino que era tambien el intermediario de una correspondencia secreta con un tal M. Holmer, agente del ex-emperador en Lóndres. Esto es lo que parece haberse probado claramente por una carta trasmitida por aquel agente, relativa á grandes envíos de dinero á Santa Elena, por la connivencia del doctor. En virtud de aquellas sospechas fué retirado el doctor O'Meara por órden del gobierno, del lado de la persona de Napoleon, i enviado á Inglaterra. Napoleon no habia seguido jamas sus recetas, pero se quejó amargamente de que le hubiesen llamado, pretendiendo que quitarle un médico cuyos consejos no habia escuchado jamas, era una consecuencia directa del plan concebido para asesinarle. Es probable sin embargo que sentiria mas los servicios secretos del doctor O'Meara que los que le hacia en su calidad de hombre del arte.

Sir Hudson Lowe ofreció de nuevo los servicios del doctor Banter, mas esta oferta fué recibida en Longwood como una nueva ofensa. Era segun decian el colmo de la astucia: el gobernador queria poner á su médico particular al lado del emperador sin duda con el fin de ser enteramente dueño de su vida. Por otra parte, los ministros ingleses querian que se tomasen todas las medidas posibles para prevenir las quejas sobre este punto. Lord Bathurst en uno de sus oficios al gobernador, le decia:

El mejor medio de llenar los deseos del gobierno de su magestad, es poniendo en ejecucion todas las medidas que puedan parecernos propias á evitar al general Bonaparte todo motivo de queja, sea ó no fundado, de que no se le permite recibir todos los socorros del arte.

El doctor Stokoc, cirujano del navío *el Conquistador*, fué despues llamado cerca de Bonaparte, pero habiéndose suscitado algunas diferencias entre él i el gobernador, se le dijo luego, que no continuase sus visitas.

Desde esta época declaró el prisionero que estaba determinado, en cualquiera estremo que se hallase, á no recibir visitas de un médico ingles, i se escribió á Italia para hacer venir á uno de reputacion de alguna universidad de aquel país. Al mismo tiempo manifestó deseo el emperador de tener á su lado un capellan católico; cuya demanda se hizo al gobierno papal por su tio el cardenal Fesch, i el ministerio ingles dió en seguida su asentimiento. Parece que Su Santidad creyó que esta mision era semejante á las que se envian á las naciones lejanas infieles, pues se mandaron dos ministros en lugar de uno. *

El uno de ellos, el padre Buonavita, era un anciano sujeto á todas las enfermedades de su edad, i cansado por una residencia de veinte i seis años en Méjico. Un ataque de apoplegía le habia trabado la lengua de que apenas conservaba el uso; su único título para ir de capellan de Napoleon, era de haberlo sido de su

* Los misioneros que pasan la linea deben al menos ser dos.

madre. Tenia por compañero á un joven abate llamado Vignali: ambos eran muy piadosos, i muy capaces de dar á Bonaparte los consuelos que la Iglesia ofrece á los que reconocen sus leyes; pero acaso no eran bastante útiles para traer al camino de salvacion unas almas estraviadas, ó para convencer á los que pudieran tener dudas sobre las doctrinas de la Iglesia.

Ni habia argumentos ni controversias que combatir, pues Bonaparte habia declarado que queria morir en la religion de sus padres, i decia que no era un incrédulo ni un filósofo. Si nos es permitido dudar que un hombre que habia tenido ácia el papa la conducta que se atribuye á Napoleon, i que habia sido escomulgado, fuese síncero en sus protestas de catolicismo, al menos debemos absolverle de la acusacion de un frio ateismo. En varias ocasiones manifestó con profundos sentimientos de devocion, que creía firmemente en la existencia de un Dios, verdad grandísima sobre la cual descansa todo el edificio de la religion; i esto en una época en que las detestables doctrinas del ateismo i del materialismo estaban esparcidas en Francia. Inmediatamente despues de su elevacion á la dignidad de primer cónsul, meditó el restablecimiento de la religion. He aqui como un dia se esplicó sobre este punto en un lenguage en que se encuentra la sensibilidad mezclada á la política, i que tuvo en presencia de Thibaudeau que era entonces consejero de estado. Despues de haber combatido los sistemas de los filósofos modernos sobre las diferencias especies de cultos, sobre el deismo, la religion natural etc., añadió. El domingo pa-

sado en medio del silencio de la naturaleza, me paseaba yo en los jardines de mi casa de Malmaison; el sonido de la campana de Ruel vino de repente á recordarme todas las impresiones de mi juventud. Es tal la fuerza de las primeras costumbres que me quedé absorto i esclamé: si esto me pasa á mí, ¿qué efectos no deben hacer unos recuerdos semejantes en unos hombres simples i crédulos? Que respondan á eso vuestros filósofos: »el pueblo necesita una religion." I hablando de las condiciones con que se trataria con el papa, añadió: Diráse que soy papista, mas no soy nada. Era mahometano en Egipto i seré católico aqui por el bien del pueblo. Yo no creo en las formas de la religion, sino en la existencia de un Dios. Levantando entonces las manos al cielo esclamó: ¿Quién es el que ha hecho todo esto? — Este sublime rasgo prueba que si Napoleon tuvo la desgracia de no penetrar hasta el santuario del cristianismo, estuvo cuando menos á la entrada, i que reconocia i adoraba al criador del universo.

Los misioneros fueron bien recibidos en Santa Elena, i en Longwood se celebraba la misa de cuando en cuando. Ambos eran de un carácter apacible, no se metian en nada i se contenian en sus deberes religiosos.

El mismo buque que llevó á Santa Elena en 18 de setiembre de 1819, estos dos médicos del alma, condujo al mismo tiempo al doctor F. Antomarchi, profesor de anatomía del hospital de Santa María la Nueva en Florencia i agregado á la universidad de Pisa. Este doctor era llamado para ocupar cerca del pri-

sionero el mismo mepleo que tenia el doctor O'Meara, i luego interinamente el doctor Stokoc. Continuó llenando las mismas funciones hasta la muerte de Bonaparte; i la relacion de sus *últimos momentos*, obra en dos tomos, aunque menos picante i redactado con menos finura é ingenio que la de Las Casas i O'Meara, no deja de ser muy útil é interesante, pues, trata de los últimos dias de un hombre tan estraordinario. El doctor Antomarchi parece haber sido recibido favorablemente por Napoleon, pues ademas de ser nacido en Córcega, le traía noticias de su familia. La princesa Paulina Borghese habia ofrecido venir á vivir con él. »Que se esté donde se halla, dijo Napoleon; no quisiera que fuese testigo del humillante estado en que me veo, i de los insultos á que estoy espuesto."

Inútil es recordar el motivo de estos pretendidos insultos, pues consistian en las precauciones que tomaba sir Hudson Lowe para la seguridad de su prisionero; precauciones tanto mas justas cuanto no faltaban proyectos para hacer evadir á Napoleon: un coronel llamado Latapie, oficial distinguido de partidarios, estaba, dicen, á la cabeza de una banda de aventureros de América para sacarle de Santa Elena. Pero Napoleon dijo que conocia demasiado bien aquella especie de hombres para esperar nada de ellos. El gobernador tuvo aviso de otras tentativas que debian hacerse de América; pero ninguna de ellas parece haber tenido un principio serio de ejecucion.

No fué asi en la empresa de Johnstone, uno de los mas audaces contrabandistas que ha-

yan existido, i cuya vida habia sido un tejido de empresas desesperadas. Habíase evadido de la prision de Newgate de un modo muy particular, habiendo despues pilotado el navío del lord Nelson en el ataque de Copenhague, cuando los dueños i los pilotos ordinarios de la escuadra se negaban á hacerlo. Johnstone tenia tambien meditado antiguamente un atrevido golpe de mano para salvar á Bonaparte, en circunstancias bien diferentes cuando este se embarcó para ir á Flessinga. I en la época de que hablamos fué ciertamente una conspiracion de una naturaleza bien diferente para sacar á Napoleon de Santa Elena. Un barco *bajomar*, es decir, construido de modo que pudiese sumergirse debajo del agua durante cierto tiempo, volviendo á ponerse en flote cuando se quisiese, arrojando una cierta cantidad de lastre, debia servir para efectuar esta empresa. Se esperaba que esta nave sumergiéndose bajo del agua durante el dia escapase á la vigilancia inglesa, i que vuelta al flote por la noche podria acercarse á Santa Elena sin ser descubierta. El barco se comenzó en uno de los astilleros del Támesis; pero habiendo despertado sospechas la misma singularidad de la hechura, el gobierno ingles se apoderó de él.

Estas tentativas i otras que podríamos citar eran peligrosas i desesperadas, pero servian para activar la vigilancia; pues siempre que se ha triunfado de grandes obstáculos por medio de grandes empresas, fué porque se habia contado demasiado sobre aquellos obstáculos. Pero en tanto que se presentaban de cuando en cuando esperanzas tan precarias, vió Napoleon desvane-

cerse ante sus ojos la única sobre que se fundaba secretamente para salir de su triste prision.

Tratóse de él en la cámara de los comunes, pero solo muy accidentalmente, el 12 de julio de 1819, con ocasion de una discusion sobre el estado de la hacienda. M. Hutchinson dijo en su discurso, que el gastar medio millon de libras esterlinas por año para tener á Napoleon en Santa Elena, era prodigar inútilmente el caudal público. M. José Hume fué el solo que habló en el mismo sentido. El canciller del echiquier tomó la palabra para responderle, i probó que el gasto no escedia del quinto de lo que se decia. Los gefes de la oposicion no parecieron tomar interés alguno en la cuestion; i en Santa Elena se creyó que el disgusto que sintió Bonaparte, que se habia lisonjeado de verlos pronunciarse vivamente en su favor, fué la primera causa del abatimiento i desesperacion en que cayó su espíritu.

Los síntomas de desorganizacion en las vias digestivas se manifestaban mas i mas en Napoleon, i era mas aun fuerte que nunca su repugnancia á tomar ninguna especie de bebida, como si sintiera interiormente que eran inútiles todos los esfuerzos del arte. En una de las numerosas disputas que tuvo con este motivo, respondió de este modo al raciocinio de Antomarchi: »Doctor, nada de drogas; ya se lo he dicho á vmd. bastantes veces; somos una máquina de vida, estamos organizados para esto, es nuestra naturaleza. No ponga vmd. trabas á la vida, déjela vmd. á su gusto, que pueda defenderse, ella lo hará mejor que vmd. con sus medicinas. Nuestro cuerpo es un relox que debe andar

un cierto tiempo; el relojero no tiene facultad de abrirle, no puede manejarle sino á tientas i con los ojos vendados. Para una vez que le ayude i le vuelva á montar, á fuerza de atormentarle con sus instrumentos torcidos, le echa á perder diez, i acaba por destruirle."

A medida que se iba debilitando la salud del ex-emperador, no debe estrañarse que su espíritu se abatiese cada vez mas. A falta de otros medios de distraccion, habia tomado algun interés en abrir un estanque en medio del jardin de Longwood, que pobló de pequeños peces. Un betun de cal con basa de cobre con que se habia revestido el estanque corrompió el agua, i los pobres animalitos cuyos movimientos miraba con placer les sobrecogieron vahidos i perecieron uno tras otro. Esto le afectó profundamente, i en un lenguage que recuerda los hermosos versos de Tomas Moore, habló de la fatalidad que parecia pesar sobre él. »Todo lo que amo, todo lo que estimo, esclamó, perece inmediatamente: el cielo i los hombres se reunen para perseguirme." En otros momentos se quejó de no tener ya fuerza ni energía. »La cama, decia, se ha hecho para mí un lugar de delicias, no la cambiaria por todos los tronos del mundo. ¡Cuanto he decaído! yo, cuya actividad no tenia límites, es preciso que haga un esfuerzo cuando quiero abrir los ojos." Se acordó que dictaba á menudo á cuatro ó cinco secretarios á un mismo tiempo. »Pero entonces, dijo, era yo Napoleon; ahora no soy nada, mis fuerzas, mis facultades me abandonan; vegeto, ya no vivo mas."

Ácia el 22 de enero de 1821 pareció que Napoleon volvia á tomar alguna energía i queria probar si podria domar el mal haciendo ejercicio. Montó á caballo, i se puso, por la última vez, á galopear al rededor de los límites de Longwood. No anduvo mas que cinco á seis millas; pero aquel esfuerzo agotó la naturaleza. Se quejaba que sus fuerzas le abandonaban con rapidez.

El gobernador habia hecho pasar ya á Inglaterra los boletines sobre la debilidad de la salud de Napoleon, sin tener sin embargo los medios de asegurarse hasta que punto era real la enfermedad, ó si solamente afectaba en lo aparente. El enfermo no queria recibir la visita de ningun médico ni cirujano ingles, no permitia que el doctor Antomarchi comunicase con sir Hudson Lowe. El gobernador no podia, pues, hablar de la enfermedad de Napoleon sino como de un rumor cuya verdad era imposible verificar. El alma generosa del gran personage Jorge III que está á la cabeza del gobierno británico, tomó naturalmente un vivo interés en la suerte del prisionero, i trató por todos los medios que estaban á su alcance, i particularmente por la espresion de su solicitud por él, de dar á Napoleon las esperanzas i las consolaciones que podia creerle susceptible de recibir, no pudiendo anunciarle el fin de su cautiverio. He aqui el oficio dirigido por el lord Bathurst á sir Hudson Lowe sobre aquel objeto interesante, su fecha 16 de febrero de 1821.

»Sé que es muy dificil hacer al general una comunicacion que no sea sujeta á falsas

interpretaciones; i sin embargo, si está realmente enfermo, tal vez le servirá de algun consuelo el saber que no se han recibido con indiferencia los últimos boletines que se han enviado sobre su salud. Comunique vmd. pues, al general Bonaparte la gran parte que su magestad ha tomado al saber la noticia de su indisposicion, i el deseo que esperimenta de proporcionarle todos los alivios de que es susceptible su posicion. Asegure vmd. al general Bonaparte que no hay consuelo que no pueda esperar de nuevas consultas, ni pedido compatible con la seguridad de su persona en Santa Elena (porque no puede adularle su magestad con la esperanza de un cambiamento), que su magestad no se apresure ni desee concederle. No solamente le reiterará vmd. la oferta que ya se le ha hecho muchas veces de proporcionarle todos los socorros del arte que puede dar de sí la isla de Santa Elena, sino que le propondrá hacer venir algun médico del Cabo, en donde hay uno, sobre todo, que goza de una gran reputacion, i en el caso que el general parezca desearlo, está vmd. autorizado á escribir al Cabo, i á tomar las medidas que juzgue convenientes para llamar inmediatamente cerca del general la persona que hubiese elegido."

No tuvo Napoleon la satisfaccion de saber el interés que tomaba su magestad en su salud, lo que le hubiera proporcionado sin duda alguna vislumbre de consuelo. Tal vez el tenor de aquella carta le hubiera conducido á pensar que su sistema de resistencia tenaz á las voluntades de la autoridad bajo la cual estaba

colocado, habia sido tan poco juiciosa, que habia inspirado dudas sobre la realidad de la enfermedad que le conducia al sepulcro, i no habia tenido por consiguiente otro resultado que el de privarle de las señales de interés que, de otro modo, hubiesen venido á aliviar una suerte tan digna de compasion.

Ácia fines de febrero tomó la enfermedad un carácter todavia mas alarmante, i el doctor Antomarchi manifestó el deseo de hacer una consulta con algunos médicos ingleses. La aversion que el emperador tenia á sus servicios se aumentó todavia con una oferta benévola del gobernador, que le hizo prevenir que habia llegado á la isla un médico célebre, i que le ponia á disposicion del general Bonaparte. Esta proposicion, como todas las que le hacia sir Hudson Lowe, fué mirado como un insulto premeditado: »Quiere engañar á la Europa con boletines falsos, dijo Napoleon, no quiero á nadie que comunique con él." Napoleon debia sin duda tener la libertad de rehusar las visitas de otro médico que el suyo, i no insistieron mas; pero, obstinándose asi en no tener un médico imparcial, cuyo informe sobre el estado de su salud hubiese sido concluyente, confirmó necesariamente la idea que su posicion no era tan desesperada como lo era efectivamente.

Por último consintió el ex-emperador que el doctor Antomarchi tuviese una consulta con el doctor Arnott, cirujano del regimiento nº 20; pero la opinion reunida de ambos médicos no pudo triunfar de la aversion de Bonaparte á las medicinas, ni destruir la fé que tenia en

las funestas doctrinas del fatalismo. »*Quod scriptum, scriptum*, respondió en el lenguage de un musulman; todo lo que sucede está escrito; está señalada nuestra hora; ninguno de nosotros puede tomar sobre el tiempo una parte que le niega la naturaleza."

El doctor Antomarchi concluyó por conseguir que fuese introducido el doctor Arnott en el aposento i á la presencia del enfermo, que se quejó sobre todo del estómago, de náuseas continuas i de la dificultad para digerir. Le vió por la primera vez en 1º de abril, i continuó regularmente sus visitas. Napoleon le manifestó su opinion, de que estaba dañado el hígado. Las observaciones del doctor Arnott le inclinaron á creer que, aunque la accion del hígado pudiese ser imperfecta, no era alli donde era necesario buscar el asiento de la enfermedad. I aqui es de advertir que Napoleon, cuando el doctor Antomarchi le manifestaba sus dudas sobre el estado de su estómago, las rechazaba con aspereza, aunque interiormente estuviera convencido de que tenia la misma enfermedad que su padre. Asi, por un capricho raro bastante natural en un enfermo, decia á algunas personas de su comitiva lo que pensaba del mal que le consumia, i al mismo tiempo, de miedo tal vez que no le propusieran algunos remedios, no queria dar parte en sus sospechas á su médico. Del 15 al 25 de abril se ocupó Napoleon de tiempo en tiempo en sus disposiciones testamentarias, de que tendremos ocasion de hablar bien pronto, como propias para pintar su carácter i sus sentimientos particulares. El 25 pareció esperimentar una gran fatiga de

haber escrito, i muchos síntomas, anunciaron un acrecentamiento de calentura, en cuyo número puede contarse sin temor el plan que habia formado, decia, de avenir todas las sectas religiosas en Francia.

A medida que se estinguian las fuerzas del enfermo, eran menos equívocos los síntomas de su enfermedad. El 27 de abril, los vómitos, que no arrojaban mas que un fluido acuoso i ennegrecido, dieron nuevas luces sobre la naturaleza del mal. El doctor Antomarchi persistió en atribuirle al clima, cosa que alhagaba á su enfermo, que queria que pudiera decirse que su detencion en Santa Elena era la que le habia hecho morir; al paso que el doctor Arnott manifestaba la opinion de que la enfermedad era la misma que la de que habia muerto su padre bajo el hermoso clima de Montpellier. El doctor Antomarchi, como sucede ordinariamente al relator de una comision, tuvo sobre su adversario la ventaja de hablar el último, á pesar de que el doctor Arnott tuvo entonces el propio testimonio del enfermo para apoyar su asercion. El 28 de abril, dió Napoleon á Antomarchi las instrucciones siguientes: queria que despues de su muerte se abriese su cadaver, pero que ningun médico ingles pusiese la mano en él, á menos que Antomarchi tuviese indispensablemente necesidad de alguno, en cuyo caso le permitia emplear al doctor Arnott. Manifestó el deseo de que su corazon fuese enviado á Parma, á María Luisa; i recomendó sobre todo al doctor que examinara bien su estómago, i hacer un informe detallado que enviaria á su hijo. »Los vómitos, dijo, que se suceden

casi sin interrupcion, me hacen pensar que el estómago es el que está mas malo de todos mis órganos; i no estoy lejos de creer que está tocado de la lesion que condujo á mi padre al sepulcro, quiero decir, de un esquirro en el piloro." El 2 de mayo, insistió el enfermo sobre aquel punto interesante, recomendando de nuevo á Antomarchi hacer con el mayor cuidado el exámen del estómago: »Los médicos de Montpellier, dijo otra vez, habian anunciado que el esquirro en el piloro seria hereditario en mi familia. Su informe se halla, segun creo, en poder de mi hermano Luis; pídasele vmd., compárele con lo que haya observado vmd. mismo, i que salve á lo menos mi hijo de esta cruel enfermedad."

En la jornada del 3 de mayo, se vió que la existencia de Napoleon tocaba evidentemente á su fin; i tanto los que le rodeaban, como su médico en particular, desearon que se hiciese una consulta. Se llamó al doctor Shortt, médico militar, i al doctor Mitchell, cirujano del navío almirante. El doctor Shortt creyó deber mantener la dignidad de su profesion, i rehusó dar un aviso en un caso de tanta inportancia, á menos que no se le permitiese ver i examinar al enfermo. Los oficiales de la casa de Napoleon se escusaron diciendo que el emperador les habia dado la órden espresa de no dejar acercar á su cama de muerte ningun médico ingles, mas que el doctor Arnott. Dijeron que cuando ya no tuviese el uso de la palabra, no podrian soportar sus miradas si llegaba á volverlas sobre ellos para reprenderles su desobediencia.

El mismo dia, á eso de las dos, el sacerdote Vignani administró al enfermo el sacramento de la Extrema-Uncion. Algunos dias antes le habia esplicado Napoleon el modo con que queria fuese espuesto su cuerpo, en un aposento alumbrado con hachas, lo que los católicos llaman una *capilla ardiente*. » No soy, dijo, repitiendo la misma frase que hemos citado ya, no soy ni filósofo ni incrédulo; creo en Dios, tengo la religion de mi padre; no es atéo el que creer. He nacido en la religion católica; quiero cumplir con los deberes que me impone, i recibir los socorros que administra." Entonces se volvió ácia Antomarchi, que sospechó, segun parece de incredulidad, aunque el doctor rechazó aquella inculpacion. » ¿Puede vmd. llevarla hasta este punto? le dijo; ¿puede vmd. dejar de creer en Dios? porque por último todo proclama su existencia, i ademas le han creído los mas grandes espíritus."

Como para señalar un último punto de semejanza entre Cromwell i Napoleon, se levantó el 4 de mayo una horrible tempestad, víspera del dia en que debia terminarse la existencia mortal de aquel hombre estraordinario. Un sauce bajo el cual gustaba el desterrado tomar el fresco, fué arrancado por la violencia del huracán, i casi todos los árboles que rodeaban Longwood tuvieron la misma suerte.

Amaneció el dia 5 de mayo de 1821, en medio del viento i la lluvia. El alma de Napoleon pronta á escaparse, arrebatada por el delirio, estaba agitada en medio de una lucha mucho mas terrible que la de los elementos.

Las palabras *cabeza de ejército*, las últimas que se escaparon de sus labios, anunciaron que sus ideas andaban errantes en medio de un campo de batalla, i dirigian un combate. A las seis menos once minutos de la noche, despues de una agonía que indicaba la fuerza primera de su constitucion, dió Napoleon el último suspiro.

---

Los oficiales de la casa de Napoleon querian hacer en secreto la autopsía de su cadáver; pero sir Hudson Lowe estaba demasiado penetrado de la responsabilidad que recaía sobre él i sobre su país i no podia permitirlo; declaró pues que aun cuando debiese emplear la fuerza, no se abriria el cadáver sin que se hallasen presentes los médicos ingleses.

Los generales Bertrand i Montholon, i Marchand, ayuda de cámara del difunto, asistieron á la operacion, que se hizo el dia 6 de mayo. Tambien estaban presentes sir Tomas Leade i algunos oficiales del estado mayor ingles; los doctores Tomas Shortt, Archibald Arnott, Carlos Mitchell, i Mateo Liwingstone, todos médicos, estaban tambien presentes. La causa de la muerte era bastante evidente, una dilatada úlcera cubria casi todo el estómago; la union íntima de las partes atacadas de este órgano á la superficie concava del lóbulo del hígado, habia prolongado la vida del enfermo impidiendo que lo que contenia el estómago se escapase

en la cavidad abdominal. Todas las demas partes de la víscera se hallaron bastante sanas. Todos los médicos ingleses que estaban presentes firmaron la relacion, i el doctor Antomarchi iba á firmarla, cuando, segun algunas noticias que tenemos motivos de creer exactas, el general Bertrand le impidió de hacerlo, porque el acto decia que era relativo al cadaver del *general Bonaparte*. La relacion del doctor Antomarchi no difiere mucho de la de los médicos ingleses, aunque saca conclusiones que parecen incompatibles con la conviccion misma del enfermo i con la horrorosa evidencia que resultaba de la autopsía. Continuó en pretender que Napoleon no habia muerto del cancer que hemos descrito, ó, en términos médicos de un cirro al piloro, sino de una *gastrohepática crónica*, enfermedad que sostiene ser endémica en Santa Elena, aunque no encontremos en ninguna parte el aserto ó la prueba de que el hospital de la isla haya ofrecido un caso semejante al de Napoleon.

Los oficiales de la comitiva de Napoleon deseaban que su corazon se conservase i se entregase á su custodia, pero sir Hudson Lowe no creyó poder tomar sobre sí el dar su consentimiento; sin embargo, permitió que el corazon se depositase en un jarro de plata lleno de espíritu de vino, i se enterrase con el cadáver, á fin de que, si las instrucciones que recibiese de Inglaterra le autorizaban para ello, pudiese ser exhumado i luego remitido á Europa.

El lugar de la sepultura fué luego un objeto de discusion. El mismo Napoleon no habia estado acorde en este punto. En su testamento,

manifestaba el deseo de que sus cenizas reposasen en las orillas del Sena; deseo al cual no podia suponer que se accediese, i que tiene la apariencia de haberse espresado solo para llamar la atencion. Un instante de reflexion hubiera bastado para recordarle que cuando él ocupaba el trono, no hubiera concedido á Luis una sepultura en la tierra de sus abuelos; i sin buscar suposiciones, no quiso permitir que los restos del duque de Enghien recibiesen otra sepultura que la del último de los criminales, que se le entierra en el mismo lugar que muere. Ademas, el estado de agitacion en el cual se encontraba el espíritu público, sobre todo en Italia, imposibilitaba la medida.

No quedaba pues otra alternativa que abrir una sepultura para el emperador de los franceses dentro de los límites de la isla, en aquel peñasco en donde los últimos años de su vida se habian visto tan comprimidos; i aun previendo que seguramente debia ser asi, él mismo habia señalado el parage en donde deseaba descansar. Era un pequeño valle retirado, llamado *Valle de Slane ó de Haine*, cerca de donde habia una fuente en la cual sus criados chinos acostumbraban ir á llenar los jarros de plata que llevaban de Longwood para el uso de Napoleon: habia alli mas sombra i verdor que en ningun otro parage de las inmediaciones, i el ilustre desterrado iba con frecuencia á descansar á la sombra de los hermosos sauces que rodeaban el manantial. El cadáver despues de haber estado espuesto en un féretro en su reducida alcoba en donde fueron sucesivamente á verle todas las personas de distincion de la isla, se

llevó el dia 8 de mayo al lugar de la sepultura. El paño mortuorio que cubria el féretro, era la capa que Napoleon habia llevado puesta el dia de la batalla de Marengo. Todas las personas de su casa acompañaron el cadáver, vestidas de luto, seguidas del gobernador, el almirante i todas las autoridades civiles i militares de la isla. Todas las tropas se pusieron sobre las armas en aquella ocasion solemne. Como el camino no permitia que el carro fúnebre llegase hasta el parage de la sepultura, los granaderos ingleses tuvieron el honor de llevar el féretro en hombros. El abate Vignani recitó las oraciones acostumbradas, i el navío almirante tiró cañonazos á cada minuto. En fin, el cadáver bajó á la tumba al estruendo de tres descargas de artillería continuas, de quince cañonazos cada una. Una piedra enorme cayó sobre la tumba, i cubrió el espacio limitado que bastaba entonces para el hombre á quien la Europa habia parecido tan estrecha.

# CONCLUSION.

Habiendo llegado á la conclusion de esta historia interesante, acaso no sentirá el lector que nos detengamos un momento para examinar el carácter del hombre estraordinario que la fortuna habia colmado de tantos favores al principio i á la mitad de su carrera, pero que emponzoñó los últimos años de su vida con tan grandes i tan terribles aflicciones.

El esterior de Napoleon, á primera vista, nada tenia de particular ni de magestuoso; su estatura era de cinco pies i seis pulgadas de Inglaterra. Siendo flaco en su juventud, habia tomado mas cuerpo con la edad; su constitucion, al paso que en apariencia era mas débil que robusta, nadie sabia resistir mejor que él las privaciones i el cansancio. No tenia gracia montado en un caballo, ni lo manejaba con aquella soltura que distingue á un buen picador; por lo cual no se llevaba la palma cuando se le veía al lado de un ginete como Murat; pero no temia nada, se sostenia firme en su silla, le gustaba un galope rápido, i era capaz de continuar este ejercicio mucho mas tiempo que los mas de los hombres. Ya hemos visto cuan indiferente le era la calidad de los alimentos, i como sabía resistir el hambre: un pedazo de pan para comer i una botella de

vino, colgados al arzon de su silla en sus primeras campañas, le bastaban para alimentarse varios dias. En las últimas guerras, iba mas frecuentemente en coche, no, como se ha supuesto, por consecuencia de alguna indisposicion particular, sino porque sentia, en un cuerpo tan constantemente en ejercicio, los efectos prematuros de la edad.

Casi no hay nadie que no conozca perfectamente la cara de Napoleon, por las descripciones que de ella se han hecho, i los retratos que se encuentran en todas partes. Su pelo era castaño obscuro, i la manera que tenia de peinarlo probaba cuan poco se cuidaba de su compostura. La forma de su cara era mas cuadrada que lo es comunmente en la especie humana. Sus ojos eran pardos i muy espresivos, las niñas bastante grandes i las cejas poco señaladas. La frente i la parte superior de la cara tenian algo de firme i magestuoso; tenia la boca i la nariz con toda perfeccion; su labio superior era muy corto; sus dientes no eran bellos, pero los dejaba ver poco cuando hablaba. Su sonrisa era de una suavidad rara, i aun, dicen que irresistible; su tez moreno claro, algo descolorido. El carácter dominante de su cara era una espresion de gravedad i aun de melancolía, pero sin ninguna señal de severidad ni aspereza. Despues de su muerte, el aspecto á un mismo tiempo noble i tranquilo que quedó impreso en todas sus facciones, le dió una belleza notable que causó admiracion á cuantos pudieron verle.

Tal era Napoleon en el esterior: su carácter personal, considerado en la vida privada,

era muy amable, escepto en un solo caso, que era cuando recibia ó creía haber recibido un ultrage, sobre todo si le era personal, pues entonces era colérico i muy vengativo; sin embargo, era fácil apaciguarle, aun á sus mismos enemigos, mientras se abandonasen á su discrecion; pero no tenia aquella especie de generosidad que respeta el valor de un adversario valiente i leal. De otra parte, nadie recompensaba con mas liberalidad los servicios de sus amigos. Era buen marido, buen pariente, i siempre que no mediaba la razon de estado, escelente hermano. El general Gourgaud, cuyas relaciones no siempre son favorables á Napoleon, dice que era el mejor amo, procurando ser útil á cuantos le servian, siempre que encontraba ocasion de serlo, haciendo valer mucho las calidades que podian tener, i á veces atribuyéndoles otras que no tenian.

Su carácter era suave, i aun tenia alguna cosa de tierno. Causábale mucha impresion cuando recorria á caballo los campos de batalla que su ambicion habia cubierto de muertos i moribundos; i no solo esperimentaba el deseo de socorrer sus víctimas, dando órdenes que muchas veces no se ejecutaban ni podian ejecutarse, sino que aun parecia sentir la influencia de aquella especie de simpatía mas activa que se llama sensibilidad. El mismo contaba una circunstancia que indica que su alma era susceptible de emociones. Atravesando un campo de batalla en Italia con algunos generales suyos, vió un perro abandonado, tendido sobre el cadáver de su amo. En cuanto los apercibió, el pobre animal avanzó ácia ellos, i luego se volvió cerca del

cadáver dando ladridos dolorosos como si pidiese socorro. » Fuese disposicion del momento, dice el emperador, fuese el lugar, la hora, el tiempo, el acto en sí mismo, ó yo no se que, ello es cierto que jamas en ningun campo de batalla nada me habia causado tanta impresion. Me paré involuntariamente á contemplar aquel espectáculo. ¡ Este hombre, me decia yo, quizás tiene amigos i aquí yace abandonado de todos escepto de su perro! ¡ Este hombre! i ¡ cual no es el misterio de sus impresiones! Sin la menor conmocion habia ordenado batallas que debian decidir de la suerte del ejército; habia visto con la mayor frialdad ejecutarse grandes movimientos que acarreaban la pérdida de un crecido número de nosotros, i alli me sentia conmovido. ¡ Conmovido por los ahullidos i el dolor de un perro! Lo cierto es que en aquel momento hubiera sido mas humano con un enemigo postrado; me acordaba de Aquiles restituyendo el cuerpo de Hector al ver las lágrimas de Priamo." Esta anécdota manifiesta que el corazon de Napoleon era susceptible de sentimientos humanos, pero al mismo tiempo que sabia sofocarlos ante los preceptos rigurosos del estoicismo militar. Acostumbraba decir en su lenguage espresivo, que el corazon de un político debia estar en su cabeza; pero á él mismo le sorprendieron algunas veces sentimientos mas suaves.

Calculador por naturaleza i por hábito, Napoleon era amigo del órden i por consiguiente de las buenas costumbres, que son su mejor garantía. Los libelos del tiempo han contado algunas historias escandalosas para probar lo con-

trario, pero nada autoriza á creer semejantes asertos. Napoleon se respetaba mucho á sí mismo, i conocia tanto el valor de la opinion pública, que no podia entregarse facilmente al desórden.

Si se consideran sus inclinaciones naturales puede presumirse pues que si Napoleon hubiese permanecido en los límites obscuros de la vida privada, i que las pasiones ó el espíritu de venganza no le han hecho tropezar con tentaciones demasiado fuertes, generalmente se le hubiera mirado como un hombre, cuya amistad debia desearse bajo todos los aspectos, i al mismo tiempo temer su ódio.

Pero la ocasion que le ofrecieron las circunstancias, i la actividad de sus grandes talentos militares i políticos, con una celeridad sin ejemplo, le elevaron á un grado muy alto de poder, esfera peligrosa en la cual encontró tantas i tantas tentaciones aun mas grandes. Antes de examinar el uso que hizo de su elevacion, examinemos rápidamente las causas que le facilitaron el camino.

Las consecuencias de la revolucion por mas que de otra parte fuesen fatales para las familias privadas, crearon ejércitos cual la Europa no los habia visto nunca, i es de creer que jamás volverá á verlos. Ya no habia seguridad, honor, i aun existencia, en ninguna otra carrera que en la de las armas; así pues, esta fué el asilo de todo lo mejor i mas valiente de la juventud de Francia; de suerte que el ejército ya no reclutó como sucede en la mayor parte de los pueblos hombres pobres sin casa ni hogar, i de la hez de la nacion, sino que los sacó

en cierto modo del cuerpo i del corazon mismo del estado i se compuso de lo mas selecto de la Francia, bajo el aspecto de la fuerza, de las cualidades morales i de la elevacion de espíritu. Con semejantes hombres los generales de la república ganaron grandes i numerosas victorias, pero sin poder sacar de ellas todos los resultados que debian producir; lo que provenia en gran parte de la dependencia en que estaban de los gefes de la república que se hallaban en París, dependencia esplicada por la necesidad en que se hallaban de recurrir á ellos para el sueldo i la manutencion del ejército. En el momento en que Napoleon hubo franqueado los Alpes, trastornó este órden de cosas; i no solo hizo costear los gastos del ejército por los países conquistados, por medios de impuestos i confiscaciones, sino que los hizo contribuir á los gastos del estado. De esta suerte, la guerra que hasta entonces habia sido una carga para la república, en sus manos se transformó en una fuente de riquezas; al paso que el jóven general socorriendo al gobierno á quien sus predecesores tanto le costaban, pudo asegurarse la independencia, que fué el primer objeto de su ambicion, i corresponder con el directorio casi bajo un pie de igualdad. Asi pues, sus talentos como militar i su posicion como general victorioso, pronto le elevaron de la igualdad á la preeminencia.

Sus talentos no abrazaban menos el plan general de una campaña que las disposiciones del detal de un combate. En cada una de estas dos grandes ramas de la guerra, Napoleon no era simplemente un discípulo de los mas

célebres maestros del arte, sino que perfeccionaba, innovaba é inventaba.

En la estrategia, aplicó sobre una escala mas estensa los principios del gran Federico, rey de Prusia; i ganaba una capital ó un reino, cuando Federico no hubiera tomado mas que una ciudad ó una provincia. Su sistema era de concentrar la mayor parte posible de sus fuerzas en el punto mas débil de la posicion de sus enemigos, paralizar de esta suerte las dos terceras partes de su ejército, mientras que él derrotaba el otro tercio, i entonces decidir la victoria destruyendo el resto separadamente. Con este objeto, enseñaba á sus generales á dividir sus cuerpos de ejército durante la marcha para que los movimientos fuesen mas rápidos i los abastecimientos mas fáciles, luego reunirlos en el momento mismo del combate, en el punto en que siendo menos previsto el ataque, la resistencia seria mas débil.

Por la misma razon él fué el primero en desembarazar el ejército de toda suerte de bagages que no fuesen estrictamente necesarios; suplió la falta de almacenes por medio de contribuciones impuestas en masa sobre el país ó sobre los particulares, insiguiendo un sistema regular de pecorea, i suprimió el uso de las tiendas de campaña, acampándose al raso con sus soldados cuando no se encontraba ninguna aldea en las inmediaciones, ni habia tiempo para construirle una barraca. Su sistema era fatal en cuanto multiplicaba prodigiosamente las muertes, puesto que muchas veces hasta se dispensaba de establecer hospitales militares; pero aunque Moreau llamaba á Napoleon un

conquistador á razon de diez mil hombres cada dia, por lo menos este sacrificio durante mucho tiempo correspondió al objeto que lo motivaba. Los enemigos que se estaban quietos en sus vastos atrincheramientos dirigiéndose los unos ácia un lado i los otros ácia otro en cuanto recibian la noticia de que diferentes columnas se acercaban por caminos diversos, se veían sorprendidos i enteramente destrozados por las fuerzas combinadas del ejército frances, que habia verificado su reunion en el momento i en el parage en que menos se esperaban. Solo adquiriendo los aliados el arte de verificar su retirada con la misma prontitud que se les atacaba, aprendieron á dejar burlados los esfuerzos de las columnas movibles de Napoleon.

No tenia ideas menos nuevas en táctica que en estrategia. Sus maniobras en el campo de batalla tenian la prontitud i la viveza del rayo. En el momento en que empeñaba el combate, bien asi como en los aprestos que habia hecho para prepararlo, era su sistema entretener al enemigo en varios puntos, al paso que se dejaba caer de improviso sobre uno solo con la mayor parte de sus fuerzas. Esta línea que acaba de romper, esta posicion que acababa de cortar, desde el principio de la accion era ya toda su mira; pero por de contado habia escondido su plan con una multitud de demostraciones previas, i no habia tentado ejecutarlo hasta que las fuerzas morales i físicas del enemigo estaban estenuadas por la duracion del combate. Entonces hacia avanzar su guardia, que ardiendo de impaciencia, é indignada de estar ociosa, tiempo habia que estaba esperan-

do la señal, i arrojándose como el galgo que sueltan al levantarse la liebre, tenia la tarea gloriosa, ejecutada con no menos gloria, de decidir la victoria. Puede añadirse todavia, como un rasgo característico de su táctica, que preferia ordenar su ejército en columnas mas bien que en línea, acaso porque podia contar con el valor intrépido de los oficiales franceses que dirigian las columnas mismas.

Napoleon habia sabido grangearse el afecto de los soldados distribuyéndolos frecuentemente honores i recompensas, hablando familiarmente á cada uno de ellos, i esmerándose en que nada les faltase. Si se considera ademas la autoridad absoluta é independiente que habia tenido el arte de crearse, no se admirará que las tropas se hayan manifestado prontas á sostener á su general en la revolucion del 18 de brumario, i colocarle á la cabeza de los negocios. La mayor parte de la nacion estaba entonces verdaderamente cansada de la forma siempre vacilante é incierta del gobierno, i de las variaciones contínuas que habia esperimentado: desde las locas visiones de los girondinos i la ferocidad brutal i sangrienta de los jacobinos, hasta la versatilidad sórdida i la cobarde indecision del directorio, el pueblo deseaba generalmente un nuevo órden de cosas, una forma de gobierno fija, quizás menos libre, pero mas duradera, i mas capaz de garantizar el respeto de las propiedades i la libertad individual, que ninguna de cuantas se habian sucedido desde la caída de la monarquía. Otro general, igualmente victorioso, pero de un carácter mas tímido, ó de una conciencia mas timorata que

Napoleon, acaso hubiera ensayado restablecer los Borbones; pero Napoleon previó las innumerables dificultades con que se tropezaria si se intentase conciliar el llamamiento de los emigrados en la garantía de la venta de los bienes nacionales, i dedujo con fundamento que los partidos diferentes que destrozaban la Francia, se confundirian mas facilmente bajo la autoridad de un hombre que en gran parte era estraño á todos.

Llegado al poder supremo, á aquella elevacion que conmueve i deslumbra tantas cabezas, Napoleon pareció ocupar el lugar para el cual habia nacido, i á que en todos los casos le daban un derecho irrecusable sus talentos superiores, i la brillante carrera de victorias que habia recorrido. Púsose pues á examinar con calma i prudencia los medios de dar estabilidad á su poder, destruir el espíritu republicano, i establecer una monarquía, de la cual se proponia ser su gefe. Intentar restablecer en favor de un oficial de fortuna una forma de gobierno que se habia destruido con aclamaciones universales por lo que parecia ser la voz de la nacion, la mayor parte de los hombres lo hubieran considerado como un acto de desesperacion. Los partidarios de república eran hombres de estado superiores acostumbrados tambien á gobernar la turbulenta democracia, i á organizar aquellas intrigas que habian derribado el trono i el altar; i era poco presumible que semejantes hombres, aun cuando no fuese mas que por una especie de pudor pudiesen sufrir que un general joven, cuyas victorias no podian hacer olvidar la edad, bor-

rase con su espada las señales indelebles de diez años de tareas.

Pero Napoleon los conocia i se conocia él mismo; tuvo la confianza íntima de que los que habian estado asociados al poder por consecuencia de las revoluciones anteriores, en adelante se abajarian á no ser mas que los instrumentos de su elevacion i los agentes secundarios de su autoridad, contentos de recibir una parte del botin cual la que el leon arroja al chacal.

A cada nuevo paso que daba ácia el poder manifestaba sus títulos á los franceses, es decir un genio superior atestiguado por los heróicos hechos mas señalados; i se ciñó la corona de Francia adoptando esta orgullosa divisa: *Detur dignissimo.* Nadie tuvo tentaciones de disputarle la validez de sus títulos; hasta entonces ninguna accion suya habia dado derecho para ello. Brillante de gloria en el esterior, la administracion era casi enteramente franca i moderada en el interior. El horroroso asesinato del duque de Enghien era un acto de venganza atroz i salvage; pero en general los primeros pasos de Napoleon en su nueva carrera fueron señalados por acciones dignas de los mayores elogios. La batalla de Marengo con sus grandes resultados, apaciguando el furor de las discordias civiles, la reconciliacion con la Iglesia de Roma, el llamamiento de los emigrados i la revision entera de la jurisprudencia nacional, á la cual dió nueva vida, eran acontecimientos de naturaleza que lisonjeaban la imaginacion i al mismo tiempo ganaban el afecto del pueblo.

Pero Napoleon con una maña que le era particular, aboliendo la república supo hacer en cierto modo entrar por fuerza á su servicio aquellos principios democráticos que habian facilitado la revolucion, i gracias á los cuales se habia esperado establecer un estado republicano. Su sagacidad no habia dejado de observar que la oposicion general al antiguo gobierno provenia menos de ningun sentimiento hostil contra la autortdad real en sí misma que de una repugnancia ó mas bien una aversion pronunciada contra los privilegios que aquella concedia á los nobles i al clero que solos tenian el derecho de ocupar los primeros empleos en todas las profesiones i que de esta manera interceptaban la carrera á todos los demas por grande que fuese la superioridad del mérito. Cuando Napoleon estableció su nueva forma de gobierno monárquico, consideró con razon que no estaba atado, como los soberanos hereditarios, por ninguna obligacion resultante de antiguos usos; pero que siendo él mismo el fundador del poder que ejercia, era libre para organizarlo de la manera que juzgase mas conveniente. Al mismo tiempo se habia elevado tan facilmente al trono por el ascendiente reconocido de su genio: no habia tenido necesidad de que le ayudase ningun partido; por consiguiente no estando sujetado por ningun empeño anterior ni por la necesidad de recompensar antiguos partidarios, ó de adquirirlos nuevos, tenia la ventaja rara de poder obrar con una libertad entera é ilimitada. Despues de haber llegado á la cumbre del poder humano, se dedicó con tanta sabiduria como prudencia á es-

tablecer los fundamentos de su trono en el principio democrático que á él mismo le habia abierto la carrera, cual era dejar el camino de los honores en todos los ramos del gobierno, enteramente abierto al mérito, sin que tuviese necesidad de apoyarse en ningun título. Tal era la clave secreta de la política de Napoleon; i supo tan bien servirse de ella con el auxilio del tácto esquisito con que sabia juzgar á los hombres, i de la bondad natural que le caracterizaba, cuando estaba á sangre fria, que jamas en todas las vicisitudes de su fortuna dejó escapar una ocasion de conciliarse el mayor número i de agradarle, sabiendo distinguir á propósito i recompensar el talento. El mismo lo decia continuamente, que por este lado creía merecer, i merecia realmente los mayores elogios. Lo repetimos sin vacilar: abriendo de esta suerte una carrera libre á los talentos de cualquiera especie que fuesen, estableció los fundamentos mas sólidos de su poder i de su gloria. Desgraciadamente, su predileccion para el mérito i su anhelo á recompensarle, no se fundaban esclusivamente en un zelo patriótico para el bien de su país, i todavia menos en un deseo puramente benévolo de recompensar lo que era digno de elogios, sino un principio de egoismo en política, al cual deben atribuirse una gran parte de sus buenos resultados; no menos que de sus infortunios, i de casi todos sus crímenes políticos.

En otra parte hemos citado el retrato que Luciano hizo de su hermano, seguramente en un momento de mal humor, pero que nos han confirmado casi todas las personas que han fre-

cuentado á Napoleon, i hemos tenido proporcion de cuestionar: »Su conducta, dice su hermano, no está regulada sino en su política, i su política solo se funda en el egoismo." Quizás nunca ningun hombre, salvas las restricciones de que vamos á hablar, tuvo á igual grado este principio de egoismo que es tan comun en la especie humana. La naturaleza lo ingirió en su corazon, i lo sostuvo la educacion medio monástica i medio militar que tan temprano le separó de la sociedad; el convencimiento íntimo de sus talentos, que le descubria que no estaba en su lugar entre los hombres comunes, en medio de los cuales la suerte le habia colocado, dió nuevos desarrollos á este principio, que en cierto modo llegó á constituirse un hábito inveterado, por consecuencia del aislamiento en que se halló desde los primeros años de su vida, sin amigo i sin protector. Los elogios, los adelantamientos que recibia, se concedian á su genio i no á su persona; el hombre que sentia en el fondo de su corazon que él mismo se habia abierto el camino, poco podia estar atado por el reconocimiento á los que le habian cedido el paso porque no se habian atrevido á detenerle. Su ambicion era una modificacion del egoismo sublime en todos sus efectos i resultados, pero que sometida al crisol de un severo análisis no daba otro producto que egoismo.

Sin embargo, no supongan nuestros lectores que este defecto tuviese en Napoleon aquel carácter vil i despreciable, que en la vida privada ordinariamente no crea mas que la avaricia, el fraude i la opresion, ó que bajo

esteriores mas suaves, limita los efectos del egoista á empresas que pueden redundar en ventaja suya personal, i cierra su corazon á todo sentimiento de patriotismo, ó de benevolencia general. No, el egoismo i el amor propio de Napoleon eran de una naturaleza mucho mas noble i mas elevada aunque su fuente fuese la misma: asi como las álas del águila, que en su rápido vuelo se remonta hasta en medio de las regiones del sol, i se mueven por los mismos principios que las que no pueden levantar un volatil pesado á mayor elevacion de las paredes de un corral.

Para hacernos entender mejor, añadiremos que Napoleon queria á la Francia, porque la Francia era su propiedad: todo lo hacia para ella, porque la ventaja recaía en su emperador, ora fuese recibiendo nuevas instituciones, ora enriqueciéndose con nuevas provincias se vanagloriaba de representar él mismo al pueblo frances, al mismo tiempo que era el monarca de la Francia; reunia en su persona sus libertades, su grandeza, i todas sus acciones debian encaminarse pues á ilustrar á un mismo tiempo al imperio i al emperador; sin embargo, el soberano i el estado podian dividirse, i efectivamente así sucedió; i despues de esta separacion, el carácter esencial personal de Napoleon supo hallar una distraccion é interes en el limitado teatro de la isla de Elba, en donde su gran genio se vió entonces concentrado. Bien así como la tienda mágica de los cuentos árabes, sus facultades podian estenderse hasta abrazar la mitad del universo, con todos sus intereses i todos sus destinos, ó estrecharse á

discrecion para concentrarse en una pequeña roca del Mediterráneo ocupándose de los corrillos de la isla, i buscando los medios de sacar el mejor partido que posible fuese de su posicion. Estamos persuadidos de que mientras que la Francia reconoció á Napoleon por su emperador, aunque voluntariamente hubiese bastado levantar un dedo para asegurar su felicidad bajo el gobierno de los Borbones (á menos que el mérito de la accion hubiese podido aumentar su propia gloria) jamas lo hubiera hecho. En una palabra, su interes personal era el punto céntrico de un círculo i cuya circunferencia podia estrecharse á discrecion, pero que el centro permaneciese siempre fijo é inmóvil.

Es superfluo examinar hasta que grado facilitó la elevacion rápida de Bonaparte este esmero asiduo, i debemos añadir ilustrado, que tomaba á sus intereses. Todos los dias vemos hombres de conocimientos muy ordinarios aplicándose esclusivamente i sin interrupcion á conseguir el objeto que se proponen, sin que nunca les distraiga la seduccion del placer, el atractivo de la indolencia, ú otros impedimientos, i conseguir su objeto á fuerza de perseverancia. Si ahora nos representamos el genio inmenso de Napoleon, animado por una viveza de imaginacion sin límites, i una insensible tenacidad en sus designios, marchando con paso firme, sin desviarse ni detenerse al cumplimiento de su proyecto, que no era nada menos que conquistar el mundo, no nos sorprenderá la altura prodigiosa á que se elevó.

Pero el egoismo que era el móvil de todas sus acciones, sometido siempre al ejercicio de

su escelente juicio, i á la conservacion de su influencia en el espíritu público, al paso que favorecia en gran parte el éxito de sus diversas empresas, acabó por hacerle mucho mas mal que bien, cuanto que le sugirió sus mas desesperados proyectos, i fué el manantial de sus acciones mas inescusables.

Los políticos moderados confesaron que despues de haber sustituido el régimen imperial al gobierno republicano, era necesario que el primer magistrado hubiese adoptado i desplegado una autoridad firme i vigorosa para restablecer el órden interior i mantener el estado de cosas existente, único medio de precaver el retorno de continuas revoluciones. Si Napoleon se hubiese limitado á esto, su conducta hubiera estado al abrigo de toda reconvencion, i nadie le hubiera vituperado, sino los servidores mas afectos de la casa de Borbon que la Providencia parecia haber desterrado para siempre de su reino. Pero sus principios de egoismo no estuvieron satisfechos hasta que hubo destruido hasta el menor vestigio de aquellas instituciones libres adquiridas con el precio de tanta sangre i de tantas lágrimas, i que hubo reducido la Francia, salvo la influencia invencible de la opinion pública, al estado de Constantinopla ó Argel. Era un mérito haber restablecido el trono; era natural que el que lo habia construido de nuevo se sentase en él, puesto que cediéndolo á los Borbones, hubiera hecho traicion á los hombres de cuyas manos aceptaba el poder; pero despojar á sus súbditos de los privilegios á que tenian derecho en su calidad de hombres libres, era cometer un parricidio. La nacion

perdió por sus usurpaciones sucesivas la libertad que le habia dejado el antiguo gobierno. Inmunidades políticas, intereses individuales, propiedades municipales, educacion, ciencias, moral, gobierno, todo, todo lo invadió..... La Francia era un inmenso ejército, bajo la autoridad absoluta de un comandante militar, que no estaba sometido á ninguna censura, á ninguna responsabilidad. En esta nacion, tan recientemente agitada por las asambleas nocturnas de millares de sociedades políticas, ninguna clase de ciudadanos en cualquier circunstancia que fuese tenia derecho de reunirse para manifestar sus opiniones. No le quedaba al pueblo ni en las costumbres ni en las leyes, ningun medio de señalar los errores, ó de resistir á los abusos de la administracion. La Francia se asemejaba al cadáver político de Constantinopla, menos en la insubordinacion de los bajaes, la sorda resistencia de los ulemas, i las frecuentes i tumultuosas sublevaciones de los genízaros.

Al paso que Napoleon destruía sucesivamente todos los antemurales de las libertades públicas, al paso que construía nuevas prisiones de estado, i que establecia una alta policía, llenando la Francia de espías i carceleros; al paso que se apoderaba esclusivamente hasta de la imprenta, su política, i al mismo tiempo su egoismo, le hicieron emprender aquellas inmensas obras públicas, mas ó menos útiles segun la ocasion, pero que debian quedar como monumentos de la magnificencia de su reinado. El nombre que le daban las clases trabajadoras de empresario universal, de ninguna manera era mal aplicado. Sin embargo, ojalá que los

puentes, caminos, puertos i edificios públicos hubiesen sido las únicas compensaciones que Napoleon ofrecia á los franceses en cambio de los derechos que les usurpaba. Pero, para anegar todos los recuerdos posibles i humillantes, les hizo beber, i él mismo saboreó con ellos la copa embriagadora i funesta de la gloria militar i de la dominacion universal. Poner á todo el universo á los pies de la Francia, al paso que la Francia, la nacion de los campamentos, no seria mas que la primera entre las esclavas de su emperador, este era el proyecto agigantado á que se dedicaba con un ardor infatigable. Era la piedra de Sisifo que subió rodándola hasta la cumbre del peñasco, i á tanta altura que volvió á despeñarle con él i le hizo pedazos con su caída.

Los planes principales de esta empresa los puso en ejecucion cuando su espíritu de ambicion estaba en todo su vigor; i nadie se atrevia, aun en sus mismos consejos, á combatir las resoluciones que él habia adoptado. Si la fortuna hubiese coronado menos constantemente sus armas, acaso se hubiera parado, i habria preferido la gloria de asegurar á un solo reino una existencia libre i feliz, fruto de una paz halagüeña, á un vano orgullo de subyugar á toda la Europa. Pero la dicha constante que ha señalado todas las empresas de Napoleon, aun las circunstancias mas difíciles no menos que la ciega confianza que tenia en su estrella, conspiraron á entretenerle la idea de que él no era como el comun de los hombres, i le empeñaron á arriesgar las mas locas empresas, como si cediese menos á la impulsion del jui-

cio que á la seguridad que interiormente tenia de salirse con su intento. En fin, cuando la fortuna cambió, dicen que despues de haber esperimentado grandes reveses, manifestaba á menudo un descaecimiento profundo. Si debemos creer al general Gourgaud, las mismas desigualdades se notaban en su conversacion. En ciertos momentos hablaba como un Dios, i en otros se esplicaba como el mortal mas ordinario.

Todavia podemos atribuir al egoismo de Napoleon el sistema seguido de dolo que señalaba su política pública, hasta cuando hablaba de asuntos que le eran personales en su conversacion particular.

Aprovechándose de su posicion, habia subyugado tan completamente la prensa, que la Francia no sabia nada sino por los boletines de Napoleon. Nada se supo del combate de Trafalgar hasta muchos meses despues de haber sucedido, i aun entonces, la verdad estaba enteramente desfigurada: el velo que cubria los acontecimientos que mas interesaban al pueblo era tan denso, que la noche misma en que se dió la batalla de Mont-Martre, *el Monitor*, órgano principal de las noticias públicas, no contenia mas que una discusion sobre la nosografía, i un artículo sobre el drama de la *Casta Susana*. De ocultar la verdad á fabricar una mentira, no hay mas que un paso; i como el editor del diario, estaba obligado á dar noticias todos los dias de Napoleon, se hizo tan célebre bajo este doble aspecto que »mentir como un boletin" se hizo una espresion proverbial, que seguramente se conservará por mucho tiempo en la lengua francesa, i que avergüenza tanto

mas á Napoleon, cuanto que se sabe que casi siempre él mismo escribia estos documentos oficiales.

Este mismo plan de dolo, este sistema de tener á la nacion en una completa ignorancia ó engañarla con mentiras, probaba un cierto respecto para la opinion pública. Los hombres aman las tinieblas cuando sus acciones son culpables. Napoleon no hubiera osado dar al público una relacion desnuda i fiel á su conducta con la España, de aquella guerra desleal i pérfida, violacion la mas insigne del derecho de gentes i de la fé de los tratados. Tampoco hubiera gustado mas el sostener ante el tribunal de la opinion su sistema continental, adoptado con una profunda ignorancia de las máximas de la economía política, i cuyas consecuencias, por de contado, fueron causar una penuria general, i luego levantar todo el continente contra el yugo de la Francia. Tampoco es presumible que si el público hubiera podido espresar de antemano su opinion sobre el éxito probable de la campaña de Rusia se hubiese ejecutado nunca aquella empresa temeraria. Sofocando en todas partes la voz de los hombres sabios i prudentes, de los patriotas ilustrados i de los políticos hábiles, i no escuchando mas que los consejeros que eran los ecos serviles de sus voluntades, Napoleon bien asi como el rei Lear, » mataba á su médico, i alimentaba su mal con los honorarios que hubiera debido dar al doctor. "

Esto era una cosa tanto mas funesta que, si se esceptua la Italia, Napoleon conocia muy poco la política, los intereses i el carácter de

las córtes estrangeras. Acaso no se hubiera roto la paz de Amiens, acaso hubiera continuado la buena inteligencia entre la Francia i la Suecia, si Napoleon hubiese entendido la constitucion inglesa, ó si hubiese podido persuadirse que las instituciones de la Suecia no permitian al gobierno que pusiese las escuadras i los ejércitos suecos á disposicion de una potencia estrangera, ó hacer bajar el antiguo reino de los godos á la clase de un estado dependiente secundario.

Un amor propio tan irritable como el de Napoleon debia temer principalmente el arma del ridículo; por ello las sátiras de los diarios ingleses i las caricaturas de las tiendas de Lóndres fueron los aguijones secretos que escitaron en gran parte el rompimiento de la paz de Amiens. Se prohibió al frances, naturalmente maligno, el uso de la sátira, que libre é independiente en tiempo de la república, aun en tiempo de la monarquía, solo se castigaba con algunos dias de detencion en la Bastilla. Cuando Napoleon era cónsul, supo que M. Dupaty habia compuesto una ópera cómica, por el estilo, á poca diferencia, del sainete ingles de *High Life below satairs*, * i que acababan de representarla. Se suponia que en aquella pieza insolente, tres lacayos imitaban los modales i aun el trage de los tres cónsules, pero que á él sobre todo no le perdonaban. Dijo que se reconociesen los vestidos i que si se reconocia su semejanza con los trages consulares, se vis-

* *El salon en la antesala, ó los criados amos.* (*Editor*).

tiese con ellos á los actores en la plaza de Greve, * en donde el verdugo los rasgaria sobre los mismos actores; mandó al mismo tiempo que se enviase al autor á Santo Domingo i que se pusiese á disposicion del general en gefe como requisicionario. No se ejecutó la sentencia porque la ofensa no era cierta, ó por lo menos no era tan grave como en el primer momento se habia creído; pero basta la intencion para manifestar de que manera entendia Napoleon la libertad de la escena, i cual hubiera sido la suerte del autor del *Begar's opera* si hubiera escrito para la ópera cómica francesa.

Pero ni las luces de la razon ni los consejos de la prudencia nada podian sobre aquella ambicion personal que hacia desear á Napoleon que la administracion de todo el mundo dependiese de su voluntad, no de una manera lejana sino directa é inmediatamente. Cuando distribuía reinos á sus hermanos, era con el bien entendido que debian conformarse en un todo á la línea de política que les señalaria; en una palabra, parecia crear estados dependientes con la intencion de volverlos á tomar. Destronó á su hermano Luis porque se negó á ejecutar medidas opresivas que el nombre de la Francia imponia á la Holanda; tuvo la idea de retirar á Jose de España cuando vió el hermoso reino que le habia dado, abandonado á este deseo insaciable i estravagante de administrar personalmente todos los estados que habia conquistado. Los caprichos de su gran corazon se pa-

* Lugar destinado para el suplicio de los criminales. (*Editor*).

recian á los del niño mimado que no está contento hasta que tiene en sus manos el objeto que anhela con la vista. Su sistema, fundado en una ambicion tan desordenada, en su mismo esceso traía el principio de su ruina. El corredor que no se detiene nunca para descansar, necesariamente acaba cayendo desfallecido. Si Napoleon hubiese salido con éxito en España i en Rusia, no se hubiera detenido hasta que hubiese encontrado en otra parte los desastres de Baylen i de Moscou.

Las consecuencias de las agresiones incalculables de Napoleon fueron matanzas, incendios i calamidades de toda especie, procedentes todas ellas de la ambicion de un solo hombre, que no dando jamás la menor señal de arrepentimiento de los males que habia causado, parecia por el contrario crucificarlos i gloriarse de ellos. Esta ambicion á un tiempo insaciable é incurable autorizó á la Europa á asegurarse de su persona como de la de un frenético, cuya rabia desordenada no se dirigia contra un individuo, sino contra el mundo civilizado; la Europa, casi abatida con sus golpes, de los cuales con mucha dificultad habia podido levantarse, tenia naturalmente el derecho de asegurarse contra el retorno de las locas empresas de un hombre que, bajo la influencia aparente de pasiones sobrehumanas, parecia capaz de emplear los medios mas inhumanos para saciarlas.

El mismo egoismo, el mismo espíritu de dolo que se habia señalado en su larga i prodigiosa carrera de ventajas le siguió en la adversidad. Compuso apologías para el uso de su pequeña sociedad de servidores fieles, de la misma ma-

nera que habia fabricado boletines para la gran nacion. Las personas á quienes se dirigian estas homilias, Las Casas, i otros del séquito de Napoleon, eran demasiado adictos i generosos para refutar despues de su caída asertos que hubiera sido peligroso contradecirle en tiempo de su poder; recibian todas sus palabras como verdades proféticas, i seguramente atribuían á la inspiracion las que, á pesar de su buena voluntad, no podian concordar con la evidencia. Los males horrorosos que habian pesado sobre la Europa durante su reinado se los representaba, i acaso él mismo queria lisonjearse con esta ilusion, como consecuencias que el emperador no deseaba ni habia previsto, pero que necesariamente eran anejas á la ejecucion de los grandes designios que el hombre del destino debia ejecutar sobre la tierra: semejantes á la cola lívida i espantosa que sigue el curso rápido de un brillante cometa, que las leyes del universo han arrojado en la inmensidad del cielo.

Cometió crímenes de otra naturaleza, que no podian atribuirse, como los diversos azotes de la guerra, á la ejecucion de los proyectos políticos ó de las empresas militares que practicaba, pero que solo debieron originarse en un carácter naturalmente rencoroso i vengativo. En cabeza de la lista está el asesinato del duque de Enghien, acto gratuito de traicion i de crueldad que siendo bien probado hizo sospechoso á Napoleon de otros crímenes mas secretos: los homicidios de Pichegrú i de Wright, el desaparecimiento de M. Windham, de quien no se ha oído hablar jamás, i otras acciones no menos atroces. Nos detendremos antes de impu-

tarle ninguna de cuantas no se han probado claramente; pues si es cierto que le animaba la pasion de la venganza que dicen es propia á su país natal, no es menos evidente que, violento por carácter, era suave i moderado por política; i que si hubiese querido abandonarse á sus inclinaciones, podia hacerlo con tanta seguridad, gracias á la funesta accion de su policía, que sus furores hubieran igualado á los de uno de los emperadores romanos. Se apercibió, bien que demasiado tarde, del ódio general que le atrajo el homicidio del duque de Enghien, i parece que esto le quitó las ganas de esponerse otra vez á ello para satisfacer su resentimiento personal. Sin embargo, los archivos de su policía, i las persecuciones que esperimentaron los que él miraba como sus enemigos particulares, prueban que, por lo menos, en ciertos intérvalos, la naturaleza volvia á tomar todo su imperio, i que el hombre á quien ningun freno le retenia, si no su respeto para la opinion pública, cedia de cuando en cuando á la tentacion de vengar sus injurias personales. Consideraba como un rasgo de debilidad de parte de César, su héroe i favorito, el dejar á sus enemigos los medios de perjudicarle, i Antomarchi, que refiere esta observacion, conviene en que considerando el hombre que se la hacia, no puede menos de pensar que él no hubiera caído en semejante falta.

Cuando Napoleon dejó á un lado toda reserva i espresó lo que seguramente era sus verdaderos sentimientos, quiso justificar los actos de su gobierno que violaban los derechos de la justicia i de la moral, alegando la nece-

sidad política i la razon de estado, ó en otros términos su interés personal.

Ademas esta era una escusa que reservaba esclusivamente para sus propias acciones, sin permitir que ningun otro soberano hiciese uso de ella. Creía tener el privilegio de transgredir las leyes de las naciones cuando sus intereses lo exigian, pero no hacia valer con menos calor el derecho comun cuando pretendia que los demas estados lo habian quebrantado, que si él mismo hubiese respetado siempre los principios de inviolabilidad que invocaba.

Pero aunque Napoleon invocase algunas veces la razon de estado como causa primera de los actos que no habia podido justificar de otra manera, las mas de las veces procuraba disfrazar sus faltas, denegándolas ó escusándolas con apologías destituidas de fundamento. Estaba tan acostumbrado á ocultar la verdad i fabricar embustes, que hasta su testamento presenta pruebas las mas palpables de su sistema de dolo. Se atreve á decir que el duque de Enghien fué convencido por su propia confesion, de mantener sesenta asesinos en Francia para hacerle perecer. El interrogatorio del duque contiene por el contrario la denegacion formal de esta imputacion, i ni tan siquiera se intentó producir ningun testigo para sostenerla. De la misma manera hizo un legado á un infeliz que habia querido asesinar al duque de Wellington, acompañándolo de esta reflexion estraordinaria, que el asesino tenia tanto derecho para matar á su rival i vencedor, como los ingleses para retenerle prisionero en Santa Elena. Esta cláusula, insertada en el testamento de un hombre que

se muere, no solo admira por su atrocidad, sino tambien por la misma falsedad del raciocinio. Pues una de dos: segun el paralelo establecido por Napoleon, ó bien la culpa era igual de ambos lados, ó ambos á dos tenian razon. Si tienen culpa, ¿á que fin recompensar á un asesino, haciéndole un legado? i si tenian razon, ¿porqué se quejaba de que el gobierno ingles le tuviese detenido en Santa Elena?

Pero en el hecho, lo que mas admira en la vida de Napoleon, cual él mismo la ha escrito, es su deseo de dividir la especie humana en dos clases: sus amigos i sus enemigos; los primeros para alabarlos i justificarlos, i los otros para envilecerlos, censurarlos i condenarlos sin tomarse la pena de ser justo, verídico ó consecuente. Para dar un ejemplo de ello, afirmó positivamente que los tesoros que se habian estraído de París en abril de 1814, i se habian dejado en Orleans, los habian cogido i se los habian partido los ministros de las potencias aliadas, Talleyrand, Metternich, Hardenberg i Castlereagh, i que en estas sumas se encontraba el dote de la emperatriz María Luisa. Si la historia hubiese sido verdadera, hubiera subministrado á Napoleon un medio muy sencillo de vengarse del lord Castlereagh poniendo el hecho en conocimiento del público ingles.

No es menos notable que Napoleon, aunque general él mismo, i general distinguido, jamas concedió un tributo sincero de elogios á las tropas i á los generales con quienes combatió. Hablando de sus victorias muchas veces ensalza el valor i la intrepidez de los vencidos. Esta era una manera nueva i mas fina de

hacer su elogio i el de su ejército que habia salido victorioso; pero nunca concedió ningun mérito á los que le vencieron á su vez. Declara que nunca vió á los prusianos conducirse tan bien como en Jena, i los rusos en Austerlitz. Los ejércitos de aquellas naciones cuya fuerza conoció demasiadamente en las campañas de 1812 i 1813, i ante los cuales hizo retiradas tan infaustas, como las de Moscou i de Leipsick en su modo de pensar no eran mas que gente vaga i ruin.

De la misma manera cuando cuenta una accion en la cual ha salido victorioso no deja de vanagloriarse, como el griego de los tiempos antiguos (i acaso con mucha justicia), de que la fortuna no le ha ayudado en nada; al paso que sus derrotas las atribuye entera i esclusivamente al furor de los elementos, á la combinacion de algunas circunstancias estraordinarias é inesperadas, á la falta de uno de sus lugartenientes ó mariscales, ó en fin á la obstinacion de los generales enemigos que por mera estolidez i de descuidos en descuidos obtenian la victoria por el mismo camino que hubiera debido conducirles á su pérdida.

En una palabra, en los escritos de Napoleon seria imposible encontrar desde el principio hasta el fin la confesion de una sola falta, de la menor imprudencia, á menos que no provenga de un esceso de confianza ó de generosidad, porque entonces se hace en secreto un título de gloria de lo que se aparenta abandonar á la censura. Si damos fé á sus palabras debemos creer que era un ente perfecto é impecable; sino debemos considerarle como un hombre que

cuando se trataba de su reputacion no tenia el menor escrúpulo de arreglar los hechos á su modo sin ningun miramiento por la verdad.

Acaso por consecuencia de esta indeferencia por la verdad admitió Napoleon en su gracia á los oficiales franceses que habian faltado á su palabra fugándose de Inglaterra: esto era, decia, por via de represalias, porque el gobierno ingles habia hecho otro tanto segun él suponia. El hecho es falso; pero aun cuando fuese cierto, no podria justificar á un soberano ni á un general el que aprobase á un militar que habia faltado á su honor. Los oficiales franceses que habian adquirido su libertad á este precio, no dejaban de ser unos hombres deshonrados é indignos de servir en el ejército frances, aun cuando hubiesen podido citar con verdad ejemplos de igual infamia en Inglaterra.

Pero en donde se reconoce de la manera mas notable i al mismo tiempo mas estraordinaria el sistema de dolo de Bonaparte i su determinacion de manifestarse en todas las circunstancias bajo el punto de vista mas favorable, es cuando se representa como el partidario i protector de las ideas liberales. Habia destruido en Francia hasta el menor vestigio de la libertad; habia perseguido como ideólogos cuantos parecian echarla á menos; se habia vanagloriado de haber restablecido el gobierno monárquico; la guerra entre él i los constitucionales, suspendida despues de su regreso de la isla de Elba por una tregua facticia, se habia encendido de nuevo, i los liberales habian sido espulsados de la capital; habia legado en su testamento el epiteto de *traidor* á Lafayette,

uno de sus gefes mas sínceros; sin embargo, á pesar de esta oposicion constante al partido que las profesa, ha osado nombrarse partidario de las ideas liberales. Se ha atrevido á ello i se le ha creído.

Solo de una manera pueden esplicarse tan estrañas contradicciones. Los amigos de la revolucion son, por principios, los enemigos de las antiguas monarquías i de los gobiernos establecidos. Napoleon por casualidad se hizo adversario de estos gobiernos, no porque les disputase su existencia legal, sino porque no quisieron admitirle en su círculo de legitimidad; i aunque no habia ni podia haber ninguna relacion verdadera entre su sistema i el de los liberales, sin embargo como tenian los mismos adversarios, cada uno estimó en el otro el enemigo de sus enemigos. Napoleon hizo un estudio en los últimos tiempos para asegurarse, cuanto podian hacerlo con sus protestaciones, el apoyo i el afecto de todos los partidos, al paso que de otro lado no podia ser una cosa indiferente para el partido con que se lisonjeaba contar, aun cuando no fuese mas que por doce horas, á Napoleon en el número de sus discípulos.

La memoria de Napoleon, despues de una vida toda de despotismo i de conquistas, ha sido bendecida i consagrada á la admiracion por hombres que se apellidan con énfasis los amigos de la libertad.

Concluyamos como hemos comenzado. Las faltas de Bonaparte fueron las del soberano i del político, mas bien que las del individuo. La sabiduría misma ha escrito que si deci-

mos que no hemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos i no conocemos la verdad. Su ambicion desordenada le constituyó el azote de la Europa; sus esfuerzos para disfrazar este principio de egoismo, le hicieron emplear á un tiempo la fuerza i la astucia, i establecer un sistema regular para engañar á los que no podia someter. Si su carácter hubiese sido friamente cruel, como el de Octaviano, i se hubiese abandonado á la fogosidad de sus pasiones como otros déspotas, la historia de su vida privada, bien asi como la de sus campañas, hubiera debido escribirse con caractéres de sangre; si en vez de asegurar que nunca habia cometido tal crimen, se hubiese limitado á decir, en su panegírico, que hallándose en la cumbre del poder habia resistido á la tentacion de cometer muchos, nadie le hubiera contradicho; i ciertamente no es este un pequeño elogio.

Su sistema de gobierno era completamente falso; comprendia la esclavitud de la Francia, i propendia á la conquista del mundo, pero la Francia recibió mucho en cambio de la rica joya que le robaba. Napoleon le dió un gobierno regular, escuelas, instituciones, tribunales de justicia i un código de leyes. En Italia, su administracion no fué menos gloriosa ni menos útil. Los felices efectos que resultaron de su reinado i de su carácter para los demas países, comenzaron tambien á hacerse sentir, aunque ciertamente no sean de la naturaleza que él queria producir. Sus invasiones han apaciguado las discordias que existian en varios estados entre los gobernantes i los gobernados;

les han enseñado á reunirse contra el enemigo comun; han contribuido á aflojar las cadenas de la feudalidad, á ilustrar á un mismo tiempo al príncipe i á los súbditos, i han acarreado un crecido número de resultados admirables, que por haberse desarrollado lentamente i sin sacudimientos, no serán menos útiles i duraderos.

Concluyendo la vida de Napoleon Bonaparte, debemos hacer observar que ha esperimentado los dos estremos, el mas alto grado de poder i el infortunio mas inaudito; i que si algunas veces pareció vano, cuando estaba sostenido por las armas de la mitad del globo, ó demasiado propenso á quejarse cuando se vió encerrado en los estrechos límites de Santa Elena, no está á los alcances de los que nunca han salido de la region media de la vida, el apreciar la violencia de las tentaciones que le hicieron sucumbir, ni la energía de carácter que opuso á las que consiguió domar.

# DESCRIPCION

## *de la isla de Santa Elena.*

Tiene esta isla veinte i siete millas de circuito, i casi toda ella se compone de peñascos tan altos i escarpados que inspiran horror á quien los mira. El mas elevado de todos ellos tendrá en línea perpendicular unos 2800 pies de altura. No corre rio alguno en todo aquel suelo, i los buques que arrivan á la isla tienen que fondear en un parage inmediato á la poblacion, donde se ponen al abrigo de los vientos N. O. que soplan casi siempre en aquella costa. Componen la poblacion cuatro mil almas, entre ellas quinientos chinos, los cuales habitan en una quebrada, al parecer ensanchada á fuerza de brazos. La guarnicion consta regularmente de tres cientos soldados ingleses, pero el mayor número de los habitantes son milicianos que hacen guardia una vez al mes, ó de dos en dos meses. Mientras vivió Bonaparte en la isla ascendia la guarnicion de tropas de línea á dos mil hombres. La poblacion está fortificada por un efecto de la habilidad de los ingenieros ingleses, que con admiracion de todo el

mundo han sabido construir sólidamente en aquel desierto peñascoso, abriéndo muchos caminos con cercas ó paredes á los lados no solo para la conduccion de carruajes i artillería, sino tambien para la comunicacion con las casas de campo i la habitacion de Bonaparte. Está la isla provista de comestibles aunque en ella escasea el ganado vacuno al paso que abunda el lanar i cabrío, las gallinas, el pescado, etc. Tampoco se carece de frutas; pero todo á precios muy subidos, sobre todo la carne de vaca. Hay dos ó tres fondas, i varias casas de huéspedes, en las cuales les cuesta á los estrangeros comunmente á cada uno sobre siete duros diarios, i á razon de la mitad por cada niño ó criado. Aunque corto i reducido el establecimiento de Santa Elena, gozan sus habitantes de ciertas comodidades i recreos que no se encuentran en muchos pueblos de Europa, pues ademas de sus casas de campo tienen teatro, escuela de primeras letras, iglesia, casa de baños, café i villar, hospital i varios jardines i huertas. Las casas son aseadas i de graciosa planta: pero de costosa construccion por ser de madera, artículo que como casi todos los de consumo le llevan de afuera, porque el país no produce ni con mucho lo necesario para sus habitantes. Apesar de esto la compañía inglesa de Indias introduciendo la industria en Santa Elena, fomenta alli estraordinariamente la cria de gusanos de seda; i á fin de activar la salida de estos preciosos insectos, ha hecho uso de un medio artificial reducido á echar los huevos ó semilla en agua caliente hasta cierta temperatura, i de este modo se reproducen los gu-

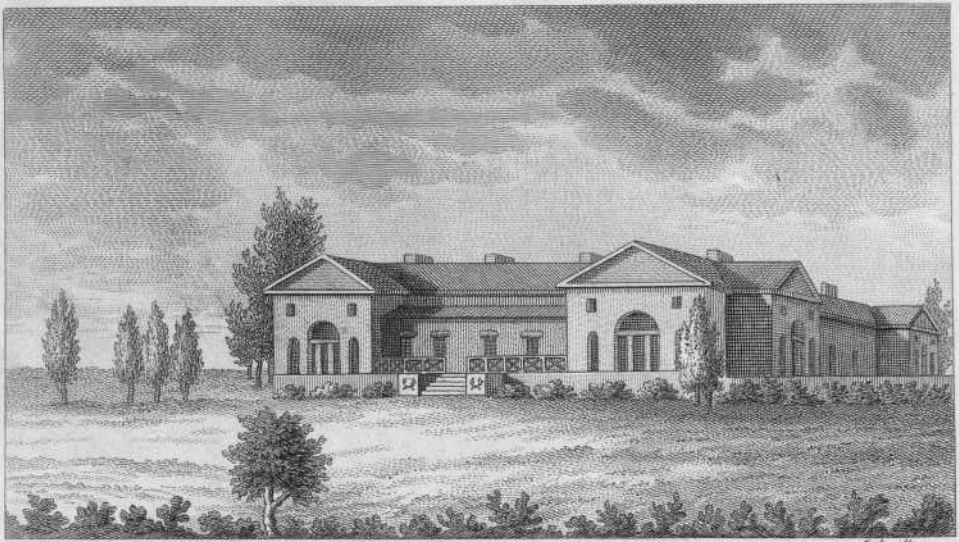
sanos en cualquiera estacion del año. Prosperan tambien las moreras en aquel suelo, de modo que las primeras que se plantaron, siendo de dos pies de altura, llegaron á crecer hasta diez en un año. Se han recibido ya muestras de aquella seda en Inglaterra, i es de superior calidad, siendo lo mas raro que no tiene color alguno. En los últimos años se han plantado en la isla hasta doscientos mil árboles para madera de construccion de buques i casas: la mas alta de estas no pasa de seis á siete varas.

Aquellos habitantes tienen las caballerías necesarias para la labranza i otros usos, i ademas ha introducido la compañía algunas castas de escelentes caballos para su propagacion.

A una distancia de mas de cuatro millas de la poblacion se halla el sepulcro de Napoleon, compuesto de tres piedras grandes toscas, colocadas casi al nivel del suelo i con una estension de ocho pies de largo, con una cornisa ó borde de marmol ordinario en la orilla. Circuye el sepulcro una barandilla de hierro de la altura de un hombre, i á tres varas de distancia hay una empalizada ó cerca de madera. Entre uno i otro cercado, inmediatos á la barandilla, hay dos melocotoneros i cuatro sauces cuyas ramas colgantes hacen sombra al sepulcro. Nadie puede acercarse á este paraje sin permiso del gobernador de la isla i acompañado de un oficial. Custodia constantemente el sepulcro un guardian que á nadie permite coger una hoja siquiera de aquellos árboles como lo solicitan muchos estrangeros, mas á pesar de esto suele conseguirse mediante algunas dá-

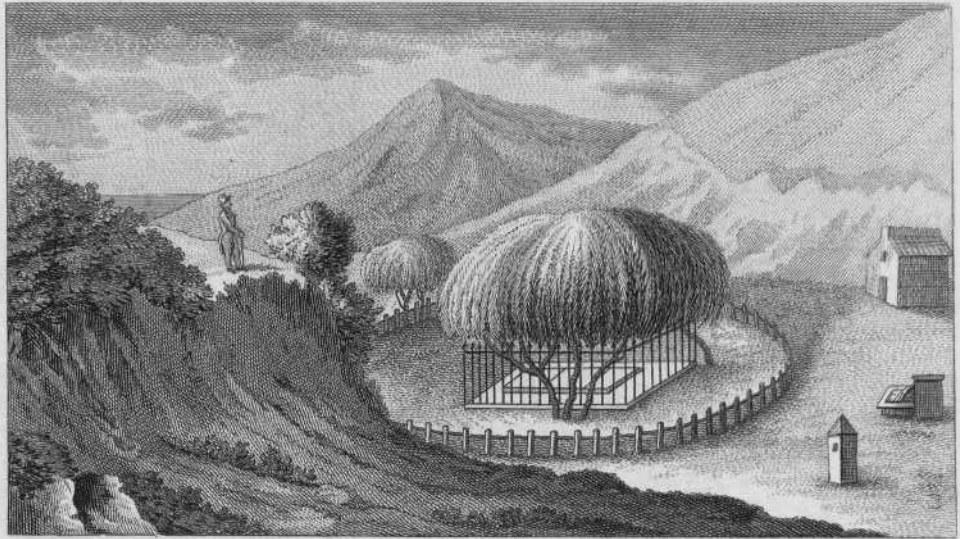
divas i ruegos. A unos doce pasos de distancia del sepulcro hay una fuente de buen agua, de la cual solia beber Napoleon. Ciertamente la causa de haberle dado sepultura en aquel paraje, es porque un dia que fué alli á paseo, dijo que queria le enterrasen en aquel sitio. Distante dos millas del mismo sepulcro está situada la casa que habitó, reducida á cuatro estancias ó cuartos, que es lo único que entonces permitian las circunstancia. Inmediato á la misma habitacion se construyó el cómodo i elegante palacio en que debia de vivir con sus generales, situado en la llanura de un monte á la altura de dos mil seiscientos pies sobre el nivel del mar, siendo esto la causa del mucho rocio que alli se esperimenta i de que tanto se quejaba el ilustre desterrado. Aseguran que costó este palacio una suma de cinco millones de reales, cosa verosimil atendiendo á la magnificencia con que está construido, á su capacidad i á que todos los materiales para construirle ó armarle fueron llevados de Londres.

FIN DEL TOMO NONO I ÚLTIMO.



B. Planella d. J. Amillo g.

PALACIO QUE LE ESTABA DESTINADO.



SEPULCRO DE NAPOLEON.

# LISTA

## DE LOS SEÑORES SUSCRITORES.

*BARCELONA.*

El Exmo. Sr. Conde de España, capitan general de este ejército i Principado.
Dr. D. Ramon Urgell, abogado.
D. Francisco Baulenas, del comercio.
Dr. D. Narciso Fonolleras, abogado.
D. Pablo Pons i Torner.
D. F. N.
D. Juan Sopena, corredor real de cambios.
D. José María Serra, del comercio.
D. José Constantí.
D. José Gualba i Modolell.
D. José Oños, corredor Real de cambios.
D. Juan Bautista Maimó.
D. Ignacio Turrent, secretario del ayuntamiento de Sarriá.
D. Ignacio Pedrosa, fabricante.
D. José Luis de Rocha.
D. Ignacio Pedralves, del comercio.
D. Ramon Domenech.
D. José Ramon Molet, teniente coronel retirado.
D. J. M. i P.
D. José Antonio Mestre i Alba.
D. Valentin Esparó, del comercio.
D. Pedro Clerch, del comercio.
D. Gabriel María Cañadó.
D. Gerónimo Font.
D. Ramon de Salas, capitan del Real cuerpo de Artillería.
D. Domingo Font, oficial de la secretaría de la capitanía general.

D. Gerónimo Nadal.
D. Pedro Brossosa i Belloch.
D. Narciso Dilmé.
Dr. D. José Verner, abogado de los Reales consejos.
D. Ramon Garcia Vecino.
D. Pablo Soler, del comercio.
D. Juan Nepomuceno Klein.
D. J. S.
D. Juan Fabra.
D. Miguel Ventats.
D. Francisco Pí.
D. M. B. G.
D. José Ignacio Fillol.
D. Benito Cortés, del comercio.
D. Fernando de Sagarra.
D. Manuel Diraichin.
D. M. F.
D. Tomas Bruguera.
D. Francisco Torras i Romeu.
D. A. P.
D. F. de P. C.
D. Ramon Juliá.
D. Ramon Mestres, del comercio.
D. J. M.
D. Antonio Salgado.
D. Antonio Rodó.
Dr. D. Ignacio Porta, médico.
D. José Planas i Casas.
D. Antonio de Fluviá.
D. José Antonio Traserra.
D. Juan Antonio Cuyás, del comercio.
D. Magin Piera.
D. Joaquin Marín de Torres.
D. Juan Gibert, farmacéutico.
D. Mariano Boixader.
D. José Calvet i March.
D. Vicente Ferrer de San Jordi.
D. A. J.

D. José Antonio Vadrines.
D. Miguel Escuder.
D. Ramon de Marlés, paborde del Panadés del Real Monasterio de San Cucufate.
D. José Masgrau.
D. Miguel Riera i Rafart, del comercio.
D. Andres Bruguera, del comercio.
D. Ramon Cuyás del Bosch.
D. V. J. B. i C.
D. Marcelino Andres
D. José Antonio Delite.
D. Pedro Cónsul.
D. Angel María Paz, capitan i alferez de la guardia Real de infanteria.
D. Miguel del Pino, teniente coronel graduado del 5.º ligero de infanteria.
Dr. D. José Calveras.
D. Cayetano Orri, del comercio.
D. José Rafael Plandolit, del comercio (*por dos ejemplares*).
D. Lorenzo Balari, del comercio.
D. Antonio Vidal, del comercio.
D. Valentin Rodriguez.
D. B. S.
D. José María de Mestres.
D. Antonio Miarons, del comercio.
Dr. D. Jacinto Domenech, abogado.
D. Andres Domenech.
D. Salvador Subirana.
D. I. A.
D. Francisco Soria.
D. Juan Cascante, del comercio.
D. Ignacio Pusalgas.
D. Fernando de Córdoba, teniente de infanteria del 4.º regimiento de la guardia Real.
El Sr. Baron de Vilagayá.
D. Joaquin Nouet, farmacéutico.
D. Bernardo Martin de Villarragut.

D. José Peña, teniente de la guardia Real de infanteria.
D. Melchor Umbert, corredor real de cambios.
D. Antonio Ceriola, del comercio.
D. Manuel de Ramos, capitan del 5.º de infanteria ligera.
D. Juan Turull, del comercio.
D. Jaime Matamala, del comercio.
D. Pedro Ferrer, del comercio.
D. José Xiques.
D. F. B.
D. Juan Simon.
Dr. D. Salvio Ros, abogado.
D. Antonio Plá i Debesa, del comercio.
D. Miguel Ferrer (*por dos ejemplares*).
D. Domingo Estruch, grabador de láminas.
D. José María de Despujol.
D. Miguel Sagaró, hacendado.
D. Antonio Palmarola.
D. Vicente de Cilla, arcediano de Santa María del mar de la Santa iglesia de Barcelona.
D. Jaime Capella.
D. José Carreras.
D. Luis Ferrer.
Dr. D. José Sanmartí, abogado.
D. Domingo Coll, del comercio.
D. Cristobal Batlle, del comercio.
El Coronel D. Miguel Sanchez, comandante del 8.º de línea.
D. A. M. A.
Doña A. V.
Dr. D. Pedro Cuffí, abogado.
Dr. D. José Ignacio Valls, presbítero.
Dr. D. José Farriols, abogado.
D. Ginés Jorquera.
D. Juan Aquilina.
D. Juan Nicolau, del comercio.
D. Ramon Sans, causídico.

D. Antonio F.
El M. R. P. Fr. Cristobal Andres, prior del convento de Santa Mónica.
D. Mauricio Giró i Vilanova, profesor de educacion.
D. Rafael Sabadell, del comercio.
D. Paladio Juncá, teniente de infanteria.
D. Ramon Clará, corredor real de cambios.
D. Ramon Calderon, capitan del 8º de línea.
El Exmo. Sr. Marques de Castelldosrius.
D. Pedro Codina, del comercio.
Dr. D. José Casadevall.
D. Jaime Calvell.
D. M. P. i C.
D. C. B.
D. Mariano Geli.
D. Agustin Aymar.
D. Juan José de Olivar, caballero hacendado de Mahon.
D. Mariano Figueras i Pou.
D. José Antonio Albareda.
D. Francisco Volart, del comercio.
D. Ramon Castellá, del comercio.
D. Andres Subirá.
Dr. D. José Fors de Casamayor.
D. Pascual Saco, teniente graduado de capitan del 8º de línea.
D. Francisco Rafart, capitan retirado de infanteria.
D. Joaquin Compte, del comercio.
Señores Hermanos Canals i Torres.
D. Lorenzo Valls.
D. Jaime Serra.
D. José Monnér.
D. Silvestre Santaló
D. Leopoldo O-Donell, teniente coronel i capitan de la guardia Real de infanteria.
D. Juan Pí.
D. Gregorio Garcia.
D. Pedro Larosa, del comercio.

D. Juan Antonio de Reyes, teniente coronel i ayudante de la guardia Real.
El Brigadier D. Ramon Gomez de Bedoya.
D. Ignacio Flaquer, del comercio.
D. J. Soler.
D. Felio Pascual, del comercio.
D. Patricio Garcia, coronel de caballeria.
D. Narciso Sunyer, hacendado.
D. G. A.
D. J. S. i B.
D. Juan P. Fatjó, corredor real de cambios.
D. Manuel Campos.
D. Jacinto Batlló.
D. Francisco Serra.
D. Pedro Font.
D. José Bosch, fabricante.
El Coronel D. José Sagarra.
D. Narciso Costa.
D. Rafael Crespo.
D. Miguel de Arquiñarena, 1.er oficial de correos.
D. Antonio Bondó.
D. Andres Domenech.
D. Francisco Fradera.
D. Rafael Casasanpere.
D. Manuel Latorre, alcalde mayor de Zaragoza.
Dr. D. Pablo Tarragona, abogadp.
D. Juan Sirera, subteniente de la guardia Real de infanteria.
D. Salvador Vilallonga, subteniente de la guardia real de infanteria.
D. José Torro i Cardona.
D. Antonio Aimerich, capitan ayudante de la guardia Real de infanteria.
D. Juan Bautista Nicolau.
D. Pedro Antonio Madrid.
Dr. D. Pablo Pelachs, abogado.
D. Joaquin Manuel de Alba, teniente de la guardia Real de infanteria.

D. Fernando Cotoner, teniente de la guardia Real de infanteria.
D. Francisco Madia.
D. José Arañó.
Dr. D. José Rovira, abogado.
D. José Torras.
D. Joaquin Cerdañons i Boromba.
D. Ramon Maresch i Ros, del comercio.
D. José Puig i Batlle, del comercio.
D. Cayetano María Sibelo.
Dr. D. Cayetano Roviralta, abogado.
D. Francisco Roses
D. C. P. S.
D. Francisco Zaragoza.
D. Mariano Rivas i Tamaro.
D. Pedro Durán, del comercio.
Dr. D. Ramon Tomas, médico de la villa de Albi.
D. Gerardo Roura.
D. Gabriel Simó.
D. José Bernabé.
D. Antonio Vall.
D. Domingo Puig.
D. A. P.
D. José Vidal (*por dos ejemplares*).
D. Narciso Vidal.
D. Raimundo Vidal.
D. P. A. R. B. A. S.
D. J. A. L. O. A. R. T. E.
D. J.n P.s i Feliu.
Dr. D. Ramon Saurí, abogado.
D. José Pich i Carreras.
El M. R. P. Fr. Francisco Monpou, religioso servita.
D. Jacinto Ramoneda.
D. Ramon de Ramon.
D. Joaquin Serra i Moncau.
D. Angel Serratosa.
D. José Balios, causídico de la Real Audiencia.
D. Francisco Olet, presbítero en Areñs de mar.

D. José Sala, presbítero beneficiado de la parroquia de San Miguel.
D. Narciso Bratau.
D. José Brugada.
D. Antonio Alsina.
D. Onofre Simó.
D. José Teixidor, canónigo de la colegiata de Santa Ana.
D. Antonio Canals i Llinas.
D. Juan Calsapeu i Torné.
D. Domingo Soler.
D. Agustin Bueno.
D. Pablo Felix Gassó.
D. Baudilio Roig.
D. B. E. T. I.
D. Francisco Casademunt.
D. Francisco del Puy i Ochoa.
D. Pablo Bosch, del Comercio.
D. José Antonio Figueras.
D. A. i R.
D. José Mas.
D. Jaime Rivas.
D. Jaime Vallés.
D. Benito Casabona.
D. José Antonio Masiá.
D. Pablo Cent.
D. Pedro Samada i Bosch.
D. Antonio Mas.
D. José Antonio Fernandez de la Anja, alcalde mayor de Granollers, i subdelegado de policía.
El Exmo. Sr. Baron de la Barre.
D. José Balaguer.
D. José María de Viala i de Carballo.
D. Tomas Gaspar, del comercio de libros (*por dos ejemplares*).
D. Joaquin Rovira.
D. José Soler.
D. Estevan Picó.

D. Valentin Llozer.
D. Francisco Roig i Roig.
D. Manuel Centena i Altimira.
D. Clemente Santocildes, teniente de la guardia Real.
D. Juan Ferrer i Albareda.
D. Antonio San-German.
Dr. D. Antonio Carrera i Draper, abogado.
D. Eudaldo Rovira i Elias, escribano.
D. Juan Cebrian, sargento de Bailen.
D. Elias Pecanins.
D. F. E.
D. José de Martí i de la Peña.
D. José Furch.
D. Manuel Martinez Rueda.
D. José Ciurana.
Dr. D. Vicente Castillon.
D. Pablo Vidal i Cisternas.
D. Jaime Reverter, presbítero.
D. Narciso de Sucre.
D. Feliciano de Noguer, paborde de Vilademunt, dignidad del Real monasterio de S. Pedro de Roda.
D. Bautista Gené.
D. Juan Alomar, prior de la Villa de Granollers.
D. Pedro Juan Andreu.
D. Jaime Alier.
D. José Estruch i Ferrer.
D. Ramon Rovira.
D. José Tornamira.
D. José Fabregas.
D. Juan Cuesta, capitan del 8º de línea.
D. Pedro Juan Puig.
D. Joaquin Martí i Codolar, del comercio.
D. Ignacio Lopez, corredor real de cambios.
D. Sebastian Martí, Abogado.
D. Bartolomé Bosch.
D. Salvador Palmarola.
D. Isidro Nava.
D. Roque Ramon.

D. Juan Prats.
Dr. D. José Almirall, abogado.
Dr. D. Francisco Coll, abogado.
D. E. D.
D. José Antonio Barraquer.
D. Francisco de Paula Borrás, del comercio.
D. Juan Montardit.
D. José Lluch.
D. Severo Argemi.
D. Francisco Corvino.
D. Mateo Plandiura.
D. Francisco Gibert.
D. Francisco Bessa, del comercio.
D. Matias Mascaró, del comercio de Mahon.
D. Joaquin Farguell.
D. Ramon Domingo Perez, del comercio.
D. Pedro Acosta capitan de caballería.
D. Jaime Carrancá.

*Madrid.*

D. Nicolás Gallardo.
D. José María Arias Avila.
D. Francisco Chaves i Artacho.
D. Pedro Gimenez de Aro.
D. Manuel Guardamino.
D. Antonio Avecia.
D. Martin del Rio.
D. Manuel Gonzalez Serrano.
D. Bartolomé Gonzalez Flores.
El M. R. P. Provincial de S. Francisco de Granada Fr. Juan María i Nojosa.
El Illmo. Sr. D. Aniceto Larrea.
D. Vicente Gomez Pedras.
El Illmo. Sr. D. Guillermo Vargas.
D. Sebastian Hurtado.
D. José Alcalá Galiano.

D. Francisco Lopez de Prado.
D. José Vazquez Ballesteros.
El Exmo. Sr. D. Manuel María Pusterla.
D. José Carvajal.
D. A. S.
El Sr. Marques de los Llanos.
El P. Pedro Chacon, clérigo menor.
D. Antonio Siles.
D. Juan Pertines.
El P. Abad de N. S. de Ovarenes.
El General D. Pedro Alcántara Musó.
Dr. D. Joaquin Francisco Secchi, abogado de los Reales consejos.
D. Manuel Calvo, oficial del ministerio de la Guerra.
D. Manuel Mustich.
D. José María Busengol.
D. Andres Fernandez.
D. José Mateu.
D. Jacinto Revillo.
D. José María Vasallo.
D. Lybinio Estuyk.
D. Diego Delicado i Zafra.
D. José Fernandez.
D. Mariano Lliso.
D. Francisco José Blanco.
D. Rafael Mariano Boutet.
D. Francisco de Quevedo i Bueno.
D. Fernando Cagigal.
D. Eugenio Guerra.
D. Sebastian Palet.
El Exmo. Sr. Marques de Campo Sagrado.
D. Casto Diaz.
D. Pedro Carrañero.
El Exmo. Sr. D. Diego Contador.
D. Gabriel Gonzalez Maldonado.
D. José Pellico.
D. M. M. Reinoso.
D. José María Acosta.

D. Diego Feito.
El Exmo. Sr. Marques de Benameji.
El teniente coronel D. Balbino Arce.
D. Nicolás de Torres.
D. Francisco Recio de la Puente.
D. Juan Bautista de Llano.
D. Ramon Calvo.
D. Joaquin Ruiz.
D. Domingo Antonio Lopez.
D. Antonio Rejula i Bucel.
D. Ramon Villabriga.
D. Mateo José Lopez.
D. Francisco Garcia.
D. Fernando Sacristan.
D. Lorenzo Rodriguez de Zela.
D. Francisco Razola, del comercio de libros.
D. Genaro Vazquez.
D. Francisco Losada.
D. Ildefonso Hernandez.
D. Miguel Nuñez.
D. Juan Sengotita Vengoa.
D. Francisco Ocampo.
D. Juan José Rodrigo de Mena.
D. Agustin Cano Pizaro.
D. José Noreña.
D. Joaquin de Fagoaga.
D. Braulio Rodrigo.
D. Eduardo García.
D. José Calvo.
D. Ezequiel Blanco.
D. Juan Manuel Mendoza.
D. José Diaz.
D. José Juan Tórres.
D. Francisco Luengo.
D. Mariano Largo.
D. Miguel Jorge.
D. Julian Aguado.
D. Faustino Ibañez.

D. Pedro Sanchez.
D. Matias Vayo.
D. Raimundo Ruiz.
D. Miguel Gutierrez.
D. José Robles.
D. Marcelo Mena.
El Exmo. Sr. Duque del Infantado.
D. N. de L.
El Sr. Marques de Cásares.
D. Antonio Silvostre.
D. Antonio Pendarias.
D. Juan Renteria.
D. Manuel Garcia.
D. Fernando Izquierdo.
D. José Gonzalez.
D. Francisco Rosado.
D. Sebastian Aguado.
D. Marcos Laguna.
D. Manuel Gomez.
D. José Delicado i Diaz.
D. Fernando María Santoja.
D. Bartolomé Miralles.
D. Luis de la Torre i Urrutia.
D. Juan Antonio Callejas.
D. Luis María de la Llama, capitan de caballeria.
D. Crisanto Lopez Muñoz.
D. Antonio Lopez.
D. Ramon Navarrete.
D. Luis Molina.
El M. R. P. Fr. Luis Alvarez.
Doña Gregoria Ayuso.
D. Ramon Fernandez (*por dos ejemplares*).
D. Antonio Garfias.
D. Pedro Alejandro Barrantes.
D. Manuel de Cardenas.
D. Manuel de Ubado de Aguirre.
Doña María Sandalia Acebal i Ángulo.
D. Antonio Rafael Narvaes.

D. Angel Garcia.
D. Francisco Pastor.
D. Luis Garcia Puente.
D. Miguel de Aza.
D. J. A. Ll.
D. Juan Lecande.
D. Gregorio Zanchi.
D. Andres Santa-Cruz.
D. Mariano Garcia Bajo, alcalde mayor de Valdepeñas.
Licenciado D. Bernardo de Echavarria i O-Gaban.
D. Iñigo Ortés de Velasco.
D. Antonio Melendez.
D. Juan José Barrera.
D. Vicente Minio, mariscal de campo i coronel de corazeros de la guardia Real.
D. José Prudencio de Vega.
D. Luis Bernandez.
D. Francisco Marin Orrian.
Doña Tomasa Sans i de Mugaburu.
D. Juan Antonio Laplaza.
D. Miguel Donato.
D. Ruperto Calderon Henriquez.
D. Antonio Rey.
D. Ramon Larruga.
D. José Henriquez Torres.
D. Antonio Martinez.
D. Santiago Alvarado i de la Peña.
D. A. G. B.
D. Ambrosio Ortiz.
D. Isidro Ortega Salamon.
D. Diego Vazquez.
D. Manuel Granados.
D. Manuel Antonio Benedicto.
D. S. C.
D. Luis Mariano Trota.
D. Agustin Lopez Carretero, fiscal del consejo de órdenes.

D. B. A.
D. Francisco Molada.
D. José Ramon Mackenna, brigadier de los reales ejércitos.
D. Lorenzo de Palacio i Musitú.
D. Antonio Gonzalez.
D. Julian Bueno.
D. José Buena-Vida.
D. Manuel Peña Redonda.
D. Carlos Sexti.
D. Felipe Alvarez i Calbo.
D. Eusebio Gallego i Bustamante.
D. Guillermo San Pedro.
D. José Cano Caballero.
D. Santiago Sanchez Medrano.
D. José Alvaro.
D. J. B. S.
Doña María Francisca de Gonzalez Vallejo.
D. Rafael Cabanillas.
D. Gregorio Gila.
D. Manuel Ubiria.
D. Carlos Risueño.

*Alicante.*

D. Nicolás Blanc.
D. Estevan Pastor.
D. Antonio Gamborino.
D. Pascual Vassallo menor.
Dr. D. Vicente Pastor de la Losa, dignidad de sacristan.
D. Miguel Gutierrez.
D. M. C. E.
D. Antonio Garcia.
D. Vicente Calpena menor.
D. Antonio Lloret.
D. Jaime Daniel Arabet, cónsul general de Prusia.
D. Salvador Ellull.
D. Francisco Friay.
D. José Izquierdo.

D. Francisco Jover.
D. David A. Beath.
D. Felipe Blanquer.
D. Juan Blanc.
D. Juan José Carratalá, del comercio de libros.

*Algeciras.*

D. Andrez Izquierdo Morales.
D. Manuel Guibert.
D. Agustin Frescals.
D. Francisco de la Peña.
D. Salvador Rey.
D. Ildefonso Velasco.
D. Antonio de Mena.
D. Juan Manuel Perez de Celis.
D. Rodrigo Sanchez Arjona.
D. Ignacio Alvarez Pardo.
D. Francisco de Paula de Orellana.
D. Francisco Marin.
D. Fernando Portillo.
D. Manuel Movillon.
D. Juan Lopez.

*Antequera.*

D. Salvador de Burgos, cura párroco i vicario de esta ciudad.
El Exmo. Sr. Conde de Cartaojal, teniente general de los reales ejércitos.
D. Juan Rodriguez Catalan, escribano.
D. Ramon Muñoz, escribano.
D. Juan Antonio Pardo.
D. Francisco Vilbao, capitan retirado.
D. Gaspar Moreno.
D. Pedro Galban, presbítero.
D. Mateo de Vilches, presbítero.
D. Antonio Aguilar.
D. José Prolongo.

*Ávila.*

Dr. D. Francisco de Andraca, provisor i vicario general.
Dr. D. Mateo Gonzalez, médico de esta ciudad.
D. Antonio Salcedo, Escribano.
D. Miguel Gomez Cadiñanos, empleado.
D. Francisco Molada, administrador de rentas.
D. Ramon Rovina, empleado.
D. Domingo Fontal, capellan del número.
D. Isidro Galache, idem.
D. Leoncio Serrano, mayordomo de propios.
D. Domingo Arnaez, cura de Cigeras.
D. Manuel Carmona.
D. Valentin Lopez, cura de Muñogrande.
D. Vicente María Oraá, director de caminos.
D. Fausto Aguado, del comercio de libros.
D. Francisco Prado, vecino de Arebalo.

*Badajoz.*

D. Damian Daza, cura párroco de Jerez de los Caballeros.
D. José María Peche de Zaynos.
D. Saturno Mateo del Campo, vice-cónsul de S. M. C. en Yelbes Portugal.
D. Domingo Sanchez, mayordomo.
D. Juan Vazquez Bote.
D. Gerónimo Patron.
D. Pedro Bueno.
D. Juan Francisco de Urive, del Almendral.

*Barbastro.*

D. Antonio Huertas i Lera, canónigo de la Santa Iglesia Catedral.
El Sr. Marques de Nibbiano, caballero gran cruz de la órden de Carlos III.

Dr. D. Mariano Viu, abogado i regidor de esta ciudad.
D. Felipe Cebrian, cura párroco de Pozan.
D. Pablo Sichar de Estada.
D. Dionisio Abad de Estadilla.
D. Manuel Dalman de Estopiñan.
D. Miguel Puiblanquet de Alvalate de Cinea.
D. F. A.
D. Roque Gallifa, impresor de Zaragoza.
D. Felipe Lafita, del comercio de libros (*por dos ejemplares*).
Doña Narbona Lafita.
D. Pancrasio Lafita.

*Bilbao.*

D. Xavier María Iturralde, vista de este juzgado de contravando.
D. José María de Sado, del comercio.
D. Francisco Antonio Frernedo, escribano.
D. Casimiro Naguria, propietario.
D. Mariano Castaños, propietario.
El Sr. Conde de Monte-Fuerte.
El Sr. Marques de Robledo.
Dr. D. Antonio de Urdapilleta, abogado.
D. Antonio Leonardo de Letona, propietario.
D. Antonio Orroño, arquitecto.
D. José Ruiz de la Pedruza, beneficiado.
D. José Francisco de Moronati, maestro de primera educacion.
D. Benito de Ansucitegui, administrador.
D. Ildefonso Marquina, propietario.
D. Fray Manuel Espinosa, vicario de monjas.

*Burgos.*

El R. P. Fr. Santiago Roman, predicador en el convento de San Cristobal de Ibeas.
D. Ramon Valle de Grañon.

D. Santiago Vitoriano.
D. Calisto Herrera.
D. Joaquin Barbajero, canónigo doctoral de esta Santa Iglesia.
D. Joaquin Salamanca, canónigo de la misma.

*Cádiz.*

Señores Hortal i compañia, del comercio de libros (*por seis ejemplares*).
D. Nicolás Urban Ramos, (*por dos ejemplares*).
Dr. D. Teodoro Madrazo.
D. Bernardo Blanco, mariscal mayor del regimiento de caballeria de la Reina.
D. Fernando Gargollo.
D. Miguel Josef Pedrera.
D. Josef María Noble.
D. José Ontañon.
D. Francisco Gomez i Segura.
D. José Gomez.
D. Nicolas Romero.
D. José María Ortiz.
D. Vicente Izquierdo.
D. Francisco Gutierrez del Regato.
D. Juan Bautista Pongilioni.
D. Manuel Castelar.
D. Manuel Blanco.
D. Miguel Robles.
D. Judas Garcia.
D. Juan Samint.
D. Pedro Camacho, presbítero.
D. Salvador Garcia, cura párroco.
D. Juan de Dios Larsanta.
D. Rafael Laborde.
D. Francisco Velando.
D. Alejandro Benitez.
D. Mariano Casaña.
D. Juan Ruiz Somoviva.

D. Antonio Rapalo.
D. Juan Guetia.
D. Manuel Saldua.
D. Juan J. Merelo.
D. Fernando Ruiz i Terri.
D. Manuel Bances.
D. Miguel Zumaracaregui.
D. Antonio Bapalo.
D. Andres Fresno.

*Cáceres.*

D. Antonio Labordera, administrador de correos de Alcanta.
El Sr. Marques de Camarena i del Reino.
D. Joaquin Laguna.
D. Juan Cisneros.
D. Roque Puyol.
D. Francisco Alvarez.
D. Francisco Cortes.
D. Bernardino Ochoa contador de rentas reales de esta.
D. Ignacio Hurtado.
D. Andres Rego de Sanjuan.
D. Pedro Miguel Cabezas.
D. Juan Francisco del Valla.

*Cartagena.*

El Sr. Contador principal de marina de este apostadero.
El Sr. Marques de Montanara.
D. Joaquin Alburqueque i Saurí.
Dr. D. José María Saavedra, abogado.
D. José Martinez, profesor de medicina.
D. José Pablo Bretado.
D. José Peñalbes.

*Cervera.*

Dr. D. Francisco de Cervero, abogado.

D. Felipe Codina, hacendado.
D. Sebastian Capdevila.
D. N. Puig, hacendado.
D. N. Bergoños.
D. Bartolomé Bosch.

*Coruña.*

D. Jaime Montaña.
D. Ramon Nicolás Dias de Ribas, presbítero.
D. José Ibañez.
D. Pascual Perez.
D. R. C.
D. Francisco Adalid, del comercio.
D. Domingo Conde, del comercio.
D. P. F. (*por tres ejemplares*).

*Cuenca.*

D. José Antonio Martinez.
D. Mariano del Barco, segundo comandante de voluntarios realistas.
D. Juan José Vallesteros.
D. Victoriano Cañada.
D. Tomas Bautista, cirujano titular i del batallon de voluntarios realistas de esta.
D. Rafael Lopez Galvez, tesorero de rentas reales de esta provincia.
D. Manuel Domingo Navarro.
D. Manuel Falero, teniente del regimiento provincial de esta.
D. F. de L. P.
D. Leandro Alvarez de Toledo.

*Elche.*

D. José Chorro, presbítero.
El M. R. P. Fr. Francisco Verdu conventual de Elda.
D. Tomas Perez.

*Ferrol.*

D. Meliton Perez de Camino, brigadier de la real armada.

D. Pedro Jacinto Yañez, administrador de reales rentas.
D. José de Urdánvi de Luz, comisario de guerra de esta plaza.
D. Domingo Antonio de Jullaondo, del comercio.
D. Antonio Bastida, cura de San Ramon de Montojo.
D. Fernando Bulnés, contador de correos.
D. Manuel Alsina i Có, del comercio.
D. Ramon Rodriguez, del comercio.
D. Baltasar Amigó, profesor de primera educacion.
D. M. C. S. de F. del comercio.
D. Antonio Valcarcel, oficial de rentas reales.
D. Ramon Lopez Llanos, teniente de navío de la real armada.
D. Bonifacio Guerra.
D. Juan Martinez Pastur, del hábito de San Juan.
D. Joaquin Jofre i Carbonell, del comercio.
D. Leocadio Garcia, cura de San Jorge de Moeche.
D. Francisco Paz.

*Figueras.*

D. Juan Garcia.
D. Pablo Roca i de Rodalles.
D. Gerónimo Hugas.
D. Francisco Suñer i Pages.
D. Enrique Climent i Casadevall.

*Granada.*

El Exmo. Sr. Capitan General D. José Alvarez Campana.
D. Diego Llorente.
D. Lorenzo Santaella.
D. José Mendes Solves.
D. Francisco de Paula Bayo.
D. Francisco Caldas Caballero.
D. José María Segura, secretario del Rey N. Sr. i de este real acuerdo.
D. Francisco Yaguas Gomez de Basa.

D. Policarpo Francisco Juan Romero.
D. Francisco de Galves.
D. José Mellado.
D. Manuel Garcia Vietma.
D. Juan del Carpio.
D. Juan Sevillano.
D. Manuel Pagás i Hermanos de Almería.
El Brigadier D. José Gabarre, gentil-hombre de cámara de S. M. i gobernador de Almería.
D. Felipe Cabeza Casteñon.
D. José de la Peña.
D. José Gonzalez Camorra.
D. Miguel Fernandez, cura de Galera.
D. José Barcarcel.
D. Miguel Lopez Guzman, presbítero.
D. Juan Atanasio Contreras.
D. Francisco de Paula Fauste.
D. J. G. Trigueros.
D. Juan Antonio Rodriguez.
D. Francisco de Toledo i Muñoz.
D. José Vellido.
D. Laureano de Mora, presbítero.
D. Diego Antonio Vidal.
D. José Campo Redondo, del comercio de Motril.
El M. R. P. Fr. José Lucas, definidor del convento de San Diego de Guadix.
D. José Lopez Casas, presbítero de idem.
D. Mariano Sanchez Serrano.
D. Pedro Diaz de la Guardia, canónigo de Sta. Fé.

*Gerona.*

El Exmo. Señor Gobernador D. José Carratalá i Martinez.
D. Narciso Soler i Forns.
D. Narciso Vidal, Pbro. beneficiado de la catedral.
D. José Ignacio Barber, alcalde mayor de esta ciudad.

D. Ignacio Corriols i Gandía, estudiante.
D. Bernardo Mollera, del comercio.
D. José Aguilar, canónigo penitenciario de la catedral.
D. Miguel Heras, hacendado de Adri.
D. Dalmacio Fabregas i Gelpi.
D. Mateo María Gonzalez, canónigo de la catedral.
D. Benito Pigem, dignidad de sacristan de la colegiata de San Felix.
D. Antonio Perez, del comercio.
D. Vicente Adoer de San Martí Vell.
D. Francisco Camps i Roger.
D. José Pages de Ultramort.
D. Narciso Parxés.
D. Felio Busquets, presbítero.
D. Leon Antonio Santamaria, presbítero.
D. Rafael Dalmau, médico de Vérges.
El M. R. P. Fr. Felipe Vilella, religioso servíta.
D. José Comas, del comercio.
D. Pedro Marques i Mauri, organista de Vérges.
D. José Manuel Pich, escribano del Abisbal.
El Sr. Alcalde mayor de San Feliu de Guixols.
D. José Guanter, presbítero.
D. Narciso Cicars.
D. Miguel de Foxá.
D. Francisco Duran, comerciante.
D. Francisco de Camps i de Aviñó.
Dr. D. Jaime Badie, presbítero.

*JAEN.*

D. Juan José Forcada.
D. Remigio Estevan.
D. Domingo Saturnino Ruimonte, prevendado de la Santa iglesia catedral.
D. Luis de Quesada i Carrillo, prevendado idem.
El Sr. Marques de Navasequilla.
D. Bernardo José Basallos.
D. José Pablo Blanco.

D. Juan Cano.
D. Fernando Marin.
D. Manuel Sebastian Casado.
D. Mateo Candalija.
D. Miguel Melgar.
D. Roque Correa.
D. Vicente de Torres.

*Jerez de la frontera.*

D. Francisco Sierra.
D. José Sanchez
D. Mariano de Olañeta, alcalde mayor de esta.
El R. P. Fr. Juan Sanchez.
El R. P. Fr. Domingo Senteno.
D. José Ventura Lema.
D. Cristobal Ortega.
D. Antonio Lara, presbítero.
D. Manuel Garcia Cuña.
D. Nicolas Agustin Paloma.
D. Manuel Garcia de la Torre.
D. José Iglesias.

*Logroño.*

D. Manuel Ortega.
D. Pedro Vicente Rubio.
D. Bernardo Arias.

*Lérida.*

D. José Gimenez, racionero.
D. José Biscarrí, presbítero.
D. Ramon Sanchez Royo, racionero.
D. Bautista Pujadas.
D. Francisco María Biscarrí.
D. Ignacio Batiller.
D. Pedro Niuba i Foguet.
Dr. D. Joaquin Gomar, abogado.
D. Manuel Casals.
D. Bernardo Colmenares.

D. Francisco Miguel, cura párroco.
D. Tiburcio Asiain, alcalde mayor de esta.
D. Juan Longavita.
D. Antonio Ferrer, cirujano.
D. Gerónimo Blavia, racionero.
D. Antonio Farriols, canónigo.
D. Joaquin Canalda.
Dr. D. Anastasio Fleix, chantre mayor.
Dr. D. José Ricart, presbítero.
D. Mariano Hostalrich, escribano.
D. Eudaldo Mercader, procurador.
D. Pedro Palau, cura párroco.
Dr. D. José Vidal, canónigo penitenciario.
D. Joaquin Vera Belmunt, escribano Real i de guerra.

*Málaga.*

D. José de Ortega i Merida, secretario del ayuntamiento del Colmenar.
D. Tomas Kirkpatrick, del comercio.
D. Vicente Navarro, profesor de farmacia.
D. Juan de Dios Lopez, del comercio.
D. José de Medina, del comercio.
D. Juan Pascual Molina, escribano en Velez-Málaga.
D. Pedro Benitez, del oratorio de esta ciudad.
D. Francisco Amaya, vecino de Málaga.
D. Cristobal Parrado, médico en idem.
El Sr. Conde Uts.

*Murcia.*

D. Francisco de Sales Hernandez de Ariza, secretario del real fisco.
D. Joaquin Hernaiz, presbítero, tesorero del Illmo. Sr. Obispo.
D. Joaquin Fontes i Reguera.
D. Salvador Marin Baldo, del comercio.
D. José Gussi i Fernandez.
D. Agustin Juan.

D. Mateo Masegosa, administrador de cruzada.
D. Felix de Bustos i Llanos, coronel de artilleria.
D. Manuel Ramirez, brigadier de los reales ejércitos.
D. Jacobo Escarrio, director de la fábrica de salitres.
D. José Tuero, contador de policía.
D. Juan Pedro Ortega Fernandez, escribano de Bullas.
D. Juan Sanchez de Velas Rúbio.
D. Ramon Fernandez Tirso, administrador de la encomienda de Moratalla.
D. Ramon Nuñez, oficial retirado.
D. Francisco Tercero, presbítero de las peñas de San Pedro.
D. J. C. A.
D. Santiago Soto, de este comercio.
D. José Santodomingo, escribano del número.
D. José Boneto, oficial de voluntarios realistas.
D. Mariano Codornio, celador de policía.
D. Blas Perez, oficial de la administracion de rentas.
D. José Fóntes, oficial de caballeria.
D. José Martinez, presbítero.
D. Carlos Ballester, arquitecto.
D. Manuel Estarico, coronel de infantería.
D. Sebastian Serben, del comercio.
D. Juan Rexis Valero, escribano de rentas jubilado.
El Sr. Marques de Beniel.
D. Antonio de Padua Dominguez.
D. José Antonio Ribas, oficial de correos.
D. José Saura, colegial de San Fulgencio.
D. José María Serrano, oficial de la contaduria de rentas.
D. José Mateo Lopez, teniente coronel retirado.
D. Antonio Muñoz, presbítero.
D. Andres Ciudad Sanchez, contador principal de rentas.
D. José Luis de Mira, alcalde mayor de Totana.
D. Antonio José de Arana.
Doña Casilda Cañas de Cervantes.

El Sr. Arcediano de esta ciudad.
D. Francisco Bermudez de Cañas, oficial ilimitado.
D. Pedro Fernandez Martinez.
D. Vicente Cortes, presbítero.
D. José Santamaria, del comercio de libros.
D. Juan Bautista Perales, médico de Velezrubio.
D. José Estor.
D. José María Mansegosa, alcalde mayor de Alama.
D. N. Gatel, administrador de la empresa.
D. J. A. B.

*Orense.*

D. Bernardo Pedrayo, escribano de ayuntamiento de esta ciudad.
D. Teodoro Morga de Trives.
D. Benito Millan de Silva, abad de San Julian de Figueroa.
D. Pedro Ramon Abeledo.
D. Pedro María Areas de Lozada.

*Orihuela.*

Dr. D. Juan de Canañedo, provisor i vicario general de este obispado.
D. José Aledo, comandante de voluntarios realistas.
Dr. D. Pascual Robles, abogado.
D. Vicente Amat, médico de Guardamar.
D. Pablo Lozano
D. Francisco Martinez, secretario de ayuntamiento.
D. Francisco Martinez, interventor de rentas.
D. José Garcia Lledó.
Dr. D. Vicente Garcia, cura.
D. Andres Rodriguez, comandante retirado.
D. Francisco Bazquez.
D. Manuel Miralles, presbítero.
D. José Rodriguez.
D. Gerónimo Tucon.
D. Manuel Lopez de la Hoz, prevendado.

D. Matias Sorzano, del estado noble.
D. Tomas Perál, menor.
D. Eugenio Fourdinier.
D. Pedro Garcia de Guardamar.
D. José Brunetto.

*Oviedo.*

D. Juan Izcurdia.
D. Francisco Bernaldo de Quirós i Benavides.
D. José Fernandez Miranda, procurador de esta audiencia.
D. Ramon Garcia Alas, profesor de matemáticas de Gijon (*por dos ejemplares*).
D. Miguel Menendez, profesor de matemáticas en el real instituto de Gijon.
D. Vicente Fernandez Cuevas, escribano de rentas reales.
D. Manuel Barlet, músico de esta Santa iglesia.
Dr. D. Zoilo Garcia Sala, idem de esta idem.

*Pamplona.*

D. Miguel Daviz i Nederist, canónigo enfermero de esta Santa iglesia.
D. Josef de Ochava de Olza.
D. Juan Ilarduya, comandante de carabineros.
D. Cesareo Saiz i Lopez, abogado de los tribunales reales.
D. Marcos Bergara.
D. Juan Pio Jaen.
D. Joaquin Lijero, abad de la parroquial de San Martin.
D. Fr. Pedro José Ursua, monge de Leire.
D. Juan Celhay.
D. Antonio Lopez, comisario de artilleria.
D. Ramon Marichalar.
D. Pedro Lizarraga.
D. Miguel de Osma, capitan de artilleria.
D. Juan Miguel Maritorena.

*Puigcerdá.*

D. Manuel Soria, presbítero.
D. Francisco Degollada.
D. Tomas Galindo.
D. Antonio Vilardell.
D. Vicente Degollada.

*Reus.*

D. José Ódena.
D. José Vilanova.
D. Pedro Olivas.
D. José Lletjet.
D. Pedro Granell.
D. Juan Estapá.
D. Jaime Boada.
D. Marcelino Valldubí.
D. Francisco Hortet.
D. Miguel Beringola.
D. José María Magriñá.
D. Pablo Prim.
D. José Sol.
D. Magin Sostres.
D. Ambrosio de Eguia.
D. J. B. A.
D. D. A. P.
D. José de Miró i Burgues.
D. P. O.
D. Luis Carbó.
D. Juan Padró.
D. Salvador Aleu.
D. Antonio Sales.
D. J. M.

*Salamanca.*

El M. R. P. Fr. Manuel de la Paz, prior del convento de San Gerónimo de Zamora.
Dr. D. Hipolito Fernandez, catedrático de medicina de esta real universidad.

Dr. D. Manuel Tomas Fernandez, canónigo doctoral de esta Santa iglesia.
D. Santos Navarro, alcalde mayor de Peñaranda de Barcamonte.
D. Agapito Lopez de Hoyo, capitan retirado.
D. Facundo Gomez, cura párroco del lugar de Pereña.

*Santander.*

D. Luis Espiñelli.
D. Francisco Lopez.
D. Pedro Basañez.
D. Alfonso Acosta.

*Santiago.*

D. Miguel Garcia Brabo, administrador de reales loterias i del comercio de Villagarcia.
D. Antonio de Argüelles, interventor de ejército.
D. José Manuel Lluque, del comercio de Vigo.
El Exmo. Sr. D. Francisco Javier de Mendizabal, director subinspector de ingenieros.
D. Luis Montero.
El Sr. Marques de Aranda.
D. José Santa María, administrador de rentas en Corcubivir.
D. Francisco Javier Rodriguez, presbítero.
D. Gerónimo Azpiazu.
D. Francisco Botana, procurador de esta real audiencia.
D. José Baltar, boticario en Padron.
D. Francisco Limeses, escribano por S. M. en Pontevedra.
El Sr. Marques de San Martin.
D. Eugenio de Neira, sargento mayor del provincial de Santiago.
D. Andres Veiga.

*San Sebastian.*

D. José María de Urigoitia.

D. Onofre María de Gabarañ.
D. Sebastian Morlans.

*Sevilla.*

D. Manuel Yarte.
El Licenciado D. Ignacio María Cantabrana.
D. Juan Maestre, canónigo de la colegiata de San Salvador.
D. Antonio María Oceda.
D. Juan Rniz Monsalve.
D. Felix de Rojas.
D. Atanasio Aleson, oficial de artilleria.
El M. R. P. Fr. José Ligonia, monge gerónimo.
D. Ignacio María del Marmol, i Martinez, canónigo de la catedral.
D. Cayetano Ulloa, teniente coronel de artilleria.
D. José Sologuren.
D. Nicolas Sancho.
D. Placido Hernández, prevendado de la catedral de Sevilla.
D. Antonio Damian Vargas, presbítero.
D. Gerónimo Ramos i Piedra.
D. Rodrigo Serrano de Quirós.
D. Francisco Sucro, del comercio.
El Exmo. Sr. Marques de Moscoso, conde del Castellar.
El M. R. P. Fr. José Garcia, monge gerónimo.
D. Rafael Correa, capitan de artilleria.
D. Joaquin Adriand.
D. Juan Francisco Muñoz i Giron, presbítero.
D. Gerónimo Gonzalez Dorado.
Dr. D. Pedro de Vera, arcediano de Ecija i canónigo de la catedral de Sevilla.
D. Antonio Bermudez.
D. Pascual de Campos, capitan de infanteria.
D. Santiago Martinez.
D. Diego Gimenez Rubio.
Dr. D. Francisco Mensayas, abogado de los reales consejos.

D. José Rojo i Vazquez.
D. Pedro Rodriguez.
D. Pascual María de Altologuerre.
D. José Alguacil Carrasco.
D. P. de C.
D. Juan de Espejo i Villar.
D. Juan Antonio Insesto.
Dr. D. Rafael de Esquivel, abogado.
D. Antonio Desardi, vista de la real aduana.
D. José de la Cueva, presbítero.
D. José María Diaz de Mendoza.
D. Francisco Buseli, coronel de infanteria.
D. Alfonso Carrero, contador de la real fábrica de tabacos.
D. José Velazco, interventor de idem.
D. Juan Gutierrez, escribano de esta.
D. Manuel de Sousa.
D. Francisco Araoz, maestrante de Sevilla.
D. Santiago Galves Padilla.
D. Ventura Sedano, superintendente de la fábrica de tabacos.
D. Manuel María del Camino, prevendado de la Santa iglesia catedral.
D. Manuel Francisco Garcia, abogado.
D. Vicente Garin, teniente coronel del 6.º de línea.
D. Antonio Romero Martinez.
D. Francisco de Paula Iberrí, abogado.
D. Mariano Galí.
D. F. de P. O.
D. Ramon Ruiz Roman.
El M. R. P. Fr. Juan Garcia, dominico.

*TARRAGONA.*

D. Antonio Bada, presbítero.
D. Miguel Grau.
D. José Reberter.
D. Francisco Rubinat.

D. Juan Ferrer i Vives. (*por dos ejemplares*).
D. Cayetano Vallester.
D. Francisco Prats.
D. Nicolás Griber, canónigo de la Santa iglesia.
D. José Gimenez.
D. Leon Ferris.
D. José Gassol.
D. Antonio Suñer presbítero.
D. Joaquin Balcells.
D. Ignacio Flotats.
D. Jacinto Badía.
D. Angel Salazar.
D. Felix Aguado.
D. José Pons.
D. Juan Anguera.
D. Juan Lindeman.
D. Ramon Foquet.
D. Agustin Piqué.
D. Marcos Teixidó.
D. Jaime Prats i Urgellés.
D. Guillermo Rabasa.
El Sr. de Villaba.
D. Ignacio Bas.
D. Ramon Salesas.
D. Victoriano Miró.
D. Antonio Berdeguer, impresor (*por 6 ejemplares*)

*Toledo.*

D. Andres Muñoz.
D. Manuel Muñoz, cura de Carmena.
D. Cesareo Veles.
D. Casimiro Lopez, mariscal.
D. Antonio Lorenzo.
D. Francisco de Borja Mayoral.
El R. P. Fr. Juan de Canal, vicario de San Juan de los Reyes.
El R. P. Fr. Fernando Gascon, ministro de trinitarios calzados.

Doña Micaela Espiera.
Doña María Hernandez i Sobrino, del comercio de libros (*por dos ejemplares*).

*Tortosa.*

D. Joaquin Ramon Olivan, canónigo de la Santa iglesia.
D. Vicente Persiva, canónigo de idem.

*Valladolid.*

La Exma. Sra. Doña Rafaela Claveria de Odonell.
D. Francisco Simon i Moreno.
D. Antonio Arribas.
D. Gregorio Asso.
D. Fernando Garrido.
D. Mariano Caballero.
D. Joaquin Copeiro del Villar.
D. José Prieto.
D. José de Torre.
D. Tomas Gutierrez Oces de la Guardia.
D. José Calasanz Prieto.
D. Mariano Rodriguez.
D. Francisco Calzada.
Dr. D. Higinio Melero.
El R. P. Fr. Victor Barban.
D. Mariano Lino Martin.
D. Luis Diez.
D. Manuel Aparicio.
D. Mariano Rodriguez.
D. Luis Llanos.
D. Antonio Moscoso.
D. Santiago Gutierrez.
El R. P. Presentado Fr. Leon Elvira.
D. Millan Alonso.
El R. P. Fr. Manuel Gonzalez.
D. Eugenio Jovér.

D. Francisco Rodriguez.
D. Pedro Sendon.
D. Miguel Ulloa.
D. Pedro Cano.

*Valencia.*

El Exmo. Sr. Conde de Orgaz.
D. Honorato Piera.
D. Baltasar Reig.
D. Joaquin Ferran.
D. Pascual Company i Tamarit.
D. José Ros de los Ursinos i Maceres.
D. Juan Pablo Sunyé.
D. Luis Escoto i Quirós.
D. Tomas Cabañas.
D. Manuel Ballestero.
D. Juan Miguel de San Vicente.
D. Agustin Alverola.
D. Manuel Castanys.
D. Juan Dulien.
D. Pedro Vicente Anglada.
D. Antonio Lisandra.
D. Tomas Pons.
D. Bernardo Peris.
D. Vicente Martinez de Marcilla.
D. Francisco Gonzalez Ferro.
D. Roque Bautista.
El M. R. P. Fr. José Garcia, prior en el convento de PP. dominicos de Segorbe (*por dos ejemplares*)
D. Francisco Tortosa.
D. Juan Puig i Falcó.
D. Jaime Colomina.
Doña Manuela Vigil de Quiñones.
D. Roque Frances.
El Sr. Marques de Serdañola.
D. Diego Martinez.
D. Francisco Sanchez Muños.
D. Manuel Crespí i Carvajal.

D. Mariano Rivas i Támaro.
D. Pedro Rica.
El Sr. Marques de Malferit.
La Biblioteca del convento de Santo Domingo.
D. Juan Broto.
D. Antonio Chorques.
D. Pedro Morand.
D. Francisco Gosalvez.
D. Celestino Sanchiz.
D. Dionisio Martinez.
D. Eduardo Gimenez.
D. Manuel Ramirez.
D. Vicente Ladron de Guevara.
D. Vicente Llovet, presbítero.
D. Benito Pradar.
D. Cayetano Pertegar.
D. Simon Cirugeda.
D. Juan Perez Pastor.
D. Vicente Sanz.
D. Joaquin María Borras.
D. Vicente Mayor.
D. Antonio Rivera.
D. Vicente Cortes.
D. Cristobal Gonsalvez.
Señores Mallen i Berard del comercio de libros (*por doce ejemplares*).
D. Juan Ulsite.

*Victoria.*

D. José María de Aramburo.

*Vich.*

El Brigadier D. José Auguet, coronel del regimiento infantería del Rey primero ligero.
D. Joaquin Codina, caballero de la real maestranza.
D. Joaquin de Vilar Caballero.
Dr. D. Luciano Casadevall, canónigo de esta Santa iglesia.

D. Juan Subirachs, escribiente.
D. Vicente Senvicens, idem.
D. Miguel Carmeniu.
D. Bernabé Tenas.
D. Antonio Conill.
D. Ramon Fexas.
Dr. D. Juan Baranguer, presbítero.
D. Juan Padros, cirujano.

*Zaragoza.*

Dr. D. Ignacio Foncilla, canónigo de esta Santa iglesia.
Dr. D. Joaquin Cistué i Bardaji, idem idem.
Dr. D. Mariano Gros, idem.
D. Eusebio Gimenez, idem.
D. Ramon Ruiz i Goya.
D. Roque Gallifa, impresor.
D. Mariano Quiros.
D. Mariano Mourcal, capitan del 3.º de línea.
D. Mariano Miranda Campas.
D. Pedro Marin.
D. Juan Tor.
D. Manuel Sevil.
D. Santiago Sarte.
D. Isidro Dolz.
D. Francisco Navarro, relator.
D. Cándido Modet.
D. Antonio Palacio.
El M. R. P. Fr. Miguel de Santa Bárbara, descalzo de San José.
D. Hermenegildo Lopez.
D. Pantaleon Espin, arcediano de Segorbe.
D. José María Lanza.
D. V. I. V.
D. Braulio Mainar.
D. José Marcelo Pacheco.
D. Victor Benedicto.

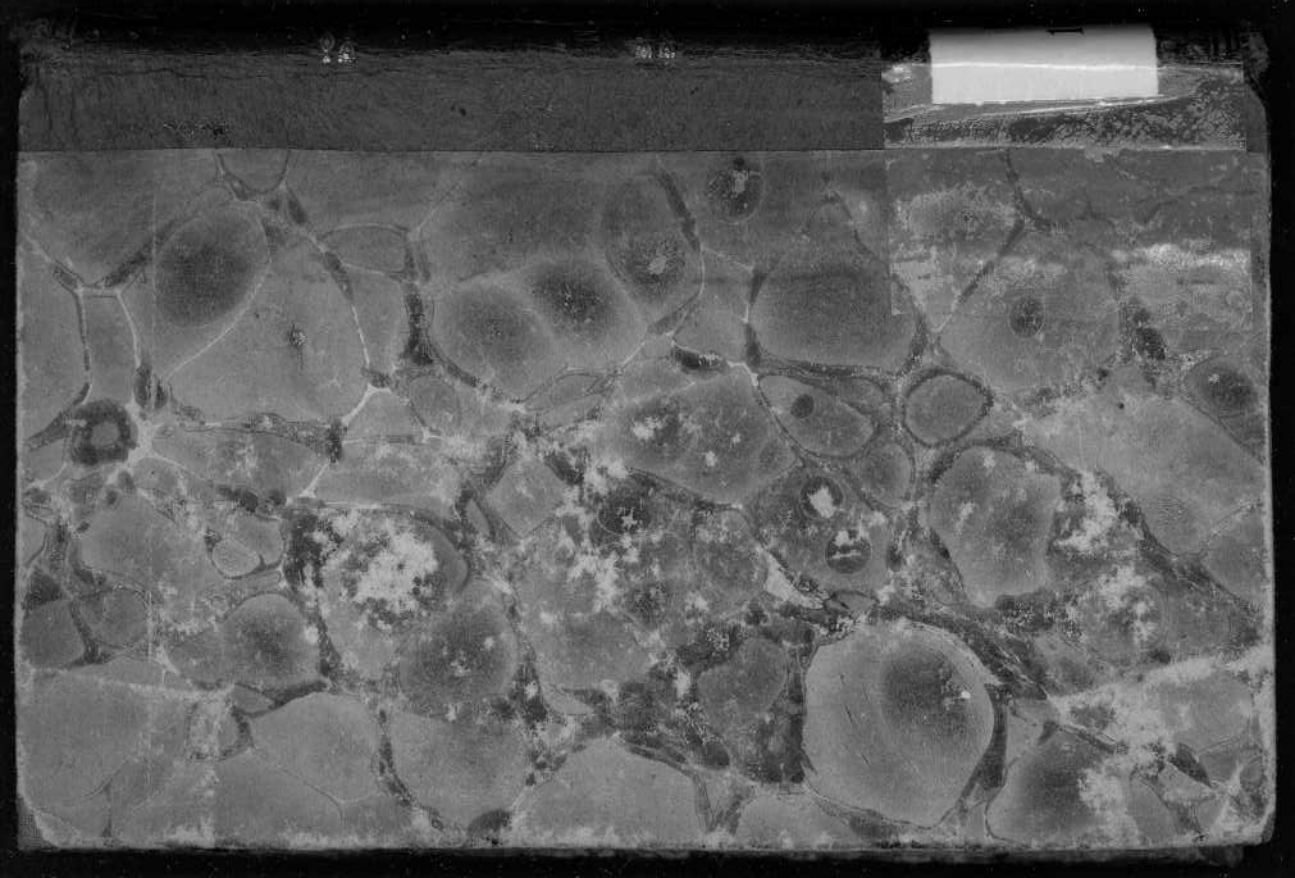
D. Eugenio Sierra.
D. Pascual Palacio.
D. José María Abad.
D. Juan Francisco Jauregui.
D. José Fernandez Trebiño.
D. Francisco Alonso, teniente coronel.
D. José Berjes.
D. Cayetano Ibarz, maestrante.
El Exmo. Sr. Marques de España.
D. Cristobal Arguch.
D. C. R. J.
D. Gregorio Sanz.
D. Fernando Bringas.
Dr. D. Gregorio Escuer, chantre de esta iglesia.
D. Juan Romeo.
D. F. P. N.
D. Alejo Domper.
El R. P. D. Pedro Ocallaghan.
D. Manuel Cantin.
D. Antonio Lobera.
El Sr. Conde de Balviani.
D. Gil Yarza.
D. José Gasco.
D. Pascual Gascon.
D. José Navarro, presbítero.
D. Santiago Rodriguez.
D. Benito Urchaga.
D. Ignacio Savall.
D. Joaquin Diez de Tejada.
D. Mariano Garcia.
D. Juan Perez.
D. Mariano Ruata.
D. Juan Berbegal.
D. Atilano Sanz.
D. Atanasio Escuin.

## *NOTA.*

No se citan los nombres de los señores suscriptores de *Ecija*, *Leon*, *Palma de Mallorca*, *Puerto de Santa María*, *San Felipe de Játiva* i algunos de *Bilbao*, á causa de no haberse recibido las listas nominales.

Biblioteca Pública de Soria

71656201 DR 10061 (V.9)



VIDA

DE

NAPOLE

9

DR
10061